LA FORTUNA DE LOS ROUGON

Emilio Zola

EDITORIAL SCHAPIRE



La Fortuna de los Rougon

Émile Zola

textos.info
Biblioteca digital abierta

Texto núm. 2623

Título: La Fortuna de los Rougon
Autor: Émile Zola
Etiquetas: Novela

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 24 de marzo de 2017

Edita **textos.info**

Maison Carrée
c/ Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en http://www.textos.info

Prólogo

Quiero explicar cómo una familia, un pequeño grupo de seres, se comporta en una sociedad, desarrollándose para engendrar diez, veinte individuos que parecen, en un primer vistazo, profundamente disímiles, pero que el análisis muestra íntimamente ligados unos con otros. La herencia tiene sus leyes, como la gravedad.

Trataré de encontrar y de seguir, resolviendo la doble cuestión de los temperamentos y el medio, el hilo que conduce matemáticamente de un hombre a otro hombre. Y cuando tenga todos los hilos, cuando esté entre mis manos todo un grupo social, mostraré a ese grupo en acción, como actor de una época histórica, lo crearé actuando en la complejidad de sus esfuerzos, analizaré a la vez la suma de voluntad de cada uno de sus miembros y el impulso general del conjunto.

Los Rougon-Macquart, el grupo, la familia que me propongo estudiar, se caracteriza por el desbordamiento de los apetitos, la amplia agitación de nuestra época, que se abalanza sobre los placeres. Fisiológicamente, son la lenta sucesión de los accidentes nerviosos y sanguíneos que se declaran en una raza, a consecuencia de una primera lesión orgánica, y que determinan, según el medio, en cada uno de los individuos de esa raza, los deseos, las pasiones, todas las manifestaciones humanas, naturales e instintivas, cuyos productos adoptan los nombres convencionales de virtudes y vicios. Históricamente, salen del pueblo, irradian por toda la sociedad contemporánea, ascienden a todas las posiciones, gracias a ese impulso esencialmente moderno que reciben las clases bajas en marcha a través del cuerpo social, y narran así el Segundo Imperio, con ayuda de sus dramas individuales, desde la celada del golpe de Estado hasta la traición de Sedán.

Desde hace tres años reunía yo los documentos de esta gran obra, y el presente volumen estaba incluso escrito cuando la caída de los Bonaparte, que yo necesitaba como artista y que siempre encontraba fatalmente al final del drama, vino a darme el desenlace terrible y necesario de mi obra. Ésta se halla, desde hoy, completa; se agita en un círculo cerrado; se

convierte en el cuadro de un reinado muerto, de una extraña época de vergüenza y locura.

Esta obra, que constará de varios episodios, es, pues, en mi intención, la Historia natural y social de una familia bajo el Segundo Imperio. Y el primer episodio, La fortuna de los Rougon, debe llamarse con su título científico: Los orígenes.

ÉMILE ZOLA

París, 1 de julio de 1871

Capítulo 1

Cuando se sale de Plassans por la puerta de Roma, situada al sur de la ciudad, se encuentra, a la derecha de la carretera de Niza, después de haber dejado las primeras casas del arrabal, un baldío designado en la región con el nombre de ejido de San Mittre.

El ejido de San Mittre es un cuadrilátero de cierta extensión, que se alarga a ras del borde de la carretera, del que lo separa una simple franja de hierba gastada. Por un costado, a la derecha, una callejuela sin salida lo bordea con una hilera de casuchas; a la izquierda y al fondo, lo cierran dos lienzos de muralla roídos por el musgo, por encima de los cuales se divisan las altas ramas de las moreras del Jas-Meiffren, la gran finca que tiene su entrada más lejos, en el arrabal. Así cerrado por tres lados, el ejido es como una plaza que no lleva a ninguna parte y que sólo cruzan los paseantes.

Antiguamente había allí un cementerio colocado bajo la protección de San Mittre, un santo provenzal muy honrado en la comarca. Los viejos de Plassans recordaban aún, en 1851, haber visto en pie las tapias de ese cementerio, que llevaba años cerrado. La tierra, que se hartaba de cadáveres desde hacía más de un siglo, rezumaba muerte, y habían tenido que abrir un nuevo campo de sepulturas, en el otro extremo de la ciudad. Abandonado, el viejo cementerio se había depurado cada primavera, al cubrirse de una vegetación negra y tupida. Aquel suelo feraz, en el que los sepultureros no podían dar un golpe de laya sin arrancar algún jirón humano, tuvo una fertilidad extraordinaria. Desde la carretera, tras las lluvias de mayo y los soles de junio, se divisaban las puntas de las hierbas que desbordaban las tapias; en el interior, era un mar de un verde oscuro, profundo, salpicado de flores anchas, de singular esplendor. Se notaba abajo, en la sombra de los tallos apretados, el mantillo húmedo que hervía y rezumaba savia.

Una de las curiosidades de este campo eran entonces unos perales de brazos retorcidos, de nudos monstruosos, cuyos frutos enormes no habría querido coger ni un ama de casa de Plassans. En la ciudad se hablaba de

aquella fruta con muecas de asco; pero los chiquillos del arrabal no tenían esas delicadezas, y escalaban los muros, en pandilla, por la tarde, con el crepúsculo, para robar las peras antes aún de que estuviesen maduras.

La ardiente vida de las hierbas y de los árboles pronto devoró toda la muerte del viejo cementerio de San Mittre; la podredumbre humana se la comieron ávidamente flores y frutas, y sucedió que, al pasar por aquella cloaca, ya no se sentía sino el penetrante aroma de los alhelíes silvestres. Fue sólo cuestión de algunos veranos.

Por aquel entonces, la ciudad pensó en sacar partido de aquella propiedad comunal, que dormía inútil. Se derribaron las tapias que bordeaban la carretera y el callejón sin salida, se arrancaron las hierbas y los perales. Después se trasladó el cementerio. Se excavó el suelo varios metros, y se amontonaron, en un rincón, las osamentas que la tierra tuvo a bien devolver. Durante cerca de un mes los chiquillos, que lloraban por los perales, jugaron a los bolos con las calaveras; unos bromistas pesados colgaron, una noche, fémures y tibias de todos los cordones de las campanillas de la ciudad. Este escándalo, cuyo recuerdo conserva aún Plassans, sólo cesó el día en que decidieron arrojar el montón de huesos en el fondo de un hoyo cavado en el nuevo cementerio. Pero, en provincias, las obras se hacen con prudente lentitud, y los habitantes vieron, durante una semana larga, un solo volquete que, de tarde en tarde, transportaba despojos humanos, como si hubiera transportado cascotes. Lo peor era que el volquete tenía que cruzar Plassans de punta a punta, y que el mal pavimento de las calles le hacía diseminar, a cada bache, fragmentos de huesos y puñados de tierra feraz. Nada de ceremonias religiosas: un acarreo lento y brutal. Jamás una ciudad se sintió más asqueada.

Durante varios años el terreno del viejo cementerio de San Mittre siguió siendo motivo de espanto. Abierto al primero que llegase, al borde de una carretera principal, siguió desierto, presa de nuevo de los hierbajos. La ciudad, que sin duda contaba con venderlo, y con ver edificar allí casas, no debió de encontrar comprador; quizá el recuerdo del montón de huesos y del volquete yendo y viniendo por las calles, solitario, con la pesada terquedad de una pesadilla, echó para atrás a la gente; quizá haya que explicar el hecho por la pereza de la provincia, por esa repugnancia que experimenta a destruir o reconstruir. Lo cierto es que la ciudad conservó el terreno y acabó incluso olvidando su deseo de venderlo. Ni siquiera lo

rodeó con una empalizada; entró quien quiso. Y poco a poco, con ayuda de los años, se acostumbraron a aquel rincón vacío; se sentaron en la hierba de los bordes, cruzaron el campo, lo poblaron. Cuando los pies de los paseantes gastaron la alfombra de hierba, y la tierra batida se volvió gris y dura, el viejo cementerio tuvo cierto parecido con una plaza pública mal nivelada. Para borrar mejor todo recuerdo repugnante, los habitantes, sin darse cuenta, se vieron inducidos lentamente a cambiar la denominación del terreno; se contentaron con conservar el nombre del santo, con el cual bautizaron también el callejón sin salida que se abre en un rincón del campo; hubo el ejido de San Mittre y el callejón de San Mittre.

Estos hechos datan de lejos. Desde hace más de treinta años, el ejido de San Mittre tiene una fisonomía particular. La ciudad, demasiado indiferente o dormida para sacarle partido, lo ha alquilado, por una pequeña suma, a unos carreteros del arrabal, que lo han convertido en depósito de maderas. Todavía hoy está atestado de enormes vigas, de diez a quince metros de largo, yaciendo aquí y allá, en montones, semejantes a haces de columnas derribadas al suelo. Esas pilas de vigas, esa especie de mástiles colocados en paralelo, y que van de un extremo a otro del campo, son una continua alegría para los chavales. Al haberse deslizado algunas piezas de madera, el terreno se encuentra, en ciertos lugares, totalmente recubierto por una especie de entarimado de tablas redondeadas sobre el cual sólo se logra caminar con milagros de equilibrio. Pandillas de niños se entregan a este ejercicio todo el día. Se los ve saltando los gruesos tablones, siguiendo en fila las estrechas aristas, arrastrándose a horcajadas, juegos variados que terminan en general entre empellones y lágrimas; o bien una docena de ellos se sientan, apretados unos contra otros, en el extremo delgado de una viga elevada unos cuantos pies sobre el suelo, y se columpian durante horas. El ejido de San Mittre se ha convertido así en sitio de recreo donde se desgastan desde hace más de un cuarto de siglo los fondillos de los galopines.

Lo que ha acabado de imprimir a ese rincón perdido un extraño carácter es que, por costumbre tradicional, los gitanos que van de paso lo eligen como domicilio. En cuanto una de esas casas rodantes, que encierran una tribu entera, llega a Plassans, va a guarecerse al fondo del ejido de San Mittre. Así, el lugar nunca está vacío; siempre hay allí alguna banda de facha singular, alguna cuadrilla de hombres feroces y de mujeres horriblemente enjutas, entre los cuales se ve revolcarse por el suelo grupos de hermosos niños. Esa gente vive al aire libre, sin avergonzarse, delante de todos,

calentando el puchero, comiendo cosas sin nombre, desplegando sus pingos agujereados, durmiendo, peleándose, besándose, apestando a suciedad y miseria.

El campo muerto y desierto, donde antaño sólo los abejorros zumbaban alrededor de las flores ubérrimas, entre el silencio aplastante del sol, se ha convertido así en un lugar bullidor, lleno del ruido de las disputas de los gitanos y de los gritos agudos de los golfillos del arrabal. Un aserradero, que corta en una esquina las vigas del depósito, chirría, sirviendo de fondo sordo y continuo a las voces agrias. Este aserradero es muy primitivo: colocan la pieza de madera sobre dos altos caballetes y dos chiquichaques, uno arriba, montado en la propia viga, otro abajo, cegado por el serrín que cae, imprimen a una ancha y fuerte sierra un continuo movimiento de vaivén. Durante horas esos hombres se doblan, parecidos a títeres articulados, con regularidad y sequedad de máquinas. La madera que cortan se alinea, a lo largo de la muralla del fondo, en pilas de dos o tres metros de alto, y metódicamente construidas, tabla a tabla, en forma de cubo perfecto. Esa especie de almiares cuadrados, que a menudo permanecen allí varias temporadas, comidos por las hierbas a ras del suelo, son uno de los encantos del ejido de San Mittre. Forman senderos misteriosos, estrechos y discretos, que llevan a una vereda más ancha, que queda entre las pilas y la muralla. Es un desierto, una franja de verdor desde donde sólo se ven trozos de cielo. En esa vereda, cuyos muros están tapizados de musgo y cuyo suelo parece cubierto de una alfombra de alta lana, reinan aún la vegetación exuberante y el silencio estremecido del viejo cementerio. Se sienten correr por ella esos soplos cálidos y vagos de la voluptuosidad de la muerte que salen de las viejas tumbas caldeadas por los grandes soles. No hay, en la campiña de Plassans, un lugar más emocionante, más vibrante de tibieza, de soledad y de amor. Allí es exquisito amar. Cuando se vació el cementerio, debieron de apilar los huesos en ese rincón, pues no resulta raro, todavía hoy, desenterrar fragmentos de calavera al hurgar con el pie entre la hierba húmeda.

Nadie, por lo demás, piensa ya en los muertos que durmieron bajo esta hierba. De día, sólo los niños se meten entre las pilas de madera, cuando juegan al escondite. La vereda sigue virgen e ignorada. Se ve sólo el depósito atestado de vigas y gris de polvo. Por la mañana y a primeras horas de la tarde, cuando el sol es tibio, todo el terreno bulle, y por encima de toda esa turbulencia, por encima de los galopines que juegan entre las piezas de madera y de los gitanos que atizan el fuego bajo su puchero, la

seca silueta del chiquichaque montado en su viga se recorta en el cielo, yendo y viniendo con un movimiento regular de balancín, como para reglar la vida ardiente y nueva que ha crecido en este campo del eterno reposo. Sólo los viejos, sentados en las vigas y calentándose al sol poniente, hablan a veces entre sí de los huesos que vieron acarrear antaño por las calles de Plassans, en el legendario volquete.

Cuando cae la noche el ejido de San Mittre se vacía, se vuelve profundo, semejante a un gran agujero negro. Al fondo, sólo se vislumbra ya el resplandor agonizante de la hoguera de los gitanos. A veces, unas sombras desaparecen silenciosas entre la espesa masa de las tinieblas. Sobre todo en invierno, el lugar resulta siniestro.

Un domingo por la tarde, hacia las siete, un joven salió lentamente del callejón de San Mittre y, rozando los muros, se metió entre las vigas del depósito. Era en los primeros días de diciembre de 1851. Hacía un frío seco. La luna, llena en ese momento, tenía esa claridad aguda propia de las lunas de invierno. El depósito, esa noche, no se ahondaba siniestramente como en las noches lluviosas; iluminado por anchos lienzos de luz blanca, se extendía, entre el silencio y la inmovilidad del frío, con suave melancolía.

El joven se paró unos segundos al borde del campo, mirando al frente con aire desconfiado. Llevaba, oculta bajo la chaqueta, la culata de un largo fusil, cuyo cañón, dirigido hacia abajo, brillaba al claro de luna. Estrechando el arma contra el pecho, escrutó atentamente con la mirada los cuadrados de tinieblas que las pilas de tablas proyectaban al fondo del terreno. Había allá como un tablero blanco y negro de luz y de sombra, con escaques netamente recortados. En el centro del ejido, sobre un trozo de suelo gris y desnudo, los caballetes de los chiquichaques se dibujaban, alargados, estrechos, raros, semejantes a una monstruosa figura geométrica trazada a tinta en un papel. El resto del depósito, el entarimado de vigas, no era sino un vasto lecho donde la claridad dormía, apenas estriada con delgadas rayas negras por las líneas de sombra que corrían a lo largo de los gruesos tablones. Bajo aquella luna de invierno, en el silencio helado, aquella marea de mástiles acostados, inmóviles, como atiesados de sueño y de frío, recordaba a los muertos del viejo cementerio. El joven no lanzó sino un rápido vistazo a aquel espacio vacío; ni un ser, ni un soplo, ni el menor peligro de ser visto u oído. Las manchas de sombra del fondo le inquietaban más. Sin embargo, tras un corto examen, se

aventuró y cruzó rápidamente el depósito.

En cuanto se sintió al amparo, aflojó la marcha. Estaba entonces en la vereda que bordea la muralla, detrás de las tablas. Allí, ni siquiera oyó el rumor de sus pasos; la hierba helada crujía apenas bajo sus pies. Una sensación de bienestar pareció apoderarse de él. Debía de gustarle aquel lugar y no temer en él ningún peligro, no venir a buscar allí más que algo dulce y bueno. Dejó de ocultar su fusil. La vereda se extendía, semejante a una zanja de sombras; de tarde en tarde, la luna, deslizándose entre dos pilas de tablas, cortaba la hierba con una raya de luz. Todo dormía, tinieblas y claridades, con un sueño profundo, dulce y triste. Nada comparable a la paz de aquel sendero. El joven lo recorrió entero. En el extremo, en el punto donde las murallas del Jas-Meiffren forman un ángulo, se detuvo, aguzando el oído, como para escuchar si llegaba algún ruido de la finca vecina. Después, al no oír nada, se bajó, apartó una tabla y escondió su fusil en una pila de madera.

Había allí, en la esquina, una vieja lápida sepulcral, olvidada en el traslado del antiguo cementerio y que, colocada sobre el campo y un poco al sesgo, formaba una especie de banco alto. La lluvia había desmenuzado sus bordes, el musgo la roía lentamente. Sin embargo, aún podía leerse, al claro de luna, este fragmento de epitafio grabado en la cara encajada en tierra: «Aquí yace… Marie… muerta…». El tiempo había borrado el resto.

Después de ocultar su fusil, el joven escuchó de nuevo y, no habiendo oído nada, decidió subirse a la lápida. El muro era bajo, se puso de codos sobre la albardilla. Pero más allá de la fila de moreras que bordea la muralla, no vio sino una llanura de luz; las tierras del Jas-Meiffren, lisas y sin árboles, se extendían bajo la luna como una inmensa pieza de tela cruda; a unos cien metros, la vivienda y las dependencias habitadas por el aparcero formaban manchas de un blanco más brillante. El joven miraba hacia ese lado con inquietud cuando un reloj de la ciudad empezó a dar las siete, con golpes graves y lentos. Contó los toques, después bajó de la lápida, como sorprendido y aliviado.

Se sentó en el banco como quien consiente en una larga espera. Ni siquiera parecía sentir el frío. Durante cerca de media hora no se movió, con los ojos clavados en una masa de sombras, soñador. Se había situado en un rincón oscuro; pero, poco a poco, la luna que subía le alcanzó, y su cabeza se encontró en plena claridad.

Era un muchacho de aire vigoroso, cuya boca fina y piel aún delicada proclamaban su juventud. Tendría diecisiete años. Era guapo, con una belleza singular.

Su cara, flaca y alargada, parecía excavada por el pulgar de un potente escultor; la frente montuosa, los arcos superciliares prominentes, la nariz aguileña, la barbilla ancha y chata, las mejillas de pómulos aguzados y cortadas por planos huidizos, daban a la cabeza un relieve de extraordinario vigor. Con la edad, aquella cabeza adquiriría un carácter huesudo demasiado pronunciado, una flacura de caballero andante. Pero en esa hora de la pubertad, apenas cubierta en las mejillas y el mentón por un leve bozo, veía corregida su rudeza por cierta encantadora blandura, por ciertos rincones de la fisonomía que seguían siendo infantiles e imprecisos. Los ojos, de un negro tierno, aún anegados de adolescencia, imprimían también dulzura a esa expresión enérgica. No a todas las mujeres les hubiera gustado aquel chico, pues estaba lejos de ser lo que se llama un guapo mozo; pero el conjunto de sus rasgos tenía una vida tan ardiente y simpática, tal belleza de entusiasmo y fuerza, que las chicas de su provincia, esas chicas curtidas del sur, debían de soñar con él cuando pasaba por delante de sus puertas, en las cálidas tardes de julio.

Seguía penando, sentado en la lápida sepulcral, sin notar la claridad de la luna que corría ahora a lo largo de su pecho y de sus piernas. Era de estatura mediana, levemente rechoncho. Al final de sus brazos demasiado desarrollados unas manos de obrero, endurecidas ya por el trabajo, se acoplaban sólidamente; sus pies, calzados con gruesos zapatos de cordones, parecían fuertes, cuadrados en la punta. Por sus ligamentos y sus extremidades, por la actitud pesada de sus miembros, era un hombre del pueblo; pero había en él, en su cuello erguido y en los resplandores pensativos de sus ojos, una especie de sorda rebelión contra el embrutecimiento del oficio manual que comenzaba a encorvarlo. Debía de ser de natural inteligente, ahogado en el fondo de la pesadez de su raza y de su clase, una de esas almas tiernas y exquisitas alojadas en pura carne, y que sufren por no poder salir radiantes de su espesa envoltura. También, en medio de su fuerza, parecía tímido e inquieto, avergonzado inconscientemente de sentirse incompleto y de no saber cómo completarse. Buen chico, cuya ignorancia se había convertido en entusiasmo, corazón de hombre servido por una razón de muchachito, capaz de abandonos como una mujer y de valor como un héroe. Esa noche iba vestido con un pantalón y una chaqueta de pana verdosa de

finos bordones. Un sombrero de fieltro flexible, ligeramente echado hacia atrás, dejaba en su frente una raya de sombra.

Cuando sonó la media en el reloj vecino, salió sobresaltado de su ensoñación. Al verse blanco de luz, miró frente a sí con inquietud. Con un movimiento brusco se introdujo en las sombras, pero no pudo recobrar el hilo de su ensoñación. Sintió entonces que sus pies y sus manos se quedaban helados, y le asaltó de nuevo la impaciencia. Volvió a subirse para echar una ojeada al Jas-Meiffren, que seguía silencioso y vacío. Después, sin saber cómo matar el tiempo, volvió a bajar, cogió su fusil de la pila de tablas, donde lo había escondido, y se entretuvo tabaleando en él. El arma era una larga y pesada carabina que había pertenecido sin duda a un contrabandista; por el grosor de la culata y la poderosa base del cañón se reconocía un viejo fusil de chispa que un armero de la comarca había transformado en fusil de pistón. Carabinas así se ven colgadas en las granjas, sobre las chimeneas. El joven acariciaba su arma con amor; bajó el gatillo más de veinte veces, introdujo su dedo meñique en el cañón, examinó atentamente la culata. Poco a poco, se animó con juvenil entusiasmo, con el que se mezclaba cierta niñería. Acabó poniéndose la carabina en la mejilla, apuntando al vacío, como un recluta que hace la instrucción.

No tardaron en dar las ocho. Conservaba el arma sobre la mejilla desde hacía un minuto largo, cuando una voz, leve como un soplo, baja y jadeante, llegó del Jas-Meiffren.

—¿Estás ahí, Silvère? —preguntó la voz.

Silvère soltó el fusil y, de un salto, se encontró en la lápida sepulcral.

—Sí, sí —respondió, ahogando igualmente su voz—: Espera, voy a ayudarte.

Aún no había alargado los brazos cuando una cabeza de jovencita apareció por encima de la muralla. La niña, con singular agilidad, había trepado como una joven gata con ayuda del tronco de una morera. Por la seguridad y la soltura de sus movimientos, se veía que aquel extraño camino debía de serle familiar. En un abrir y cerrar de ojos se encontró sentada en la albardilla. Entonces Silvère la cogió en sus brazos y la dejó en el banco. Pero ella se debatía.

—Déjame —decía con una risa de chiquilla juguetona—, déjame de una vez… Sé bajar perfectamente sola. —Después, cuando estuvo sobre la lápida—: ¿Hace mucho que me esperas?… He corrido, estoy toda sofocada.

Silvère no respondió. No parecía estar de broma, miraba a la niña con aire apenado. Se sentó a su lado, diciendo:

—Quería verte, Miette. Te habría esperado toda la noche… Me marcho mañana, al amanecer.

Miette acababa de ver el fusil tumbado en la hierba. Se puso seria, murmuró:

—¡Ah!… Estás decidido… Ése es tu fusil… Hubo un silencio.

—Sí —respondió Silvère con una voz aún más insegura—, es mi fusil… He preferido sacarlo esta tarde de casa; mañana por la mañana, tía Dide podría ver que me lo llevo y eso la inquietaría… Voy a esconderlo, vendré a buscarlo mañana en el momento de salir.

Y como Miette parecía no poder separar los ojos del arma que él había dejado tan tontamente en la hierba, se levantó y la metió de nuevo debajo de la pila de tablas.

—Nos hemos enterado esta mañana —dijo, volviéndose a sentar— de que los insurgentes de La Palud y de Saint-Martin de-Vaulx estaban en marcha, y de que habían pasado la noche en Alboise. Se ha decidido que nos unamos a ellos. Esta tarde parte de los obreros de Plassans han abandonado la ciudad; mañana, los que todavía quedan irán al encuentro de sus hermanos. —Pronunció la palabra «hermanos» con énfasis juvenil. Después, animándose, con voz más vibrante—: La lucha resulta inevitable —añadió—, pero el derecho está de nuestra parte, triunfaremos.

Miette escuchaba a Silvère, mirando al frente, fijamente, sin ver. Cuando él calló, dijo simplemente:

—Está bien. —Y tras un silencio—: Ya me lo habías advertido…, sin embargo, esperaba aún… En fin, está decidido.

No pudieron encontrar otras palabras. El rincón desierto del depósito, el caminito verde recobraron su calma melancólica; no quedó sino la luna

viviente haciendo girar sobre la hierba la sombra de las pilas de tablas. El grupo formado por los dos jóvenes sobre la lápida sepulcral se había quedado inmóvil y mudo, en la claridad pálida. Silvère había pasado el brazo alrededor del talle de Miette, y ésta se había abandonado sobre su hombro. No intercambiaron besos, sólo un abrazo en el que el amor tenía la tierna inocencia de un cariño fraternal.

Miette iba cubierta por una gran capa parda con capucha, que le caía hasta los pies y la envolvía por entero. Sólo se le veían la cabeza y las manos. Las mujeres del pueblo, las campesinas y las obreras llevan aún, en Provenza, esas amplias capas, que en la región se denominan pellizas y cuya moda se remonta a muy lejos. Al llegar, Miette se había echado hacia atrás la capucha. De sangre ardiente, viviendo al aire libre, no llevaba nunca cofia. Su cabeza desnuda se destacaba vigorosamente sobre la muralla blanqueada por la luna. Era una niña, pero una niña que se hacía mujer. Se hallaba en esa hora indecisa y adorable en que la joven surge de la chiquilla. Hay entonces, en toda adolescente, una delicadeza de capullo naciente, una vacilación de formas de exquisito encanto; las líneas plenas y voluptuosas de la pubertad se insinúan en la inocente delgadez de la infancia; la mujer se desprende con sus primeras turbaciones púdicas, conservando aún a medias su cuerpo de niña y poniendo, sin saberlo, en cada uno de sus rasgos, la confesión de su sexo. Para ciertas muchachas, esa hora es mala; crecen bruscamente, se afean, se vuelven amarillas y endebles como plantas precoces. Para Miette, para todas las que son de sangre rica y viven al aire libre, es una hora de gracia penetrante que no recobran jamás. Miette tenía trece años. Aunque ya era alta, nadie le habría echado más, pues su rostro reía aún, a veces, con una risa clara e ingenua. Además, debía de ser núbil, la mujer se desarrollaba con rapidez en ella, gracias al clima y a la vida ruda que llevaba. Era casi tan alta como Silvère, rolliza y toda estremecida de vida. Al igual que su amigo, no tenía una belleza común. No se la podía considerar fea, pero habría parecido cuando menos rara a muchos lindos jóvenes. Tenía espléndidos cabellos: le nacían fuertes y tiesos sobre la frente, caían poderosamente hacia atrás, como una ola naciente, después recorrían la cabeza y la nuca, semejantes a un mar encrespado, lleno de hervores y caprichos, de un negro de tinta. Eran tan espesos que no sabía qué hacer con ellos. Le molestaban. Los retorcía lo más fuerte posible en varias crenchas, del grosor de la muñeca de un niño, para que ocupasen menos sitio, y después los amontonaba detrás de la cabeza. No tenía tiempo de pensar en su peinado, y ocurría siempre que ese moño enorme,

hecho sin espejo y a toda prisa, adquiría bajo sus dedos una poderosa gracia. Al verla tocada con aquel casco viviente, con aquel montón de cabellos rizados que se desbordaban sobre las sienes y el cuello como una pelambre de animal, se comprendía por qué iba siempre con la cabeza descubierta, sin preocuparse nunca por lluvias ni heladas. Bajo la línea oscura de los cabellos, la frente, muy estrecha, tenía la forma y el color dorado de una fina medialuna. Los ojos grandes, saltones, la nariz corta, ancha en las aletas y respingada en la punta, los labios, demasiado gruesos y demasiado rojos, habrían parecido feos examinados por separado. Pero, tomados en la encantadora redondez de la cara, vistos en el ardiente juego de la vida, esos detalles del rostro formaban un conjunto de extraña y penetrante belleza. Cuando Miette reía, echando la cabeza hacia atrás y ladeándola blandamente sobre el hombro derecho, parecía una antigua bacante, con la garganta henchida de gozo sonoro, las mejillas redondeadas como las de un niño, los anchos dientes blancos, las crenchas de cabellos crespos que los estallidos de alegría agitaban sobre su nuca, al igual que una corona de pámpanos. Y para encontrar en ella a la virgen, a la chiquilla de trece años, había que ver cuánta inocencia encerraban sus risas amplias y sueltas de mujer hecha y derecha, había que observar sobre todo la delicadeza todavía infantil de su mentón y la pureza blanda de sus sienes. El rostro de Miette, bronceado por el sol, tomaba, con ciertas luces, reflejos de ámbar amarillo. Una fina pelusilla negra ponía ya sobre su labio superior una ligera sombra. El trabajo empezaba a deformar sus manecitas breves, que habrían podido convertirse, permaneciendo perezosas, en adorables manos regordetas de burguesa.

Miette y Silvère se quedaron un buen rato mudos. Leían en sus inquietos pensamientos. Y, a medida que se hundían juntos en el temor y en lo desconocido del mañana, se abrazaban con un abrazo más estrecho. Se entendían hasta el fondo del corazón, percibían la inutilidad y la crueldad de toda queja en voz alta. La jovencita no pudo, sin embargo, contenerse más; se ahogaba, expresó en una frase la inquietud de los dos.

—Volverás, ¿verdad? —balbució colgándose del cuello de Silvère.

Silvère, sin responder, con un nudo en la garganta y temiendo llorar como ella, la besó en la mejilla, como un hermano que no encuentra otro consuelo. Se separaron, volvieron a caer en su silencio.

Al cabo de un instante Miette se estremeció. Ya no se apoyaba contra el

hombro de Silvère, sentía helarse su cuerpo. La víspera, no se hubiera estremecido de esta suerte, al fondo de aquella vereda desierta, sobre aquella lápida sepulcral, donde, desde hacía varias temporadas, vivían tan felizmente su ternura, en la paz de los viejos muertos.

—Tengo mucho frío —dijo, volviéndose a poner la capucha de la pelliza.

—¿Quieres que caminemos? —le preguntó el jove—. Aún no son las nueve, podemos pasear un rato por la carretera.

Miette pensaba que acaso en mucho tiempo no tendría la alegría de una cita, de una de esas charlas del anochecer para las cuales vivía de día.

—Sí, caminemos —respondió con presteza—, vamos hasta el molino… Me quedaré toda la noche, si quieres.

Dejaron el banco y se escondieron en la sombra de una pila de tablas. Allí, Miette abrió su pelliza, pespunteada con pequeños rombos y forrada de una indiana rojo sangre; después echó un faldón de aquel cálido y amplio manto sobre los hombros de Silvère, envolviéndolo así por entero, juntándolo con ella, apretado contra ella, en la misma prenda. Se pasaron mutuamente el brazo en torno al talle para no formar más que uno solo. Cuando estuvieron así confundidos en un solo ser, cuando se encontraron hundidos en los pliegues de la pelliza al punto de perder toda forma humana, empezaron a andar a pasitos, dirigiéndose hacia la carretera, cruzando sin temor los espacios desnudos del depósito, blancos de luna. Miette había envuelto a Silvère, y éste se prestaba a aquella operación, de una forma muy natural, como si la pelliza les hubiera hecho, cada noche, el mismo servicio.

La carretera de Niza, a cuyos dos lados se levanta el arrabal, estaba bordeada en 1851 por olmos seculares, viejos gigantes, ruinas grandiosas y llenas aún de poderío, que la aseada municipalidad de la ciudad ha sustituido, desde hace años, por pequeños plátanos. Cuando Silvère y Miette se encontraron bajo los árboles, cuyas ramas monstruosas dibujaba la luna a lo largo del arcén, hallaron, en dos o tres ocasiones, bultos negros que se movían silenciosamente rozando las casas. Eran, al igual que ellos, parejas de enamorados, herméticamente encerrados en trozos de tela, y que paseaban al fondo de las sombras su ternura discreta.

Los amantes de las ciudades del sur han adoptado este tipo de paseos.

Los chicos y chicas del pueblo, que se casarán un día, y a quienes no les molesta besarse antes un poco, no saben dónde refugiarse para intercambiar besos a sus anchas, sin exponerse demasiado a los chismorreos. En la ciudad, aunque sus padres los dejen en entera libertad, si alquilasen una habitación, si se encontraran a solas, serían, al día siguiente, el escándalo de la región; por otra parte, no tienen tiempo, todas las tardes, de llegar a las soledades del campo. Entonces han elegido un término medio; recorren los arrabales, los baldíos, los senderos de las carreteras, todos los parajes donde hay pocos transeúntes y muchos rincones oscuros. Y para mayor prudencia, como todos los habitantes se conocen, tienen buen cuidado de volverse irreconocibles hundiéndose en una de esas grandes capas, que albergarían a una familia entera. Los padres toleran esas correrías en plenas tinieblas; la rígida moral provinciana no parece alarmarse; se da por sentado que los enamorados no se detienen nunca en los rincones ni se sientan en el fondo de los terrenos, y eso basta para calmar los alarmados pudores. Sólo pueden besarse mientras caminan. A veces, sin embargo, una chica se echa a perder: los amantes se han sentado.

Nada más encantador, en verdad, que esos paseos de amor. La imaginación mimosa e inventiva del sur está toda en ellos. Se trata de una verdadera mascarada, fértil en pequeñas felicidades, y al alcance de los pobres. La enamorada no tiene más que abrir su prenda, tiene un asilo listo para su enamorado; lo esconde sobre su corazón, en la tibieza de sus ropas, al igual que las pequeñas burguesas ocultan a sus galanes debajo de la cama o en los armarios. El fruto prohibido adquiere aquí un sabor especialmente dulce: se come al aire libre, en medio de los indiferentes, a lo largo de los caminos. Y lo que tiene de más exquisito, lo que da una penetrante voluptuosidad a los besos intercambiados, debe ser la certidumbre de poder besarse impunemente delante de la gente, de estar por las noches en público uno en brazos del otro, sin correr el peligro de ser reconocidos y señalados con el dedo. Una pareja no es sino un bulto pardo, se parece a otra pareja. Para el paseante rezagado, que ve moverse vagamente esos bultos, es el amor que pasa, sin más; el amor sin nombre, el amor que se adivina y que se ignora. Los amantes se saben bien escondidos; charlan en voz baja, están en su casa; muy a menudo no se dicen nada, caminan durante horas, al azar, felices de sentirse apretados juntos en el mismo trozo de indiana. Eso es muy voluptuoso y muy virginal a la vez. El clima es el gran culpable; sólo él debió de invitar al principio a los amantes a elegir los rincones de los arrabales como retiros.

En las buenas noches de verano, no se puede dar una vuelta por Plassans sin descubrir, en la sombra de cada lienzo de muralla, una pareja encapuchada; ciertos parajes, el ejido de San Mittre, por ejemplo, están poblados por estos dominós oscuros que se rozan lentamente, sin ruido, entre las tibiezas de la noche serena; diríanse los invitados de un baile misterioso que las estrellas dieran a los amores de la gente pobre. Cuando hace demasiado calor y las jovencitas no llevan sus pellizas, se contentan con alzar el primer refajo. En invierno, los más enamorados se ríen de las heladas. Mientras bajaban por la carretera de Niza, Silvère y Miette no pensaban para nada en quejarse de la fría noche de diciembre.

Los jóvenes cruzaron el arrabal dormido sin intercambiar una palabra. Volvían a hallar, con alegría muda, el tibio encanto de su abrazo. Sus corazones estaban tristes, la felicidad que saboreaban al apretarse uno contra otro tenía la emoción dolorosa de un adiós, y les parecía que no agotarían jamás la dulzura y la amargura de aquel silencio que acunaba lentamente su marcha. Pronto las casas fueron raleando, llegaron al extremo del arrabal. Allí se abre el portalón del Jas-Meiffren, dos fuertes pilares unidos por una verja, que deja ver, entre sus barrotes, una larga avenida de moreras. Al pasar, Silvère y Miette lanzaron instintivamente una mirada a la finca.

A partir del Jas-Meiffren, el camino real baja en suave pendiente hasta el fondo de un valle que sirve de cauce a un pequeño río, el Viorne, arroyo en verano y torrente en invierno. Las dos filas de olmos continuaban, en aquella época, y convertían la carretera en una magnífica avenida que cortaba la ladera, plantada de trigo y de entecas viñas, con una ancha cinta de árboles gigantescos. En esa noche de diciembre, bajo una luna clara y fría, los campos recién labrados se extendían en las dos inmediaciones del camino, semejantes a vastas capas de guata grisácea, capaces de amortiguar todos los ruidos del aire. A lo lejos, la voz sorda del Viorne era lo único que estremecía la inmensa paz del campo.

Cuando los jóvenes hubieron empezado a bajar por la avenida, el pensamiento de Miette volvió al Jas-Meiffren, que acababan de dejar a sus espaldas.

—Me costó mucho escaparme, esta noche —dijo—. Mi tío no se decidía a despedirme. Se había encerrado en una bodega y creo que enterraba su dinero, pues parecía muy asustado, esta mañana, por los acontecimientos que se preparan.

Silvère la estrechó con mayor dulzura.

—Vamos —respondió—, sé valiente… Llegará un tiempo en que nos veremos libremente todo el día… No hay que entristecerse.

—¡Oh! —prosiguió la jovencita moviendo la cabeza—, tú tienes esperanzas… Hay días en que estoy muy triste. No es el trabajo pesado lo que me disgusta; al contrario, a menudo me siento dichosa por la dureza de mi tío y las tareas que me impone. Tuvo razón al hacer de mí una campesina; a lo mejor yo hubiera acabado mal, porque, ya ves, Silvère, hay momentos en los que me creo maldita… Entonces me gustaría estar muerta… Pienso en eso que ya sabes…

Al pronunciar estas últimas palabras, la voz de la cría se rompió en un sollozo. Silvère la interrumpió con un tono casi duro.

—¡Cállate! —dijo—. Me habías prometido pensar menos en eso. No es tuyo el crimen. —Después añadió con acento más suave—: Nos queremos, ¿no? Cuando estemos casados, no tendrás ya horas malas.

—Ya lo sé —murmuró Miette—, tú eres bueno, me tiendes la mano. Pero ¿qué quieres?, siento temores, a veces me noto rebelde. Me parece que me han hecho daño, y entonces me dan ganas de ser mala. A ti te abro mi corazón. Cada vez que me echan en cara el nombre de mi padre, noto una quemazón en todo el cuerpo. Cuando paso los chavales gritan: «¡Eh!, la Chantegreil», me sacan de mis casillas; quisiera agarrarlos para pegarles. —Y, tras un silencio arisco, prosiguió—: Tú eres un hombre, vas a disparar tiros… Eres muy feliz.

Silvère la había dejado hablar. Al cabo de unos cuantos pasos, dijo con voz triste:

—Te equivocas, Miette, tu cólera es mala. No hay que rebelarse contra la justicia. Yo, por mi parte, voy a luchar por el derecho de todos, no tengo que satisfacer ninguna venganza.

—No importa —continuó la joven—, quisiera ser hombre y disparar tiros. Me parece que eso me haría bien. —Y como Silvère guardaba silencio, vio que lo había disgustado. Toda su fiebre se apagó. Balbució con voz suplicante—: ¿No me guardas rencor? Es tu marcha lo que me apena y

me lanza a estas ideas. Ya sé que tienes razón, que debo ser humilde…

Se echó a llorar. Silvère, emocionado, le cogió las manos y se las besó.

—Veamos —dijo tiernamente—, vas de la ira a las lágrimas, como una cría. Hay que ser razonable. Yo no te regaño… Simplemente quisiera verte más feliz, y eso depende mucho de ti.

El drama cuyo recuerdo acababa de evocar Miette tan dolorosamente dejó a los enamorados entristecidos unos minutos. Siguieron caminando, la cabeza gacha, turbados por sus pensamientos. Al cabo de un instante:

—¿Me crees mucho más feliz que tú? —preguntó Silvère, volviendo a su pesar a la conversació—. Si mi abuela no me hubiera recogido y criado, ¿qué habría sido de mí? Aparte del tío Antoine, que es un obrero como yo y que me enseñó a amar a la República, todos mis demás parientes tienen pinta de temer que los ensucie, cuando paso a su lado. —Se animaba al hablar; se había parado, reteniendo a Miette en el centro de la carretera— Dios es testigo —continuó— de que no envidio ni detesto a nadie. Pero, si triunfamos, tendré que cantarles las cuarenta a esos buenos señores. El tío Antoine sabe mucho de eso. Ya verás a nuestro regreso. Viviremos todos libres y dichosos.

Miette lo arrastró suavemente. Echaron de nuevo a andar.

—Amas mucho a tu República —dijo la niña, tratando de bromea—. ¿Me amas a mí tanto como a ella?

Se reía, pero había cierta amargura en el fondo de su risa: quizá se dijera que Silvère la abandonaba con mucha facilidad para irse de correría. El joven respondió con tono grave:

—Tú eres mi mujer. Te he dado todo mi corazón. Y amo a la República, ya ves, porque te amo. Cuando estemos casados necesitaremos mucha felicidad, y en busca de parte de esa felicidad me alejaré mañana por la mañana… ¿Es que me aconsejas que me quede en casa?

—¡Oh, no! —exclamó con vehemencia la jove—. Un hombre debe ser fuerte. ¡Qué hermoso es el valor!… Tienes que perdonarme que esté celosa. Quisiera ser tan fuerte como tú. Me amarías aún más, ¿verdad? —Guardó silencio un instante, después añadió con una vivacidad y una

ingenuidad encantadoras—: ¡Ah! ¡Qué a gusto te abrazaré, cuando vuelvas!

Este arrebato de un corazón amante y valeroso conmovió hondamente a Silvère. Cogió a Miette entre sus brazos y le dio varios besos en las mejillas. La niña se resistió un poco, riendo. Y tenía los ojos llenos de lágrimas de emoción.

En torno a los dos enamorados, la campiña continuaba su sueño, en la inmensa paz del frío. Habían llegado a la mitad de la ladera. Allí, a la izquierda, se encontraba un montículo bastante alto, en la cumbre del cual la luna blanqueaba las ruinas de un molino de viento; sólo quedaba la torre, toda derruida por un lado. Era la meta que los jóvenes habían asignado a su paseo. Desde el arrabal, caminaban en derechura, sin echar un solo vistazo a los campos que cruzaban. Tras haber besado a Miette en las mejillas, Silvère alzó la cabeza. Distinguió el molino.

—¡Cuánto hemos andado! —exclam—. Ahí está el molino. Deben de ser cerca de las nueve y media, hay que volver.

Miette torció el gesto.

—Sigamos un poco más —imploró— sólo unos pasos, hasta el atajo… De veras, sólo hasta allí.

Silvère la cogió por la cintura; sonriente. Reanudaron la bajada de la cuesta. Ya no temían las miradas de los curiosos; desde las últimas casas, no habían encontrado un alma. No por ello dejaron de arroparse en la gran pelliza. Esta pelliza, esta prenda común, era como el nido natural de sus amores. ¡Los había ocultado tantas noches felices! De haber paseado uno al lado del otro, se habrían creído muy pequeños y aislados en la vasta campiña. El no formar sino un ser los tranquilizaba, los engrandecía. Miraban, a través de los pliegues de la pelliza, los campos que se extendían a los dos bordes de la carretera, sin experimentar ese aplastamiento que los anchos horizontes indiferentes imponen a la ternura humana. Les parecía que llevaban su casa consigo, disfrutaban del campo como quien disfruta de él desde una ventana, gustosos de las tranquilas soledades, los lienzos de luz durmiente, los fragmentos de naturaleza, vagos bajo el sudario del invierno y de la noche, el valle entero que, pese a encantarles, no era, sin embargo, lo bastante fuerte para interponerse entre sus dos corazones apretados uno contra otro.

Por otra parte, habían cesado toda conversación continuada; ya no hablaban de los demás, tampoco hablaban de sí mismos; estaban en el mero minuto presente, intercambiando un apretón de manos, lanzando una exclamación al ver un rincón de paisaje, pronunciando escasas palabras, sin oírse demasiado, como adormilados por la tibieza de sus cuerpos. Silvère olvidaba sus entusiasmos republicanos; Miette sólo pensaba en que su enamorado debía dejarla dentro de una hora, para mucho tiempo, quizá para siempre. Al igual que en los días ordinarios, cuando ningún adiós turbaba la paz de sus citas, se adormecían en el arrobamiento de sus ternezas.

Seguían caminando. Pronto llegaron al atajo de que Miette había hablado, un trozo de callejuela que se adentra en el campo hasta una aldea construida a orillas del Viorne. Pero no se detuvieron, siguieron bajando, fingiendo no haber visto el sendero que se habían prometido no rebasar. Sólo unos minutos después Silvère murmuró:

—Debe de ser muy tarde, te vas a cansar.

—No, te lo juro, no estoy cansada —respondió la joven—. Caminaría así durante leguas. —Después añadió con voz mimosa—: ¿Quieres? Vamos a bajar hasta los prados de Santa Clara… Allí se acabará de veras, desandaremos el camino.

Silvère, a quien la marcha cadenciosa de la cría acunaba, y que dormitaba suavemente, con los ojos abiertos, no hizo la menor objeción. Prosiguieron con su éxtasis. Avanzaban aflojando el paso, por temor al momento en que tendrían que subir la cuesta; mientras avanzaban, les parecía marchar hacia la eternidad de aquel abrazo que los ligaba el uno al otro; el regreso era la separación, la cruel despedida. Poco a poco la pendiente de la carretera se volvía menos empinada. El fondo del valle está ocupado por praderas que se extienden hasta el Viorne, que corre al otro extremo, a lo largo de una serie de colinas bajas. Estas praderas, separadas del camino real por setos vivos, son los prados de Santa Clara.

—¡Bah! —exclamó Silvère a su vez, al divisar las primeras extensiones de hierba—, iremos hasta el puente.

Miette soltó una fresca carcajada. Cogió al joven por el cuello y lo besó ruidosamente.

En el punto donde comienzan los setos, la larga avenida de árboles terminaba entonces con dos olmos, dos colosos aún más gigantescos que los otros. Los terrenos se extienden a ras de la carretera, desnudos, similares a una ancha franja de lana verde, hasta los sauces y los abedules del río. Desde los últimos olmos al puente había, además, apenas cien metros. Los enamorados tardaron un cuarto de hora largo en salvar esa distancia. Por fin, pese toda su morosidad, se encontraron en el puente. Se detuvieron.

Ante ellos, la carretera de Niza subía por la vertiente opuesta del valle, pero sólo podían ver un tramo bastante corto, porque forma un brusco recodo, a medio kilómetro del puente, y se pierde entre laderas boscosas. Al darse la vuelta, distinguieron el otro extremo de la carretera, el que acababan de recorrer, y que va en línea recta desde Plassans al Viorne. Bajo el hermoso claro de luna invernal, hubiérase dicho una larga cinta de plata que las hileras de olmos bordeaban con dos orlas oscuras. A derecha e izquierda, las tierras de labor de la cuesta formaban anchos mares grises y vagos, cortados por esa cinta, por esa carretera blanca y helada, de un resplandor metálico. Arriba del todo brillaban, semejantes a chispas vivas, algunas ventanas todavía iluminadas del arrabal. Miette y Silvère, paso tras paso, se habían alejado una buena legua. Echaron una mirada al camino recorrido, impresionados con muda admiración ante aquel inmenso anfiteatro que subía hasta el borde del cielo, y sobre el cual corrían, como sobre los peldaños de una cascada gigante, franjas de claridad azulada. Este extraño decorado, esta apoteosis colosal, se alzaba en una inmovilidad y en un silencio de muerte. No existía nada de más soberana grandeza.

Después los jóvenes, que acababan de apoyarse contra un pretil del puente, miraron a sus pies. El Viorne, crecido por las lluvias, pasaba por debajo de ellos, con ruidos sordos y continuos. Río arriba y río abajo, entre las tinieblas amontonadas en las cavidades, distinguían las líneas negras de los árboles que crecían en las orillas; aquí y allá, un rayo de luna se deslizaba, dejando sobre el agua un reguero de estaño fundido que relucía y se agitaba, como un reflejo de luz sobre las escamas de un animal vivo. Esos resplandores corrían con un encanto misterioso a lo largo de la corriente grisácea del torrente, entre los vagos fantasmas del follaje. Parecía un valle encantado, un maravilloso retiro donde vivía con vida extraña todo un pueblo de sombras y de claridades.

Los enamorados conocían bien aquel trozo de río; en las cálidas noches de julio habían bajado allí a menudo, en busca de algún frescor; habían pasado largas horas ocultos en los bosquecillos de sauces, en la orilla derecha, en el punto donde los prados de Santa Clara despliegan su alfombra de césped hasta el borde del agua. Recordaban los menores repliegues de la ribera; las piedras sobre las que había que saltar para cruzar el Viorne, entonces delgado como un hilo; ciertos hoyos de hierba donde habían soñado sus sueños de ternura. Y así Miette, desde lo alto del puente, contemplaba con ojos de envidia la orilla derecha del torrente.

—Si hiciera más calor —suspiró—, podríamos bajar a descansar un rato, antes de subir la cuesta… —Luego, tras un silencio, sin dejar de clavar los ojos en las orillas del Viorne—: Mira, Silvère —prosiguió—, ese bulto negro, allá abajo, antes de la esclusa… ¿Te acuerdas?… Es el matorral donde nos sentamos el pasado Corpus.

—Sí, es el matorral —respondió Silvère en voz baja.

Allí era donde se habían atrevido a besarse en las mejillas. El recuerdo que la niña acababa de evocar les causó a ambos una sensación deliciosa, emoción en la cual se mezclaban las alegrías de la víspera con las esperanzas del mañana. Vieron, como al resplandor de un relámpago, las gratas tardes que habían vivido juntos, sobre todo aquella tarde del Corpus, cuyos menores detalles recordaban, el gran cielo tibio, el fresco de los sauces del Viorne, las palabras acariciadoras de su charla. Y al mismo tiempo, mientras las cosas del pasado surgían en sus corazones con dulce sabor, creyeron penetrar en la incógnita del futuro, verse uno en brazos del otro, habiendo realizado su sueño y paseando por la vida como acababan de hacerlo por la carretera, cálidamente arropados en una misma pelliza. Entonces el arrobamiento los asaltó de nuevo, los ojos en los ojos, sonriéndose, perdidos entre la muda claridad.

De pronto Silvère levantó la cabeza. Se desembarazó de los pliegues de la pelliza, aguzó la oreja. Miette, sorprendida, lo imitó, sin comprender por qué se separaba de ella con gesto tan rápido.

Desde hacía un instante llegaban ruidos confusos desde detrás de los collados entre los que se pierde la carretera de Niza. Eran como los traqueteos lejanos de una caravana de carros. El Viorne, además, cubría con su fragor aquellos ruidos aún indistintos. Pero poco a poco se

acentuaron, se parecieron a las pisadas de un ejército en marcha. Después se distinguió, en aquel estruendo continuo y creciente, un guirigay de multitud, extraños soplos de huracán acompasados y rítmicos; se dirían los truenos de una tormenta que avanzase rápidamente, turbando ya con su cercanía el aire dormido. Silvère escuchaba, sin poder captar aquellas voces de tempestad que los collados impedían que llegaran claramente hasta él. Y, de repente, una masa negra apareció en el recodo de la carretera; *La marsellesa*, cantada con furia vengadora, estalló, formidable.

—¡Son ellos! —exclamó Silvère con un arrebato de gozo y de entusiasmo.

Echó a correr, subiendo la cuesta, arrastrando a Miette. Había, a la izquierda de la carretera, un talud plantado de encinas, al cual trepó con la joven, para no verse arrastrados ambos por la oleada rugiente de la multitud.

Cuando estuvieron en el talud, en la sombra del matorral, la niña, un poco pálida, miró tristemente a aquellos hombres cuyos cantos lejanos habían bastado para arrancar a Silvère de sus brazos. Le pareció que la tropa entera acababa de interponerse entre ella y él. ¡Eran tan felices, unos minutos antes, estaban tan estrechamente unidos, tan solos, tan perdidos en el gran silencio y las discretas claridades de la luna! Y ahora Silvère, con la cabeza vuelta, sin parecer consciente siquiera de que ella estaba allí, sólo tenía miradas para aquellos desconocidos a quienes llamaba con el nombre de hermanos.

La tropa bajaba con impulso soberbio, irresistible. Nada más terriblemente grandioso que la irrupción de aquellos pocos millares de hombres en la paz muerta y helada del horizonte. Por la carretera, convertida en torrente, avanzaban olas vivientes que parecían inagotables; siempre, en el recodo del camino, aparecían nuevas muchedumbres negras, cuyos cantos henchían cada vez más la gran voz de aquella tormenta humana. Cuando aparecieron los últimos batallones, se produjo un estruendo ensordecedor. *La marsellesa* llenó el cielo, como soplada por bocas gigantes en monstruosas trompetas que la lanzaban, vibrante con sequedad de cobres, hacia todos los rincones del valle. Y la campiña dormida despertó sobresaltada; se estremeció por entero, al igual que un tambor golpeado por los palillos; resonó hasta las entrañas, repitiendo con todos sus ecos las notas ardientes del canto nacional. Y entonces no fue ya solamente la tropa la que cantaba; de los extremos del horizonte, de las rocas lejanas,

de los trozos de tierras labradas, de las praderas, de los grupos de árboles, de las más insignificantes malezas, parecieron brotar voces humanas; el ancho anfiteatro que sube desde el río a Plassans, la cascada gigantesca sobre la cual corría la azulada claridad de la luna, estaban como cubiertos por un pueblo invisible e innumerable que aclamaba a los insurgentes; y, en el fondo de las cavidades del Viorne, a lo largo de las aguas rayadas por misteriosos reflejos de estaño fundido, no había un hoyo de tinieblas donde hombres ocultos no pareciesen repetir cada estribillo con una cólera más alta. La campiña, en la conmoción del aire y del suelo, gritaba venganza y libertad. Mientras el pequeño ejército descendió por la cuesta, el rugido popular rodó así en ondas sonoras atravesadas por bruscos estallidos, sacudiendo hasta las piedras del camino.

Silvère, pálido de emoción, escuchaba y seguía mirando. Los insurgentes, que marchaban en cabeza, arrastrando tras sí aquella larga corriente hormigueante y mugiente, monstruosamente indistinta en las sombras, se acercaban al puente a rápidos pasos.

—Creía —murmuró Miette— que no teníais que atravesar Plassans.

—Habrán modificado el plan de campaña —respondió Silvère— en efecto, debíamos dirigirnos hacia la capital del departamento por la carretera de Tolón, cogiendo a la izquierda de Plassans y de Orchères. Habrán salido de Alboise esta tarde y habrán pasado por Les Tulettes al anochecer.

La cabeza de la columna había llegado ante los jóvenes. Reinaba, en el pequeño ejército, más orden del que hubiera podido esperarse de una banda de hombres indisciplinados. Los contingentes de cada ciudad, de cada villa, formaban batallones distintos que marchaban a unos pasos unos de otros. Estos batallones parecían obedecer a unos jefes. Por otra parte, el impulso que los hacía abalanzarse en aquel momento por la pendiente de la cuesta los convertía en una masa sólida y compacta, de un poderío invencible. Podía haber allí unos tres mil hombres unidos y arrastrados en bloque por un viento de cólera. Se distinguían mal, en la sombra que los altos taludes proyectaban a lo largo de la carretera, los extraños detalles de la escena. Pero, a cinco o seis pasos del matorral donde se habían refugiado Miette y Silvère, el talud de la izquierda descendía para dejar paso a un caminito que seguía el Viorne, y la luna, deslizándose por ese boquete, rayaba la carretera con una ancha franja luminosa. Cuando los primeros insurgentes entraron en aquel rayo, se

hallaron súbitamente iluminados por una claridad cuyas agudas blancuras recortaban con singular nitidez las menores aristas de los rostros y de las ropas. A medida que los contingentes desfilaban, los jóvenes los vieron así, frente a ellos, feroces, sin cesar renacientes, surgir repentinamente de las tinieblas.

Al entrar los primeros hombres en la claridad, Miette, con un movimiento instintivo, se apretó contra Silvère, aunque se sentía segura, e incluso al abrigo de las miradas. Pasó el brazo por el cuello del joven, apoyó la cabeza en su hombro. Con el rostro enmarcado por la capucha de la pelliza, pálida, se mantuvo en pie, con los ojos clavados en aquel cuadrado de luz que atravesaban rápidamente caras tan extrañas, transfiguradas de entusiasmo, con la boca abierta y negra, rebosante del grito vengador de *La marsellesa*.

Silvère, a quien sentía temblar a su lado, se inclinó entonces a su oído y le nombró los diversos contingentes, a medida que se presentaban.

La columna marchaba en filas de a ocho. A la cabeza iban unos buenos mozos, de cabezas cuadradas, que parecían tener una fuerza hercúlea y una ingenua fe de gigantes. La República debía de encontrar en ellos defensores ciegos e intrépidos. Llevaban al hombro grandes hachas cuyo filo, recién amolado, relucía al claro de luna.

—Los leñadores de los bosques de la Seille —dijo Silvèr—. Han formado un cuerpo de zapadores… A una señal de sus jefes, esos hombres irían hasta París, hundiendo las puertas de las ciudades a hachazos, como derriban los viejos alcornoques de la montaña… —El joven hablaba orgullosamente de los anchos puños de sus hermanos. Continuó, al ver llegar, detrás de los leñadores, a una cuadrilla de obreros y de hombres de barbas rudas, quemados por el so—. El contingente de la Palud. Es la primera villa que se alzó. Los hombres de blusa son obreros que trabajan los alcornoques; los otros, los hombres de chaquetas de pana, deben de ser cazadores o carboneros que viven en las gargantas de la Seille… Los cazadores conocieron a tu padre, Miette. Tienen buenas armas que manejan con destreza. ¡Ah!, ¡si todos estuvieran armados así! Faltan fusiles. Ves, los obreros sólo tienen palos.

Miette miraba, escuchaba, muda. Cuando Silvère le habló de su padre, la sangre le subió violentamente a las mejillas. Con el rostro ardiendo, examinó a los cazadores con expresión de cólera y de extraña simpatía. A

partir de ese momento, pareció animarse poco a poco con los estremecimientos de fiebre que los cantos de los insurgentes le traían.

La columna, que acababa de volver a empezar *La marsellesa*, seguía bajando, como azotada por los ásperos soplos del mistral. A la gente de La Palud la había sucedido otra tropa de obreros, entre los cuales se distinguía un número bastante grande de burgueses de gabán.

—Son los hombres de Saint-Martin de-Vaulx —prosiguió Silvèr—. Esa villa se sublevó casi al mismo tiempo que La Palud… Los patronos se han unido a los obreros. Allí hay gente rica, Miette, ricos que podrían vivir tranquilos en sus casas y que van a arriesgar sus vidas en defensa de la libertad. Hay que querer a esos ricos… Siguen faltando armas: apenas unas cuantas escopetas de caza… ¿Ves, Miette, a esos hombres que llevan en el codo izquierdo un brazalete de tela roja? Son los jefes. —Pero Silvère se retrasaba. Los contingentes bajaban por la cuesta más rápidos que sus palabras. Estaba hablando aún de la gente de Saint Martin-de-Vaulx cuando ya dos batallones habían cruzado la raya de claridad que blanqueaba la carreter—. ¿Has visto? —preguntó—: Los insurgentes de Alboise y de Les Tulettes acaban de pasar. He reconocido a Burgat, el herrero… Se habrán unido a la tropa hoy mismo… ¡Cómo corren!

Miette se inclinaba ahora, para seguir más tiempo con la mirada las pequeñas tropas que le designaba el joven. El escalofrío que se apoderaba de ella ascendía por su pecho y ponía un nudo en su garganta. En ese momento apareció un batallón más numeroso y más disciplinado que los otros. Los insurgentes que formaban parte de él, casi todos vestidos con blusas, llevaban la cintura ceñida por un cinturón rojo: parecían de un uniforme. En medio de ellos marchaba un hombre a caballo, con un sable al costado. La mayoría de aquellos soldados improvisados tenían fusiles, carabinas o viejos mosquetes de la Guardia Nacional.

—A ésos no los conozco —dijo Silvèr—. El hombre a caballo debe de ser el jefe de quien me han hablado. Ha traído consigo los contingentes de Faverolles y de los pueblos vecinos. Toda la columna tendría que estar equipada de esa forma. —No tuvo tiempo de recobrar el resuell—. ¡Ah!, ¡ahí están los campesinos! —gritó.

Tras la gente de Faverolles, avanzaban grupitos compuestos cada uno por diez o veinte hombres, a lo sumo. Todos llevaban la chaqueta corta de los

campesinos del sur. Blandían al cantar horcas y hoces; algunos, incluso, sólo tenían anchas palas de jornalero. Cada aldehuela había enviado a sus hombres sanos.

Silvère, que reconocía los grupos por sus jefes, los enumeró con voz febril.

—¡El contingente de Chavanoz! —dij—. Sólo tiene ocho hombres, pero son robustos; el tío Antoine los conoce… ¡Ahí está Nazères! ¡Ahí Poujouls! Están todos, ni uno ha faltado a la llamada… ¡Valqueyras! Mira, el señor cura es de la partida; me han hablado de él, es un buen republicano. —Se embriagaba. Ahora que cada batallón no contaba sino con unos cuantos insurgentes, tenía que nombrarlos a toda prisa, y esta precipitación le daba pinta de loc—. ¡Ah! Miette —continuó—, ¡qué hermoso desfile! ¡Rozan! ¡Vernoux! ¡Corbière!, y aún quedan más, vas a ver… No tienen más que hoces, éstos, pero segarán a la tropa tan a ras como la hierba de sus prados… ¡Saint-Eutrope! ¡Mazet! ¡Les Gardes! ¡Marsanne! ¡Toda la vertiente norte de la Seille!… ¡Vamos, venceremos! La región entera está con nosotros. Mira los brazos de esos hombres, son duros y negros como el hierro… Y la cosa no acaba. ¡Ahí viene Pruinas! ¡Las Rocas Negras! Son contrabandistas, estos últimos; tienen carabinas… Más hoces y horcones, continúan los contingentes del campo. ¡Castel-le-Vieux! ¡Sainte Anne! ¡Graille! ¡Estourmel! ¡Murdaran!

Y remató, con voz estrangulada por la emoción, la enumeración de aquellos hombres, a los cuales un torbellino parecía atrapar y llevarse a medida que los designaba. Crecido de tamaño, con el rostro ardiente, señalaba con gesto nervioso los contingentes. Miette seguía ese gesto. Se sentía atraída hacia la parte baja de la carretera, como por las profundidades de un precipicio. Para no resbalar a lo largo del talud, se sujetaba al cuello del joven. Una embriaguez singular brotaba de aquella multitud borracha de ruido, de valor y de fe. Esos seres entrevistos en un rayo de luna, esos adolescentes, esos hombres maduros, esos ancianos que blandían las armas más extrañas, vestidos con las prendas más diversas, desde la blusa de trabajo hasta la levita del burgués; esa fila interminable de cabezas, a las que la hora y la circunstancia imprimían expresiones inolvidables de energía y de pasión fanáticas, adquirían a la larga ante los ojos de la joven una impetuosidad vertiginosa de torrente. En ciertos momentos, le parecía que ya no caminaban, que eran arrastrados por la propia Marsellesa, por ese canto ronco de formidables sonoridades. No podía distinguir las palabras, sólo oía un estruendo

continuo, que iba de las notas sordas a las notas vibrantes, agudas como puntas que, a sacudidas, se hundieran en su carne. Este bramido de la rebelión, esta llamada a la lucha y a la muerte, con sus tirones de cólera, sus deseos ardientes de libertad, su asombrosa mezcla de matanzas y de impulsos sublimes, llegándole al corazón, sin tregua, y con mayor profundidad a cada brutalidad del ritmo, le causaba una de esas angustias voluptuosas de virgen mártir que se yergue y sonríe bajo el látigo. Y siempre, envuelta en la oleada sonora, la multitud fluía. El desfile, que duró apenas unos minutos, les pareció a los jóvenes que no iba a terminar nunca.

Es cierto que Miette era una niña. Había palidecido al acercarse la tropa, había llorado por sus ternezas idas; pero era una niña valiente, una naturaleza ardiente a quien el entusiasmo exaltaba con facilidad. Así, la emoción que la había ido ganando poco a poco la sacudía ahora por entero. Se transformaba en muchacho. De buena gana habría cogido un arma y seguido a los insurgentes. Sus dientes blancos, a medida que desfilaban fusiles y hoces, parecían más largos y más agudos, entre sus labios rojos, semejantes a los colmillos de un lobo joven que tuviera ganas de morder. Y cuando oyó a Silvère enumerar con voz cada vez más presurosa los contingentes del campo, le pareció que el impulso de la columna se aceleraba aún más a cada palabra del joven. Pronto fue un arrebato, una polvareda de hombres barrida por una tempestad. Todo empezó a girar ante ella. Cerró los ojos. Gruesas lágrimas cálidas corrían por sus mejillas.

Silvère tenía, también, el llanto al borde de los párpados.

—No veo a los hombres que han salido de Plassans esta tarde —murmuró. Trataba de distinguir el extremo de la columna, que se encontraba aún en la sombra. Después gritó con alegría triunfante—: ¡Ah!, ¡ahí vienen!… ¡Tienen la bandera, les han encomendado la bandera!

Entonces quiso saltar del talud para ir a reunirse con sus compañeros; pero, en ese momento, los insurgentes se detuvieron. Unas órdenes corrieron a lo largo de la columna. *La marsellesa* se extinguió en un postrer bramido, y sólo se oyó ya el murmullo confuso del gentío, aún enteramente vibrante. Silvère, que escuchaba, pudo entender las órdenes que los contingentes se transmitían, y que llamaban a la gente de Plassans a la cabeza de la tropa. Cuando cada batallón se alineaba al borde de la carretera, para dejar paso a la bandera, el joven, arrastrando a

Miette, empezó a subir por el talud.

—Ven —le dijo—, estaremos antes que ellos del otro lado del puente.

Y cuando estuvieron arriba, en las tierras de labor, corrieron hasta un molino cuya esclusa intercepta el río. Allí, cruzaron el Viorne por una tabla que los molineros habían echado. Después cortaron de través los prados de Santa Clara, siempre de la mano, siempre corriendo, sin intercambiar una palabra. La columna formaba, en el camino real, una línea oscura que ellos siguieron a lo largo de los setos. Había huecos entre los majuelos. Silvère y Miette saltaron a la carretera por uno de esos huecos.

Pese al rodeo que acababan de dar, llegaron al mismo tiempo que la gente de Plassans. Silvère intercambió algunos apretones de manos; debieron de pensar que se había enterado de la nueva ruta de los insurgentes y que había ido a su encuentro. Miette, cuyo rostro estaba semioculto por la capucha de la pelliza, fue observada con curiosidad.

—¡Eh!, es la Chantegreil —dijo un hombre del arrabal—, la sobrina de Rébufat, el aparcero del Jas-Meiffren.

—¿De dónde sales, trotacalles? —gritó otra voz.

Silvère, embriagado de entusiasmo, no había pensado en el singular papel que haría su enamorada ante las bromas seguras de los obreros. Miette, confusa, lo miraba como para implorar ayuda y socorro. Pero, antes incluso de que él hubiera podido abrir los labios, una nueva voz se alzó en el grupo, diciendo con brutalidad:

—Su padre está en presidio, no queremos con nosotros a la hija de un ladrón y un asesino.

Miette palideció espantosamente.

—Miente —murmuró—, mi padre ha matado, pero no ha robado. —Y como Silvère apretaba los puños, más pálido y más tembloroso que ell—. Deja —prosiguió—, es asunto mío… —Después, volviéndose hacia el grupo, repitió con un estallid—. ¡Mienten, mienten! Nunca le quitó un céntimo a nadie. Lo saben muy bien. ¿Por qué lo insultan, cuando no puede estar aquí?

Se había erguido, soberbia en su cólera. Su natural ardiente, semisalvaje,

parecía aceptar con bastante calma la acusación de asesinato; pero la acusación de robo la exasperaba. Lo sabían, y por eso la multitud le echaba a menudo esta acusación en cara, por estúpida malignidad.

El hombre que acababa de llamar ladrón a su padre se había limitado a repetir, por lo demás, lo que oía decir hacía años. Ante la actitud violenta de la niña, los obreros rieron burlonamente. Silvère seguía apretando los puños. La cosa iba a ponerse fea cuando un cazador de la Seille, que estaba sentado en un montón de piedras, al borde de la carretera, esperando que se reanudara la marcha, acudió en auxilio de la jovencita.

—La pequeña tiene razón —dijo—, Chantegreil era uno de los nuestros. Yo lo conocí. Nunca se vio claro su asunto. Lo que es yo, siempre creí en la verdad de sus declaraciones ante los jueces. El gendarme al que abatió de un tiro de fusil, durante la caza, debía de tenerlo también apuntado con su carabina. ¡Uno se defiende, qué quieren! Pero Chantegreil era un hombre honrado, Chantegreil no ha robado.

Como suele ocurrir en semejantes casos, el testimonio de aquel cazador furtivo bastó para que Miette encontrase defensores. Varios obreros aseguraron igualmente haber conocido a Chantegreil.

—Sí, sí, es cierto —dijeron—. No era un ladrón. Hay, en Plassans, canallas a los que habría que enviar a presidio en su lugar… Chantegreil era nuestro hermano… Vamos, pequeña, cálmate.

Nunca Miette había oído hablar bien de su padre. Normalmente lo calificaban delante de ella de bribón, de criminal, y he aquí que se encontraba con buenos corazones que tenían para él palabras de perdón y lo declaraban un hombre honrado. Entonces se derritió en lágrimas, recobró la emoción que *La marsellesa* había puesto en su garganta, buscó cómo podría darles las gracias a aquellos hombres bondadosos con los desgraciados. Por un momento, se le ocurrió la idea de estrecharles las manos a todos, como un chico. Pero su corazón encontró algo mejor. A su lado estaba en pie el insurgente que llevaba la bandera. Tocó el asta de la bandera y, por todo agradecimiento, dijo con voz suplicante:

—Démela, yo la llevaré.

Los obreros, de almas sencillas, comprendieron el lado ingenuamente sublime de este agradecimiento.

—Eso es —gritaron—, la Chantegreil llevará la bandera.

Un leñador comentó que se cansaría pronto, que no podría llegar muy lejos.

—¡Oh!, soy fuerte —dijo ella orgullosamente arremangándose y mostrando sus brazos gruesos, tan rollizos ya como los de una mujer hecha. Y al tenderle la bandera—: Esperen —prosiguió.

Se quitó vivamente la pelliza, que volvió a ponerse en seguida, tras haberle dado la vuelta por el lado del forro rojo. Entonces apareció, a la blanca claridad de la luna, arrebujada en un ancho manto de púrpura que le caía hasta los pies. La capucha, detenida en el borde de su moño, la tocaba con una especie de gorro frigio. Cogió la bandera, apretó el asta contra su pecho, y se mantuvo erguida, entre los pliegues de aquel pendón sangriento que ondeaba detrás de ella. Su cabeza de chiquilla exaltada, con sus cabellos crespos, sus grandes ojos húmedos, sus labios entreabiertos en una sonrisa, tuvo un impulso de enérgica altivez al erguirse a medias hacia el cielo. En ese momento, fue la virgen Libertad.

Los insurgentes estallaron en aplausos. Aquellos meridionales, de imaginación viva, quedaron impresionados y entusiasmados por la brusca aparición de aquella chicarrona roja de arriba abajo que apretaba tan nerviosamente contra su seno la bandera. Del grupo partieron gritos:

—¡Bien por la Chantegreil! ¡Viva la Chantegreil! ¡Se quedará con nosotros, nos traerá suerte!

La hubieran aclamado mucho tiempo de no haber llegado la orden de reanudar la marcha. Y mientras la columna se ponía en movimiento, Miette apretó la mano de Silvère, que acababa de colocarse a su lado, y le murmuró al oído:

—¡Ya lo oyes! Me quedaré contigo. ¿Quieres?

Silvère, sin responder, le devolvió el apretón. Aceptaba. Hondamente emocionado, era incapaz por lo demás de no dejarse llevar por el mismo entusiasmo que sus compañeros. ¡Miette le había parecido tan hermosa, tan grande, tan santa! Durante toda la subida de la cuesta volvió a verla ante sí, radiante, con una aureola de púrpura. Ahora, la confundía con su

otra amante adorada, la República. Le habría gustado haber llegado ya, tener su fusil al hombro. Pero los insurgentes subían con lentitud. Se había dado la orden de hacer el menor ruido posible. La columna avanzaba entre las dos hileras de olmos, semejante a una gigantesca serpiente en la cual cada anillo tuviera extraños estremecimientos. La noche helada de diciembre había recobrado su silencio, y sólo el Viorne parecía retumbar con voz más fuerte.

Desde las primeras casas del arrabal, Silvère se adelantó corriendo para ir a buscar su fusil al ejido de San Mittre, que encontró dormido bajo la luna. Cuando dio alcance a los insurgentes, éstos habían llegado a la puerta de Roma. Miette se inclinó, y le dijo con su sonrisa de niña:

—Me parece estar en la procesión del Corpus, y llevar el estandarte de la Virgen.

Capítulo 2

Plassans es una subprefectura de unas diez mil almas. Edificada sobre la meseta que domina el Viorne, adosada al norte a las colinas de Les Garrigues, una de las últimas ramificaciones de los Alpes, la ciudad está como situada al fondo de un callejón sin salida. En 1851 sólo se comunicaba con las regiones vecinas por dos carreteras, la carretera de Niza, que desciende al este, y la carretera de Lyon, que sube al oeste, la una continuación de la otra, con dos líneas casi paralelas. Desde esa época, se ha construido un ferrocarril cuya vía pasa al sur de la ciudad, debajo de la ladera que va en empinada pendiente desde las antiguas murallas hasta el río. Hoy en día, cuando se sale de la estación, situada en la orilla derecha del pequeño torrente, se ven, al alzar la cabeza, las primeras casas de Plassans, cuyos jardines forman terrazas. Hay que subir un cuarto de hora largo antes de llegar a esas casas.

Hace unos veinte años, y gracias sin duda a la falta de comunicaciones, ninguna ciudad había conservado mejor el carácter devoto y aristocrático de las antiguas villas provenzales. Tenía, y tiene todavía hoy, todo un barrio de grandes mansiones edificadas bajo Luis XIV y Luis XV una docena de iglesias, casas de jesuitas y de capuchinos, y un número considerable de conventos. La distinción entre las clases ha quedado mucho tiempo resuelta por la división de los barrios. Plassans cuenta con tres, que forman cada cual como un burgo particular y completo, con sus iglesias, sus paseos, sus costumbres, sus horizontes.

El barrio de los nobles, que se llama barrio de San Marcos, por el nombre de una de las parroquias que lo atienden, un pequeño Versalles de calles rectas, roídas por las hierbas, y cuyas anchas casas cuadradas esconden vastos jardines, se extiende al sur, al borde de la meseta; ciertas mansiones, construidas a ras de la pendiente, tienen una doble hilera de terrazas, desde donde se descubre todo el valle del Viorne, admirable vista muy alabada en la región. El barrio viejo, la ciudad antigua, despliega al noroeste sus callejas estrechas y tortuosas, bordeadas de casuchas oscilantes; allí se encuentran el ayuntamiento, el tribunal civil, el mercado,

la gendarmería; esta parte de Plassans, la más populosa, está ocupada por los obreros, los comerciantes, toda la clase modesta activa y miserable. La ciudad nueva, por último, forma una especie de cuadrilátero, al nordeste; la burguesía, quienes han amasado céntimo a céntimo una fortuna, y quienes ejercen una profesión liberal, habitan allí en casas bien alineadas, enlucidas con un revoque amarillo claro. Este barrio, embellecido por la subprefectura, un feo edificio de yeso adornado con rosetones, apenas contaba con cinco o seis calles en 1851; es de creación reciente y, sobre todo después de la construcción del ferrocarril, el único que tiende a crecer.

Lo que, en nuestros días, divide aún Plassans en tres partes independientes y distintas, es que los barrios están netamente limitados por grandes vías. El paseo Sauvaire y la calle de Roma, que es como su prolongación estrangulada, van de oeste a este, de la puerta Grande a la puerta de Roma, cortando así la ciudad en dos pedazos, separando el barrio de los nobles de los otros dos barrios. Estos están a su vez delimitados por la calle de la Banne; esta calle, la más bonita de la comarca, nace en un extremo del paseo Sauvaire y sube hacia el norte, dejando a la izquierda las masas negras del barrio viejo, a la derecha las casas amarillo claro de la ciudad nueva. Allí, hacia la mitad de la calle, al fondo de una plazuela plantada con entecos árboles, se alza la subprefectura, monumento del cual los burgueses de Plassans están muy orgullosos.

Como para aislarse más y encerrarse mejor en sí, la ciudad está rodeada por un cinturón de viejas murallas que hoy sólo sirven para hacerla más negra y estrecha Habría que demoler a tiros de fusil esas fortificaciones ridículas, comidas por la yedra y coronadas por alhelíes silvestres, a lo sumo iguales en altura y espesor a los muros de un convento. Están horadadas por varias aberturas, de las cuales las dos principales, la puerta de Roma y la puerta Grande, se abren la primera sobre la carretera de Niza, la segunda sobre la carretera de Lyon, en la otra punta de la ciudad. Hasta 1853 esas aberturas estuvieron guarnecidas por enormes puertas de madera de dos hojas, cimbradas en lo alto, y reforzadas por planchas de hierro. A las once en verano, a las diez en invierno, se cerraban esas puertas con doble llave. La ciudad, tras haber echado así los cerrojos como una muchacha miedosa, dormía tranquila. Un guardián, que habitaba en una caseta situada en uno de los ángulos interiores de cada portalón, tenía a su cargo abrir a las personas retrasadas. Pero había que

parlamentar un buen rato. El guardián sólo introducía a la gente tras haber iluminado con su farol y examinado atentamente las caras a través de una mirilla; a poco que le desagradaran, dormían fuera. Todo el espíritu de la ciudad, hecho de cobardía, de egoísmo, de rutina, de odio a lo de afuera y del deseo religioso de una vida enclaustrada, se encontraba en esas vueltas de llave dadas cada noche a las puertas. Plassans, cuando estaba bien candada, se decía: «Estoy en mi casa», con la satisfacción de un burgués devoto que, sin temores por su caja, seguro de no verse despertado por ningún alboroto, va a rezar sus oraciones y a meterse voluptuosamente en cama. No hay ciudad, creo, que se haya empeñado tan tarde en encerrarse como una monja.

La población de Plassans se divide en tres grupos: tantos barrios, tantos pequeños mundos aparte. Hay que dejar al margen a los funcionarios, el subprefecto, el recaudador particular [1], el registrador de la propiedad, el jefe de correos, todos personas ajenas a la comarca, poco amados y muy envidiados, que viven a su antojo. Los verdaderos habitantes, los que han crecido allí y están firmemente decididos a morir allí, respetan demasiado las costumbres heredadas y las demarcaciones establecidas para no encerrarse por sí solos en una de las sociedades de la ciudad.

Los nobles se enclaustran herméticamente. Desde la caída de Carlos X, apenas salen, apresurándose a regresar a sus grandes mansiones silenciosas, caminando furtivamente, como en tierra enemiga. No van a casa de nadie, y ni siquiera se visitan entre sí. Sus salones tienen por únicos asiduos a unos cuantos sacerdotes. En verano, viven en los castillos que poseen en las cercanías; en invierno, se quedan al amor de la lumbre. Son muertos que se aburren en vida. Por eso su barrio tiene la pesada calma de un cementerio. Las puertas y las ventanas están cuidadosamente atrancadas; diríase una sucesión de conventos cerrados a todos los ruidos del exterior. De vez en cuando se ve pasar a un cura cuyos andares discretos ponen un silencio más a lo largo de las casas cerradas, y que desaparece como una sombra por el resquicio de una puerta.

La burguesía, los comerciantes retirados, los abogados, los notarios, todo el mundillo acomodado y ambicioso que puebla la ciudad nueva, trata de dar cierta vida á Plassans. Van a las veladas del señor subprefecto y sueñan con corresponder con fiestas parecidas. Buscan de buen grado la popularidad, llaman «buen hombre» a un obrero, hablan de cosechas con

los campesinos, leen los periódicos, se pasean los domingos con sus esposas. Son los espíritus avanzados del lugar, los únicos que se permiten reír al hablar de las murallas; incluso varios de ellos han reclamado de «los ediles» la demolición de esas viejas fortificaciones, «vestigio de otra época». Por lo demás, los más escépticos de ellos sienten una violenta conmoción de gozo cada vez que un marqués o un conde acceden a honrarlos con un leve saludo. El sueño de todo burgués de la ciudad nueva es ser admitido en un salón del barrio de San Marcos. Saben perfectamente que ese sueño es irrealizable, y eso es lo que les hace gritar muy alto que son librepensadores, librepensadores sólo de palabra, muy amigos de la autoridad, que se arrojan en brazos del primer salvador al menor rugido del pueblo. El grupo que trabaja y vegeta en el barrio viejo no está tan netamente determinado. El pueblo, los obreros, están en mayoría; pero también se encuentran pequeños detallistas e incluso algunos grandes negociantes. A decir verdad, Plassans está lejos de ser un centro comercial; se trafica lo justo para desembarazarse de las producciones de la región, aceites, vinos, almendras. En cuanto a la industria, está apenas representada por tres o cuatro curtidurías que apestan una de las calles del barrio viejo, manufacturas de sombreros de fieltro y una fábrica de jabón relegada a un rincón del arrabal. Este mundillo comercial e industrial, aunque frecuenta, en días señalados, a los burgueses de la ciudad nueva, vive sobre todo en medio de los trabajadores de la ciudad vieja. Comerciantes, detallistas, obreros, tienen intereses comunes que los unen en una sola familia. Sólo el domingo los patronos se lavan las manos y hacen rancho aparte. Por lo demás, la población obrera, que apenas llega a un quinto, se pierde en medio de los ociosos de la comarca.

Una sola vez a la semana, durante el buen tiempo, los tres barrios de Plassans se encuentran cara a cara. Toda la ciudad se encamina al paseo Sauvaire, el domingo, después de las vísperas; hasta los mismos nobles se aventuran. Pero, en esa especie de bulevar plantado con dos hileras de plátanos, se establecen tres corrientes muy distintas. Los burgueses de la ciudad nueva se limitan a pasar; salen por la puerta Grande y cogen, a la derecha, la avenida de la Explanada, a lo largo de la cual van y vienen hasta la caída de la noche. Durante ese tiempo, la nobleza y el pueblo se reparten el paseo Sauvaire. Desde hace más de un siglo, la nobleza ha elegido la acera situada al sur, bordeada por una fila de grandes mansiones y que es la primera en ser abandonada por el sol; el pueblo ha tenido que contentarse con la otra acera, la del norte, donde se encuentran

los cafés, los hoteles, los estancos. Y toda la tarde el pueblo y la nobleza pasean, subiendo y bajando por la avenida, sin que jamás un obrero o un noble haya pensado en cambiar de acera. Los separan siete u ocho metros, pero permanecen a mil leguas unos de otros, siguiendo con escrúpulo dos líneas paralelas, como si no tuvieran que encontrarse en este bajo mundo. Incluso en épocas revolucionarias cada cual ha conservado su acera. Este paseo reglamentario del domingo y las vueltas de llave dadas por la noche a las puertas son hechos del mismo orden, que bastan para juzgar a las diez mil almas de la ciudad.

Fue en este medio ambiente particular donde vegetó hasta 1848 una familia oscura y poco estimada, cuyo jefe, Pierre Rougon, desempeñó más adelante un importante papel, gracias a ciertas circunstancias.

Pierre Rougon era hijo de un campesino. La familia de su madre, los Fouque, como se les denominaba, poseía, a finales del pasado siglo, un vasto terreno situado en el arrabal, detrás del antiguo cementerio de San Mittre; ese terreno se agregó más adelante al Jas-Meiffren. Los Fouque eran los hortelanos más ricos de la región; abastecían de verduras a todo un barrio de Plassans. El apellido de esta familia se extinguió unos años antes de la Revolución. Sólo quedó una hija, Adélaïde, nacida en 1768, y que se encontró huérfana a la edad de dieciocho años. Esta niña, cuyo padre murió loco, era una criatura alta, flaca, pálida, de mirada pasmada, de modales singulares que pudieron tomarse por salvajismo mientras fue pequeña. Pero, al crecer, se volvió aún más extravagante; cometió ciertas acciones que las mejores cabezas del arrabal no pudieron explicar razonablemente, y a partir de entonces corrió el rumor de que le faltaba un tornillo, como a su padre. Se encontraba sola en la vida, hacía apenas seis meses, dueña de una hacienda que la convertía en una heredera muy solicitada, cuando se supo su casamiento con un muchacho quintero, un tal Rougon, campesino mal desbastado, llegado de los Bajos Alpes. Este Rougon, tras la muerte del último de los Fouque, que lo había contratado para una temporada, se había quedado al servicio de la hija del difunto. De servidor a sueldo pasaba bruscamente al envidiado título de marido. Esa boda constituyó una primera sorpresa para la opinión; nadie pudo entender por qué Adélaïde prefería a aquel pobre diablo, basto, torpe, ordinario, que apenas sabía hablar francés, a tales o cuales jóvenes, hijos de labradores acomodados, que rondaban a su alrededor hacía tiempo. Y como en provincias nada debe quedar inexplicado, quisieron ver un misterio cualquiera en el fondo del asunto, pretendieron incluso que la boda entre

los dos jóvenes había resultado de absoluta necesidad. Pero los hechos desmintieron esas maledicencias. Adélaïde tuvo un hijo al cabo de doce meses largos. El arrabal se enojó; no podía admitir que se hubiera equivocado, pretendía penetrar en el supuesto secreto; por ello todas las comadres se pusieron a espiar a los Rougon. No tardaron en tener amplia materia para chismorreos. Rougon murió casi de repente, quince meses después de la boda, de una insolación que cogió, un mediodía, sachando un plantel de zanahorias. Apenas había transcurrido un año cuando la viuda provocó un escándalo inaudito: se supo a ciencia cierta que tenía un amante; no parecía ocultarse; varias personas afirmaban haberla oído tutear en público al sucesor del pobre Rougon. ¡Un año de viudez, a lo sumo, y un amante! Semejante olvido de las conveniencias pareció monstruoso, al margen de la sana razón. Lo que volvió el escándalo más resonante fue la extraña elección de Adélaïde. Vivía entonces al fondo del callejón de San Mittre, en una casucha cuya trasera daba al terreno de los Fouque, un hombre de mala fama a quien se designaba de ordinario con esta locución: «El pillo de Macquart». Ese hombre desaparecía semanas enteras; después se le veía reaparecer, un buen día, con los brazos vacíos, las manos en los bolsillos, ganduleando; silbaba, parecía volver de un paseíto. Y las mujeres, sentadas en el umbral de sus puertas, decían al verlo pasar: «¡Mira! ¡El pillo de Macquart! Habrá escondido sus fardos y su fusil en algún agujero del Viorne». La verdad era que Macquart no tenía rentas, y comía y bebía como feliz haragán en sus cortas estancias en la ciudad. Bebía sobre todo con feroz empecinamiento; solo en una mesa, al fondo de la taberna, se ensimismaba cada tarde, con los ojos estúpidamente clavados en su vaso, sin escuchar nunca ni mirar a su alrededor. Y cuando el vinatero cerraba su puerta, se retiraba con paso firme, la cabeza más alta, como enderezado por la borrachera. «Macquart camina muy derecho, está borracho perdido», decían al verlo regresar a casa. De ordinario, cuando no había bebido, andaba ligeramente encorvado, evitando las miradas de los curiosos, con una especie de timidez salvaje. Desde la muerte de su padre, un obrero curtidor, que le había dejado por toda herencia la casucha del callejón de San Mittre, no se le conocían parientes ni amigos. La proximidad de las fronteras y la vecindad de los bosques de la Seille habían hecho de este perezoso y singular mozo un contrabandista a la par que cazador furtivo, uno de esos seres de semblante equívoco de quienes dicen los transeúntes: «No quisiera encontrarme con esa cara a medianoche, en un rincón del bosque». Alto, terriblemente barbudo, de cara flaca, Macquart era el terror de las buenas mujeres del arrabal; lo acusaban de comerse a los niños

crudos. Contando apenas treinta años, aparentaba cincuenta. Bajo la maraña de su barba y las mechas de pelo, que le cubrían el rostro, como los mechones de un perro de lanas, sólo se distinguía el brillo de sus ojos pardos, la mirada furtiva y triste de un hombre de instintos vagabundos, a quien el vino y una vida de paria han vuelto malo. Aun cuando no se pudiera precisar ninguno de sus crímenes, no se cometía un robo ni un asesinato en la región sin que la primera sospecha recayese sobre él. ¡Y era a ese ogro, ese bandido, ese pillo de Macquart a quien Adélaïde había escogido! En veinte meses, tuvo dos hijos, un niño, y después una niña. Ni por un instante se habló de matrimonio entre ellos. Nunca el arrabal había visto semejante audacia en la mala conducta. La estupefacción fue tan grande, la idea de que Macquart hubiera podido encontrar una amante joven y rica trastocó hasta tal punto las creencias de las comadres, que casi se mostraron suaves con Adélaïde.

—¡Pobrecita! Se ha vuelto completamente loca —decían—; si tuviera una familia, hacía tiempo que estaría encerrada. —Y como siempre se ignoró la historia de aquellos extraños amores, de nuevo acusaron al canalla de Macquart de haber abusado del débil cerebro de Adélaïde para robarle su dinero.

El hijo legítimo, Pierre Rougon, creció con los bastardos de su madre. Adélaïde conservó a su lado a estos últimos, Antoine y Ursule, los lobeznos, como los llamaban en el barrio, aunque sin tratarlos ni más ni menos tiernamente que al hijo de sus primeras nupcias. Parecía no tener conciencia muy clara de la situación que la vida deparaba a esas dos pobres criaturas. Para ella, eran sus hijos con el mismo derecho que el primogénito; salía a veces llevando a Pierre de una mano y a Antoine de la otra, sin darse cuenta de la forma profundamente diferente con que se miraba a los pequeñines.

Fue una casa singular.

Durante cerca de veinte años, cada cual vivió allí a su capricho, tanto los hijos como la madre. Todo creció libremente. Al hacerse mujer, Adélaïde había seguido siendo la alta chiquilla rara que pasaba a los quince años por una salvaje; no es que estuviera loca, como pretendía la gente del arrabal, pero había en ella una falta de equilibrio entre la sangre y los nervios, una especie de desarreglo del cerebro y del corazón, que la hacía vivir al margen de la vida ordinaria, de una forma distinta a la de todo el mundo. Ciertamente, era muy natural, muy lógica consigo misma; sólo que

su lógica se convertía en pura demencia a los ojos de sus vecinos. Parecía querer exhibirse, buscar malignamente que todo, en su casa, fuera de mal en peor, cuando obedecía con gran ingenuidad a los meros impulsos de su temperamento.

Desde su primer parto sufrió crisis nerviosas que la sumían en terribles convulsiones. Estas crisis reaparecían periódicamente cada dos o tres meses. Los médicos que fueron consultados respondieron que no había nada que hacer, que la edad calmaría esos accesos. Le pusieron solamente un régimen de carnes poco hechas y de vino de quina. Esas sacudidas repetidas terminaron por desequilibrarla. Vivió al día, como una niña, como un animal acariciador que cede a sus instintos. Cuando Macquart estaba de gira, se pasaba los días ociosa, soñadora, sin ocuparse de sus hijos más que para besarlos y jugar con ellos. Después, en cuanto regresaba su amante, desaparecía.

Detrás de la casucha de Macquart había un patizuelo separado del terreno de los Fouque por una tapia. Una mañana, los vecinos quedaron muy sorprendidos al ver la tapia horadada por una puerta que no estaba allí la tarde anterior. En una hora, todo el arrabal desfiló por las ventanas contiguas. Los amantes habían debido de trabajar toda la noche para hacer la abertura y colocar la puerta. Ahora podían ir libremente de la casa del uno a la del otro. El escándalo volvió a empezar; fueron menos suaves con Adélaïde, que decididamente era la vergüenza del arrabal; aquella puerta, aquella confesión tranquila y brutal de vida en común le fue más violentamente reprochada que sus dos hijos. «Hay que guardar al menos las apariencias», decían las mujeres más tolerantes. Adélaïde ignoraba lo que se denomina «guardar las apariencias»; estaba muy feliz, muy orgullosa de su puerta; había ayudado a Macquart a arrancar las piedras del muro, incluso le había mezclado el yeso para que la tarea avanzara más de prisa; por eso fue, al día siguiente, con una alegría infantil, a mirar su obra, a plena luz, lo cual pareció el colmo de la desvergüenza a tres comadres, que la vieron contemplando el trabajo de albañilería aún fresco. A partir de entonces, a cada aparición de Macquart, pensaron, al no ver ya a la joven, que se iba a vivir con él a la casucha del callejón de San Mittre.

El contrabandista venía muy irregularmente, casi siempre de improviso. Nunca se supo con exactitud cuál era la vida de los amantes, durante los dos o tres días que él pasaba en la ciudad, de vez en cuando. Se encerraban, la pequeña vivienda parecía deshabitada. Como el arrabal

había decidido que Macquart había seducido a Adélaïde únicamente para comerle su dinero, se extrañaron, a la larga, de ver al hombre vivir como en el pasado, sin cesar por montes y valles, tan mal pertrechado como antes. Quizá la joven lo amaba tanto más cuanto que lo veía con largos intervalos; quizá él se había resistido a sus súplicas, experimentando la imperiosa necesidad de una existencia aventurera. Inventaron mil fábulas, sin poderse explicar razonablemente una relación que se había anudado y se prolongaba al margen de todos los hechos ordinarios. La vivienda del callejón de San Mittre continuó herméticamente cerrada y guardó sus secretos. Se adivino solamente que Macquart debía de pegarle a Adélaïde, aunque jamás saliera de la casa el ruido de una disputa. En varias ocasiones ella reapareció con la cara magullada, los cabellos arrancados. Por lo demás, ni el menor abatimiento de sufrimiento o de tristeza, ni la menor preocupación por ocultar sus magulladuras. Sonreía, parecía dichosa. Sin duda se dejaba apalear sin soltar una palabra. Más de quince años se prolongó esta existencia.

Cuando Adélaïde regresaba a su casa, la encontraba saqueada, sin emocionarse en lo más mínimo. Carecía absolutamente del sentido práctico de la vida. El valor exacto de las cosas, la necesidad de orden se le escapaban.

Dejó crecer a sus hijos como esos ciruelos que nacen a lo largo de los caminos, al capricho de la lluvia y del sol. Dieron sus frutos naturales, como salvajes que la podadera no ha injertado ni podado. Nunca la naturaleza fue menos contrariada, nunca unos pequeños seres dañinos crecieron más francamente en el sentido de sus instintos. Mientras tanto, se revolcaban en los planteles de verduras, se pasaban la vida al aire libre, jugando y peleándose como golfos. Robaban las provisiones de la vivienda, devastaban los pocos frutales del cercado, eran los demonios familiares, saqueadores y gritones, de aquella extraña casa de la locura lúcida. Cuando su madre desaparecía días enteros, su estrépito se volvía tal, encontraban invenciones tan diabólicas para molestar a la gente, que los vecinos tenían que amenazarlos con darles de latigazos. Adélaïde, por otra parte, no los asustaba apenas; cuando estaba allí, si resultaban menos insoportables para los demás era porque la tomaban a ella como víctima, faltando regularmente a la escuela cinco o seis veces por semana, haciendo de todo para atraerse una paliza que les permitiría berrear a sus anchas. Pero ella nunca les pegaba, ni siquiera se acaloraba; vivía a la perfección en medio del ruido, blanda, plácida, con el espíritu ausente. E

incluso a la larga el alboroto de aquellos granujas le resultó necesario para llenar el vacío de su cerebro. Sonreía dulcemente cuando oía decir: «Sus hijos le pegarán, y le estará bien empleado». Su aire indiferente parecía responder a todo: «¡Qué más da!». Se ocupaba de su hacienda aún menos que de los niños. El cercado de los Fouque se habría convertido en un baldío, durante los largos años que duró esta singular existencia, de no haber tenido la joven la buena suerte de confiar el cultivo de sus verduras a un hábil hortelano. Este hombre, que tenía que repartir con ella los beneficios, le robaba impunemente, y ella nunca se dio cuenta. Por lo demás, la cosa tuvo un lado bueno: para robarle más, el hortelano sacó el mayor partido posible del terreno, que casi dobló su valor.

Sea que lo advirtiera un instinto secreto, sea que tuviera ya conciencia de la forma diferente en que lo acogía la gente de fuera, Pierre, el hijo legítimo, dominó desde muy tierna edad a sus hermanos. En sus peleas, y aunque era mucho más débil que Antoine, le pegaba como amo. En cuanto a Ursule, pobre criaturita enclenque y pálida, era golpeada tan rudamente por uno como por otro. Por lo demás, hasta la edad de quince o dieciséis años, los tres chiquillos se molieron a palos fraternalmente, sin explicarse su odio vago, sin comprender de manera clara cuán ajenos eran entre sí. Solamente a esa edad se encontraron frente a frente, con una personalidad consciente y decidida.

A los dieciséis años, Antoine era un buen galopín, en quien los defectos de Macquart y de Adélaïde se mostraban ya como fundidos. Dominaba Macquart, sin embargo, con su amor al vagabundeo, su tendencia a la borrachera, sus arrebatos de bestia. Pero, bajo la influencia nerviosa de Adélaïde, esos vicios, que en el padre tenían una especie de franqueza sanguínea, adoptaban, en el hijo, un disimulo lleno de hipocresía y bajeza. Antoine pertenecía a su madre por una carencia absoluta de voluntad digna, por un egoísmo de mujer voluptuosa que le hacía aceptar cualquier lecho infamante, con tal de arrellanarse en él a gusto y dormir al calor. Se decía de él: «¡Ah, qué bandido! Ni siquiera tiene, como Macquart, el valor de sus pillerías; si asesina alguna vez, será a alfilerazos». En lo físico, Antoine no tenía sino los labios carnosos de Adélaïde; sus otros rasgos eran del contrabandista, aunque dulcificados, huidizos y cambiantes.

En Ursule, en cambio, predominaba el parecido físico y moral con la joven; seguía habiendo una mezcla íntima; sólo que la pobre cría, nacida la segunda, en la hora en que las ternuras de Adélaïde dominaban sobre el

amor ya más tranquilo de Macquart, parecía haber recibido con su sexo la impronta más profunda del temperamento de su madre. Por lo demás, tampoco había aquí, una fusión de las dos naturalezas, sino más bien una yuxtaposición, una soldadura singularmente estrecha. Ursule, antojadiza, mostraba a veces salvajismos, tristezas, arrebatos de paria; después, con mucha frecuencia, reía con estallidos nerviosos, soñaba con blandura, como mujer loca del corazón y de la cabeza. Sus ojos, por los que pasaban las miradas pasmadas de Adélaïde, eran de una limpidez de cristal, como los de los gatos jóvenes que deben morir de hetiquez.

Frente a los dos bastardos, Pierre parecía un extraño, difería profundamente de ellos para quien no penetrara en las raíces mismas de su ser. Nunca niño alguno fue hasta tal punto la equilibrada media de las dos criaturas que lo habían engendrado. Era el justo medio entre el campesino Rougon y la nerviosa muchacha Adélaïde. En él, su madre había desbastado al padre. Ese sordo laboreo de los temperamentos que determina a la larga la mejora o la decadencia de una raza parecía obtener en Pierre un primer resultado. Seguía siendo un campesino, pero un campesino de piel menos ruda, de expresión menos basta, de inteligencia más amplia y más ágil. Hasta su padre y su madre se habían corregido en él uno al otro. Si el natural de Adélaïde, que la rebelión de los nervios afinaba de forma exquisita, había combatido y menguado la torpeza sanguínea de Rougon, la pesada mole de éste se había opuesto a que el hijo sufriera la repercusión de los desequilibrios de la joven. Pierre no conocía ni los arrebatos ni las ensoñaciones malsanas de los lobeznos de Macquart. Muy mal educado, alborotador como todos los niños soltados libremente en la vida, poseía, sin embargo, un fondo de prudencia razonada que debía impedirle siempre cometer una locura improductiva. Sus vicios, su holgazanería, sus apetitos de placer no tenían el impulso instintivo de los vicios de Antoine; pretendía cultivarlos y satisfacerlos a plena luz, honorablemente. En su persona gruesa, de talla mediana, en su cara larga, macilenta, donde los rasgos de su padre habían adoptado ciertas finuras del rostro de Adélaïde, se leía ya la ambición solapada y astuta, la necesidad insaciable de satisfacción, el corazón seco y la envidia rencorosa de un hijo de campesino, a quien la fortuna y los nerviosismos de su madre han vuelto un burgués.

Cuando, a los diecisiete años, Pierre se enteró de los desórdenes de su madre y de la singular situación de Antoine y Ursule y pudo comprenderlos, no pareció ni triste ni indignado, sino simplemente muy

preocupado por el partido que sus intereses le aconsejaban tomar. De los tres hijos, sólo él había asistido a la escuela con cierta asiduidad. Un campesino que empieza a sentir la necesidad de instruirse suele convertirse en un feroz calculador. Fue en la escuela donde sus compañeros, por sus abucheos y la forma insultante en que trataban a su hermano, le inspiraron las primeras sospechas. Más adelante, se explicó muchas miradas, muchas palabras. Por fin vio con claridad en la casa saqueada. A partir de entonces, Antoine y Ursule fueron para él parásitos descarados, bocas que devoraban su hacienda. En cuanto a su madre, la miró con los mismos ojos que el arrabal, como una mujer a la que había que encerrar, que acabaría por comerse su dinero, si él no ponía remedio. Lo que terminó de consternarlo fueron los robos del hortelano. El niño alborotador se transformó, de la noche a la mañana, en un muchacho ahorrativo y egoísta, madurado apresuradamente en el sentido de sus instintos por la extraña vida de derroche que no podía ahora ver a su alrededor sin que se le partiera el corazón. Eran suyas aquellas verduras de cuya venta el hortelano sacaba los mayores beneficios; era suyo aquel vino bebido, aquel pan comido por los bastardos de su madre. Toda la casa, toda la fortuna era suya. En su lógica de campesino, sólo él, hijo legítimo, debía heredar. Y como la hacienda periclitaba, como todo el mundo mordía ávidamente su fortuna futura, buscó la manera de poner a esa gente en la puerta, madre, hermano, hermana, criados, y de heredar de inmediato.

La lucha fue cruel. El joven comprendió que debía ante todo atacar a su madre. Ejecutó paso a paso, con tenaz paciencia, un plan cuyos detalles había madurado hacía tiempo. Su táctica fue presentarse ante Adélaïde como un reproche vivo; no es que se enfureciese ni le dirigiera amargas palabras sobre su mala conducta; pero había encontrado cierta manera de mirarla, sin decir una palabra, que la aterrorizaba. Cuando ella reaparecía, tras una corta estancia en la vivienda de Macquart, sólo alzaba los ojos hacia su hijo estremeciéndose; sentía sus miradas, frías y agudas como hojas de acero, que la apuñalaban, largamente, sin piedad. La actitud severa y silenciosa de Pierre, del hijo de un hombre a quien tan pronto había olvidado, perturbaba extrañamente su pobre cerebro enfermo. Se decía que Rougon resucitaba para castigarla por sus desórdenes. Ahora, todas las semanas le daba uno de aquellos ataques nerviosos que la destrozaban; la dejaban que se debatiese; cuando volvía en sí, acomodaba sus ropas y se arrastraba, más débil. A menudo sollozaba de noche, apretándose la cabeza entre las manos, aceptando las heridas de

Pierre como los golpes de un dios vengador. Otras veces, renegaba de él; no reconocía la sangre de sus entrañas en aquel muchacho grueso, cuya calma helaba tan dolorosamente su fiebre. Habría preferido mil veces que le pegara a que la mirase así a la cara. Esas miradas implacables que la seguían por doquier acabaron por sacudirla de forma tan espantosa que proyectó, en varias ocasiones, no volver a ver a su amante; pero, en cuanto Macquart llegaba, olvidaba sus juramentos, corría a él. Y la lucha recomenzaba a su regreso, más muda, más terrible. Al cabo de unos meses, pertenecía a su hijo. Estaba ante él como una cría que no está segura de su buena conducta y que cree haberse merecido unos azotes. Pierre, con habilidad, la había atado de pies y manos, la había convertido en una sirvienta sumisa, sin abrir los labios, sin entrar en explicaciones difíciles y comprometedoras.

Cuando el joven notó que su madre estaba en su poder, que podía tratarla como a una esclava, empezó a explotar en su propio interés las debilidades de su cerebro y el loco terror que una sola de sus miradas le inspiraba. Su primer cuidado, en cuanto fue el amo de la vivienda, fue despedir al hortelano y reemplazarlo por alguien de su confianza. Se encargó de la suprema dirección de la casa, vendiendo, comprando, llevando la caja. No intentó, por lo demás, ni ordenar la conducta de Adélaïde, ni corregir la pereza de Antoine y Ursule. Poco le importaba, pues contaba con desembarazarse de ellos en la primera ocasión. Se contentó con tasarles el pan y el agua. Después, teniendo ya toda la fortuna en sus manos, esperó algún acontecimiento que le permitiera disponer de ella a su antojo.

Las circunstancias lo favorecieron singularmente. Se libró del reclutamiento, a título de hijo mayor de una viuda. Pero, dos años después, Antoine entró en sorteo. Su mala suerte le afectó poco; esperaba que su madre le compraría un sustituto. Adélaïde, en efecto, quiso salvarlo del servicio. Pierre, que tenía el dinero, hizo oídos sordos. La marcha forzada de su hermano era un feliz acontecimiento que favorecía demasiado bien sus proyectos. Cuando su madre le habló del asunto, la miró de tal forma que ella no se atrevió ni siquiera a terminar. Su mirada decía: «¿Quiere usted arruinarme por un bastardo?». Ella abandonó a Antoine, egoístamente, necesitada ante todo de paz y de libertad. Pierre, que no era partidario de métodos violentos, y que se regocijaba de poder poner a su hermano a la puerta sin pelea, representó entonces el papel de un hombre desesperado: el año había sido malo, faltaba dinero en casa,

habría que vender un pedazo de tierra, lo cual era el comienzo de la ruina. Después dio su palabra a Antoine de que lo rescataría al año siguiente, muy decidido a no hacer nada. Antoine partió engañado, contento a medias.

Pierre se desembarazó de Ursule de una forma aún más inesperada. Un obrero sombrerero del arrabal, llamado Mouret, le tomó un gran cariño a la joven, que le parecía frágil y blanca como una señorita del barrio de San Marcos. Se casó con ella. Fue por su parte un matrimonio por amor, una verdadera cabezonada, sin el menor cálculo. En cuanto a Ursule, aceptó aquella boda por huir de una casa donde su hermano mayor le hacía la vida imposible. Su madre, sumida en sus goces, empleando sus últimas energías en defenderse a sí misma, había llegado a una completa indiferencia; incluso se sintió feliz con su marcha, esperando que Pierre, al no tener ya motivos de descontento, la dejaría vivir en paz, a su aire. En cuanto los jóvenes estuvieron casados, Mouret comprendió que debía abandonar Plassans, si no quería oír todos los días frases desagradables sobre su mujer y su suegra. Marchó, se llevó a Ursule a Marsella, donde trabajó en su oficio. Por lo demás, no había pedido ni un céntimo de dote. Cuando Pierre, sorprendido por tal desinterés, había empezado a balbucir, tratando de darle explicaciones, le había cerrado la boca diciendo que prefería ganar el pan de su mujer. El digno hijo del campesino Rougon se quedó inquieto; esa forma de actuar le parecía ocultar alguna trampa.

Quedaba Adélaïde. Por nada del mundo quería Pierre seguir viviendo con ella. Lo comprometía. Hubiera deseado comenzar por ella. Pero se veía atrapado entre dos alternativas muy embarazosas: retenerla, y recibir entonces las salpicaduras de su vergüenza, atarse al pie una bola que detendría el impulso de su ambición; o echarla, y con seguridad hacerse señalar con el dedo como un mal hijo, lo cual habría obstaculizado sus cálculos de bondad. Percibiendo que iba a tener necesidad de todo el mundo, deseaba que su nombre volviera a caer en gracia a toda Plassans. Un solo método había que adoptar, el de inducir a Adélaïde a irse por sí sola. Pierre no omitía nada para obtener este resultado. Se creía perfectamente disculpado de su dureza por la mala conducta de su madre. La castigaba como se castiga a un niño. Los papeles estaban invertidos. Bajo aquella férula siempre alzada, la pobre mujer se sometía. Apenas contaba cuarenta y dos años, y tenía balbuceos de espanto, aires vagos y humildes de vieja que vuelve a la infancia. Su hijo continuaba matándola con sus miradas severas, con la esperanza de que huiría el día en que

sintiera agotado su valor. La desdichada sufría horriblemente de vergüenza, de deseos contenidos, de bajezas aceptadas, recibiendo pasivamente los golpes y volviendo, sin embargo, con Macquart, dispuesta a morir allí mismo antes que a ceder. Había noches en las que se habría levantado para correr a tirarse al Viorne, de no haber tenido un miedo atroz a la muerte su carne débil de mujer nerviosa. Varias veces soñó con huir, con ir a reunirse con su amante en la frontera. Lo que la retenía en su casa, entre los silencios despectivos y las secretas brutalidades de su hijo, era el no saber dónde refugiarse. Pierre sentía que ella lo habría dejado hacía tiempo, de tener algún albergue. Esperaba la ocasión de alquilarle en alguna parte una pequeña vivienda, cuando un accidente, con el cual no se atrevía a contar, precipitó la realización de sus deseos. Se supo, en el arrabal, que Macquart acababa de morir a causa del disparo de un aduanero, en el momento en que entraba en Francia toda una carga de relojes de Ginebra. La historia era cierta. Ni siquiera trajeron el cuerpo del contrabandista, que fue enterrado en el cementerio de una aldehuela de montaña. El dolor de Adélaïde la sumió en la estupefacción. Su hijo, que la observó curioso, no la vio derramar una lágrima. Macquart la había designado su legataria. Heredó la casucha del callejón de San Mittre y la carabina del difunto, que un contrabandista, escapado de las balas de los aduaneros, le trajo lealmente. Al día siguiente, se retiró a la casita; colgó la carabina encima de la chimenea y allí vivió, ajena al mundo, solitaria, muda.

Por fin Pierre Rougon era el único dueño de la casa. El cercado de los Fouque le pertenecía de hecho, si no legalmente. Nunca había pensado en instalarse allí. Era un campo demasiado estrecho para su ambición. Trabajar la tierra, cuidar las verduras, le parecía grosero, indigno de sus facultades. Tenía prisa por no ser un campesino. Su naturaleza, afinada por el temperamento nervioso de su madre, experimentaba la irresistible necesidad de goces burgueses. Por eso, en cada uno de sus cálculos, había visto, como desenlace, la venta del cercado de los Fouque. Esta venta, al poner en sus manos una suma bastante importante, le permitiría casarse con la hija de algún negociante que lo tomaría como socio. En aquellos tiempos las guerras del Imperio clareaban singularmente las filas de los jóvenes casaderos. Los padres se mostraban menos difíciles en la elección de un yerno. Pierre se decía que el dinero lo arreglaría todo, y que con facilidad se pasarían por alto los comadreos del arrabal; pretendía presentarse como víctima, como un buen corazón que sufre con la vergüenza de su familia, que la deplora, sin verse alcanzado por ella y sin

disculparla. Hacía varios meses que había puesto sus miradas en la hija de un comerciante de aceites, Félicité Puech. La casa Puech y Lacamp, cuyos almacenes se encontraban en una de las callejas más negras del barrio viejo, estaba lejos de ser próspera. Tenía un crédito dudoso en la plaza, se hablaba vagamente de quiebra. Justamente a causa de esos malos rumores Rougon apuntó sus baterías hacia ese lado. Jamás un comerciante acomodado le habría entregado a su hija. Contaba con aparecer cuando el viejo Puech ya no supiera por dónde salir, comprarle a Félicité y levantar a continuación la casa con su inteligencia y su energía. Era una forma hábil de subir un escalón, de elevarse un paso por encima de su clase. Quería, ante todo, huir de aquel horrible arrabal donde se chismorreaba sobre su familia, hacer olvidar las sucias leyendas, borrando hasta el nombre del cercado de los Fouque. Por eso las calles apestosas del barrio viejo le parecían un paraíso. Sólo allí podía cambiar de vida.

Pronto llegó el momento que acechaba. La casa Puech y Lacamp agonizaba. El joven negoció entonces su boda con prudente destreza. Fue acogido, si no como un salvador, al menos como un recurso necesario y aceptable. Decidida la boda, se ocupó activamente de la venta del cercado. El propietario del Jas-Meiffren, deseoso de redondear sus tierras, ya le había hecho ofertas en varias ocasiones; sólo un muro medianero, bajo y delgado, separaba las dos fincas. Pierre especuló con los deseos de su vecino, hombre muy rico que, para satisfacer su capricho, llegó a dar cincuenta mil francos por el cercado. Era pagarlo por el doble de su valor. Por otra parte, Pierre se hacía de rogar con una socarronería de campesino, diciendo que no quería vender, que su madre no consentiría jamás en deshacerse de una propiedad en la que los Fouque, desde hacía dos siglos, habían vivido de padres a hijos. Al tiempo que parecía vacilar, preparaba la venta. Le habían sobrevenido algunas inquietudes. Según su lógica brutal, el cercado le pertenecía, tenía derecho a disponer de él a su gusto. Sin embargo, en el fondo de esta seguridad, se agitaba el vago presentimiento de las complicaciones del Código. Se decidió a consultar indirectamente a un ujier del arrabal.

Se enteró de buenas. Según el ujier, tenía las manos totalmente atadas. Sólo su madre podía enajenar el cercado, cosa que le parecía dudosa. Pero lo que ignoraba, lo que fue para él un mazazo, era que Ursule y Antoine, los bastardos, los lobeznos, tenían derechos sobre aquella finca. ¡Cómo! ¡Aquellos canallas iban a despojarlo, a robarlo, a él, el hijo legítimo! Las explicaciones del ujier eran claras y precisas: Adélaïde se

había casado con Rougon, ciertamente, bajo el régimen de comunidad de bienes; pero como toda la fortuna consistía en bienes raíces, la joven, según la ley, había vuelto a entrar en posesión de esa fortuna a la muerte de su marido; por otra parte, Macquart y Adélaïde habían reconocido a sus hijos, que por lo tanto debían heredar a su madre. Como único consuelo, Pierre se enteró de que el Código recortaba la parte de los bastardos en beneficio de los hijos legítimos. Eso no le consoló nada. Quería todo. No habría repartido ni medio franco con Ursule y Antoine. Esta incursión en las complicaciones del Código le abrió nuevos horizontes, que sondeó con aire singularmente pensativo. Comprendió al punto que un hombre hábil debe poner siempre a la ley de su lado. Y he aquí lo que encontró, sin consultar a nadie, ni siquiera al ujier, a quien temía poner sobre aviso. Sabía que podía disponer de su madre como si fuera una cosa. Una mañana, la llevó a un notario y le hizo firmar una escritura de venta. Con tal de que él le dejara su cuchitril del callejón de San Mittre, Adélaïde hubiera vendido Plassans. Pierre le aseguraba, además, una renta anual de seiscientos francos, y le juraba por todos los dioses que velaría por sus hermanos. Tal juramento bastaba a la buena mujer. Le recitó al notario la lección que su hijo quiso apuntarle. Al día siguiente, el joven le hizo poner su nombre al pie de un recibo, en el cual reconocía haber recibido cincuenta mil francos, como precio del cercado. Ése fue su golpe genial, una bribonada. Se contentó con decirle a su madre, extrañada de tener que firmar semejante recibo, cuando no había visto un céntimo de los cincuenta mil francos, que se trataba de una simple formalidad sin consecuencias. Al deslizar el papel en su bolsillo, pensaba: «Y ahora, que los lobeznos me pidan cuentas. Les diré que la vieja se lo comió todo. Nunca se atreverán a entablar un proceso» . Ocho días después, el muro medianero ya no existía, el arado había removido la tierra de los planteles de verduras; el cercado de los Fouque, de acuerdo con el deseo del joven Rougon, iba a convertirse en un recuerdo legendario. Unos meses después, el propietario del Jas-Meiffren mandó demoler incluso la vieja vivienda de los hortelanos, que se caía en ruinas.

Cuando Pierre tuvo entre sus manos los cincuenta mil francos, se casó con Félicité Puech, en los plazos estrictamente necesarios. Félicité era una mujercita negra de esas que se ven en Provenza. Se hubiera dicho una de esas cigarras pardas, estridentes, de vuelos bruscos, que se golpean la cabeza contra los almendros. Flaca, de pecho plano, hombros puntiagudos, un rostro como el hocico de una garduña, singularmente hurgador y puntiagudo, no tenía edad; se le podían echar quince o treinta

años, aunque en realidad tuviera diecinueve, cuatro menos que su marido. Había una astucia de gata en el fondo de sus ojos negros, estrechos, semejantes a agujeros de barrena. Su frente estrecha y abombada; su nariz ligeramente hundida en la base, cuyas aletas se ensanchaban luego, finas y temblorosas, como para apreciar mejor los olores; la estrecha línea roja de sus labios, la prominencia de su mentón que se unía a las mejillas por dos hoyos extraños; toda esta fisonomía de enana taimada era como la máscara viviente de la intriga, de la ambición activa y envidiosa. A pesar de su fealdad, Félicité tenía una gracia muy suya, que la volvía seductora. Se decía de ella que era bonita o fea a voluntad. Eso debía depender de la forma en que se recogía el pelo, que era soberbio; pero dependía aún más de la sonrisa triunfante que iluminaba su cutis dorado cuando creía prevalecer sobre alguien.

Nacida con una especie de mala suerte, considerándose poco favorecida por la fortuna, consentía a menudo en no ser sino una birria. Por lo demás, no abandonaba la lucha, se había prometido hacer reventar un día de envidia a la ciudad entera con el despliegue de una felicidad y un lujo insolentes. Y, si hubiera podido representar su villa en un escenario más vasto, donde su espíritu sutil se hubiera desarrollado a sus anchas, con toda seguridad habría realizado prontamente su sueño. Era de una inteligencia muy superior a la de las muchachas de su clase y de su instrucción. Las malas lenguas pretendían que su madre, muerta unos años después de su nacimiento, había estado íntimamente vinculada, en los primeros tiempos de su matrimonio, al marqués de Carnavant, un joven noble del barrio de San Marcos. La verdad es que Félicité tenía pies y manos de marquesa, y que no parecían pertenecer a la raza de trabajadores de la cual descendía.

El barrio viejo se extrañó, durante un mes, de verla casarse con Pierre Rougon, aquel campesino casi sin desbastar, aquel hombre del arrabal cuya familia no estaba en olor de santidad. Ella dejó que chismorreasen, acogiendo con singulares sonrisas las felicitaciones forzadas de sus amigas. Había hecho sus cálculos, elegía a Rougon como una chica que toma un marido como quien toma un cómplice. Su padre, al aceptar al joven, no veía sino la aportación de los cincuenta mil francos que iban a salvarlo de la quiebra. Pero Félicité tenía mejor vista. Miraba a lo lejos en el futuro, y sentía la necesidad de un hombre sano, un poco zafio incluso, detrás del cual pudiera esconderse y a quien pudiera manejar a su antojo. Sentía un odio razonado por los señoritos de provincias, por ese conjunto

famélico de pasantes de notaría, de futuros abogados que tiritaban a la espera de una clientela. Sin la menor dote, desesperando de casarse con el hijo de un gran negociante, prefería mil veces un campesino, a quien contaba con emplear como instrumento pasivo, a un flaco bachiller que la aplastaría con su superioridad de colegial y la arrastraría miserablemente toda su vida en busca de vanidades hueras. Pensaba que la mujer debe hacer al hombre. Se creía con fuerzas para sacar un ministro de un vaquero. Lo que la había seducido en Rougon era la anchura de su pecho, el torso rechoncho y no carente de cierta elegancia. Un mozo así debería llevar con soltura y gallardía el mundo de intrigas que ella soñaba con echarle a la espalda. Si apreciaba la fuerza y la salud de su marido, había sabido también adivinar que estaba lejos de ser un imbécil; bajo la carne tosca, había olfateado la taimada agilidad de su espíritu; pero estaba lejos de conocer a su Rougon, lo juzgaba aún más idiota de lo que era. Unos días después de la boda, registrando por azar en un cajón del escritorio, encontró el recibo de cincuenta mil francos firmado por Adélaïde. Comprendió y se quedó pasmada: a su natural, de una honradez media, le repugnaban esa clase de medios. Pero, en su espanto, hubo cierta admiración. Rougon se convirtió a sus ojos en un hombre muy listo.

La joven pareja se lanzó animosamente a la conquista de la fortuna. La casa Puech y Lacamp se hallaba menos comprometida de lo que Pierre pensaba. La cifra de las deudas era pequeña, sólo faltaba el dinero. En provincias, el comercio tiene procederes prudentes que lo salvan de los grandes desastres. Los Puech y Lacamp eran prudentes entre los prudentes; arriesgaban un millar de escudos temblando; por eso su casa, un auténtico agujero, no tenía ninguna importancia. Los cincuenta mil francos que Pierre aportó bastaron para pagar las deudas y ampliar un poco el comercio. Los comienzos fueron felices. Durante tres años consecutivos, la cosecha de aceitunas fue abundante. Felicité, con un golpe de audacia que asustó singularmente a Pierre y al viejo Puech, les hizo comprar una considerable cantidad de aceite que amontonaron y guardaron en el almacén. Los dos años siguientes, según los presentimientos de la joven, la cosecha falló, hubo un alza considerable, lo cual les permitió obtener grandes beneficios despachando su provisión.

Poco tiempo después de esta redada, Puech y el señor Lacamp se retiraron de la sociedad, contentos con unos cuantos francos que acababan de ganar, atacados por la ambición de morir como rentistas.

La joven pareja, única dueña de la casa, pensó que por fin había atraído a la fortuna.

—Has vencido mi mala pata —le decía a veces Felicité a su marido.

Una de las escasas debilidades de aquella naturaleza enérgica consistía en creerse herida por la mala suerte. Hasta entonces, pretendía, nada les había salido bien, ni a ella ni a su padre, pese a sus esfuerzos. Con ayuda de la superstición meridional, ella se disponía a luchar contra el destino, como se lucha contra una persona de carne y hueso que trata de estrangularnos.

Los hechos no tardaron en justificar extrañamente sus aprensiones. La mala pata volvió, implacable. Cada año, un nuevo desastre quebrantó la casa Rougon. Una bancarrota se les llevó unos cuantos miles de francos; los cálculos probables sobre la abundancia de las cosechas resultaban falsos a consecuencia de circunstancias increíbles; las especulaciones más seguras fracasaban miserablemente. Fue un combate sin tregua ni merced.

—Ya ves que he nacido con mala estrella —decía amargamente Felicité.

Y sin embargo, se empecinaba, furiosa, sin comprender por qué ella, que había tenido un olfato tan delicado para una primera especulación, sólo daba a su marido consejos deplorables.

Pierre, abatido, menos tenaz, habría liquidado veinte veces sin la actitud crispada y terca de su mujer. Quería ser rica. Comprendía que su ambición sólo podía edificarse sobre la fortuna. Cuando tuvieran unos cientos de miles de francos, serían los amos de la ciudad; haría nombrar a su marido para un puesto importante y ella gobernaría. No era la conquista de honores lo que le inquietaba; se sentía maravillosamente armada para esa lucha. Pero se quedaba sin fuerzas ante los primeros sacos de escudos que había que ganar. Aunque el manejo de los hombres no la asustaba, experimentaba una especie de rabia impotente ante esas piezas de cinco francos, inertes, blancas y frías, sobre las cuales su espíritu de intriga no tenía poder, y que se le resistían estúpidamente.

Más de treinta años duró la batalla. Cuando Puech murió, fue un nuevo mazazo. Felicité, que contaba con heredar unos cuarenta mil francos, se enteró de que el viejo egoísta, para darse buena vida en sus últimos días,

había colocado su pequeña fortuna a fondo perdido. Se puso enferma. Se iba agriando poco a poco, se volvía más seca, más estridente. Al verla dar vueltas de la mañana a la noche, alrededor de las tinajas de aceite, se hubiera dicho que creía activar la venta con esos vuelos continuos de mosca inquieta. Su marido, en cambio, se hacía más pesado; la mala pata lo engordaba, lo volvía más grueso y blando. Aquellos treinta años de lucha no los llevaron, sin embargo, a la ruina. A cada inventario anual, iban saliendo adelante; si experimentaban pérdidas durante una temporada, se recuperaban en la temporada siguiente. Esta vida al día era lo que exasperaba a Felicité. Habría preferido una quiebra como Dios manda. Quizá hubieran podido entonces recomenzar su vida, en lugar de emperrarse en lo infinitamente pequeño, de quemarse la sangre para no ganar más que lo estrictamente necesario. En un tercio de siglo, no consiguieron ahorrar ni cincuenta mil francos.

Hay que decir que, desde los primeros años de su matrimonio, creció una familia numerosa que a la larga se convirtió en una pesada carga. Felicité, como algunas mujeres bajitas, tuvo una fecundidad que jamás nadie habría supuesto, al ver la estructura enclenque de su cuerpo. En cinco años, de 1811 a 1815, tuvo tres hijos, uno cada dos años. Durante los cuatro años siguientes, parió aún dos hijas. Nada hace crecer mejor a los niños que la vida plácida y embrutecedora de la provincia. Los esposos acogieron bastante mal a las dos últimas; las niñas, cuando falta la dote, se convierten en un terrible estorbo. Rougon declaró a quien quiso oírlo que ya estaba bien, y que el diablo sería muy listo si le enviaba un sexto hijo. Felicité, efectivamente, se quedó ahí. No se sabe en qué cifra se habría detenido.

Por lo demás, la joven no miró a aquella prole como una causa de ruina. Al contrario, reconstruyó sobre la cabeza de sus hijos el edificio de su fortuna, que se derrumbaba entre sus manos. Aún no contaban diez años, cuando ya en sueños confiaba en su futuro. Dudando de tener éxito nunca por sí misma, puso sus esperanzas en ellos para vencer la saña de la suerte. Satisfarían sus vanidades decepcionadas, le darían aquella posición rica y envidiada que perseguía en vano. A partir de entonces, sin abandonar la lucha sostenida por la casa comercial, tuvo una segunda táctica para llegar a satisfacer sus instintos de dominio. Le parecía imposible que, entre sus tres hijos, no hubiera un hombre superior que los enriqueciera a todos. Lo sentía, según decía. Por eso cuidaba a los críos con un fervor en el cual había severidades de madre y ternezas de

usurero. Se complació en engordarlos amorosamente como un capital que debía más adelante procurarle grandes intereses.

—¡Déjalo! —gritaba Pierre—, todos los hijos son unos ingratos. Los mimas, nos arruinas.

Cuando Felicité habló de mandar a los pequeños al colegio, se enfadó. El latín era un lujo inútil, bastaría con que fueran a clase a un pequeño pensionado cercano. Pero la joven se resistió; tenía instintos más elevados que le inspiraban un gran orgullo al adornarse con hijos instruidos; además, percibía que sus hijos no podían ser tan iletrados como su marido, si quería verlos un día como hombres superiores. Soñaba con los tres en París, en altas posiciones que no precisaba. Cuando Rougon hubo cedido y los tres chiquillos entraron en octavo, Felicité saboreó los más vivos goces de vanidad que nunca había sentido. Los escuchaba arrobada hablar entre sí de sus profesores y de sus estudios. El día en que el mayor hizo declinar delante de ella *rosa, rosae* a uno de los pequeños, creyó oír una música del iciosa. Hay que decirlo en alabanza suya, su alegría estuvo entonces desprovista de todo cálculo. El propio Rougon se dejó invadir por el contento del hombre iletrado que ve a sus hijos volverse más sabios que él. La camaradería que se estableció con naturalidad entre sus hijos y los de los peces más gordos de la ciudad acabó de embriagar a los esposos. Los pequeños tuteaban al hijo del alcalde, al del subprefecto, e incluso a dos o tres hidalgos que el barrio de San Marcos se había dignado meter en el colegio de Plassans. Felicité no creía poder pagar bastante tal honor. La instrucción de los tres chiquillos pesó terriblemente sobre el presupuesto de la casa Rougon.

Mientras los niños no fueron bachilleres, los esposos, que los mantenían en el colegio gracias a enormes sacrificios, vivieron con la esperanza de su éxito. E incluso, cuando hubieron obtenido su título, Felicité quiso rematar su obra; convenció a su marido de enviarlos a los tres a París. Dos estudiaron Derecho, el tercero siguió los cursos de la Escuela de Medicina. Después, cuando fueron hombres, cuando hubieron agotado los recursos de la casa Rougon y se vieron obligados a regresar y establecerse en la provincia, empezó el desencanto para los pobres padres. La provincia pareció recuperar su presa. Los tres jóvenes se durmieron, se embastecieron. Toda la acritud de su mala suerte volvió a subir a la garganta de Felicité. Sus hijos le resultaban una bancarrota. La habían arruinado, no le daban los intereses del capital que representaban.

Este último golpe del destino fue para ella tanto más sensible cuanto que la alcanzaba a la vez en sus ambiciones de mujer y en sus vanidades de madre. Rougon le repitió de la mañana a la noche: «¡Ya te lo había dicho!», lo cual la exasperó aún más.

Un día, cuando ella le reprochaba amargamente al mayor las sumas de dinero que le había costado su instrucción, éste le había dicho con no menor amargura:

—Se lo reembolsaré más adelante, si puedo. Pero, ya que no tenían ustedes fortuna, había que hacer de nosotros unos trabajadores. Somos unos desclasados, sufrimos más que ustedes.

Felicité comprendió la hondura de estas palabras. A partir de entonces, dejó de acusar a sus hijos, y volvió su cólera contra la suerte, que no se cansaba de herirla. Volvió a empezar con sus quejas, empezó a gemir más y mejor sobre la falta de fortuna que le impedía llegar a puerto. Cuando Rougon le decía: «Tus hijos son unos haraganes, nos chuparán hasta el final», respondía agriamente: «Ojalá que yo tuviese más dinero que darles. Si vegetan, los pobres chicos, es porque no tienen un céntimo».

A comienzos del año 1848, en vísperas de la revolución de febrero, los tres jóvenes Rougon tenían en Plassans posiciones muy precarias. Resultaban entonces unos tipos curiosos, profundamente diferentes, aunque paralelamente salidos de la misma cepa. Valían más, en suma, que sus padres. La raza de los Rougon debía depurarse por sus mujeres. Adélaïde había hecho de Pierre un espíritu medio, apto para las ambiciones bajas; Félicité acababa de darles a sus hijos inteligencias más elevadas, capaces de grandes vicios y de grandes virtudes.

En esa época, el mayor, Eugène, contaba cerca de cuarenta años. Era un mozo de talla mediana, ligeramente calvo, con tendencia ya a la obesidad. Tenía la cara de su padre, una cara larga, de rasgos anchos; bajo la piel, se adivinaba la grasa que ablandaba sus redondeces y daba al rostro una blancura amarillenta de cera. Pero, aunque se notaba aún el campesino en la estructura maciza y cuadrada de la cabeza, la fisonomía se transfiguraba, se iluminaba por dentro, cuando la mirada despertaba, alzando los pesados párpados. En el hijo, la pesadez del padre se había convertido en gravedad. Este grueso mozo tenía de ordinario una actitud de poderoso sueño; por ciertos gestos amplios y fatigados, habría podido ser un gigante que estiraba sus miembros a la espera de la acción. Por

uno de esos supuestos caprichos de la naturaleza en los que la ciencia empieza a distinguir leyes, si el parecido físico con Pierre era completo en Eugène, Felicité parecía haber contribuido a proporcionar la materia pensante. Eugène presentaba el caso curioso de ciertas cualidades morales e intelectuales de su madre hundidas en las carnes espesas de su padre. Tenía elevadas ambiciones, instintos autoritarios, un singular desprecio por los pequeños medios y las pequeñas fortunas. Era la prueba de que Plassans no se engañaba acaso al sospechar que Felicité tenía en las venas unas gotas de sangre noble. Los apetitos de goce que se desarrollaban furiosamente en los Rougon, y que eran como la característica de esa familia, adoptaban en él una de sus facetas más elevadas; quería gozar, pero con las voluptuosidades del espíritu, satisfaciendo su necesidad de dominio. Un hombre tal no estaba hecho para triunfar en provincias. Vegetó allí quince años, con los ojos puestos en París, acechando las ocasiones. Desde su regreso a la pequeña ciudad, para no comer el pan de sus padres se había inscrito en el Colegio de Abogados. Pleiteó de vez en cuando, ganándose malamente la vida, sin parecer elevarse por encima de una honrada mediocridad. En Plassans opinaban que su voz era pastosa, sus gestos duros. Era raro que lograse ganar la causa de un cliente; solía salirse del tema, divagaba, según la expresión de los entendidos del lugar. Un día, sobre todo, defendiendo un asunto de daños y perjuicios, se olvidó, se perdió en consideraciones políticas, hasta el punto de que el presidente le retiró la palabra. Se sentó inmediatamente, sonriendo con una singular sonrisa. Su cliente fue condenado a pagar una suma considerable, lo cual no pareció hacerle lamentar en absoluto sus digresiones. Parecía considerar sus alegatos simples ejercicios que le servirían más adelante. Eso era lo que Felicité no comprendía y lo que la desesperaba; le habría gustado que su hijo dictase leyes en el tribunal civil de Plassans. Acabó por formarse una opinión muy desfavorable de su primogénito; según ella, aquel chico dormido no podía ser la gloria de la familia. Pierre, en cambio, tenía en él una confianza absoluta, y no porque tuviera ojos más penetrantes que su mujer, sino porque se atenía a la superficie, y se halagaba a sí mismo al creer en el genio de un hijo que era su vivo retrato. Un mes antes de las jornadas de febrero, Eugène se tornó inquieto; un olfato especial le hizo adivinar la crisis. A partir de entonces, el suelo de Plassans le quemaba los pies. Se le vio vagar por los paseos como un alma en pena. Después se decidió bruscamente, marchó a París. No tenía ni quinientos francos en el bolsillo.

Aristide, el más joven de los hijos Rougon, era lo opuesto a Eugène,

geométricamente, por así decirlo. Tenía el rostro de su madre y una avidez, un carácter taimado, apto para las intrigas vulgares, donde dominaban los instintos de su padre. La naturaleza tiene con frecuencia necesidades de simetría. Bajo, con cara de zorro, semejante al puño de un bastón curiosamente tallado en forma de cabeza de Polichinela, Aristide huroneaba, rebuscaba por todas partes, impaciente por gozar. Amaba el dinero como su hermano mayor amaba el poder. Mientras que Eugène soñaba con doblegar un pueblo a su voluntad y se embriagaba con su omnipotencia futura, él se veía diez veces millonario, alojado en una principesca mansión, comiendo y bebiendo bien, saboreando la vida con todos los sentidos y órganos de su cuerpo. Quería sobre todo una fortuna rápida. Cuando hacía castillos en el aire, esos castillos se alzaban mágicamente en su espíritu; tenía toneles de oro de la noche a la mañana; eso agradaba a su pereza, tanto más cuanto que no le preocupaban mucho los medios y los más rápidos le parecían los mejores. La raza de los Rougon, de esos campesinos bastos y ávidos, de apetitos bestiales, había madurado demasiado pronto; todas las necesidades de goce material se desarrollaban en Aristide, triplicadas por una educación apresurada, más insaciables y peligrosas desde que se habían vuelto racionales. Pese a sus delicadas intuiciones de mujer, Felicité prefería a este muchacho; no percibía que Eugène le pertenecía mucho más; disculpaba las tonterías y perezas de su hijo menor, con el pretexto de que sería el hombre superior de la familia, y que un hombre superior tiene derecho a llevar una vida desordenada hasta el día en que se revela el poder de sus facultades. Aristide puso duramente a prueba su indulgencia. En París, llevó una vida sucia y ociosa; fue de esos estudiantes que se matriculan en las cervecerías del Barrio Latino. Por lo demás, sólo estuvo allí dos años; su padre, asustado, viendo que no había aprobado aún ni un solo examen, lo retuvo en Plassans y habló de buscarle una esposa, esperando que las preocupaciones del hogar lo convirtieran en un hombre formal. Aristide se dejó casar. En aquella época no veía con claridad en sus ambiciones; la vida de provincias no le desagradaba; se encontraba a gusto en su pequeña ciudad, comiendo, durmiendo, ganduleando. Felicité defendió su causa con tanto calor que Pierre accedió a alimentar y albergar a la pareja, a condición de que el joven se ocupara activamente de la casa de comercio. A partir de entonces comenzó para éste una grata existencia de holgazán; se pasó en el casino los días y la mayor parte de las noches, escapándose de la oficina de su padre como un colegial, yendo a jugar los pocos luises que su madre le daba a escondidas. Hay que haber vivido en lo hondo de una provincia para comprender bien cómo

fueron los cuatro años de embrutecimiento que el mozo pasó de esta forma. Hay, en cada pequeña ciudad, un grupo de individuos que viven a costa de sus padres, fingiendo a veces que trabajan, pero cultivando en realidad su pereza como una especie de religión. Aristide fue el tipo de esos azotacalles incorregibles a quienes se ve arrastrarse voluptuosamente en el vacío de la provincia. Jugó al ecarté durante cuatro años. Mientras él vivía en el casino, su mujer, una rubia blanda y plácida, contribuía a la ruina de la casa Rougon con una pronunciada afición a los trajes vistosos y con un apetito formidable, curiosísimo en una criatura tan frágil. Angèle adoraba las cintas azul cielo y el solomillo a la plancha. Era hija de un capitán retirado, al que llamaban el comandante Sicardot, un buen hombre que le había dado en dote diez mil francos, todas sus economías. Por eso Pierre, al elegir a Angèle para su hijo, había creído hacer un negocio inesperado, a tan bajo precio valoraba a Aristide. Esta dote de diez mil francos, que le hizo decidirse, se convirtió justamente luego en un ladrillo atado a su cuello. Su hijo era ya un taimado bribón; le entregó los diez mil francos, asociándose con él, sin querer quedarse con un céntimo, exhibiendo la mayor abnegación.

—Nosotros no necesitamos nada —decía—; manténganos a mi mujer y a mí, y ya haremos cuentas más adelante.

Pierre estaba en apuros y aceptó, un poco inquieto por el desinterés de Aristide. Éste se decía que acaso durante mucho tiempo su padre no tendría diez mil francos líquidos para devolverle, y que él y su mujer vivirían liberalmente a sus expensas, mientras la sociedad no pudiera romperse. Se trataba de unos cuantos billetes de banco admirablemente colocados. Cuando el comerciante de aceite comprendió el trato engañoso que había hecho, ya no estaba en sus manos desembarazarse de Aristide; la dote de Angèle se encontraba comprometida en especulaciones que marchaban mal. Hubo de tener consigo a la pareja, exasperado, sufriendo por el gran apetito de su nuera y por la holgazanería de su hijo. Veinte veces, si hubiera podido reembolsarles, habría puesto en la calle a aquella gentuza que le chupaba la sangre, según su enérgica expresión. Felicité los apoyaba sordamente; el joven, que había calado en sus sueños de ambición, le exponía cada noche admirables planes de fortuna que iba a poner en práctica próximamente. Por una casualidad bastante rara, estaba en los mejores términos con su nuera; hay que decir que Angèle no tenía voluntad, y que se podía disponer de ella como de un mueble. Pierre se enfurecía cuando su mujer le hablaba de los futuros éxitos de su hijo

menor; él le acusaba más bien de ser un día la ruina de su casa. En los cuatro años que la pareja vivió con él, vociferó así, gastando en peleas su rabia impotente, sin que Aristide ni Angèle perdieran en lo más mínimo su sonriente calma. Estaban plantados allí y allí se quedaban, como una mole. Por fin, Pierre tuvo una feliz oportunidad; pudo devolver a su hijo los diez mil francos. Cuando quiso echar cuentas con él, Aristide inventó tantas triquiñuelas que tuvo que dejarlo marchar sin retenerle ni un céntimo por los gastos de alimentación y alojamiento. La pareja fue a instalarse a unos pasos, en una plazuela del barrio viejo, llamada la plaza de San Luis. Pronto se comieron los diez mil francos. Hubo que buscar una colocación. Aristide, por lo demás, no cambió en nada su vida mientras hubo dinero en casa. Cuando llegó a su último billete de cien francos, se puso nervioso. Se le vio vagabundear por la ciudad con aire torvo; no tomó ya su tacita de café en el casino; miró cómo jugaban, febrilmente, sin tocar una carta. La miseria le volvió aún peor de lo que era. Durante mucho tiempo aguantó, se empeñó en no hacer nada. Tuvo un hijo en 1840, el pequeño Maxime, a quien por fortuna su abuela Felicité metió en un internado, y cuya pensión pagó en secreto. Era una boca menos en casa de Aristide; pero la pobre Angèle se moría de hambre, y su marido tuvo por fin que buscar un puesto. Consiguió entrar en la subprefectura. Permaneció allí unos diez años, y no llegó a tener más que mil ochocientos francos de sueldo. Desde entonces, rencoroso, segregando bilis, vivió con el ansia continua de los goces de que se veía privado. Su ínfima posición le exasperaba; los miserables ciento cincuenta francos que le ponían en la mano le parecían una ironía de la fortuna. Jamás abrasó a un hombre semejante sed de saciar su carne. Felicité, a la cual contaba sus sufrimientos, no se disgustó al verlo hambriento; pensó que la miseria espolearía su pereza. Con el oído al acecho, emboscado, empezó a mirar a su alrededor, como un ladrón que busca un buen golpe. A comienzos del año 1848, cuando su hermano marchó a París, tuvo por un instante la idea de seguirlo. Pero Eugène estaba soltero; él no podía arrastrar a su mujer tan lejos, sin tener en el bolsillo una cuantiosa suma. Esperó, olfateando una catástrofe, dispuesto a estrangular a la primera presa que apareciese.

El otro hijo Rougon, Pascal, nacido entre Eugène y Aristide, no parecía pertenecer a la misma familia. Era uno de esos casos frecuentes que desmienten las leyes de la herencia. La naturaleza engendra con frecuencia, en medio de una raza, un ser cuyos elementos saca por entero de sus fuerzas creadoras. Nada en lo moral ni en lo físico recordaba en

Pascal a los Rougon. Alto, de rostro dulce y serio, tenía una rectitud de espíritu, un amor al estudio, una necesidad de modestia que contrastaban singularmente con las fiebres de ambición y los tejemanejes poco escrupulosos de su familia. Tras haber hecho en París excelentes estudios médicos, se había retirado a Plassans por gusto, a pesar de las ofertas de sus profesores. Le agradaba la vida tranquila de provincias; sostenía que para un sabio es preferible esa vida al bullicio parisiense. Incluso en Plassans, no se preocupó en absoluto por incrementar su clientela. Muy sobrio, sintiendo un gran desprecio por la fortuna, supo contentarse con algunos enfermos que sólo el azar le envió. Todo su lujo consistió en una casita soleada de la ciudad nueva, donde se encerraba religiosamente, ocupándose con amor de la historia natural. Le entró sobre todo una gran pasión por la fisiología. Se supo en la ciudad que con frecuencia compraba cadáveres al sepulturero del asilo, lo que hizo que le tuvieran horror las señoras delicadas y ciertos burgueses cobardes. Felizmente no llegaron a calificarlo de hechicero; pero su clientela se restringió aún más, se le miró como a un excéntrico a quien las personas de la buena sociedad no debían confiar ni la punta de su meñique, so pena de comprometerse. Un día se oyó decir a la mujer del alcalde:

—Preferiría morir a dejarme cuidar por ese caballero. Huele a muerto.

Pascal, a partir de entonces, quedó condenado. Pareció feliz de aquel temor sordo que inspiraba. Cuantos menos enfermos tuviera, más podría ocuparse de sus queridas ciencias. Como había fijado un precio muy módico para sus visitas, el pueblo le seguía siendo fiel. Ganaba lo justo para vivir, y vivía satisfecho, a mil leguas de la gente de la región, en la alegría pura de sus investigaciones y descubrimientos. De vez en cuando, enviaba una memoria a la Academia de Ciencias de París. Plassans ignoraba totalmente que aquel excéntrico, aquel caballero que olía a muerto, era un hombre muy conocido y escuchado en el mundo científico. Cuando lo veían, los domingos, salir de excursión a las colinas de Les Garrigues, con una caja de botánico colgada al cuello y un martillo de geólogo en la mano, se encogían de hombros, lo comparaban con este o aquel doctor de la ciudad, tan encorbatado, tan meloso con las damas, y cuyas ropas exhalaban siempre un delicioso olor a violetas. Sus padres tampoco comprendían mejor a Pascal. Cuando Felicité lo vio disponer su vida de forma tan extraña y mezquina, se quedó estupefacta y le acusó de desilusionar sus esperanzas. Ella, tolerante con las perezas de Aristide, que consideraba fecundas, no pudo ver sin ira el mediocre tren de vida de

Pascal, su amor por la sombra, su desdén de la riqueza, su firme resolución de permanecer apartado. ¡Ciertamente, no sería ese hijo el que satisfaría nunca su vanidad!

—Pero ¿de dónde sales? —le decía a veces—. No eres de los nuestros. Mira a tus hermanos, buscan, tratan de sacar provecho de la instrucción que les hemos dado. Tú no haces más que tonterías. Nos recompensas muy mal, a nosotros que nos hemos arruinado por educarte. No, no eres de los nuestros.

Pascal, que prefería reír cada vez que debía enfadarse, respondía alegremente, con fina ironía:

—Vamos, no se quejen, no quiero fallarles por completo; los cuidaré a todos gratis, cuando estén enfermos.

Por otra parte, veía a su familia muy raramente, sin exhibir la menor repugnancia, obedeciendo a su pesar a sus instintos particulares. Antes de que Aristide entrara en la subprefectura, acudió varias veces en su ayuda. Se había quedado soltero. Ni siquiera sospechó los graves acontecimientos que se preparaban. Desde hacía dos o tres años se ocupaba del gran problema de la herencia, comparando las razas animales con la raza humana, y lo absorbían los curiosos resultados que obtenía. Las observaciones que había hecho sobre sí mismo y su familia eran como el punto de partida de sus estudios. El pueblo comprendía tan bien, con su intuición inconsciente, hasta qué punto difería de los Rougon, que lo llamaba señor Pascal, sin añadir nunca su apellido.

Tres años antes de la revolución de 1848, Pierre y Felicité dejaron su casa de comercio. La edad avanzaba, los dos habían superado la cincuentena, estaban hartos de luchar. Ante su poca suerte, temieron quedar totalmente en la miseria, si se obstinaban. Sus hijos, al desilusionar sus esperanzas, les habían asestado el golpe de gracia. Ahora que dudaban de verse nunca enriquecidos por ellos, querían al menos conservar un trozo de pan para su ancianidad. Se retiraban con unos cuarenta mil francos, a lo sumo. Esta suma les rentaría dos mil francos, lo justo para vivir la vida mezquina de provincias. Felizmente, se quedaban solos, pues habían logrado casar a sus hijas, Marthe y Sidonie, una de las cuales se había establecido en Marsella y la otra en París.

Al liquidar, les hubiera gustado ir a vivir a la ciudad nueva, al barrio de los

comerciantes retirados; pero no se atrevieron. Sus rentas eran demasiado módicas; temieron hacer un mal papel. Por una especie de compromiso, alquilaron un piso en la calle de la Banne, la calle que separa el barrio viejo del barrio nuevo. Su morada se encontraba en la hilera de casas que bordean el barrio viejo, por lo que seguían viviendo en la ciudad de la chusma; sólo que veían desde sus ventanas, a unos cuantos pasos, la ciudad de los ricos; estaban en el umbral de la tierra prometida.

Su alojamiento, situado en el segundo piso, se componía de tres grandes habitaciones; habían instalado un comedor, un salón y un dormitorio. En el primer piso vivía el propietario, un comerciante de bastones y paraguas, cuya tienda ocupaba la planta baja. La casa, estrecha y poco profunda, sólo tenía dos pisos. Cuando Félicité se mudó, sintió que se le partía el corazón. Vivir en casa de otro es, en provincias, una confesión de pobreza. Cada familia respetable posee en Plassans su casa, pues los inmuebles se venden a precios bajísimos. Pierre no aflojó los cordones de su bolsa; no quiso oír hablar de mejoras; el viejo mobiliario, ajado, gastado, cojo, tuvo que servir, sin ser siquiera reparado. Felicité, que sentía vivamente, por lo demás, las razones de esta roñosería, se ingenió para dar un nuevo brillo a todas aquellas ruinas; volvió a clavar ella misma ciertos muebles menos maltrechos que otros; zurció el terciopelo raído de los sillones.

El comedor, que se encontraba en la trasera, así como la cocina, quedó casi vacío; una mesa y una docena de sillas se perdieron en las sombras de la vasta habitación, cuya ventana daba al muro gris de una casa vecina. Como nunca entraba nadie en el dormitorio, Félicité había escondido allí los muebles fuera de uso; amén de la cama, un armario, un escritorio y un tocador, se veían dos cunas colocadas una sobre otra, un aparador al que le faltaban las puertas, y una biblioteca enteramente vacía, ruinas respetables que la vieja no había podido decidirse a tirar. Pero todos sus cuidados fueron para el salón. Consiguió casi hacer de él un lugar habitable. Estaba amueblado con un tresillo de terciopelo amarillento, de flores satinadas. En el centro había un velador con superficie de mármol; unas consolas, coronadas por espejos, se alzaban en los dos extremos de la pieza. Había incluso una alfombra que sólo recubría la mitad del entarimado, y una araña provista de una funda de muselina blanca que las moscas habían acribillado a cagadas negras. De las paredes colgaban seis litografías que representaban las grandes batallas de Napoleón. Este moblaje databa de los primeros años del Imperio. Por toda mejora, Felicité consiguió que le tapizaran la pieza con un papel naranja de grandes

rameados. El salón había adquirido así un extraño color amarillo que lo llenaba de una luz falsa y cegadora; el tresillo, el papel, las cortinas de las ventanas eran amarillos; la alfombra y hasta los mármoles del velador y de las consolas también tiraban a amarillo. Cuando las cortinas estaban corridas, los tonos se volvían bastante armoniosos pese a todo y el salón parecía casi limpio. Pero Félicité había soñado con otros lujos. Veía con desesperación esta miseria mal disimulada. De ordinario se quedaba en el salón, la habitación más bonita de la casa. Una de sus distracciones más dulces y a la vez más amarga era asomarse a una de las ventanas de esta pieza, que daban a la calle de la Banne. Distinguía al sesgo la plaza de la Subprefectura. Aquél era su paraíso soñado. La placita, desnuda, aseada, con sus casas soleadas, le parecía un Edén. Habría dado diez años de vida por poseer una de aquellas viviendas. La casa que hacía esquina a la izquierda, y en la cual vivía el recaudador particular, la tentaba violentamente, sobre todo. La contemplaba con antojos de mujer embarazada. A veces, cuando las ventanas de aquel piso estaban abiertas, vislumbraba esquinas de ricos muebles, manifestaciones de lujo que le revolvían la sangre.

En esa época los Rougon atravesaban una curiosa crisis de vanidad y de apetitos insatisfechos. Sus escasos buenos sentimientos se agriaban. Se presentaban como víctimas de la mala pata, sin ninguna resignación, más ásperos y más decididos a no morir sin haberse contentado. En el fondo, no abandonaban ninguna de sus esperanzas, a pesar de su avanzada edad; Félicité pretendía tener el presentimiento de que moriría rica. Pero cada día de miseria les pesaba más. Cuando recapitulaban sus inútiles esfuerzos, cuando recordaban los treinta años de lucha, la defección de sus hijos, y veían sus castillos en el aire desembocar en aquel salón amarillo cuyas cortinas había que correr para ocultar su fealdad, les entraban ataques de rabia sorda. Y entonces, para consolarse, trazaban planes de fortuna colosal, buscaban combinaciones; Felicité soñaba que ganaba en la lotería el premio gordo de cien mil francos; Pierre se imaginaba que iba a inventar alguna maravillosa especulación. Vivían con una única idea: hacer fortuna, en seguida, en unas horas; ser ricos, disfrutar, aunque sólo fuese durante un año. Todo su ser tendía a ello, brutalmente, sin descanso. Y contaban aún vagamente con sus hijos, con ese egoísmo particular de los padres que no saben habituarse a la idea de haber mandado a sus hijos al colegio sin el menor beneficio personal.

Félicité parecía no haber envejecido; seguía siendo la misma mujercita

negra, que no podía estarse quieta, zumbadora como una cigarra. Un transeúnte que la hubiera visto de espaldas, por la acera, la habría tomado por una chiquilla de quince años, por su paso ágil, por lo enjuto de sus hombros y su talle. Su rostro mismo no había cambiado apenas, se había hundido sólo un poco, pareciéndose cada vez más al hocico de una garduña; se hubiera dicho la cabeza de una niña que se hubiese apergaminado sin cambiar de rasgos.

En cuanto a Pierre Rougon, había echado barriga; se había convertido en un respetabilísimo burgués, a quien sólo le faltaban grandes rentas para parecer totalmente digno. Su cara abotagada y pálida, su pesadez, su aire amodorrado, parecían rezumar dinero. Un día había oído decir a un campesino que no lo conocía: «Ese gordo es un ricachón; ¡vamos, no le preocupa su cena!», reflexión que le había llegado al alma, pues consideraba una burla atroz haber seguido siendo un pobre diablo, al tiempo que adquiría las grasas y la gravedad satisfecha de un millonario. Cuando se afeitaba, los domingos, ante un espejito de veinticinco céntimos colgado en la falleba de una ventana, se decía que, con traje y corbata blanca, haría mejor papel en casa del subprefecto que este o aquel funcionario de Plassans. Este hijo de campesino que había perdido el color con los desvelos del comercio, grueso por la vida sedentaria, ocultando sus apetitos rencorosos bajo la placidez natural de sus rasgos, tenía en efecto el aire nulo y solemne, la imbécil rigidez que afecta un hombre en un salón oficial. Pretendían que su mujer lo trataba a la baqueta, y se equivocaban. Era de una testarudez de bruto; ante una voluntad ajena, netamente formulada, se habría encolerizado con violencia hasta golpear a la gente. Pero Félicité era demasiado flexible para oponerse a él; la naturaleza viva, mariposeante de esta enana no tenía como táctica chocar de frente con los obstáculos; cuando quería obtener algo de su marido o empujarlo por el camino que creía mejor, le rodeaba con sus vuelos bruscos de cigarra, le pinchaba por todos los lados, volvía a la carga cien veces, hasta que él cedía, sin darse demasiada cuenta. Pierre notaba, además, que era más inteligente que él y soportaba con bastante paciencia sus consejos. Félicité, más pesada que una mosca, hacía a veces todas sus tareas zumbando en las orejas de Pierre. Cosa rara, los esposos casi nunca se echaban en cara su fracaso. Sólo la cuestión de la instrucción de los hijos desencadenaba tempestades en la pareja.

La revolución de 1848 encontró, pues, a todos los Rougon en estado de alerta, exasperados por su mala suerte y dispuestos a violar a la fortuna si alguna vez la encontraban en el recodo de un sendero. Era una familia de salteadores al acecho, listos para atracar a los acontecimientos. Eugène vigilaba París; Aristide soñaba con degollar Plassans; el padre y la madre, quizá los más ávidos, contaban con trabajar por su cuenta y beneficiarse además de la tarea de sus hijos; sólo Pascal, ese discreto amante de la ciencia, llevaba la hermosa vida indiferente de un enamorado, en su casita soleada de la ciudad nueva.

Capítulo 3

En Plassans, esta ciudad cerrada donde la división de clases se hallaba tan netamente marcada en 1848, la repercusión de los acontecimientos políticos era muy sorda. Incluso hoy día, la voz del pueblo se ahoga allí; la burguesía aporta su prudencia, la nobleza su muda desesperación, el clero su fina hipocresía. Aunque los reyes se roben un trono o se funden repúblicas, la ciudad apenas se agita. En Plassans duermen cuando en París luchan. Pero, por muy calma e indiferente que aparezca la superficie, hay, en el fondo, un laboreo oculto muy curioso de estudiar. Si los disparos de fusil son raros en las calles, las intrigas devoran los salones de la ciudad nueva y del barrio de San Marcos. Hasta 1830, el pueblo no contó. Todavía hoy se obra como si no existiera. Todo pasa entre el clero, la nobleza y la burguesía. Los sacerdotes, muy numerosos, dan el tono a la política del lugar; son minas subterráneas, golpes en la sombra, una táctica sabia y temerosa que apenas permite dar un paso hacia delante o hacia atrás cada diez años. Estas luchas secretas de hombres que quieren ante todo evitar el ruido exigen una finura particular, una aptitud para las cosas pequeñas, una paciencia de gente desprovista de pasiones. Y así es como la lentitud provinciana, de la que se burlan de buena gana en París, está llena de traiciones, de palos taimados, de derrotas y victorias ocultas. Esos bonachones, sobre todo cuando sus intereses están en juego, matan a domicilio, a papirotazos, como nosotros matamos a cañonazos, en la plaza pública.

La historia política de Plassans, al igual que la de todas las pequeñas ciudades de Provenza, ofrece una curiosa particularidad. Hasta 1830, los habitantes siguieron siendo católicos practicantes y fervientes monárquicos; el propio pueblo no quería saber sino de Dios y de sus reyes legítimos. Después se produjo un extraño viraje; la fe desapareció, la población obrera y burguesa, desertando de la causa de la legitimidad, se entregó poco a poco al gran movimiento democrático de nuestra época. Cuando la revolución de 1848 estalló, la nobleza y el clero se encontraron solos para trabajar por el triunfo de Enrique V[2]. Durante mucho tiempo habían mirado el advenimiento de los Orleáns como un ensayo ridículo

que tarde o temprano haría volver a los Borbones; aunque sus esperanzas estuvieran singularmente quebrantadas, no por ello dejaron de entablar la lucha, escandalizados por la defección de sus antiguos fieles y esforzándose por atraérselos de nuevo. El barrio de San Marcos, ayudado por todas las parroquias, puso manos a la obra. En la burguesía, y sobre todo en el pueblo, el entusiasmo fue grande inmediatamente después de las jornadas de febrero; aquellos aprendices de republicanos tenían prisa por gastar su fiebre revolucionaria. Mas para los rentistas de la ciudad nueva, aquel hermoso fuego tuvo el brillo y la duración de un fuego de paja. Los pequeños propietarios, los comerciantes retirados, los que habían dormido a pierna suelta o redondeado sus fortunas bajo la monarquía, se vieron pronto asaltados por el pánico; la república, con su vida de sacudidas, hizo que temblaran por sus cajas y por su cara existencia de egoístas. Por ello, cuando se declaró la reacción clerical de 1849, casi toda la burguesía de Plassans se pasó al partido conservador. Fue recibida con los brazos abiertos. Jamás la ciudad nueva había mantenido relaciones tan estrechas con el barrio de San Marcos; ciertos nobles hasta llegaron a darles la mano a abogados y a ex comerciantes de aceite. Esta familiaridad inesperada entusiasmó al barrio nuevo, que entabló, desde entonces, una encarnizada guerra contra el gobierno republicano. Para estimular tal acercamiento, el clero tuvo que gastar tesoros de habilidad y paciencia. En el fondo, la nobleza de Plassans se encontraba sumida, como una moribunda, en una invencible postración; conservaba la fe, pero estaba aquejada del sueño de la tierra, prefería no actuar, dejar obrar al Cielo; de buena gana habría protestado con su mero silencio, sintiendo acaso vagamente que sus dioses estaban muertos y que lo único que le cabía era reunirse con ellos. Incluso en esa época de trastornos, cuando la catástrofe de 1848 pudo darle por un instante esperanzas del regreso de los Borbones, se mostró embotada, indiferente, hablando de arrojarse a la refriega y no abandonando sino a regañadientes su rincón junto al fuego. El clero combatió sin descanso ese sentimiento de impotencia y de resignación. Puso en ello una especie de pasión. Un sacerdote, cuando está desesperado, lucha más duramente; toda la política de la Iglesia consiste en seguir su camino, sea como sea, relegando el éxito de sus proyectos a varios siglos después, si es necesario, pero sin perder una hora, lanzándose siempre hacia delante, con un esfuerzo continuo. Fue, pues, el clero el que, en Plassans, dirigió a la reacción. La nobleza fue su testaferro, sin más; se ocultó tras ella, la reprendió, la dirigió, consiguió incluso devolverle una vida ficticia. Cuando la hubo inducido a vencer su repugnancia hasta el punto de hacer causa

común con la burguesía, se creyó seguro de la victoria. El terreno estaba maravillosamente preparado; aquella antigua ciudad monárquica, aquella población de burgueses apacibles y de comerciantes cobardes debía alinearse fatalmente, tarde o temprano, en el partido del orden. El clero, con su sabia táctica, apresuró la conversión. Tras haberse ganado a los propietarios de la ciudad nueva, supo incluso convencer a los pequeños detallistas del barrio viejo. A partir de entonces, la reacción fue la dueña de la ciudad. Todas las opiniones estaban representadas en esta reacción; jamás se vio una mezcla semejante de liberales avinagrados, de legitimistas, de orleanistas, de bonapartistas, de clericales. Pero poco importaba, en aquel entonces. Se trataba únicamente de matar a la República. Y la República agonizaba. Una fracción del pueblo, un millar de obreros a lo sumo, de las diez mil almas de la ciudad, saludaban aún al árbol de la libertad, plantado en medio de la plaza de la Subprefectura.

Los más finos políticos de Plassans, los que dirigían el movimiento reaccionario, sólo presintieron el imperio bastante tarde. La popularidad del príncipe Luis Napoleón les pareció un capricho pasajero de la multitud que sería fácil de desbaratar. La propia persona del príncipe les inspiraba muy poca admiración. Lo consideraban una nulidad, un chiflado, incapaz de manejar Francia y sobre todo de mantenerse en el poder. Para ellos, no era sino un instrumento del que pensaban servirse, que despejaría el terreno y a quien pondrían en la puerta, cuando llegara la hora en que debía aparecer el verdadero pretendiente. Sin embargo, a medida que transcurrían los meses se iban inquietando. Sólo entonces tuvieron una vaga conciencia de ser víctimas de un engaño. Pero no les dejaron tiempo de tomar una decisión; el golpe de Estado estalló sobre sus cabezas, y tuvieron que aplaudir. La gran impura, la República, acababa de ser asesinada. Era un triunfo, de todas formas. El clero y la nobleza aceptaron los hechos con resignación, dejando para más adelante la realización de sus esperanzas, y se vengaron de su chasco uniéndose a los bonapartistas para aplastar a los últimos republicanos.

Estos acontecimientos cimentaron la fortuna de los Rougon. Mezclados en las diversas fases de la crisis, se engrandecieron sobre las ruinas de la libertad. Fue a la República a quien robaron aquellos salteadores al acecho; después de que fue degollada, ayudaron a desvalijarla.

Al día siguiente de las jornadas de febrero, Felicité, el olfato más fino de la familia, comprendió que estaban por fin sobre la buena pista. Empezó a

girar en torno a su marido, a aguijonearlo para que se moviera. Los primeros rumores de revolución habían asustado a Pierre. Cuando su mujer le hubo hecho entender que tenían poco que perder y mucho que ganar con los cambios, se adhirió en seguida a su opinión.

—No sé lo que puedes hacer —repetía Felicité—, pero me parece que hay algo que hacer. ¿No nos decía el señor de Carnavant, el otro día, que sería rico si alguna vez volvía Enrique V y que este rey recompensaría espléndidamente a quienes hubieran trabajado por su regreso? Quizá nuestra fortuna esté en eso. Ya es hora de tener buena suerte.

El marqués de Carnavant, aquel noble que, según la crónica escandalosa de la ciudad, había conocido íntimamente a la madre de Felicité, iba de vez en cuando, en efecto, a visitar a los esposos. Las malas lenguas pretendían que la señora Rougon se le parecía. Era un hombre bajito, activo, de setenta y cinco años de edad, cuyos rasgos y modales ella parecía haber adquirido, al envejecer. Se contaba que las mujeres le habían devorado los restos de una fortuna ya muy mermada por su padre en la época de la emigración. Por lo demás, él confesaba su pobreza de buen grado. Recogido por uno de sus parientes, el conde de Valqueyras, vivía como un parásito comiendo a la mesa del conde y viviendo en un estrecho aposento situado bajo los tejados de su mansión.

—Pequeña —decía a menudo palmeando las mejillas de Felicité—, si alguna vez Enrique V me devuelve mi fortuna, te nombraré mi heredera.

Felicité tenía cincuenta años y él la llamaba aún «pequeña». La señora Rougon pensaba en esos golpecitos familiares y en esas continuas promesas de herencia cuando empujaba a su marido a la política. A menudo el señor de Carnavant se había quejado amargamente de no poder acudir en su ayuda. No cabía duda de que se conduciría como un padre con ella, el día en que fuera poderoso. Pierre, a quien su mujer explicó la situación con medias palabras, se declaró dispuesto a marchar en el sentido que le indicaran.

La especial posición del marqués lo convirtió, en Plassans, desde los primeros días de la República, en un activo agente del movimiento reaccionario. Aquel hombrecito inquieto, que sólo saldría ganando con el regreso de sus soberanos legítimos, se ocupó con fervor del triunfo de su causa. Mientras que la nobleza rica del barrio de San Marcos se dormía en su muda desesperación, temerosa quizá de comprometerse y de verse de

nuevo condenada al exilio, él se valía por varios, hacía propaganda, reclutaba fieles. Fue un arma cuya empuñadura sostenía una mano invisible. A partir de entonces, sus visitas a los Rougon se hicieron cotidianas. Necesitaba un centro de operaciones. Como su pariente, el señor de Valqueyras, le había prohibido introducir a los afiliados en su residencia, había escogido el salón amarillo de Félicité. Por lo demás, no tardó en encontrar en Pierre una valiosa ayuda. Él no podía ir en persona a predicar la causa de la legitimidad a los pequeños detallistas y a los obreros del barrio viejo; lo habrían abucheado. Pierre, en cambio, que había vivido en medio de aquella gente, hablaba su lengua, conocía sus necesidades, conseguía catequizarlos a la chita callando. Se convirtió así en el hombre indispensable. En menos de quince días, los Rougon fueron más papistas que el Papa. El marqués, viendo el celo de Pierre, se había disimulado hábilmente detrás de él. ¿A santo de qué ponerse en evidencia cuando un hombre de fuertes espaldas accede a cargar con todas las tonterías de un partido? Dejó a Pierre pavonearse, hincharse de importancia, hablar como amo, contentándose con retenerlo o con lanzarlo hacia delante, según las necesidades de la causa. Así el ex comerciante de aceite fue pronto un personaje. Por la noche, cuando se encontraban solos, Félicité le decía:

—Adelante, no temas nada. Estamos en el buen camino. Si esto continúa, seremos ricos, tendremos un salón como el del recaudador, y daremos fiestas.

Se había formado en casa de los Rougon un núcleo de conservadores que se reunían todas las tardes en el salón amarillo para despotricar contra la República.

Había allí tres o cuatro negociantes retirados que temblaban por sus rentas, y que exigían de todo corazón un gobierno prudente y fuerte. Un ex comerciante de almendras, concejal del ayuntamiento, Isidore Granoux, era como el jefe de ese grupo. Su boca de hocico de liebre, hendida a cinco o seis centímetros de la nariz, sus ojos redondos, su pinta a la vez satisfecha y atontada, le asemejaban a un ganso cebado que digiere entre un saludable temor al cocinero. Hablaba poco, pues no podía encontrar las palabras; sólo escuchaba cuando se acusaba a los republicanos de querer saquear las casas de los ricos, contentándose entonces con ponerse rojo hasta que temían una apoplejía, y con murmurar invectivas sordas, en medio de las cuales reaparecían las palabras «holgazanes, criminales,

ladrones, asesinos».

No todos los contertulios del salón amarillo tenían, en verdad, la torpeza de aquel ganso cebado. Un rico propietario, el señor Roudier, de rostro regordete e insinuante, disertaba horas enteras, con la pasión de un orleanista defraudado en sus cálculos por la caída de Luis Felipe. Era un fabricante de géneros de punto de París retirado en Plassans, ex proveedor de la corte, que había hecho de su hijo un magistrado y que contaba con los Orleáns para empujar al mozo a las más altas dignidades. Como la revolución acabó con sus esperanzas, se había lanzado a la acción a cuerpo descubierto. Su fortuna, sus antiguas relaciones comerciales con las Tullerías, que según él eran relaciones de buena amistad, el prestigio que adquiere en provincias todo aquel que ha ganado dinero en París y se digna ir a comérselo en lo hondo de una provincia, le daban una gran influencia en la comarca; cierta gente lo escuchaba como a un oráculo.

Pero el carácter más fuerte del salón amarillo era con toda seguridad el comandante Sicardot, el suegro de Aristide. De talla hercúlea, con una cara de un rojo ladrillo, llena de cicatrices y con mechones de pelo gris, se contaba entre los más gloriosos zopencos del ejército napoleónico. En las jornadas de febrero, la mera guerra de las calles lo había exasperado; se mostraba inagotable sobre el tema, diciendo con cólera que era vergonzoso luchar así; y recordaba con orgullo el gran reinado de Napoleón.

Se veía también, en casa de los Rougon, a un personaje de manos húmedas, de mirada equívoca, el señor Vuillet, un librero que proveía de santas imágenes y de rosarios a todas las beatas de la ciudad. Vuillet vendía libros clásicos y religiosos; era católico practicante, lo cual le aseguraba la clientela de numerosos conventos y parroquias. Con una inspiración genial, había unido a su comercio la publicación de un periodiquillo bisemanal, *La Gaceta de Plassans*, donde se ocupaba exclusivamente de los intereses del clero. El periódico le comía cada año un millar de francos, pero hacía de él el paladín de la Iglesia y le ayudaba a dar salida a la mercancía invendible de su sagrada tienda. Este hombre iletrado, cuya ortografía era dudosa, redactaba en persona los artículos de *La Gaceta* con una humildad y una bilis que sustituían al talento. Por eso al marqués, al ponerse en campaña, le llamó la atención el partido que podría sacar de esa figura insulsa de sacristán, de esa pluma grosera e

interesada. Desde febrero, los artículos de *La Gaceta* contenían menos faltas; el marqués los revisaba.

Puede imaginarse, ahora, el singular espectáculo que ofrecía cada noche el salón amarillo de los Rougon. Todas las opiniones se codeaban y ladraban a la vez contra la República. Se entendían en el odio. El marqués, por otra parte, que no faltaba nunca a una reunión, apaciguaba con su presencia las pequeñas disputas que surgían entre el comandante y los otros adherentes. Aquellos plebeyos estaban secretamente halagados por los apretones de mano que tenía a bien distribuirles a la llegada y a la salida. Sólo Roudier, como librepensador de la calle Saint-Honoré[3], decía que el marqués no tenía un céntimo y que él se reía del marqués. Este último conservaba una amable sonrisa de gentilhombre; se encanallaba con aquellos burgueses sin una sola de las muecas de desprecio que cualquier otro habitante del barrio de San Marcos se hubiera creído en el deber de hacer. Su vida de parásito lo había suavizado. Era el alma del grupo. Mandaba en nombre de personajes desconocidos, cuyos nombres jamás facilitaba. «Ellos quieren esto, ellos no quieren aquello», decía. Aquellos dioses ocultos, que velaban por los destinos de Plassans desde el fondo de su nube, sin parecer mezclarse directamente en los asuntos públicos, debían de ser ciertos sacerdotes, los grandes políticos de la región. Cuando el marqués pronunciaba aquel misterioso «ellos», que inspiraba a la reunión un maravilloso respeto, Vuillet confesaba con su actitud beatífica que los conocía perfectamente.

La persona más dichosa con todo esto era Félicité. Empezaba por fin a tener gente en su salón. Se sentía un poco avergonzada, sí, de sus viejos muebles de terciopelo amarillo; pero se consolaba pensando en el rico mobiliario que compraría cuando la buena causa hubiera triunfado. Los Rougon habían acabado por tomarse su monarquismo en serio. Félicité había llegado a decir, cuando Roudier no estaba allí, que, si no habían hecho fortuna en su comercio de aceite, era por culpa de la monarquía de julio. Era una forma de dar un color político a su pobreza. Se mostraba cariñosa con todo el mundo, incluso con Granoux, inventando cada noche una nueva forma de despertarlo a la hora de marcharse.

El salón, ese núcleo de conservadores pertenecientes a todos los partidos, y que se engrosaba diariamente, tuvo pronto una gran influencia. Por la diversidad de sus miembros, y sobre todo gracias al impulso secreto que cada uno de ellos recibía del clero, se convirtió en el centro reaccionario

que irradió sobre toda Plassans. La táctica del marqués, que se quedaba en segundo plano, hizo que se tuviera a Rougon por el jefe de la banda. Las reuniones se celebraban en su casa, lo cual bastaba a los ojos poco clarividentes de la mayoría para ponerlo a la cabeza del grupo y señalarlo a la atención pública. Se le atribuyó toda la tarea; se le creyó el principal artífice de aquel movimiento que, poco a poco, devolvía al partido conservador a los republicanos entusiastas de la víspera. Hay ciertas situaciones de las que se benefician sólo los tarados. Éstos fundan su fortuna allá donde hombres mejor situados y más influyentes no se habrían atrevido a arriesgar la suya. Ciertamente, Roudier, Granoux y los demás, por su posición de hombres ricos y respetados, parecían tener que ser preferidos mil veces a Pierre como jefes activos del partido conservador. Pero ninguno de ellos habría consentido en hacer de su salón un centro político; sus convicciones no iban hasta comprometerse abiertamente; en resumen, no eran sino gritones, comadres de provincia que accedían a chismorrear en casa de un vecino contra la República, desde el momento en que el vecino cargaba con la responsabilidad de sus chismorreos. La partida era demasiado incierta. Para jugarla, en la burguesía de Plassans, estaban sólo los Rougon, esos grandes apetitos insatisfechos y lanzados a resoluciones extremas.

En abril de 1849, Eugène dejó repentinamente París y vino a pasar quince días con su padre. Nunca se conoció bien el objetivo de este viaje. Hay que creer que Eugène vino a tantear su ciudad natal para saber si presentaría con éxito su candidatura de representante a la Asamblea Legislativa, que iba a reemplazar próximamente a la Constituyente. Era demasiado fino para arriesgarse a un fracaso. Sin duda la opinión pública le pareció poco favorable, pues se abstuvo de toda tentativa. Se ignoraba, por lo demás, en Plassans, lo que había sido de él, qué hacía en París. A su llegada, lo encontraron menos gordo, menos dormido. Lo rodearon, trataron de hacerle hablar. Fingió ignorancia, sin entregarse, forzando a los otros a hacerlo. Unas mentes más ágiles habrían encontrado, bajo su aparente gandulería, una gran preocupación por las opiniones políticas. Parecía sondear el terreno más para un partido que por propia cuenta.

Aunque hubiera renunciado a toda esperanza personal, no por ello dejó de quedarse en Plassans hasta fin de mes, muy asiduo sobre todo a las reuniones del salón amarillo. Desde el primer timbrazo, se sentaba en el vano de una ventana, lo más lejos posible de la lámpara. Se quedaba allí toda la velada, la barbilla en la palma de la mano derecha, escuchando

religiosamente. Las mayores necedades lo dejaban impasible. Aprobaba todo con la cabeza, hasta los gruñidos pasmados de Granoux. Cuando le preguntaban su opinión, repetía cortésmente el parecer de la mayoría. Nada llegó a colmar su paciencia, ni los hueros sueños del marqués que hablaba de los Borbones como inmediatamente después de 1815, ni las efusiones burguesas de Roudier, que se enternecía contando el número de pares de calcetines que había suministrado antaño al rey ciudadano. Al contrario, parecía muy a sus anchas en medio de aquella torre de Babel. A veces, cuando todos esos seres grotescos golpeaban a brazo partido a la República, se veía reír a sus ojos sin que sus labios perdiesen su mohín de hombre serio. Su forma concentrada de escuchar, su inalterable complacencia le habían granjeado todas las simpatías. Se le juzgaba inútil, pero buen chico. Cuando un ex comerciante de aceite o de almendras no podía colocar, en medio del tumulto, de qué manera salvaría él a Francia, si fuera el amo, se refugiaba junto a Eugène y le gritaba sus maravillosos planes al oído. Eugène asentía despacio con la cabeza, como encantado por las cosas elevadas que estaba oyendo. Sólo Vuillet lo miraba con aire torvo. Este librero, que llevaba dentro a sacristán y a periodista, hablaba menos que los otros, observaba más. Se había fijado en que el abogado charlaba a veces en los rincones con el comandante Sicardot. Se prometió vigilarlos, pero jamás pudo sorprender una sola de sus palabras. Eugène hacía callar al comandante con un guiño de ojos, en cuanto él se acercaba. Sicardot, a partir de esa época, sólo habló de los Napoleón con una misteriosa sonrisa.

Dos días antes de su regreso a París, Eugène se encontró en el paseo Sauvaire a su hermano Aristide, que lo acompañó unos instantes, con la insistencia de un hombre en busca de consejo. Aristide estaba muy perplejo. Desde la proclamación de la República, había exhibido el más vivo entusiasmo por el nuevo gobierno. Su inteligencia, agilizada por los dos años de estancia en París, veía más allá que los cerebros toscos de Plassans; adivinaba la impotencia de legitimistas y de orleanistas, sin distinguir con claridad cuál sería el tercer ladrón que vendría a robar la República. Por si acaso, se había puesto de parte de los vencedores. Había roto toda relación con su padre, calificándolo en público de viejo loco, de viejo imbécil engatusado por la nobleza.

—Y, sin embargo, mi madre es una mujer inteligente —agregaba—. Jamás la hubiera creído capaz de empujar a su marido a un partido cuyas esperanzas son quiméricas. Van a acabar de quedarse en la miseria. Pero

las mujeres no entienden nada de política.

El quería venderse, y lo más caro posible. Su gran inquietud a partir de entonces fue tomar el viento, ponerse siempre del lado de quienes podrían, a la hora del triunfo, recompensarlo magníficamente. Por desgracia, marchaba a ciegas; se sentía perdido, en lo hondo de su provincia, sin brújula, sin indicaciones concretas. A la espera de que el curso de los acontecimientos le trazase una vía segura, conservó la actitud de republicano entusiasta que habría adoptado desde el primer día. Gracias a esa actitud, se quedó en la subprefectura; incluso le aumentaron el sueldo. Hostigado pronto por el deseo de desempeñar un papel, persuadió a un librero, un rival de Vuillet, para fundar un periódico democrático, convirtiéndose en uno de sus redactores más ásperos. *El Independiente* hizo, bajo su impulso, una guerra sin cuartel a los reaccionarios. Pero la corriente lo arrastró poco a poco, a su pesar, más lejos de lo que quería ir; llegó a escribir artículos incendiarios que le daban escalofríos cuando los releía. Se comentó mucho, en Plassans, una serie de ataques dirigidos por el hijo contra las personas a quien el padre recibía cada tarde en el famoso salón amarillo. La riqueza de los Roudier y de los Granoux exasperaba a Aristide hasta el punto de hacerle perder toda prudencia. Empujado por su celosa acritud de hambriento, se había convertido en enemigo irreconciliable de la burguesía cuando la llegada de Eugène y su forma de comportarse en Plassans vinieron a consternarlo. Concedía a su hermano una gran habilidad. Según él, aquel grueso mozo adormilado nunca dormía más que con un ojo, como los gatos al acecho ante el agujero de un ratón. Y hete aquí que Eugène se pasaba veladas enteras en el salón amarillo, escuchando religiosamente a esos seres grotescos de quien él, Aristide, se había burlado despiadadamente. Cuando supo, por los chismorreos de la ciudad, que su hermano daba apretones de manos a Granoux y los recibía del marqués, se preguntó con ansiedad qué debía creer. ¿Se habría equivocado hasta tal punto? ¿Los legitimistas o los orleanistas tendrían alguna posibilidad de éxito? Esta idea lo aterrorizó. Perdió su equilibrio y, como suele ocurrir, cayó sobre los conservadores con más rabia, para vengarse de su ceguera.

La víspera del día en que paró a Eugène en el paseo Sauvaire, había publicado, en *El Independiente*, un artículo terrible sobre los manejos del clero, en respuesta a un suelto de Vuillet que acusaba a los republicanos de querer demoler las iglesias. Vuillet era la bestia negra de Aristide. No pasaba semana sin que los dos periodistas intercambiasen los más

groseros insultos. En provincias, donde se cultiva aún la perífrasis, la polémica pone el lenguaje de las verduleras en estilo cuidado: Aristide llamaba a su adversario «hermano Judas» o también «servidor de San Antonio», y Vuillet respondía galantemente llamando al republicano de «monstruo ahíto de sangre de quien la guillotina era la innoble proveedora».

Para sondear a su hermano, Aristide, que no se atrevía a mostrarse abiertamente inquieto, se contentó con preguntarle:

—¿Has leído mi artículo de ayer? ¿Qué opinas de él?

Eugène tuvo un leve encogimiento de hombros.

—Es usted un bobo, hermano —respondió simplemente.

—¡Cómo! —exclamó el periodista palideciendo—. ¡Le das la razón a Vuillet, crees en el triunfo de Vuillet!

—¡Yo!… Vuillet…

Iba seguramente a añadir: «Vuillet es tan bobo como tú». Pero al ver la cara gesticularte de su hermano, que se tendía ansiosamente hacia él, pareció presa de súbita desconfianza.

—Vuillet tiene cosas buenas —dijo con tranquilidad.

Al separarse de su hermano, Aristide se sentía aún más perplejo que antes. Eugène había debido de burlarse de él, pues Vuillet era el personaje más sucio que imaginarse pueda. Se prometió ser prudente, no comprometerse más, a fin de tener las manos libres si le era preciso un día ayudar a un partido a estrangular a la República.

La misma mañana de su marcha, una hora antes de subir a la diligencia, Eugène se llevó a su padre al dormitorio y tuvo con él una larga conversación. Félicité, que se había quedado en el salón, intentó vanamente escuchar. Los dos hombres hablaban bajo, como si temieran que una sola de sus palabras pudiera ser oída desde fuera. Cuando salieron por fin de la habitación, parecían muy animados. Tras haber besado a su padre y a su madre, Eugène, cuya voz arrastraba las palabras como de costumbre, dijo con emocionada vivacidad:

—¿Me ha entendido bien, padre? Ahí está nuestra fortuna. Hay que trabajar con todas nuestras fuerzas, en ese sentido. Tenga fe en mí.

—Seguiré fielmente tus instrucciones —respondió Rougon—. Sólo que no olvides lo que te he pedido en premio a mis esfuerzos.

—Si tenemos éxito, sus deseos serán satisfechos, se lo juro. Además, le escribiré, le guiaré, según el sesgo que tomen los acontecimientos. Nada de pánicos ni de entusiasmos. Obedézcame ciegamente.

—¿Qué habéis estado conspirando? —preguntó curiosamente Felicité.

—Querida madre —respondió Eugène con una sonrisa—, ha desconfiado demasiado de mí para que le confíe ahora mis esperanzas, que sólo descansan aún en cálculos de probabilidades. Necesitará fe para entenderme. Por otra parte, mi padre la informará, cuando llegue la hora. —Y como Félicité adoptaba la actitud de una mujer picada, le añadió al oído, besándola de nuevo—. Tengo mucho de ti, aunque hayas renegado de mí. Demasiada inteligencia sería perjudicial en este momento. Cuando la crisis llegue, tú deberás dirigir el asunto. —Se marchó; luego volvió a abrir la puerta, y dijo aún con voz imperiosa—: Y, sobre todo, desconfíen de Aristide, es un liante que lo estropearía todo. Lo he estudiado lo bastante para estar seguro de que siempre se saldrá con la suya. No se compadezcan de él, porque, si hacemos fortuna, sabrá robarnos su parte.

Cuando Eugène se hubo marchado, Felicité intentó calar en el secreto que le ocultaban. Conocía demasiado a su marido para interrogado abiertamente; le habría respondido con cólera que el asunto no iba con ella. Pero, a pesar de la sabia táctica que desplegó, no se enteró absolutamente de nada. Eugène, en aquellas horas confusas en las que era necesaria la mayor discreción, había elegido bien a su confidente. Pierre, halagado por la confianza de su hijo, exageró aún más la pasiva pesadez que hacía de él una mole seria e impenetrable. Cuando Félicité hubo comprendido que no sabría nada, dejó de dar vueltas a su alrededor. Sólo le quedó una curiosidad, la más aguda: los dos hombres habían hablado de un premio estipulado por el propio Pierre. ¿Cuál podría ser ese premio? Eso era lo que más interesaba a Félicité, que se reía por completo de las cuestiones políticas. Sabía que su marido había debido de venderse caro, pero se consumía por conocer la naturaleza del trato. Una noche, viendo a Pierre de buen humor, cuando acababan de meterse en la cama, llevó la conversación a las molestias de su pobreza.

—Ya es hora de que esto acabe —dijo— nos estamos arruinando en leña y en aceite, desde que esos señores vienen aquí. ¿Quién pagará la cuenta? A lo mejor nadie.

Su marido cayó en la trampa. Esbozó una sonrisa de complaciente superioridad.

—Paciencia —dijo. Después añadió con aire astuto, mirando a su mujer a los ojos—: ¿Estarías contenta de ser la mujer de un recaudador particular?

El rostro de Felicité enrojeció de cálido gozo. Se sentó, aplaudiendo como una niña con sus manos secas de ancianita.

—¿De verdad?… —balbuce—. ¿En Plassans?… —Pierre, sin contestar, hizo un prolongado signo afirmativo. Disfrutaba con el asombro de su compañera: ella se atragantaba de emoción—. Pero —prosiguió por fin—, hace falta una fianza enorme. Me dijeron que nuestro vecino, el señor Peirotte, tuvo que depositar ochenta mil francos en el Tesoro.

—¡Bah! —dijo el ex comerciante de aceite—, eso no es asunto mío. Eugène se encarga de todo. Hará que un banquero de París me adelante la fianza… Ya comprendes, he escogido un puesto que produce mucho. Eugène empezó por hacer muecas. Me decía que había que ser rico para ocupar posiciones así, que se elegía de ordinario a gente influyente. Pero yo aguanté, y él cedió. Para ser recaudador no hay necesidad de saber latín ni griego; tendré, como el señor Peirotte, un apoderado que hará toda la tarea. —Felicité lo escuchaba arrobada—. He adivinado —continuó él—, lo que preocupaba a nuestro querido hijo. No nos quieren mucho aquí. Saben que no tenemos fortuna, chismorrearán. Pero ¡bah!, en los momentos de crisis, sucede de todo. Eugène quería hacer que me nombraran en otra ciudad. Me he negado, quiero quedarme en Plassans.

—Sí, sí, hay que quedarse —dijo con vehemencia la anciana—. Es aquí donde hemos sufrido, y aquí es donde debemos triunfar. ¡Ah!, aplastaré a todas esas paseantes de la Explanada que miran desdeñosamente mis trajes de lana… No había pensado en el puesto de recaudador; creía que querías ser alcalde.

—¡Alcalde, pues vamos!… ¡El cargo es gratuito!… También Eugène me habló de la alcaldía. Le respondí: «Acepto, si me asignas una renta de

quince mil francos».

Esta conversación, en la que elevadas cifras salían como cohetes, entusiasmó a Félicité. Se agitaba, experimentaba una especie de comezón interna. Por fin adoptó una actitud devota y, concentrándose:

—Veamos, calculemos —dijo—: ¿Cuánto ganarás?

—Pues —dijo Pierre— el sueldo fijo es, creo, tres mil francos.

—Tres mil —contó Felicité.

—Después, está el tanto por ciento de las entradas, que, en Plassans, puede producir una suma de doce mil francos.

—Eso da quince mil.

—Sí, alrededor de quince mil francos. Es lo que gana Peirotte. Y eso no es todo. Peirotte hace de banquero por cuenta propia. Está permitido. Quizá me arriesgue, cuando llegue la oportunidad.

—Entonces pongamos veinte mil… ¡Veinte mil francos de renta! —repitió Felicité atontada por esa cifra.

—Habrá que devolver los anticipos —observó Pierre.

—Da igual —prosiguió Felicité—, seremos más ricos que muchos de estos señores… ¿Es que tienes que repartir el pastel con el marqués y los otros?

—No, no, será todo para nosotros. —Y como ella insistía, Pierre creyó que quería arrancarle su secreto. Frunció el ceño—. Ya hemos charlado bastante —dijo bruscamente—. Es tarde, durmamos. Nos traerá desgracia hacer cálculos por adelantado. No tengo aún el puesto. Y sobre todo, sé discreta.

Una vez apagada la lámpara, Felicité no pudo dormir. Con los ojos cerrados, hacía maravillosos castillos en el aire. Los veinte mil francos de renta danzaban ante ella, en la sombra, una danza diabólica. Vivía en un hermoso piso de la ciudad nueva, tenía el lujo del señor Peirotte, daba fiestas, deslumbraba con su fortuna a la ciudad entera. Lo que cosquilleaba más su vanidad era la buena posición que su marido ocuparía entonces. Sería él quien pagaría sus rentas a Granoux, a

Roudier, a todos aquellos burgueses que venían hoy a su casa como quien va al café, para hablar en voz alta y saber las noticias del día. Ella se había dado perfecta cuenta de la forma insolente en que aquella gente entraba en su salón, lo que había hecho que les tomara tirria. El propio marqués, con su irónica cortesía, empezaba a desagradarle. Así, triunfar solos, quedarse con todo el pastel, según su expresión, era una venganza que acariciaba amorosamente. Más adelante, cuando esos groseros personajes se presentaran con el sombrero en la mano en casa del señor recaudador Rougon, los aplastaría a su vez. Durante toda la noche rumió esas ideas. Al día siguiente, al abrir las persianas, su primera mirada se dirigió instintivamente al otro lado de la calle, a las ventanas del señor Peirotte; sonrió al contemplar las anchas cortinas de damasco que colgaban tras los cristales.

Las esperanzas de Felicité, al desplazarse, fueron más agudas. Como a todas las mujeres, no le disgustaba una pizca de misterio. La oculta meta que perseguía su marido la apasionó más de lo que habían conseguido nunca los manejos legitimistas del señor de Carnavant. Abandonó sin demasiada nostalgia los cálculos basados en el éxito del marqués, desde el momento en que, por otros medios, su marido pretendía poder obtener mayores beneficios. Se mostró, por lo demás, admirable de discreción y prudencia.

En el fondo una ansiosa curiosidad seguía torturándola; estudiaba los menores gestos de Pierre, trataba de comprender. ¿Y si se metía por mal camino? ¿Si Eugène lo arrastraba en pos de él a algún resbaladero de donde saldrían más hambrientos y más pobres? Sin embargo, le venía la fe. Eugène había mandado con tal autoridad que acababa por creer en él. También en eso actuaba el poder de lo desconocido. Pierre le hablaba misteriosamente de los altos personajes a quienes su hijo trataba en París; ella misma ignoraba lo que podía hacer allí, mientras que le resultaba imposible cerrar los ojos sobre las cabezonadas de Aristide en Plassans. En su propio salón, no se recataban de tratar al periodista demócrata con suma severidad. Granoux lo llamaba bandido entre dientes, y Roudier, dos o tres veces por semana, le repetía a Félicité:

—Buenas ha escrito su hijo. Ayer sin ir más lejos atacaba a nuestro amigo Vuillet con un cinismo repugnante.

Todo el salón hacía coro. El comandante Sicardot hablaba de pegarle un tortazo a su yerno. Pierre renegaba claramente de su hijo. La pobre madre

bajaba la cabeza, tragándose sus lágrimas. A veces, tenía ganas de estallar, de gritarle a Roudier que su querido hijo, a pesar de sus faltas, valía mucho más que él y los otros juntos. Pero estaba atada, no quería comprometer la posición tan laboriosamente adquirida. Al ver a toda la ciudad abrumar a Aristide, pensaba con desesperación que el infeliz se perdía. En dos ocasiones charló en secreto con él, instándole a volver con ellos, a no irritar más al salón amarillo. Aristide le respondió que ella no entendía nada de esas cosas, y que era ella la que había cometido una gran falta, al poner a su marido al servicio del marqués. Tuvo que abandonarle, aunque prometiéndose, si Eugène tenía éxito, obligarlo a compartir la presa con el pobre chico, que seguía siendo su preferido.

Tras la partida de su hijo mayor, Pierre Rougon siguió viviendo en plena reacción. Nada pareció cambiar en las opiniones del famoso salón amarillo. Cada tarde, los mismos hombres vinieron a hacer la misma propaganda en favor de una monarquía, y el dueño de la casa los aprobó y les ayudó con tanto celo como en el pasado. Eugène había dejado Plassans el 1 de mayo. Unos días después, el salón amarillo estaba entusiasmado. Se comentaba la carta del presidente de la República al general Oudinot, en la cual se decidía el sitio de Roma. Esa carta fue considerada como una victoria resonante, debida a la firme actitud del partido reaccionario. Desde 1845, las Cámaras discutían la cuestión romana; le estaba reservado a un Bonaparte acudir a ahogar una República naciente con una intervención de la cual la Francia libre jamás se hubiera hecho culpable. El marqués declaró que no se podía trabajar mejor por la causa de la legitimidad. Vuillet escribió un artículo soberbio. El entusiasmo ya no conoció límites cuando, un mes después, el comandante Sicardot entró una tarde en casa de los Rougon, anunciando a la compañía que el ejército francés luchaba bajo las murallas de Roma. Mientras todos prorrumpían en exclamaciones, él fue a estrechar la mano de Pierre de forma significativa. Luego, en cuanto se hubo sentado, inició un elogio del presidente de la República, el único, según él, que podía salvar a Francia de la anarquía.

—¡Pues que la salve lo antes posible —interrumpió el marqués—, y que comprenda a continuación su deber de entregarla en manos de sus dueños legítimos!

Pierre pareció aprobar con entusiasmo esta hermosa respuesta. Cuando hubo dado así pruebas de ardiente monarquismo, se atrevió a decir que el

príncipe Luis Bonaparte contaba con sus simpatías, en este asunto. Hubo entonces, entre él y el comandante, un intercambio de cortas frases que ensalzaban las excelentes intenciones del presidente y que se hubiera dicho preparadas y aprendidas de antemano. Por primera vez, el bonapartismo entraba abiertamente en el salón amarillo. Por lo demás, tras la elección del 10 de diciembre, el príncipe era tratado allí con cierta suavidad. Se le prefería mil veces a Cavaignac, y toda la banda reaccionaria había votado por él. Pero lo miraban más como a un cómplice que como a un amigo; todavía desconfiaban de aquel cómplice, a quien empezaban a acusar de quererse guardar para sí las castañas tras haberlas sacado del fuego. Esa tarde, sin embargo, gracias a la campaña de Roma, escucharon favorablemente los elogios de Pierre y del comandante.

El grupo de Granoux y de Roudier pedía ya que el presidente mandase fusilar a todos esos criminales republicanos. El marqués, apoyado en la chimenea, miraba con aire meditabundo un rosetón desteñido de la alfombra. Cuando por fin alzó la cabeza, Pierre, que parecía seguir a hurtadillas en su rostro el efecto de sus palabras, enmudeció súbitamente. El señor de Carnavant se contentó con sonreír mirando a Félicité con aire astuto. Este rápido juego se les escapó a los burgueses que se encontraban allí. Sólo Vuillet dijo con voz agria:

—Me gustaría más ver a su Bonaparte en Londres que en París. Nuestros asuntos marcharían más rápidos.

El ex comerciante de aceite palideció ligeramente, temeroso de haberse descubierto en demasía:

—No quiero a «mi» Bonaparte —dijo con bastante firmeza— ya sabe usted adónde lo mandaría, si en mi mano estuviera; digo simplemente que la expedición de Roma es una buena cosa.

Felicité había seguido esta escena con un curioso asombro. No habló de ella con su marido, lo cual probaba que la tomó como base de un secreto trabajo de intuición. La sonrisa del marqués, cuyo sentido exacto se le escapaba, le daba mucho que pensar.

A partir de ese día, Rougon, de cuando en cuando, si se presentaba la ocasión, deslizaba una frase en favor del presidente de la República. Esas tardes, el comandante Sicardot desempeñaba el papel de un compadre

complaciente. Por lo demás, la opinión clerical seguía dominando soberanamente en el salón amarillo. Fue sobre todo al año siguiente cuando ese grupo de reaccionarios adquirió en la ciudad una influencia decisiva, gracias al movimiento retrógrado que se desarrollaba en Paris. El conjunto de medidas antiliberales que se derivaron de la expedición a Roma, en el interior, aseguró definitivamente en Plassans el triunfo del partido de Rougon. Los últimos burgueses entusiastas vieron a la República agonizante y se apresuraron a unirse a los conservadores. La hora de los Rougon había llegado. La ciudad nueva les dedicó casi una ovación el día en que se aserró el árbol de la libertad plantado en la plaza de la Subprefectura. Este árbol, un joven álamo traído de orillas del Viorne, se había ido secando poco a poco, con gran desesperación de los obreros republicanos, que iban todos los domingos a comprobar los avances del mal, sin poder comprender las causas de aquella muerte lenta. Un aprendiz de sombrerero pretendió por fin haber visto a una mujer que salía de casa de los Rougon e iba a verter un cubo de agua envenenada al pie del árbol. A partir de entonces fue historia sabida que Felicité en persona se levantaba cada noche para regar el álamo con vitriolo. Muerto el árbol, la municipalidad declaró que la dignidad de la República exigía retirarlo. Como se temía el descontento de la población obrera, se eligió una hora avanzada de la tarde. Los rentistas conservadores de la ciudad nueva se olieron la fiestecita; bajaron todos a la plaza de la Subprefectura, para ver cómo caía un árbol de la libertad. Los contertulios del salón amarillo se asomaron a las ventanas. Cuando el álamo crujió sordamente y se derrumbó en la sombra con la trágica tiesura de un héroe herido de muerte, Félicité se creyó en el deber de agitar un pañuelo blanco. Entonces hubo aplausos entre la multitud, y los espectadores respondieron al saludo agitando igualmente sus pañuelos. Un grupo llegó incluso bajo la ventana, gritando:

—¡La enterraremos, la enterraremos!

Hablaban sin duda de la República. La emoción estuvo a punto de provocarle una crisis de nervios a Félicité. Fue una hermosa velada para el salón amarillo.

Entre tanto, el marqués seguía conservando su misteriosa sonrisa al mirar a Félicité. Aquel viejecito era demasiado fino para no comprender hacia dónde iba Francia. Fue uno de los primeros en olfatear el Imperio. Más adelante, cuando la Asamblea Legislativa se desgastó en vanas querellas,

cuando los propios orleanistas y legitimistas aceptaron tácitamente la idea de un golpe de Estado, se dijo que decididamente la partida estaba perdida. Por lo demás, sólo él vio claro. Vuillet notaba, sí, que la causa de Enrique V, defendida por su periódico, se volvía detestable; pero le importaba muy poco; le bastaba con ser una obediente criatura del clero; toda su política tendía a despachar la mayor cantidad posible de rosarios y estampas de santos. En cuanto a Roudier y Granoux, vivían en una pasmada ceguera; no era seguro que tuviesen una opinión; querían comer y dormir en paz, y a eso se limitaban sus aspiraciones políticas. El marqués, tras haber dicho adiós a sus esperanzas, no dejó por eso de acudir regularmente a casa de los Rougon. Se divertía allí. El choque de ambiciones, el despliegue de tontería burguesa, habían acabado por ofrecerle cada tarde un espectáculo de lo más regocijante. Tiritaba ante la idea de encerrarse en su pequeño alojamiento, debido a la caridad del conde de Valqueyras. Con maligna alegría se guardó para sí la convicción de que la hora de los Borbones aún no había llegado. Fingió ceguera, trabajando como en el pasado por el triunfo de la legitimidad, permaneciendo siempre a las órdenes del clero y la nobleza. Desde el primer día, había calado en la nueva táctica de Pierre, y creía que Félicité era su cómplice.

Una tarde que llegó el primero, encontró a la anciana sola en la salón.

—¿Qué, pequeña? —le preguntó con su sonriente familiaridad—, ¿marchan vuestros asuntos?… ¿Por qué diantres te andas con tapujos conmigo?

—No me ando con tapujos —respondió Félicité intrigada.

—Ya ven, ¡se cree que engaña a un viejo zorro de mi especie! ¡Eh!, mi querida niña, trátame como amigo. Estoy dispuesto a ayudaros secretamente… Vamos, sé franca. —Felicité tuvo un relámpago de inteligencia. No tenía que decir nada, quizá iba a enterarse de todo, si sabía calla—. ¿Sonríes? —prosiguió el señor de Carnavant—: Es el comienzo de una confesión. ¡Ya sospechaba yo que debías de estar detrás de tu marido! Pierre es demasiado torpe para inventar la linda traición que preparáis… De veras, deseo con todo mi corazón que los Bonaparte os den lo que yo hubiera pedido para ti a los Borbones.

Esta simple frase confirmó las sospechas que la anciana tenía desde hacía algún tiempo.

—El príncipe Luis tiene muchas posibilidades, ¿verdad? —preguntó vivamente.

—¿Me traicionarás si te digo que así lo creo? —respondió riendo el marqué—. Yo ya me he despedido, pequeña. Soy un viejo hombrecillo acabado y enterrado. Además, trabajaba para ti. Y como has sabido encontrar sin mí el buen camino, me consolaré de mi derrota viéndote triunfar… Y sobre todo no te hagas la misteriosa. Acude a mí, si estás en apuros. —Y agregó, con la sonrisa escéptica de un hidalgo encanallado—. ¡Vaya!, yo también puedo traicionar un poco. —En ese momento llegó el clan de los ex comerciantes de aceite y de almendras—. ¡Ah, queridos reaccionarios! —prosiguió en voz baja el señor de Carnavant—. Ya ves, pequeña, el gran arte en política consiste en tener dos buenos ojos cuando los demás son ciegos. Tienes todas las cartas mejores en tu juego.

Al día siguiente, Félicité, aguijoneada por esta conversación, quiso tener una certeza. Estaban entonces en los primeros días del año 1851. Desde hacía más de dieciocho meses, Rougon recibía regularmente, cada quince días, una carta de su hijo Eugène. Se encerraba en el dormitorio para leer esas cartas, que escondía después en el fondo de un viejo escritorio, cuya llave guardaba cuidadosamente en un bolsillo del chaleco. Cuando su mujer lo interrogaba, se contentaba con responder: «Eugène me ha escrito que está bien». Hacía mucho que Felicité soñaba con echar mano a las cartas de su hijo. Al día siguiente, por la mañana, mientras Pierre dormía aún, se levantó y fue, de puntillas, a sustituir la llave del escritorio, en el bolsillo del chaleco, por la llave de la cómoda, que era del mismo tamaño. Después, en cuanto su marido salió, se encerró a su vez, vació el cajón y leyó las cartas con una curiosidad febril.

El señor de Carnavant no se había equivocado, y sus propias sospechas se confirmaban. Había allí unas cuarenta cartas, en las cuales pudo seguir el gran movimiento bonapartista que desembocaría en el Imperio. Era una especie de sucinto diario, que exponía los hechos a medida que se iban presentando y deducía de cada uno de ellos esperanzas y consejos. Eugène tenía fe. Hablaba a su padre del príncipe Luis Bonaparte como del hombre necesario y fatal, único que podía resolver la situación. Había creído en él antes incluso de su regreso a Francia, cuando el bonapartismo era calificado de ridícula quimera. Félicité comprendió que su hijo era desde 1848 un activísimo agente secreto. Aunque no se explicaba muy claramente sobre su situación en París, era evidente que

trabajaba por el Imperio, a las órdenes de personajes a quienes nombraba con una especie de familiaridad. Cada una de sus cartas comprobaba los progresos de la causa y permitía prever un próximo desenlace. Terminaban en general exponiendo la línea de conducta que Pierre debía seguir en Plassans. Félicité se explicó entonces ciertas palabras y ciertos actos de su marido, cuya utilidad se le había escapado; Pierre obedecía a su hijo, seguía ciegamente sus recomendaciones.

Cuando la anciana hubo terminado su lectura, estaba convencida. Todo el pensamiento de Eugène se le apareció claramente. Contaba con hacer su fortuna política en la refriega y, de paso, con pagar a sus padres la deuda de su instrucción, arrojándoles un jirón de la presa, a la hora del encarne. A poco que su padre le ayudase, resultara útil a su causa, le sería fácil hacerlo nombrar recaudador particular. No podrían negarle nada, a él, que habría metido las dos manos en las más secretas tareas. Sus cartas eran una simple deferencia por su parte, una forma de evitar muchas tonterías a los Rougon. Por ello Félicité experimentó un vivo agradecimiento. Releyó ciertos pasajes de las cartas, aquellos donde Eugène hablaba en términos vagos de la catástrofe final. Esa catástrofe, cuyo género y alcance ella no adivinaba bien, se convirtió para ella en una especie de fin del mundo; Dios alinearía a los elegidos a su derecha y a los condenados a su izquierda, y ella se colocaría entre los elegidos.

Cuando consiguió, a la noche siguiente, volver a poner la llave del escritorio en el bolsillo del chaleco, se prometió utilizar el mismo método para leer cada nueva carta que llegase. Resolvió igualmente hacerse la ignorante. Esta táctica era excelente. A partir de ese día, ayudó tanto más a su marido cuanto que pareció hacerlo a ciegas. Cuando Pierre creía trabajar solo, era ella quien, con mucha frecuencia, llevaba la conversación al terreno deseado, quien reclutaba partidarios para el momento decisivo. La desconfianza de Eugène la hacía sufrir. Quería poder decirle, después del éxito: «Lo sabía todo y, lejos de estropear nada, he asegurado el triunfo». Nunca un cómplice hizo menos ruido y más tarea. El marqués, a quien había tomado por confidente, estaba maravillado.

Lo que le seguía preocupando era la suerte de su querido Aristide. Desde que compartía la fe de su hijo mayor, los artículos rabiosos del *El Independiente* la asustaban aún más. Deseaba vivamente convertir al desdichado republicano a las ideas napoleónicas; pero no sabía cómo hacerlo de forma prudente. Recordaba con qué insistencia les había dicho

Eugène que desconfiaran de Aristide. Sometió el caso al señor de Carnavant, que fue por entero de la misma opinión.

—Pequeña —le dijo—, en política hay que saber ser egoísta. Si convirtierais a vuestro hijo y *El Independiente* se pusiera a defender el bonapartismo, eso significaría asestar un duro golpe al partido. *El Independiente* está condenado; su mero título basta para poner furiosos a los burgueses de Plassans. Dejad al bueno de Aristide atascarse, eso forma a los jóvenes. No me parece hecho de una pasta como para desempeñar mucho tiempo el papel de mártir.

En su fervor por indicar a los suyos el buen camino, ahora que se creía en posesión de la verdad, Félicité hasta llegó a querer adoctrinar a su hijo Pascal. El médico, con el egoísmo del sabio sumido en sus investigaciones, se ocupaba muy poco de política. Habrían podido derrumbarse los imperios, mientras él hacía un experimento, sin que se dignase volver la cabeza. Sin embargo, había acabado por ceder a las instancias de su madre, que lo acusaba más que nunca de su vida insociable.

—Si frecuentaras a la gente bien —le decía—, tendrías clientes en la alta sociedad. Ven al menos a pasar las veladas en nuestro salón. Conocerás a Roudier, Granoux, Sicardot, todos personas bien situadas que te pagarán por tus visitas cuatro y cinco francos. Los pobres no te van a enriquecer.

La idea de tener éxito, de ver a toda su familia llegar a la fortuna se había convertido en una monomanía en Félicité. Pascal, para no apenarla, fue a pasar algunas veladas en el salón amarillo. Se aburrió menos de lo que temía. La primera vez, se quedó estupefacto del grado de imbecilidad en el que un hombre con buena salud puede caer. Los ex comerciantes de aceite y de almendras, y hasta el marqués y el comandante, le parecieron animales curiosos que no había tenido hasta entonces la ocasión de estudiar. Miró con el interés de un naturalista sus expresiones crispadas en una mueca, donde veía sus ocupaciones y sus apetitos; escuchó sus charlas hueras, como si hubiera tratado de sorprender el sentido del maullido de un gato o del ladrido de un perro. En esa época, se ocupaba mucho de historia natural comparada, trasladando a la raza humana las observaciones que podía hacer sobre la forma en que la herencia se comporta en los animales. Por eso, al encontrarse en el salón amarillo, se divirtió creyendo que había caído en una casa de fieras. Estableció

parecidos entre cada uno de aquellos seres grotescos y algún animal que conocía. El marqués le recordó exactamente un gran saltamontes verde, con su flacura, su cabeza delgada y ladina. Vuillet le dio la impresión descolorida y viscosa de un sapo. Fue más suave con Roudier, un carnero gordo, y con el comandante, un viejo dogo desdentado. Pero su continuo asombro era el prodigioso Granoux. Se pasó toda una velada midiendo su ángulo facial. Cuando le oía farfullar algún vago insulto contra los republicanos, esos bebedores de sangre, se esperaba siempre oírlo gimotear como un ternero; y no podía verlo levantarse sin imaginar que iba a ponerse a cuatro patas para salir del salón.

—Charla —le decía bajito su madre—, intenta hacerte con la clientela de estos señores.

—No soy veterinario —respondió por fin, sacado de sus casillas.

Felicité lo cogió, una tarde, en un rincón, e intentó catequizarlo. Estaba encantada de verlo ir a su casa con cierta asiduidad. Lo creía ganado para la sociedad, sin poder suponer por un instante las singulares diversiones con que disfrutaba al ridiculizar a los ricos. Alimentaba el secreto proyecto de hacer de él, en Plassans, el médico de moda. Bastaría que hombres como Granoux y Roudier accediesen a lanzarlo. Ante todo, quería darle las ideas políticas de la familia, comprendiendo que un médico sólo podía salir ganando al hacerse ferviente partidario del régimen que iba a suceder a la República.

—Amigo mío —le dijo—, puesto que ya te has vuelto razonable, tienes que pensar en el porvenir… Te acusan de ser republicano, porque eres lo bastante tonto para cuidar a todos los pordioseros de la villa sin que te paguen. Sé franco, ¿cuáles son tus verdaderas opiniones?

Pascal miró a su madre con ingenuo asombro. Después, sonriente:

—¿Mis verdaderas opiniones? —respondió—, no sé muy bien… ¿Dice usted que me acusan de ser republicano? ¡Bueno!, pues no me siento herido en absoluto por eso. Lo soy sin duda, si por esa palabra se entiende un hombre que desea la felicidad de todo el mundo.

—Pero nunca llegarás a nada —interrumpió con vehemencia Felicité—. Te timarán. Mira a tus hermanos, tratan de abrirse camino.

Pascal comprendió que no tenía que defender sus egoísmos de sabio. Su madre lo acusaba simplemente de no especular con la situación política. Se echó a reír, con cierta tristeza, y desvió la conversación. Nunca Felicité pudo inducirlo a calcular las posibilidades de los partidos, ni a enrolarse en el que parecía que iba a ganar. Sin embargo, continuó yendo de vez en cuando a pasar una velada en el salón amarillo. Granoux le interesaba como un animal antediluviano.

Mientras tanto los acontecimientos seguían su marcha. El año 1851 fue, para los políticos de Plassans, un año de ansiedad y de pavor, de los que se benefició la causa secreta de los Rougon. De París llegaban las noticias más contradictorias; ora ganaban los republicanos, ora el partido conservador aplastaba a la República. El eco de las querellas que desgarraban la Asamblea Legislativa llegaba al fondo de la provincia, aumentado un día, debilitado al siguiente, cambiado hasta tal punto que los más clarividentes avanzaban en plena oscuridad. La única sensación general era que se aproximaba el desenlace. Y era la ignorancia de ese desenlace lo que mantenía en una atolondrada inquietud a aquel pueblo de burgueses cobardes. Todos deseaban acabar de una vez. Estaban enfermos de incertidumbre, se habrían arrojado en los brazos del Gran Turco si el Gran Turco se hubiera dignado salvar a Francia de la anarquía.

La sonrisa del marqués se agudizaba. Por la tarde, en el salón amarillo, cuando el espanto volvía indistintos los gruñidos de Granoux, se acercaba a Félicité y le decía al oído:

—Vamos, pequeña, el fruto está maduro… Pero tienes que hacerte útil.

A menudo Félicité, que seguía leyendo las cartas de Eugène, y que sabía que, de un día para otro, podía producirse una crisis decisiva, había comprendido esa necesidad: hacerse útil, y se había preguntado de qué forma los Rougon se esforzarían por ello. Acabó por consultar al marqués.

—Todo depende de los acontecimientos —respondió el viejecito—. Si este departamento permanece en calma, si una insurrección no espanta a Plassans, os será difícil poneros en primer plano y prestar servicios al nuevo Gobierno. Os aconsejo entonces que os quedéis en casa y que esperéis en santa paz los beneficios de vuestro hijo Eugène. Pero, si el pueblo se levanta y nuestros buenos burgueses se creen amenazados, habrá que desempeñar un lindo papel. Tu marido es un poco tosco…

—¡Oh! —dijo Félicité—, yo me encargo de suavizarlo… ¿Cree usted que el departamento se rebelará?

—Es cosa segura, en mi opinión. Plassans no se moverá, quizá; la reacción ha triunfado demasiado ampliamente. Pero las ciudades vecinas, las aldeas y sobre todo el campo están trabajados desde hace mucho tiempo por sociedades secretas y pertenecen al partido republicano avanzado. Si estalla un golpe de Estado, se oirá tocar a rebato en toda la comarca, desde los bosques de la Seille hastá la meseta de Sainte-Roure.

Félicité se concentró.

—Entonces —prosiguió—, ¿piensa usted que es necesaria una insurrección para asegurar nuestra fortuna?

—Es mi parecer —respondió el señor de Carnavant. Y añadió, con una sonrisa ligeramente irónica—: Una nueva dinastía sólo se funda en una refriega. La sangre es un buen abono. Será hermoso que los Rougon, como ciertas ilustres familias, daten de una matanza.

Estas palabras, acompañadas por una risa burlona, hicieron correr un escalofrío por la espalda de Félicité. Pero era una mujer muy entera, y la vista de las hermosas cortinas del señor Peirotte, que miraba religiosamente cada mañana, mantenía su valor. Cuando se sentía flaquear, se asomaba a la ventana y contemplaba la casa del recaudador. Eran sus Tullerías. Estaba decidida a los actos más extremados para entrar en la ciudad nueva, en esa tierra prometida en cuyo umbral ardía en deseos hacía tantos años.

La conversación que había tenido con el marqués acabó de mostrarle claramente la situación. Pocos días después, pudo leer una carta de Eugène, en la cual el servidor del golpe de Estado parecía contar igualmente con una insurrección para dar cierta importancia a su padre. Eugène conocía su provincia. Todos sus consejos habían tendido a que los reaccionarios del salón amarillo tuvieran en sus manos la mayor influencia posible, para que los Rougon pudieran apoderarse de la ciudad en el momento crítico. Según sus deseos, en noviembre de 1851, el salón amarillo era el amo de Plassans. Roudier representaba a la burguesía rica; su conducta decidiría con toda seguridad la de la ciudad nueva. Granoux era aún más valioso; tenía a sus espaldas todo el concejo, del que era el miembro más influyente, lo cual da una idea de los demás miembros. Por

último, mediante el comandante Sicardot, a quien el marqués había conseguido que nombraran jefe de la guardia nacional, el salón amarillo disponía de la fuerza armada. Los Rougon, aquellos pobres diablos mal afamados, habían conseguido, pues, agrupar en torno a sí las herramientas de su fortuna. Cada cual, por cobardía o necesidad, debía obedecerles y trabajar ciegamente por su elevación. Sólo tenían que temer las otras influencias que podían actuar en el mismo sentido que la suya, y arrebatar, en parte, a sus esfuerzos el mérito de la victoria. Ése era su gran temor, pues pretendían desempeñar ellos solos el papel de salvadores. Sabían de antemano que el clero y la nobleza los ayudarían más de lo que los obstaculizarían. Pero, en el caso de que el subprefecto, el alcalde y los otros funcionarios se adelantaran y ahogaran inmediatamente la insurrección, se encontrarían disminuidos, frenados incluso en sus hazañas; no tendrían ni tiempo ni medios para hacerse útiles. Soñaban con la abstención completa, con el pánico general de los funcionarios. Si desaparecía toda administración regular, si entonces eran un solo día los dueños de los destinos de Plassans, su fortuna estaría sólidamente cimentada. Felizmente para ellos, no había en la administración un hombre lo bastante convencido o lo bastante necesitado para amenazar la partida. El subprefecto era una mente liberal a quien el poder ejecutivo había olvidado en Plassans, gracias sin duda al excelente renombre de la ciudad; tímido de carácter, incapaz de un exceso de poder, debía de mostrarse muy apurado ante una insurrección. Los Rougon, que sabían que era favorable a la causa democrática, y que, por consiguiente, no temían su celo, se preguntaban simplemente con curiosidad qué actitud adoptaría. La municipalidad no les inspiraba mucho más temor. El alcalde, el señor Garçonnet, era un legitimista que el barrio de San Marcos había conseguido nombrar en 1849; detestaba a los republicanos y los trataba de forma muy desdeñosa; pero se encontraba demasiado ligado por amistad con ciertos miembros del clero para echar activamente una mano a un golpe de Estado bonapartista. Los otros funcionarios estaban en el mismo caso. Los jueces de paz, el jefe de correos, el recaudador de contribuciones, así como el recaudador particular, el señor Peirotte, que habían recibido sus puestos de la reacción clerical, no podían aceptar el Imperio con grandes arrebatos de entusiasmo. Los Rougon, sin ver muy bien cómo se desembarazarían de esa gente y despejarían a continuación el campo para quedarse solos en primer plano, se entregaban, sin embargo, a grandes esperanzas, al no encontrar a nadie que les disputase su papel de salvadores.

El desenlace se acercaba. En los últimos días de noviembre, cuando corría el rumor de un golpe de Estado y se acusaba al príncipe-presidente de querer hacerse nombrar emperador: «¡Eh! ¡Le nombraremos lo que quiera —había exclamado Granoux—, con tal de que mande fusilar a esos bribones de republicanos!».

Esta exclamación de Granoux, a quien se creía dormido, causó gran emoción. El marqués fingió no haber oído; pero todos los burgueses aprobaron con la cabeza al ex comerciante de almendras. Roudier, a quien no le daba miedo aplaudir muy fuerte, porque era rico, declaró incluso, mirando de reojo al señor de Carnavant, que aquella situación era insostenible, y que Francia debía ser enderezada cuanto antes por la mano que fuera.

El marqués guardó silencio de nuevo, lo cual fue tomado por aquiescencia. El clan de los conservadores, abandonando la legitimidad, se atrevía a formular votos por el Imperio.

—Amigos míos —dijo el comandante Sicardot, levantándose—, sólo un Napoleón puede proteger hoy a las personas y las propiedades amenazadas… No teman nada, he tomado las precauciones necesarias para que en Plassans reine el orden.

El comandante había escondido, en efecto, de acuerdo con los Rougon, en una especie de cuadra, cerca de las murallas, una provisión de cartuchos y un número bastante considerable de fusiles; se había asegurado al mismo tiempo el concurso de unos guardas nacionales con los que creía poder contar. Sus palabras produjeron una felicísima impresión. Esa tarde, al separarse, los pacíficos burgueses del salón amarillo hablaban de matar a los «rojos», si se atrevían a moverse.

El 1 de diciembre, Pierre Rougon recibió una carta de Eugène, que fue a leer al dormitorio, según su prudente costumbre. Félicité observó que estaba muy agitado al salir de la habitación. Dio vueltas todo el día alrededor del escritorio. Llegada la noche, no pudo aguantar más. Apenas se hubo dormido su marido, se levantó despacito, cogió la llave del escritorio en el bolsillo del chaleco, y se apoderó de la carta, haciendo el menor ruido posible. Eugène, en diez líneas, prevenía a su padre de que iba a producirse la crisis, y le aconsejaba que pusiera a su madre al tanto de la situación. Había llegado la hora de informarla; podría necesitar sus consejos.

Al día siguiente, Félicité esperó una confidencia que no llegó. No se atrevió a confesar su curiosidad, continuó fingiendo ignorancia, irritada con la necia desconfianza de su marido, que la juzgaba sin duda charlatana y débil como las demás mujeres. Pierre, con ese orgullo marital que da a un hombre la creencia de su superioridad en la pareja, había acabado por atribuir a su mujer toda la mala suerte pasada. Desde que se imaginaba dirigir él solo sus asuntos, le parecía que todo marchaba a pedir de boca. Por ello había resuelto prescindir por entero de los consejos de su mujer y no confiarle nada, a pesar de las recomendaciones de su hijo.

Félicité se picó, hasta el punto de que le habría puesto chinitas, de no haber deseado el triunfo tan ardientemente como Pierre. Siguió trabajando activamente por el éxito, pero buscando alguna venganza.

«¡Ah!, si pudiera llevarse un buen susto —pensaba—, ¡si cometiera una gran tontería!… Lo vería venir a pedirme humildemente consejo, dictaría la ley a mi vez».

Lo que la inquietaba era la actitud de amo todopoderoso que Pierre adoptaría necesariamente, si triunfaba sin su ayuda. Cuando se había casado con aquel hijo de campesino, con preferencia a cualquier pasante de notario, había pretendido servirse de él como de un títere sólidamente construido, de cuyas cuerdas tiraría a su antojo. ¡Y he aquí que el día decisivo el títere, con su ciega pesadez, quería andar solo! Todo el espíritu de astucia, toda la actividad febril de la viejecita protestaban. Sabía a Pierre muy capaz de una decisión brutal, similar a la que había tomado al obligar a su madre a firmar el recibo de cincuenta mil francos; el instrumento era bueno, poco escrupuloso; pero ella sentía la necesidad de dirigirlo, sobre todo en las circunstancias presentes, que exigían mucha agilidad.

La noticia oficial del golpe de Estado sólo llegó a Plassans la tarde del 3 de diciembre, un jueves. Desde las siete de la tarde, la reunión estaba completa en el salón amarillo. Aunque deseasen ardientemente la crisis, en la mayoría de los rostros se pintaba una vaga inquietud. Comentaron los acontecimientos, en medio de charlas sin fin. Pierre, ligeramente pálido como los otros, se creyó en el deber, por un alarde de prudencia, de disculpar el acto decisivo del príncipe Luis ante los legitimistas y los orleanistas que estaban presentes.

—Se habla de una llamada al pueblo —dijo—; la nación será libre de elegir el Gobierno que le plazca… El presidente es capaz de retirarse ante nuestros dueños legítimos.

Sólo el marqués, que tenía toda su sangre fría de hidalgo, acogió estas palabras con una sonrisa. A los demás, en la fiebre de la hora presente, nada les importaba de lo que ocurriría después. Todas las opiniones zozobraban. Roudier, olvidando su ternura de ex tendero por los Orleáns, interrumpió a Pierre con brusquedad. Todos gritaron:

—No discutamos. Pensemos en mantener el orden.

Aquella buena gente tenía un miedo horrible a los republicanos. Sin embargo, la ciudad sólo había experimentado una ligera emoción ante el anuncio de los acontecimientos de París. Había habido concentraciones ante los carteles pegados en la puerta de la subprefectura; corría el rumor de que unos cientos de obreros acababan de abandonar el trabajo y trataban de organizar la resistencia. Eso era todo. No parecía que fuera a estallar ningún disturbio grave. La actitud que adoptarían las ciudades y los campos vecinos era mucho más inquietante; pero se ignoraba aún de qué manera habían acogido el golpe de Estado.

Hacia las nueve, llegó Granoux, jadeante; salía de una sesión del ayuntamiento, convocada con urgencia. Con voz estrangulada por la emoción, dijo que el alcalde, el señor Garçonnet, aunque tenía sus reservas, se había mostrado decidido a mantener el orden con los métodos más enérgicos. Pero la noticia que más hizo chismorrear al salón amarillo fue la de la dimisión del subprefecto; este funcionario se había negado en redondo a comunicar a los habitantes de Plassans los despachos del ministro del Interior; acababa de abandonar la ciudad, afirmaba Granoux, y los despachos se habían hecho públicos gracias al alcalde. Se trata, quizá, del único subprefecto, en Francia, que tuvo el valor de no renegar de sus opiniones democráticas.

Aunque la actitud firme del señor Garçonnet inquietó secretamente a los Rougon, se las prometieron muy felices con la huida del subprefecto, que les dejaba el campo libre. Se decidió, en aquella memorable velada, que el grupo del salón amarillo aceptaba el golpe de Estado y se declaraba abiertamente en favor de los hechos consumados. Vuillet quedó encargado de escribir inmediatamente un artículo en ese sentido, que *La Gaceta* publicaría al día siguiente. Él y el marqués no hicieron la menor

objeción. Habían recibido sin duda instrucciones de los misteriosos personajes a los cuales hacían a veces devota alusión. El clero y la nobleza se resignaban ya a prestar su ayuda a los vencedores para aplastar a la enemiga común, la República.

Esa tarde, mientras el salón amarillo deliberaba, Aristide sintió sudores fríos de ansiedad. Nunca un jugador que arriesga su último luis a una carta ha experimentado semejante angustia. Durante el día, la dimisión de su jefe le dio mucho que pensar. Le oyó repetir en varias ocasiones que el golpe de Estado tenía que fracasar. Aquel funcionario, de una honradez limitada, creía en el triunfo definitivo de la democracia, aunque no tenía el valor de trabajar en pro de ese triunfo, resistiendo. Aristide solía escuchar detrás de las puertas de la subprefectura, para tener informes concretos; sentía que marchaba a ciegas, y se aferraba a las noticias que robaba a la administración. La opinión del prefecto lo impresionó; pero se quedó muy perplejo. Pensaba: «¿Por qué se aleja, si está seguro del fracaso del príncipe-presidente?». Sin embargo, obligado a tomar un partido, resolvió continuar con su oposición. Escribió un artículo muy hostil al golpe de Estado, que llevó esa misma tarde a *El Independiente*, para el número de la mañana siguiente. Había corregido las pruebas de ese artículo, y regresaba a casa, casi tranquilizado, cuando, al pasar por la calle de la Banne, alzó maquinalmente la cabeza y miró las ventanas de los Rougon. Esas ventanas estaban brillantemente iluminadas.

«¿Qué pueden estar conspirando allá arriba?», se preguntó el periodista con inquieta curiosidad.

Le entraron entonces unas violentas ganas de conocer la opinión del salón amarillo sobre los últimos acontecimientos. Concedía a ese grupo reaccionario una inteligencia mediana; pero sus dudas regresaban, se encontraba en una de esas horas en que uno pediría consejo a un niño de cuatro años. No podía pensar en entrar en casa de su padre en ese momento, después de la campaña que había hecho contra Granoux y los otros. Subió, sin embargo, pensando en la singular pinta que tendría, si llegaban a sorprenderlo en la escalera. Llegado a la puerta de los Rougon, sólo pudo captar un confuso rumor de voces.

—Soy un crío —dijo—; el miedo me vuelve idiota.

E iba a bajar, cuando oyó a su madre que acompañaba a la puerta a alguien. Casi ni le dio tiempo a lanzarse a un hueco oscuro formado por

una pequeña escalera que llevaba a los desvanes de la casa. La puerta se abrió, apareció el marqués, seguido por Félicité. El señor de Carnavant solía retirarse antes que los rentistas de la ciudad nueva, sin duda para no tener que distribuirles apretones de mano en la calle.

—¡Eh!, pequeña —dijo en el descansillo, ahogando la voz—, esa gente es aún más cobarde de lo que había pensado. Con semejantes hombres, Francia será siempre de quien se atreva a cogerla. —Y agregó con amargura, como hablando consigo mismo—: Decididamente, la monarquía se ha vuelto demasiado honrada para los tiempos modernos. Su hora terminó.

—Eugène le había anunciado la crisis a su padre —dijo Félicité—. El triunfo del príncipe Luis le parece seguro.

—¡Oh!, podéis avanzar osadamente —respondió el marqués, bajando los primeros peldaños—. Dentro de dos o tres días el país estará atado de pies y manos. Hasta mañana, pequeña.

Félicité cerró la puerta. Aristide, en su agujero oscuro, acababa de sufrir un deslumbramiento. Sin esperar a que el marqués hubiera llegado a la calle, se precipitó escaleras abajo de cuatro en cuatro y se lanzó fuera como un loco; después emprendió carrera hacia la imprenta de *El Independiente*. Una oleada de pensamientos golpeaba su cabeza. Estaba furioso, acusaba a su familia de haberlo engañado. ¡Cómo! Eugène tenía a sus padres al tanto de la situación, ¡y su madre no le había dado a leer nunca las cartas de su hermano, cuyos consejos habría seguido a ciegas! ¡Y ahora se enteraba por casualidad de que su hermano mayor consideraba seguro el éxito del golpe de Estado! Eso, por otra parte, confirmaba ciertos presentimientos suyos que aquel imbécil del subprefecto le había impedido escuchar. Estaba exasperado sobre todo con su padre, a quien había creído lo bastante tonto para ser legitimista, y que se revelaba como bonapartista en el último momento.

—Me han dejado cometer bastantes idioteces —murmuraba mientras corría—. Lindo papel el mío, ahora. ¡Ah, qué lección! Granoux es más listo que yo.

Entró en las oficinas de *El Independiente*, con un ruido de tormenta, pidiendo su artículo con voz estrangulada. El artículo estaba ya compaginado. Mandó desatar el molde, y sólo se calmó tras haber

descompuesto él mismo el artículo, mezclando furiosamente los tipos como un juego de dominó. El librero que dirigía el periódico le miró actuar con aire estupefacto. En el fondo, estaba encantado del incidente, pues el artículo le había parecido peligroso. Pero necesitaba imperiosamente material, si quería que *El Independiente* apareciese.

—¿Me va a dar otra cosa? —preguntó.

—¡Claro que sí! —respondió Aristide.

Se sentó a una mesa y comenzó un cálido panegírico del golpe de Estado. Ya en la primera línea juraba que el príncipe Luis acababa de salvar a la República. Pero aún no había escrito una página, cuando se detuvo y pareció buscar la continuación. Su cara de garduña se volvía inquieta.

—Tengo que irme a casa —dijo por fin—. Le enviaré esto en seguida. Saldrá usted un poco más tarde, si es preciso.

Al regresar hacia su casa, caminó lentamente, perdido en sus reflexiones. La indecisión volvía a asaltarlo. ¿Por qué adherirse tan pronto? Eugène era un tipo inteligente, pero quizá su madre había exagerado el alcance de una simple frase de su carta. En cualquier caso, más valía esperar y callarse.

Una hora después, Angèle llegó a casa del librero, fingiendo una gran emoción.

—Mi marido acaba de herirse malamente —dijo—. Al volver a casa se pilló los cuatro dedos en una puerta. En medio de tremendos sufrimientos, me ha dictado esta noticia que le ruega que publique mañana.

Al día siguiente, *El Independiente*, compuesto casi por entero de sucesos, apareció con estas líneas al frente de la primera columna:

Un lamentable incidente acaecido a nuestro eminente colaborador, D. Aristide Rougon, nos privará de sus artículos durante algún tiempo. El silencio le resultará cruel en las presentes circunstancias. Pero ninguno de sus lectores dudará de los votos que sus sentimientos patrióticos formulan por la felicidad de Francia.

Esta oscura nota había sido maduradamente estudiada. La última frase

podía explicarse en favor de todos los partidos. De esta forma, después de la victoria, Aristide se reservaba una soberbia reaparición con un panegírico de los vencedores. Al día siguiente se dejó ver por toda la ciudad con el brazo en cabestrillo. A su madre, que había acudido, muy asustada por la nota del periódico, se negó a enseñarle la mano y le habló con una amargura que ilustró a la anciana.

—No será nada —dijo al dejarlo, tranquilizada y levemente burlona—. Sólo necesitas reposo.

Gracias sin duda a este supuesto accidente y a la marcha del subprefecto, *El Independiente* no se vio molestado, como lo fueron la mayoría de los periódicos democráticos de los departamentos.

La jornada del 4 transcurrió en Plassans en relativa calma. Hubo, por la tarde, una manifestación popular que se dispersó ante la aparición de los gendarmes. Un grupo de obreros acudió a exigir la comunicación de los despachos de París al señor Garçonnet, quien se negó con altivez; al retirarse, el grupo lanzó gritos de «¡Viva la República! ¡Viva la Constitución!». Después, todo volvió al orden. El salón amarillo, tras haber comentado largamente este inocente paso, declaró que las cosas iban de la mejor manera.

Pero las jornadas del 5 y el 6 fueron más inquietantes. Se conoció sucesivamente la insurrección de los pueblecitos vecinos; todo el sur del departamento cogía las armas; La Palud y Saint-Martin de-Vaulx se habían sublevado los primeros, arrastrando en pos de ellos a las aldeas, Chavanoz, Nazères, Poujols, Valqueyras, Vernoux. Entonces el salón amarillo empezó a verse seriamente asaltado por el pánico. Lo que le inquietaba, sobre todo, era ver Plassans aislado en el propio seno de la revuelta. Bandas de insurgentes debían de recorrer los campos e interrumpir todas las comunicaciones. Granoux repetía con aire asustado que el señor alcalde estaba sin noticias. Y la gente empezaba a decir que la sangre corría en Marsella y que en París había estallado una formidable revolución. El comandante Sicardot, furioso con la cobardía de los burgueses, hablaba de morir a la cabeza de sus hombres.

El 7, un domingo, el terror llegó al colmo. Desde las seis, el salón amarillo, donde estaba reunido de forma permanente una especie de comité reaccionario, se encontraba atestado por una multitud de hombrecillos pálidos y temblorosos, que charlaban entre sí en voz baja, como en la

habitación de un muerto. Se había sabido, durante el día, que una columna de insurgentes, compuesta por unos tres mil hombres, se encontraba reunida en Alboise, un burgo alejado a lo sumo tres leguas. La intención, a decir verdad, era que esta columna se dirigiera a la capital del departamento, dejando Plassans a la izquierda, pero el plan de campaña podía ser cambiado, y bastaba, además, a los rentistas cobardes con sentir a los insurgentes a algunos kilómetros para imaginarse ya que rudas manos de obreros les apretaban la garganta. Habían tenido, por la mañana, un anticipo de la revuelta: los escasos republicanos de Plassans, viendo que no podrían intentar nada de importancia en la ciudad, habían resuelto unirse a sus hermanos de La Palud y de Saint-Martin de-Vaulx; había partido un primer grupo, hacia las once, por la puerta de Roma, cantando *La marsellesa* y rompiendo algunos cristales. Una de las ventanas de Granoux estaba dañada. Y él contaba el hecho con balbuceos de espanto.

El salón amarillo, mientras tanto, se agitaba con viva ansiedad. El comandante había enviado a su criado para estar informado de la marcha exacta de los insurgentes, y se esperaba el regreso del hombre, haciendo las suposiciones más sorprendentes. La reunión estaba completa. Roudier y Granoux, hundidos en sus sillones, se lanzaban miradas lamentables, mientras, a sus espaldas, gemía el atontado grupo de los comerciantes retirados. Vuillet, sin aparentar demasiado susto, reflexionaba sobre las disposiciones que tomaría para proteger su tienda y su persona; deliberaba si se escondería en el desván o en el sótano, y se inclinaba por el sótano. Pierre y el comandante caminaban de un lado a otro, intercambiando una frase de vez en cuando. El ex comerciante de aceite se aferraba a su amigo Sicardot, para que le prestase un poco de su valor. Él, que esperaba la crisis desde hacía tanto tiempo, trataba de mostrar aplomo, pese a la emoción que lo asfixiaba. En cuanto al marqués, más pimpante y sonriente que de costumbre, charlaba en un rincón con Félicité, que parecía muy contenta.

Por fin llamaron. Aquellos señores se estremecieron como si hubieran oído un disparo de fusil. Mientras Félicité iba a abrir, un silencio de muerte reinó en el salón; las caras, descoloridas y ansiosas, se tendían hacía la puerta. El criado del comandante apareció en el umbral, jadeante, y dijo bruscamente a su amo:

—Señor, los insurgentes estarán aquí dentro de una hora.

Fue como un rayo. Todo el mundo se puso en pie lanzando exclamaciones; los brazos se alzaron al techo. Durante varios minutos fue imposible entenderse. Rodeaban al mensajero, lo apremiaban con preguntas.

—¡Ira de Dios! —gritó por fin el comandante—, no chillen así. Calma, ¡o no respondo de nada!

Todos se desplomaron en sus sillas, con grandes suspiros. Se pudo obtener entonces algunos detalles. El mensajero había encontrado a la columna en Les Tulettes, y se había apresurado a regresar.

—Son por lo menos tres mil —dijo—. Marchan como soldados, en batallones. Me ha parecido ver prisioneros en medio de ellos.

—¡Prisioneros! —gritaron los burgueses despavoridos.

—¡Sin duda! —interrumpió el marqués con su voz aflautada—. Me han dicho que los insurgentes arrestaban a las personas conocidas por sus opiniones conservadoras.

Esta noticia acabó de consternar al salón amarillo. Algunos burgueses se levantaron y alcanzaron furtivamente la puerta, pensando que no tenían demasiado tiempo por delante para encontrar un escondite seguro.

El anuncio de las detenciones realizadas por los republicanos pareció impresionar a Félicité. Se llevó aparte al marqués y le preguntó:

—¿Qué hacen esos hombres con la gente que arrestan?

—Pues los llevan consigo —respondió el señor de Carnavant—. Deben de considerarlos excelentes rehenes.

—¡Ah! —respondió la anciana con voz singular.

Y volvió a seguir con aire pensativo la curiosa escena de pánico que se desarrollaba en el salón. Poco a poco, los burgueses se eclipsaron; pronto no quedaron sino Vuillet y Roudier, a quienes la proximidad del peligro devolvía cierto valor. En cuanto a Granoux, se quedó igualmente en un rincón, pues sus piernas se negaban a obedecerle.

—¡A fe mía, prefiero esto! —dijo Sicardot al darse cuenta de la fuga de los otros adherentes—. Esos cobardes acababan exasperándome. Hace más de dos años que hablan de fusilar a todos los republicanos de la comarca, y hoy ni siquiera les tirarían a las narices un petardo de cuatro cuartos. —Cogió su sombrero y se dirigió hacia la puerta—. Vamos —continuó—, el tiempo apremia… Venga, Rougon.

Felicité parecía esperar ese momento. Se lanzó entre la puerta y su marido, quien, por lo demás, no se apresuraba mucho para seguir al terrible Sicardot.

—No quiero que salgas —gritó, fingiendo una repentina desesperación—. Nunca permitiré que me abandones. Esos bribones te matarán.

El comandante se detuvo, extrañado.

—¡Diantre! —gruñó—, si las mujeres se ponen a lloriquear, ahora… Venga de una vez, Rougon.

—No, no —prosiguió la anciana, aparentando un terror creciente—, no le seguirá; antes me colgaré de su ropa.

El marqués, muy sorprendido con esta escena, miraba curiosamente a Félicité. ¿Era la misma mujer que, hacía un rato, charlaba tan alegremente? ¿Qué comedia estaba representando? Sin embargo, Pierre, desde que su mujer lo retenía, ponía cara de querer salir a toda costa.

—Te digo que no saldrás —repetía la anciana, que se aferraba a uno de sus brazos. Y volviéndose al comandante—: ¿Cómo puede pensar en resistir? Son tres mil, y no reunirá usted cien hombres valientes. Va usted a conseguir que lo degüellen inútilmente.

—¡Eh!, es nuestro deber —dijo Sicardot impaciente.

Felicité, prorrumpió en sollozos.

—Si no me lo matan, lo harán prisionero —prosiguió, mirando fijamente a su marido—. ¡Dios mío! ¿Qué será de mí, sola, en una ciudad abandonada?

—Pero ¿cree usted —exclamó el comandante— que van a dejar de detenernos, si permitimos a los insurgentes entrar tranquilamente aquí? Le

juro que al cabo de una hora el alcalde y todos los funcionarios se encontrarán prisioneros, sin contar a su marido y a los contertulios de este salón.

El marqués creyó ver una vaga sonrisa pasar por los labios de Félicité, mientras ella respondía con aire espantado:

—¿Usted cree?

—¡Pardiez! —prosiguió Sicardot—, los republicanos no son tan tontos como para dejar enemigos a sus espaldas. Mañana, Plassans estará vacío de funcionarios y de buenos ciudadanos.

Ante estas palabras, que había provocado hábilmente, Felicité soltó el brazo de su marido. Pierre ya no puso cara de salir. Gracias a su mujer, cuya sabia táctica se le escapó, por lo demás, y cuya secreta complicidad ni sospechó por un instante, acababa de vislumbrar todo un plan de campaña.

—Habría que deliberar antes de tomar una decisión —le dijo al comandante—. Quizá mi mujer no esté equivocada, al acusarnos de olvidar los verdaderos intereses de nuestras familias.

—No, claro, la señora no está equivocada —exclamó Granoux, que había escuchado los gritos aterrados de Félicité con el arrobamiento de un cobarde.

El comandante se caló el sombrero, con un gesto enérgico, y dijo, con voz clara:

—Equivocada o no, poco me importa. Soy el comandante de la guardia nacional, debería estar ya en el ayuntamiento. Confiese que tiene usted miedo y me deja solo… Conque buenas noches.

Giraba el pomo de la puerta, cuando Rougon le retuvo con vehemencia.

—Escuche, Sicardot —dijo.

Y lo arrastró a un rincón, al ver que Vuillet aguzaba sus anchas orejas. Allí, en voz baja, le explicó que era lógico dejar tras los insurgentes unos cuantos hombres enérgicos, que pudieran restablecer el orden en la ciudad. Y como el feroz comandante se empeñaba en no querer desertar

de su puesto, se ofreció para ponerse al frente del cuerpo de reserva.

—Deme —le dijo— la llave del cobertizo donde están las armas y las municiones, y mande recado a unos cincuenta de nuestros hombres de que no se muevan hasta que yo los llame.

Sicardot acabó consintiendo en aquellas prudentes medidas. Le confió la llave del cobertizo, comprendiendo él mismo la inutilidad presente de la resistencia, aunque queriendo, sin embargo, dar él el pecho.

Durante esta conversación, el marqués murmuró unas palabras con aire sagaz al oído de Félicité. Le daba la enhorabuena sin duda por su lance imprevisto. La anciana no pudo reprimir una leve sonrisa. Y cuando Sicardot daba un apretón de manos a Rougon y se disponía a salir:

—¿Nos abandona usted, decididamente? —le preguntó recobrando su aire trastornado.

—Jamás un viejo soldado de Napoleón se dejará intimidar por la chusma —respondió.

Estaba ya en el descansillo, cuando Granoux se abalanzo y le gritó:

—Si va usted al ayuntamiento, prevenga al alcalde de lo que ocurre. Yo corro a casa, para tranquilizar a mi mujer.

Félicité se había arrimado a su vez al oído del marqués, murmurando con discreta alegría:

—¡A fe mía!, prefiero que ese diablo del comandante vaya a que le arresten. Tiene demasiado celo.

Mientras tanto Rougon había vuelto a llevar a Granoux al salón. Roudier, que, desde su rincón, seguía silenciosamente la escena, apoyando con signos enérgicos las propuestas de medidas prudentes, se reunió con ellos. Cuando el marqués y Vuillet se hubieron levantado igualmente:

—Ahora que estamos solos —dijo Pierre—, entre gente pacífica, les propongo que nos escondamos, con el fin de evitar una detención segura, y de estar en libertad cuando volvamos a ser los más fuertes. Granoux estuvo a punto de abrazarlo, Roudier y Vuillet respiraron más a sus anchas.

—Próximamente los necesitaré a ustedes, caballeros —continuó el comerciante de aceite dándose importancia—. A nosotros nos cabrá el honor de restablecer el orden en Plassans.

—Cuente con nosotros —exclamó Vuillet, con un entusiasmo que inquietó a Félicité.

El tiempo apremiaba. Los singulares defensores de Plassans que se escondían para mejor defender la ciudad se apresuraron cada cual a meterse en el fondo de cualquier agujero. Al quedarse solo con su mujer, Pierre le recomendó que no cometiera el error de atrancarse, y que respondiese, si venían a interrogarla, que él se había marchado para un breve viaje. Y como ella se hacía la tonta, fingiendo terror y preguntándole en qué pararía todo aquello, le respondió bruscamente:

—No es asunto tuyo. Déjame llevar a mí solo las cosas. Saldrán mejor.

Unos minutos después, caminaba rápidamente a lo largo de la calle de la Banne. Llegado al paseo Sauvaire, vio salir del barrio viejo a un grupo de obreros que cantaban *La marsellesa*.

«¡Caray! —pensó— ya era hora. La ciudad se subleva ahora».

Apretó el paso, dirigiéndose hacia la puerta de Roma. Allí, le entraron sudores fríos por la lentitud del guardián en abrirle la puerta. Al dar los primeros pasos por la carretera distinguió, al claro de luna, en el otro extremo del arrabal, la columna de insurgentes, cuyos fusiles despedían llamitas blancas. Corriendo se internó en el callejón de San Mittre y llegó a casa de su madre, a donde no había ido desde hacía muchos años.

Capítulo 4

Antoine Macquart regresó a Plassans tras la caída de Napoleón. Había tenido la increíble suerte de no participar en ninguna de las últimas y mortíferas campañas del Imperio. Se había arrastrado de puesto en puesto sin que nada lo sacara de su vida embrutecida de soldado. Esa vida acabó de desarrollar sus vicios naturales. Su pereza se volvió razonada; sus borracheras, que le valieron un número incalculable de castigos, fueron desde entonces a sus ojos una verdadera religión. Pero lo que lo convirtió sobre todo en el peor de los granujas fue el gran desdén que concibió por los pobres diablos que se ganaban por la mañana su pan de la noche.

—Tengo dinero en el pueblo —decía a menudo a sus camaradas—; cuando me den la licencia, podré vivir como un burgués.

Esta creencia y su crasa ignorancia le impidieron ascender ni siquiera al grado de cabo.

Desde su partida, no había ido a pasar ni un día de permiso a Plassans, pues su hermano inventaba mil pretextos para tenerlo alejado. Por eso ignoraba por completo la hábil forma en que Pierre se había apoderado de la fortuna de su madre. Adélaïde, en la indiferencia profunda en que vivía, no le escribió sino tres veces, para decirle simplemente que se encontraba bien. El silencio que solía acoger sus numerosas peticiones de dinero no le infundió ninguna sospecha; la roñosería de Pierre bastaba para explicarle las dificultades que experimentaba para arrancar, de vez en cuando, una miserable pieza de veinte francos. Por lo demás, eso no hizo sino aumentar el rencor contra su hermano, que le dejaba pudrirse en el servicio, pese a su promesa formal de rescatarlo. Se juraba, al regresar a casa, que no volvería a obedecer como un chiquillo y que reclamaría rotundamente su parte de la fortuna, para vivir a su gusto. Soñó, en la diligencia que lo traía, con una deliciosa existencia de pereza. El derrumbamiento de sus castillos en el aire fue terrible. Cuando llegó al arrabal y no reconoció ya el cercado de los Fouque, se quedó atónito. Tuvo que preguntar la nueva dirección de su madre. Allí hubo una escena espantosa. Adélaïde le comunicó tranquilamente la venta de sus bienes. Él

se enfureció, llegó hasta a levantarle la mano.

La pobre mujer repetía:

—Tu hermano se quedó con todo; se ocupará de ti, es lo convenido.

Salió por fin y corrió a casa de Pierre, a quien habla avisado de su regreso, y que se había preparado para recibirle y terminar con él para siempre, a la primera frase grosera.

—Oiga —le dijo el comerciante de aceite, que aparentó no tutearlo ya—, no me revuelva la bilis o le pongo en la puerta. Después de todo, no lo conozco. No llevamos el mismo apellido. Ya es bastante desgracia para mí que mi madre se haya portado mal, sin que sus bastardos vengan aquí a insultarme. Estaba bien dispuesto hacia usted; pero, ya que se muestra insolente, no haré nada, absolutamente nada.

Antoine estuvo a punto de ahogarse de cólera.

—¿Y mi dinero? —gritaba—. ¿Me lo devolverás, ladrón, o tendré que arrastrarte ante los tribunales?

Pierre se encogía de hombros:

—No tengo dinero suyo —respondió, cada vez más tranquilo—. Mi madre dispuso de su fortuna como le pareció. Y yo no soy quién para meter la nariz en sus asuntos. He renunciado de buen grado a toda esperanza de herencia. Estoy a cubierto de sus sucias acusaciones.

Y, como su hermano tartamudeaba, exasperado por aquella sangre fría y sin saber qué pensar, le puso ante los ojos el recibo que Adélaïde había firmado. La lectura de aquel documento acabó de abrumar a Antoine.

—Está bien —dijo con voz casi tranquila—, ya sé lo que tengo que hacer.

La verdad es que no sabía qué partido tomar. Su impotencia para encontrar un método inmediato para tener su parte y vengarse activaba aún más su furiosa fiebre. Volvió a casa de su madre, la sometió a un interrogatorio vergonzoso. La infeliz mujer no podía sino enviarlo otra vez a Pierre.

—¿Es que os creéis —exclamó él insolentemente— que vais a hacerme ir

y venir como un zarandillo? Ya me enteraré de cuál de los dos tiene el gato. ¿Quizá te lo has comido tú?…

Y, aludiendo a su antigua mala conducta, le preguntó si no tendría algún canalla al que daba sus últimos cuartos. Ni siquiera perdonó a su padre, aquel borracho de Macquart, decía, que debía de haberla timado hasta su muerte, y que dejaba a sus hijos en la miseria. La pobre mujer escuchaba, con aire embrutecido. Gruesas lágrimas corrían por sus mejillas. Se defendió con un terror de niño, respondiendo a las preguntas de su hijo como a las de un juez, jurando que se portaba bien, y repitiendo siempre con insistencia que no tenía un cuarto, que Pierre se había quedado con todo. Antoine casi acabó por creerla.

—¡Ah, qué bribón! —murmuró—; por eso no me rescataba.

Tuvo que dormir en casa de su madre, en un jergón echado en una esquina. Había vuelto con los bolsillos completamente vacíos, y lo que más lo exasperaba era verse sin ningún recurso, mientras que su hermano, según él, hacía buenos negocios, comía y dormía cómodamente. No teniendo con qué comprarse ropa, salió al día siguiente con el pantalón y el quepis de ordenanza. Tuvo la suerte de encontrar, en el fondo de un armario, una vieja chaqueta de terciopelo amarillento, gastada y remendada, que había pertenecido a Macquart. Con esta singular vestimenta corrió por la ciudad, contando su historia y pidiendo justicia.

La gente a la que fue a consultar lo recibió con un desprecio que le hizo verter lágrimas de rabia. En provincias, se es implacable con las familias venidas a menos. Según la opinión común, a los Rougon-Macquart les venía de casta y se devoraban entre sí; la galería, en lugar de separarlos, más bien los habría incitado a morderse. Pierre, por lo demás, empezaba a lavarse su mancha original. Su bribonada hizo reír; ciertas personas llegaron a decir que había hecho muy bien, si realmente se había apoderado del dinero, y que eso sería una buena lección para las personas libertinas de la ciudad.

Antoine regresó desalentado. Un abogado le había aconsejado, con muecas asqueadas, que lavara sus trapos sucios en familia, tras haberse informado hábilmente de si poseía la suma necesaria para sostener un proceso. Según aquel hombre, el asunto parecía muy enredado, los debates serían muy largos y el éxito era dudoso. Además, hacía falta

dinero, mucho dinero.

Esa tarde, Antoine fue aún más duro con su madre; no sabiendo de quién vengarse, repitió sus acusaciones de la víspera; tuvo a la infeliz hasta media noche estremecida de vergüenza y de espanto. Al contarle Adélaïde que Pierre le pasaba una pensión, adquirió la certeza de que su hermano se había embolsado los cincuenta mil francos. Pero, en su irritación, fingió dudar todavía, por un refinamiento de maldad que lo aliviaba. Y no dejaba de interrogarla con aire desconfiado, aparentando que seguía creyendo que ella se había comido su fortuna con amantes.

—¡Vamos, mi padre no ha sido el único! —dijo por fin con grosería.

Ante este último golpe, ella fue a arrojarse tambaleante sobre un viejo arcón, donde se quedó toda la noche sollozando. Antoine comprendió pronto que no podía, solo y sin recursos, llevar a cabo una campaña contra su hermano. Intentó al principio interesar a Adélaïde en su causa; una acusación, hecha por ella, podía tener graves consecuencias. Pero la pobre mujer, tan blanda y dormida, desde las primeras palabras de Antoine se negó con energía a molestar a su hijo mayor.

—Soy una desgraciada —balbucía—. Tienes razón al encolerizarte. Pero, ya ves, tendría demasiados remordimientos, si hiciera que metieran a uno de mis hijos en la cárcel. No, prefiero que me pegues.

El notó que sólo le sacaría lágrimas, y se contentó con agregar que se veía justamente castigada, y que no sentía la menor lástima de ella. Por la noche, Adélaïde, sacudida por las peleas sucesivas que le buscaba su hijo, tuvo una de esas crisis nerviosas que la dejaban rígida, los ojos abiertos, como muerta. El joven la arrojó sobre la cama; después, sin aflojarle siquiera la ropa, se puso a hurgar por la casa, buscando por si la infeliz tenía ahorros escondidos en alguna parte. Encontró unos cuarenta francos. Se apoderó de ellos y, mientras su madre se quedaba allí, tiesa y sin resuello, se fue a coger tranquilamente la diligencia de Marsella.

Acababa de ocurrírsele que Mouret, el obrero sombrerero que se había casado con su hermana Ursule, debía de estar indignado con la bribonada de Pierre, y que querría sin duda defender los intereses de su mujer. Pero no encontró al hombre con el que contaba. Mouret le dijo claramente que se había acostumbrado a mirar a Ursule como una huérfana, y que no quería, a ningún precio, tener altercados con su familia. Los asuntos de la

pareja prosperaban. Antoine, recibido muy fríamente, se apresuró a tomar de nuevo la diligencia. Pero, antes de marchar, quiso vengarse del secreto desprecio que leía en las miradas del obrero; como su hermana le había parecido pálida y agobiada, tuvo la taimada crueldad de decirle al marido, al alejarse:

—Tenga cuidado, mi hermana siempre ha sido muy enclenque, y la he encontrado muy cambiada; podría usted perderla.

Las lágrimas que subieron a los ojos de Mouret le probaban que había puesto el dedo en una llaga sangrante. Por eso aquellos obreros hacían excesivo alarde de felicidad.

Cuando regresó a Plassans, la certeza de que tenía las manos atadas volvió a Antoine aún más amenazador. Durante un mes, sólo se le vio a él por la ciudad. Recorría las calles, contando su historia a quien quería oírla. Cuando conseguía que su madre le diera una pieza de un franco, iba a bebérsela a alguna taberna, y allí gritaba muy alto que su hermano era un canalla que pronto tendría noticias suyas. En semejantes lugares, la dulce fraternidad que reina entre borrachos le proporcionaba un auditorio simpático; todos los granujas de la ciudad abrazaban su causa; había invectivas sin fin contra ese bribón de Rougon que dejaba sin pan a un valiente soldado, y la sesión terminaba de ordinario con la condena general de todos los ricos. Antoine, por un refinamiento de venganza, continuaba paseándose con su quepis, su pantalón de ordenanza y su vieja chaqueta de terciopelo amarillo, aunque su madre se había ofrecido a comprarle ropa más decente. Exhibía sus andrajos, los desplegaba el domingo, en pleno paseo Sauvaire.

Uno de sus goces más delicados consistió en pasar diez veces al día delante de la tienda de Pierre. Agrandaba los agujeros de la chaqueta con los dedos, aflojaba el paso, se ponía a veces a charlar delante de la puerta, para quedarse más tiempo en la calle. Esos días, se llevaba a algún borracho amigo suyo, que le servía de compadre; le contaba el robo de los cincuenta mil francos, acompañando el relato de insultos y amenazas, en voz alta, para que toda la calle lo oyera, y que sus palabrotas llegasen a su destino, hasta el fondo de la tienda.

—Acabará por venir a mendigar delante de nuestra casa —dijo Félicité, desesperada.

La vanidosa mujercita sufría horriblemente con este escándalo. Incluso alguna vez, por esa época, lamentó en secreto haberse casado con Rougon; este último tenía una familia demasiado terrible. Lo habría dado todo por que Antoine dejara de pasear sus harapos. Pero Pierre, a quien la conducta de su hermano enloquecía, ni siquiera quería que se pronunciara su nombre delante de él. Cuando su mujer le daba a entender que quizá valdría más desembarazarse de él dándole algunos francos:

—No, nada, ni un ochavo —gritaba con furor—. ¡Qué reviente!

Sin embargo, él mismo terminó por confesar que la actitud de Antoine resultaba intolerable. Un día, Felicité, queriendo acabar, llamó a aquel hombre, como lo denominaba haciendo una mueca desdeñosa. «Aquel hombre» estaba motejándola de tunanta en medio de la calle, en compañía de un camarada todavía más andrajoso que él. Ambos estaban trompas.

—Ven, nos llaman desde ahí dentro —dijo Antoine a su compañero con voz de guasa.

Félicité retrocedió murmurando:

—Queremos hablar sólo con usted.

—¡Bah! —respondió el joven—, mi camarada es un buen chico. Puede oírlo todo. Es mi testigo.

El testigo se sentó con todo su peso en una silla. No se destocó y empezó a mirar a su alrededor, con esa sonrisa embrutecida de los borrachos y de la gente grosera que se siente insolente. Félicité, avergonzada, se colocó delante de la puerta de la tienda, para que no vieran desde fuera a la singular compañía que recibía. Felizmente su marido llegó en su ayuda. Una violenta disputa se entabló entre él y su hermano. Este último, cuya lengua espesa se trabucaba en los insultos, repitió más de veinte veces los mismos agravios. Incluso acabó echándose a llorar, y faltó poco para que su emoción se contagiara a su camarada. Pierre se había defendido de una forma muy digna.

—Veamos —dijo por fin—, es usted desgraciado y me da lástima. Aunque me ha insultado cruelmente, no olvido que tenemos la misma madre. Pero, si le doy algo, sepa que lo hago por pura bondad y no por miedo…

¿Quiere cien francos para salir de apuros?

Esta repentina oferta de cien francos deslumbró al camarada de Antoine. Miró a este último con un aire encantado, que significaba claramente: «Puesto que el burgués ofrece cien francos, ya no hay que andarse con tonterías». Pero Antoine pretendía especular con las buenas disposiciones de su hermano. Le preguntó que si se burlaba de él; era su parte, diez mil francos, lo que exigía.

—Te equivocas, te equivocas —farfullaba su amigo.

Por fin, cuando Pierre, impaciente, hablaba de ponerlos a los dos en la puerta, Antoine rebajó sus pretensiones y, de repente, sólo reclamó mil francos. Se pelearon aún un buen cuarto de hora sobre esa cifra. Félicité intervino. La gente empezaba a congregarse delante de la tienda.

—Escuche —dijo con presteza—, mi marido le dará doscientos francos, y yo me encargo de comprarle un traje completo y de alquilarle un alojamiento durante un año.

Rougon se enfadó. Pero el camarada de Antoine, entusiasmado, gritó:

—Está hecho, mi amigo acepta.

Y Antoine declaró, en efecto, de malos modos, que aceptaba. Veía que no conseguiría más. Se convino que le enviarían el dinero y el traje al día siguiente, y que unos días después, en cuanto Félicité le hubiera encontrado un alojamiento, podría instalarse. Al retirarse, el borracho que acompañaba al joven fue tan respetuoso como insolente acababa de estar; saludó más de diez veces a la compañía, con aire humilde y torpe, farfullando vagos agradecimientos, como si los dones de los Rougon le hubieran estado destinados.

Una semana después, Antoine ocupaba una gran habitación del barrio viejo, en la cual Félicité, excediéndose en sus promesas, tras el compromiso formal del joven de dejarlos tranquilos en adelante, había mandado poner una cama, una mesa y sillas. Adélaïde vio marcharse a su hijo sin ningún pesar; estaba condenada a más de tres meses a pan y agua por la corta estancia que había hecho en su casa. Antoine pronto se comió y se bebió los doscientos francos. Ni por un instante se le había ocurrido emplearlos en algún pequeño comercio que le hubiera ayudado a

vivir. Cuando estuvo de nuevo sin un céntimo, al no tener ningún oficio, y repugnándole además toda tarea continuada, quiso exprimir de nuevo la bolsa de los Rougon. Pero las circunstancias ya no eran las mismas, no consiguió asustarlos. Pierre aprovechó incluso esa ocasión para ponerlo en la puerta, prohibiéndole que volviera a pisar su casa. Por mucho que Antoine reanudó sus acusaciones, la ciudad, que conocía la munificencia de su hermano, pregonada por Félicité a bombo y platillos, no le dio la razón y lo calificó de holgazán. Mientras tanto, el hambre apretaba. Amenazó con hacerse contrabandista como su padre, y cometer alguna trastada que deshonrada a la familia. Los Rougon se encogieron de hombros; sabían que era demasiado cobarde para arriesgar el pellejo. Por fin, lleno de una rabia sorda contra sus parientes y contra la sociedad entera, Antoine se decidió a buscar trabajo.

Había conocido, en una taberna del arrabal, a un obrero cestero que trabajaba en casa. Se ofreció a ayudarlo. En poco tiempo aprendió a trenzar canastas y cestos, obras groseras y a bajo precio, de fácil venta. Pronto trabajó por cuenta propia. Aquel oficio poco cansado le gustaba. Seguía siendo dueño de su pereza, y eso era lo que pedía, sobre todo. Se ponía a la tarea cuando no podía hacer ya otra cosa, trenzando de prisa y corriendo una docena de canastas que iba a vender al mercado. Mientras le duraba el dinero, ganduleaba, recorriendo las tiendas de vinos, digiriendo al sol; después, cuando había ayunado durante un día, cogía sus varas de mimbre con sordas invectivas, acusando a los ricos, que, ellos sí, viven sin hacer nada. El oficio de cestero, así entendido, es de lo más ingrato; su trabajo no habría bastado para pagar sus borracheras, si no se las hubiera arreglado para procurarse el mimbre barato. Como no lo compraba nunca en Plassans, decía que iba cada mes a hacer su provisión a un pueblo vecino, donde decía que lo vendían a mejor precio. La verdad es que se abastecía en los mimbrales del Viorne, en las noches oscuras. El guarda rural lo sorprendió incluso una vez, lo cual le valió unos días de cárcel. Fue a partir de ese momento cuando se las dio en la ciudad de feroz republicano. Afirmó que estaba fumando tranquilamente su pipa a orillas del río, cuando el guarda rural lo había detenido. Y añadía:

—Quisieran desembarazarse de mí, porque saben cuáles son mis opiniones. ¡Pero no los temo, a esos ricos bribones!

Sin embargo, al cabo de diez años de haraganería, Macquart opinó que trabajaba de más. Su continuo sueño era inventar una forma de vivir bien

sin hacer nada. Su pereza no se habría contentado con pan y agua, como la de ciertos holgazanes que consienten en quedarse con hambre, con tal de poder cruzarse de brazos. Él quería buenas comidas y hermosos días de ociosidad. Habló por un momento de entrar como criado en casa de algún noble del barrio de San Marcos. Pero un palafrenero amigo suyo le metió miedo contándole las exigencias de sus amos. Macquart, harto de sus cestos, viendo llegar el día en que tendría que comprar el mimbre necesario, iba a venderse como reemplazo y a reanudar la vida de soldado, que prefería mil veces a la de obrero, cuando trabó amistad con una mujer cuyo encuentro modificó sus planes.

Joséphine Gavaudan, a quien toda la ciudad conocía por el diminutivo familiar de Fine, era una moza alta y gruesa de unos treinta años. Su cara cuadrada, de anchura masculina, presentaba en la barbilla y en los labios unos pelos ralos, pero terriblemente largos. Se la tenía por toda una mujer, capaz si venía a cuento de liarse a puñetazos. Por eso sus anchos hombros, sus brazos enormes, imponían un asombroso respeto a los chavales, que ni siquiera se atrevían a sonreír de sus bigotes. Pese a ello, Fine tenía una vocecita aguda, una voz de niña, débil y clara. Los que la trataban afirmaban que, a pesar de su aire terrible, era de una dulzura de cordero. Muy animosa para el trabajo, habría podido ahorrar algo de dinero de no haberle gustado los licores; adoraba el anisete. Con frecuencia, los domingos por la noche, había que llevarla a su casa.

Toda la semana trabajaba con una testarudez de bestia. Desempeñaba tres o cuatro oficios, vendía fruta o castañas cocidas en el mercado, según la estación, era la asistenta de algunos rentistas, iba a fregar platos a casa de los burgueses los días de banquete, y empleaba su ocio en arreglar sillas de paja. La ciudad entera la conocía sobre todo como sillera. En el sur se hace un gran consumo de sillas de enea, que son de uso común.

Antoine Macquart conoció a Fine en el mercado. Cuando iba allí a vender sus cestas, en invierno, se ponía, para tener calor, al lado del hornillo en el cual ella cocía sus castañas. Quedó maravillado de su valor, él, a quien la menor tarea espantaba. Poco a poco, bajo la aparente rudeza de aquella fuerte comadre, descubrió timideces, bondades secretas. A menudo la veía dar puñados de castañas a los arrapiezos andrajosos que se paraban extasiados ante su olla humeante. Otras veces, cuando el inspector del mercado la zarandeaba, casi se echaba a llorar, sin parecer consciente de sus gruesos puños. Antoine acabó diciéndose que era la mujer que

necesitaba. Trabajaría por los dos, y él dictaría la ley en el hogar. Sería su bestia de carga, una bestia infatigable y obediente.

En cuanto a su afición a los licores, la encontraba muy natural. Tras haber pensado bien las ventajas de semejante unión, se declaró. Fine quedó encantada. Nunca un hombre se había atrevido a ligarse a ella. Por más que le dijeron que Antoine era el peor de los pillastres, no se sintió con valor para rechazar el matrimonio que su fuerte naturaleza reclamaba desde hacía tiempo. La misma noche de bodas, el joven se fue a vivir al alojamiento de su mujer, en la calle Civadière, cerca del mercado; el alojamiento, que se componía de tres piezas, estaba mucho más confortablemente amueblado que el suyo, y con un suspiro de contento se estiró sobre los dos excelentes colchones que guarnecían la cama.

Todo marchó bien los primeros días. Fine se dedicaba, como en el pasado, a sus múltiples tareas; Antoine, presa de una especie de amor propio marital que lo asombró a él mismo, trenzó en una semana más cestas de las que había hecho nunca en un mes. Pero el domingo estalló la guerra. Había en la casa una suma bastante considerable que los esposos mermaron fuertemente. Por la noche, borrachos ambos, se zurraron la badana, sin que les fuera posible, al día siguiente, recordar cómo había comenzado la disputa. Se habían mostrado muy tiernos hasta las diez; después Antoine había empezado a apalear brutalmente a Fine, y Fine, exasperada, olvidando su dulzura, había devuelto tantos puñetazos como bofetadas recibía. Al día siguiente, reanudó valientemente el trabajo, como si nada ocurriera. Pero su marido, con sordo rencor, se levantó tarde y se pasó el resto del día fumando su pipa al sol.

A partir de ese momento, los Macquart adoptaron el género de vida que iban a seguir llevando. Quedó tácitamente acordado entre ellos que la mujer sudaría el quilo para mantener al marido. Fine, que amaba instintivamente el trabajo, no protestó. Era de una paciencia angelical, cuando no había bebido, y le parecía muy natural que su hombre fuera perezoso, y trataba de evitarle incluso las más leves tareas. Su punto flaco, el anisete, no la volvía mala, sino justa; las noches en que se había ensimismado ante una botella de su licor favorito, si Antoine le buscaba pelea, caía sobre él a brazo partido, reprochándole su holgazanería y su ingratitud. Los vecinos estaban acostumbrados a los escándalos periódicos que estallaban en la habitación de los esposos. Se aporreaban concienzudamente; la mujer pegaba como una madre que corrige a su

galopín; pero el marido, traicionero y rencoroso, calculaba sus golpes, y en varias ocasiones estuvo a punto de lisiar a la infeliz.

—Habrás adelantado mucho, cuando me hayas roto una pierna o un brazo —le decía ella—. ¿Quién te alimentará, holgazán?

Aparte estas escenas de violencia, Antoine empezó a encontrar soportable su nueva existencia. Iba bien vestido, comía y bebía hasta hartarse. Había dejado totalmente de lado la cestería; a veces, cuando se aburría en exceso, se prometía trenzar, para el próximo día de mercado, una docena de cestas, pero a menudo ni siquiera terminaba la primera. Guardó, debajo de un sofá, un paquete de mimbre que no usó en veinte años.

Los Macquart tuvieron tres hijos: dos niñas y un niño.

Lisa, nacida la primera, en 1827, un año después de la boda, no estuvo mucho en la casa. Era una niña guapa y rolliza, muy sana, sanguínea, que se parecía mucho a su madre. Pero no iba a tener su abnegación de bestia de carga. Macquart había puesto en ella una necesidad de bienestar muy firme. De pequeñita, accedía a trabajar todo un día para conseguir un pastel. Aún no contaba siete años cuando le cogió cariño la jefa de correos, vecina suya. Ésta la convirtió en una criadita. Cuando perdió a su marido, en 1839, y se retiró a París, se llevó a Lisa consigo. Sus padres casi se la habían dado.

La segunda hija, Gervaise, nacida al año siguiente, era coja de nacimiento. Concebida en la embriaguez, sin duda durante una de aquellas noches vergonzosas en que los esposos se apaleaban, tenía el muslo derecho torcido y flaco, extraña reproducción hereditaria de las brutalidades que su madre había tenido que aguantar en una hora de lucha y de borrachera furiosa. Gervaise se quedó enclenque, y Fine, viéndola muy pálida y muy débil, la puso a régimen de anisete, con el pretexto de que necesitaba coger fuerzas. La pobre criatura se resecó aún más. Era una chiquilla alta y delgada, cuyos vestidos, siempre demasiado anchos, flotaban como vacíos. Sobre su cuerpo chupado y contrahecho tenía una deliciosa cabeza de muñeca, una carita redonda y descolorida de una exquisita delicadeza. Su invalidez era casi un atractivo; su cintura se doblaba suavemente a cada paso, con una especie de balanceo cadencioso.

El hijo de los Macquart, Jean, nació tres años después. Fue un mozo fuerte, que no recordaba en nada las delgadeces de Gervaise. Salía a su

madre, como la hija mayor, sin tener su parecido físico. Aportaba, el primero, a los Rougon-Macquart, un rostro de rasgos regulares, y que tenía la frialdad tosca de una naturaleza seria y poco inteligente. Este muchacho creció con la voluntad tenaz de crearse un día una posición independiente. Frecuentó asiduamente la escuela y se rompió la cabeza, que tenía muy dura, para meter en ella un poco de aritmética y de ortografía. A continuación se colocó como aprendiz, renovando los mismos esfuerzos, testarudez tanto más meritoria cuanto que necesitaba un día para aprender lo que otros sabían en una hora.

Mientras los pobres críos estuvieron a cargo de la casa, Antoine refunfuñó. Eran bocas inútiles que le recortaban su parte. Había jurado, como su hermano, no tener más hijos, esos despilfarradores que dejan a sus padres en la miseria. Había que oírlo desconsolarse, desde que eran cinco a la mesa, y la madre daba los mejores bocados a Jean, a Lisa y a Gervaise.

—¡Eso es! —rezongaba—. ¡Atibórralos, que revienten!

A cada vestido, a cada par de zapatos que Fine les compraba, se ponía de mal humor varios días. ¡Ah!, si lo hubiera sabido, jamás habría tenido aquella prole, que lo obligaba a fumar sólo veinte céntimos de tabaco al día, y ponía con excesiva frecuencia, en la mesa de la cena, patatas guisadas, un plato que despreciaba profundamente.

Más adelante, con las primeras monedas de un franco que Jean y Gervaise le produjeron, opinó que los hijos algo tenían de bueno. Lisa ya no estaba allí. Él hizo que lo mantuviesen los dos que quedaban sin el menor escrúpulo, como hacía ya que lo mantuviese su madre. Fue, por su parte, una especulación muy calculada. Desde la edad de ocho años, la pequeña Gervaise iba a partir almendras a casa de un negociante vecino; ganaba medio franco al día, que el padre se metía regiamente en el bolsillo, sin que la propia Fine se atreviera a preguntar a dónde iba ese dinero. Después, la jovencita entró de aprendiza en una planchadora, y cuando fue obrera y ganó dos francos diarios, los dos francos se extraviaron de la misma manera entre las manos de Macquart. Jean, que había aprendido el oficio de carpintero, era despojado igualmente los días de paga, cuando Macquart conseguía detenerlo al pasar, antes de que hubiera entregado el dinero a su madre. Si ese dinero se le escapaba, cosa que ocurría algunas veces, se ponía de un mal humor terrible. Durante una semana miraba a sus hijos y a su mujer con aire furioso,

buscándoles pelea por nada, aunque todavía con el pudor de no confesar la causa de su irritación. A la paga siguiente, se ponía al acecho y desaparecía días enteros, en cuanto lograba escamotear las ganancias de los chiquillos.

Gervaise, apaleada, criada en la calle con los chicos de la vecindad, se quedó embarazada a la edad de catorce años. El padre del niño no tenía dieciocho años. Era un obrero curtidor, llamado Lantier. Macquart se enfureció. Después, cuando supo que la madre de Lantier, que era una buena persona, accedía a quedarse con el niño, se calmó. Pero conservó a Gervaise, ésta ganaba ya un franco con veinticinco céntimos, y evitó hablar de boda. Cuatro años después tuvo un segundo hijo, que la madre de Lantier volvió a reclamar. Macquart, esta vez, cerró rotundamente los ojos. Y cuando Fine le decía tímidamente que convendría hacer una gestión con el curtidor para arreglar una situación que daba que hablar, declaraba resueltamente que su hija no lo dejaría, y que la entregaría a su seductor más adelante, «cuando fuera digno de ella, y tuviera con qué comprar los muebles».

Esa época fue el mejor momento de Antoine Macquart. Se vistió como un burgués, con levitas y pantalones de paño fino. Cuidadosamente afeitado, casi gordo, ya no era el pillastre macilento y andrajoso que recorría las tabernas. Frecuentó los cafés, leyó los periódicos, paseó por el paseo Sauvaire. Jugaba al caballero mientras tenía dinero en el bolsillo. Los días de miseria se quedaba en casa, exasperado por verse retenido en su cuchitril y no poder ir a tomar su taza de café; esos días acusaba a todo el género humano de su pobreza, se ponía enfermo de cólera y de envidia, hasta el punto de que Fine, apiadada, le daba a menudo la última moneda de cobre de la casa, para que pudiera pasar la velada en el café. Aquel buen hombre era de un egoísmo feroz. Gervaise aportaba hasta sesenta francos al mes a la casa, y vestía delgados trajes de indiana, mientras que él se encargaba chalecos de raso negro en uno de los buenos sastres de Plassans. Jean, un mocetón que ganaba de tres a cuatro francos diarios, era desvalijado acaso con mayor impudencia. El café donde su padre permanecía días enteros se encontraba justamente en frente del taller de su patrón, y, mientras él manejaba el cepillo o la sierra, podía ver, del otro lado de la plaza, al «señor» Macquart azucarando su café o jugando a los cientos con algún pequeño rentista. Era su dinero el que el viejo holgazán jugaba. Él no iba nunca al café, no tenía los veinticinco céntimos necesarios para tomarse un carajillo. Antoine lo trataba como a una

jovencita, no le dejaba una perra chica y le pedía cuentas del empleo exacto de su tiempo. Si el infeliz, arrastrado por unos camaradas, perdía un día en una excursión al campo, a orillas del Viorne o en las laderas de Les Garrigues, su padre se enfurecía, le levantaba la mano, le guardaba mucho tiempo rencor por los cuatro francos que echaba en falta al final de la quincena. Mantenía así a su hijo en un estado de dependencia interesada, llegando a veces hasta considerar como suyas las amigas a quien el joven carpintero cortejaba. Iban, a casa de los Macquart, varias compañeras de Gervaise, obreras de dieciséis a dieciocho años, chicas atrevidas y risueñas cuya pubertad despertaba con ardores provocativos, y que, ciertas tardes, llenaban la habitación de juventud y alegría. El pobre Jean, privado de todo placer, retenido en casa por la falta de dinero, miraba a aquellas chicas con ojos brillantes de codicia; pero la vida de niño que le hacían llevar le infundía una invencible timidez; jugaba con las amigas de su hermana, osando apenas rozarlas con la yema de los dedos. Macquart se encogía de hombros, con lástima:

—¡Qué inocente! —murmuraba con aire de irónica superioridad.

Y era él quien besaba a las jovencitas en el cuello, cuando su mujer le daba la espalda. Llevó incluso las cosas más lejos con una pequeña planchadora a quien Jean perseguía más intensamente que a las otras. Se la robó una tarde, casi de entre los brazos. El viejo tunante presumía de galán.

Hay hombres que viven de una querida. Antoine Macquart vivía así de su mujer y sus hijos, con idéntica ignominia e impudicia. Sin la menor vergüenza saqueaba la casa y se iba a juerguear fuera, cuando la casa estaba vacía. Y encima adoptaba una actitud de hombre superior; sólo regresaba del café para criticar amargamente la miseria que lo esperaba en la vivienda; opinaba que la cena era detestable; declaraba que Gervaise era una tonta y que Jean nunca sería un hombre. Sumido en sus disfrutes egoístas, se frotaba las manos después de comerse el mejor bocado; después fumaba su pipa a cortas bocanadas, mientras los dos pobres niños, rotos de fatiga, se dormían en la mesa. Sus días pasaban, vacíos y felices. Le parecía muy natural que lo mantuvieran, como a una furcia, arrellanando su pereza en las banquetas de un cafetín, o paseándola, en las horas de fresco, por el paseo o por la Explanada. Acabó por contar sus incursiones amorosas delante de su hijo, que lo escuchaba con ojos ardientes de famélico. Los hijos no protestaban,

acostumbrados a ver a su madre como humilde sirvienta de su marido. Fine, aquella grandullona que lo vapuleaba de lo lindo, cuando estaban los dos borrachos, seguía temblando ante él, cuando estaba en su juicio, y lo dejaba reinar como un déspota en la casa. Él le robaba por la noche los buenos dineros que ganaba en el mercado durante el día, sin que ella se permitiera otra cosa que velados reproches. A veces, cuando se comía por adelantado el dinero de la semana, acusaba a la infeliz, que se mataba a trabajar, de ser una mala cabeza, de no saber salir de apuros. Fine, con una dulzura de cordero, respondía con su vocecita clara, que surtía un singular efecto al salir de aquel corpachón, que ya no tenía veinte años, y que el dinero resultaba muy duro de ganar. Para consolarse, compraba un litro de anisete, y por la noche tomaba copitas con su hija, mientras Antoine regresaba al café. Ese era su desenfreno. Jean se iba a acostar; las dos mujeres se quedaban a la mesa, aguzando el oído, para escamotear la botella y las copas al menor ruido. Cuando Macquart se retrasaba, ellas se emborrachaban así, a pequeñas dosis, sin tener conciencia de ello. Embrutecidas, mirándose con una sonrisa vaga, la madre y la hija acababan balbuciendo. Manchas rosa brotaban en las mejillas de Gervaise; su carita de muñeca, tan delicada, se ahogaba en un aire de estúpida beatitud, y no había nada más lastimoso que aquella cría enclenque y descolorida, ardiente de embriaguez, con la risa idiota de los borrachos en sus labios húmedos. Fine, hundida en su silla, se entorpecía. A veces olvidaban estar al acecho, o no se sentían ya con fuerzas para retirar la botella y las copas, cuando oían los pasos de Antoine en la escalera. Esos días, había paliza en casa de los Macquart. Jean tenía que levantarse para separar a su padre y a su madre, y para acostar a su hermana, que, sin él, habría dormido en las baldosas.

Cada partido tiene sus seres grotescos y sus seres infames. Antoine Macquart, corroído de envidia y de odio, soñando venganzas contra la sociedad entera, acogió la República como una era bienaventurada en la que le estaría permitido llenar sus bolsillos en la caja del vecino, e incluso estrangular al vecino, si éste manifestaba el menor descontento. Su vida de café, los artículos de periódico que había leído sin entenderlos, habían hecho de él un terrible charlatán que pronunciaba sobre política las teorías más extrañas del mundo. Hay que haber oído, en provincias, en algún cafetín, perorar a uno de esos envidiosos que han digerido mal sus lecturas, para imaginarse a qué grado de maligna tontería había llegado Macquart. Como hablaba mucho, había sido soldado y pasaba naturalmente por hombre enérgico, se veía muy rodeado, muy escuchado

por los ingenuos. Sin ser un jefe de partido, había sabido reunir a su alrededor a un grupito de obreros que tomaban sus furores celosos por indignaciones honradas y convencidas.

A partir de febrero, se dijo que Plassans le pertenecía, y la manera sardónica con que miraba, al pasar por las calles, a los pequeños detallistas que estaban, asustados, en el umbral de sus tiendas, significaba claramente: «Llegó nuestro día, corderitos, ¡y vamos a obligaros a bailar un lindo baile!». Se había vuelto de una insolencia increíble; representaba su papel de conquistador y de déspota, hasta el punto de que dejó de pagar sus consumiciones en el café, y el dueño del establecimiento, un necio que temblaba cuando él revolvía los ojos, no se atrevió nunca a presentarle la cuenta. Fueron incalculables los cafés que se tomó en esa época; invitaba a veces a sus amigos, y durante horas chillaba que el pueblo se moría de hambre y que los ricos debían repartir. Él no le habría dado cinco céntimos a un pobre.

Lo que sobre todo hizo de él un feroz republicano fue la esperanza de vengarse por fin de los Rougon, que se alineaban francamente del lado de la reacción. ¡Ah, qué triunfo si pudiera un día tener a Pierre y Félicité a su merced! Aunque estos últimos hubieran hecho negocios bastante malos, se habían convertido en burgueses, y él, Macquart, seguía siendo un obrero. Eso lo exasperaba. Y lo que era aún más mortificante, tenían un hijo abogado, otro médico, el tercero empleado, mientras que su Jean trabajaba de carpintero y su Gervaise de planchadora. Cuando comparaba a los Macquart con los Rougon, experimentaba aún una gran vergüenza al ver a su mujer vender castañas en el mercado y arreglar por la noche las viejas sillas pringosas del barrio. Sin embargo, Pierre era su hermano, y no tenía más derecho que él a vivir opíparamente de sus rentas. Y además, era con el dinero que le había robado con lo que jugaba al señor ahora. En cuanto empezaba con este tema, todo su ser se ponía rabioso; chismorreaba durante horas, repitiendo sus viejas acusaciones hasta la saciedad, sin cansarse de decir:

—Si mi hermano estuviera donde debía estar, sería yo quien a estas horas tendría rentas.

Y cuando le preguntaban dónde debería estar su hermano, respondía: «¡En presidio!», con una voz terrible.

Su odio aumentó aún más cuando los Rougon agruparon a los

conservadores en torno a sí, y adquirieron, en Plassans, cierta influencia. El famoso salón amarillo se convirtió, en sus necias charlatanerías de café, en una cueva de bandidos, una reunión de criminales que juraban cada noche sobre sus puñales degollar al pueblo. Para excitar contra Pierre a los hambrientos, hasta llegó a propagar el rumor de que el ex comerciante de aceite no era tan pobre como decía, y que ocultaba sus tesoros por avaricia y por miedo a los ladrones. Su táctica tendió así a amotinar a los pobres, contándoles historias extravagantes, en las que a menudo acababa creyendo él mismo. Ocultaba bastante mal sus rencores personales y sus deseos de venganza bajo el velo del mas puro patriotismo; pero se crecía tanto, tenía una voz tan tonante, que nadie se habría atrevido a dudar de sus convicciones.

En el fondo, todos los miembros de esta familia tenían la misma furia de apetitos brutales. Félicité, que comprendía que las opiniones exaltadas de Macquart no eran sino ira contenida y celos avinagrados, habría deseado ardientemente comprarlo para hacerle callar. Por desgracia carecía de dinero, y no se atrevía a implicarlo en la peligrosa partida que jugaba su marido. Antoine les causaba mucho daño entre los rentistas de la ciudad nueva. Bastaba con que fuera pariente suyo. Granoux y Roudier les reprochaban, con continuos desprecios, tener semejante hombre en su familia Por ello Félicité se preguntaba con angustia cómo lograrían limpiarse esa mancha.

Le parecía monstruoso e indecente que, más adelante, el señor Rougon tuviera un hermano cuya mujer vendía castañas, y que vivía él mismo en una ociosidad crapulosa. Acabó temblando por el éxito de sus secretos manejos, que Antoine comprometía como por capricho; cuando le referían las diatribas que aquel hombre declamaba en público contra el salón amarillo, se estremecía pensando que era capaz de ensañarse y de matar sus esperanzas mediante el escándalo.

Antoine percibía hasta qué punto debía de consternar a los Rougon su actitud, y era únicamente para acabar con su paciencia por lo que afectaba, de día en día, convicciones más salvajes. En el café, llamaba a Pierre «mi hermano» con una voz que hacía volverse a todos los consumidores; en la calle, si llegaba a encontrarse con algún reaccionario del salón amarillo, murmuraba sordos insultos que el digno burgués, confundido ante tamaña audacia, repetía por la tarde a los Rougon, con lo que parecía que los hacía responsables del mal encuentro que había

tenido.

Un día, Granoux llegó furioso.

—Realmente —gritó ya en el umbral de la puerta—, es intolerable; lo insultan a uno a cada paso. —Y dirigiéndose a Pierre—: Caballero, cuando alguien tiene un hermano como el suyo, libra de él a la sociedad. Venía yo tranquilamente por la plaza de la Subprefectura, cuando ese miserable, al pasar a mi lado, murmuró ciertas palabras entre las cuales distinguí perfectamente la frase de viejo tunante.

Felicité palideció y se creyó en el deber de presentar sus excusas a Granoux; pero el hombrecillo no quería oír nada, hablaba de volverse a su casa. El marqués se apresuró a arreglar las cosas.

—Es muy raro —dijo— que ese desgraciado le haya llamado viejo tunante; ¿está seguro de que el insulto se dirigía a usted?

Granoux se quedó perplejo; acabó conviniendo en que Antoine había podido muy bien murmurar: «Vas de nuevo a casa de ese viejo tunante».

El señor de Carnavant se acarició el mentón para ocultar la sonrisa que a su pesar le asomaba a los labios.

Rougon dijo entonces con la mayor sangre fría:

—Ya me parecía a mí, soy yo quien debe de ser el viejo tunante. Estoy encantado de que el malentendido se haya aclarado. Por favor, señores, eviten a ese hombre del que acabamos de hablar, de quien yo reniego formalmente.

Pero Félicité no se tomaba las cosas tan fríamente, y se ponía enferma a cada escándalo de Macquart; durante noches enteras se preguntaba qué irían a pensar aquellos señores.

Unos meses antes del golpe de Estado, los Rougon recibieron una carta anónima, tres páginas de innobles insultos, entre los cuales se les amenazaba con publicar en un periódico, si su partido triunfaba alguna vez, la escandalosa historia de los viejos amores de Adélaïde y del robo del que Pierre era culpable, al obligar a firmar un recibo de cincuenta mil francos a su madre, idiotizada por el libertinaje. Esta carta fue un mazazo para el propio Rougon. Félicité no pudo dejar de reprocharle a su marido

su vergonzosa y sucia familia, pues los esposos no dudaron ni por un instante de que la carta fuese obra de Antoine.

—Habrá que desembarazarse a toda costa de ese canalla —dijo Pierre con aire sombrío—. Resulta demasiado molesto.

Mientras tanto Macquart, reanudando su vieja táctica, buscaba cómplices contra los Rougon en la propia familia. Al principio había contado con Aristide, al leer sus terribles artículos de *El Independiente*. Pero el joven, aunque cegado por su rabia celosa, no era lo bastante tonto para hacer causa común con un hombre como su tío. Ni siquiera se tomó el trabajo de tratarlo con tino y lo mantuvo siempre a distancia, lo cual hizo que Antoine lo calificara de sospechoso; en los cafetines donde reinaba este último, se llegó a decir que el periodista era un agente provocador. Derrotado por ese lado, a Macquart sólo le quedaba sondear a los hijos de su hermana Ursule.

Ursule había muerto en 1839, realizando así la siniestra profecía de su hermano. Las neurosis de su madre se habían mudado en ella en una tisis lenta que poco a poco la consumió. Dejaba tres hijos: una muchacha de dieciocho años, Helène, casada con un empleado, y dos chicos, el mayor, François, un joven de veintitrés años, y el último en nacer, una pobre criatura de apenas seis años que se llamaba Silvère. La muerte de su mujer, a la que adoraba, fue para Mouret como un rayo. Se arrastró durante un año, sin ocuparse de sus asuntos, perdiendo el dinero que había atesorado. Después, una mañana, le encontraron ahorcado en un tocador donde estaban aún colgados los trajes de Ursule. Su hijo mayor, a quien había podido dar una buena educación comercial, entró de dependiente en casa de su tío Rougon, donde sustituyó a Aristide, que acababa de marcharse.

Rougon, a pesar de su profundo odio a los Macquart acogió de muy buena gana a su sobrino, a quien sabía laborioso y sobrio. Necesitaba a un muchacho abnegado que lo ayudase a levantar el negocio. Además, en la época de prosperidad de los Mouret, había sentido gran estimación por aquella pareja que ganaba dinero, y de resultas de eso se había reconciliado con su hermana. Quizá también quería, al aceptar a François como empleado, ofrecerle una compensación; había despojado a la madre, y se libraba de remordimientos dándole trabajo al hijo; los bribones tienen estos cálculos de honradez. Fue un buen negocio. Encontró en su sobrino la ayuda que buscaba. Si, en esa época, la casa Rougon no hizo

fortuna, no se pudo acusar de ello a aquel chico pacífico y meticuloso, que parecía nacido para pasarse la vida tras un mostrador de tendero, entre una jarra de aceite y un fardo de bacalao seco. Aunque tuviera un gran parecido físico con su madre, salía a su padre en el cerebro estrecho y justo, amante por instinto de la vida ordenada, de los cálculos seguros del pequeño comercio. Tres meses después de que entrara en la casa, Pierre, continuando con su sistema de compensación, le entregó en matrimonio a Marthe, su hija pequeña, de la que no sabía cómo desembarazarse. Los dos jóvenes se habían enamorado de repente, en unos cuantos días. Una circunstancia singular había determinado y acrecentado su cariño, sin duda: se parecían asombrosamente, con un parecido estrecho de hermano y hermana. François, por Ursule, tenía el rostro de Adélaïde, la abuela. El caso de Marthe era más curioso, era igualmente el vivo retrato de Adélaïde, aunque Pierre Rougon no tuviera el menor rasgo de su madre claramente acusado; el parecido físico había saltado aquí por encima de Pierre, para reaparecer en su hija, con más energía. Por lo demás, la fraternidad de los jóvenes esposos se limitaba al rostro; si se encontraba en François al digno hijo del sombrerero Mouret, formal y de sangre un poco pesada, Marthe tenía la turbación, el desequilibrio interno de su abuela, de la cual era a distancia la extraña y exacta reproducción. Quizá fue a la vez su parecido físico y su desemejanza moral lo que los echó uno en brazos del otro.

De 1840 a 1844, tuvieron tres hijos. François se quedó con su tío hasta que éste se retiró. Pierre quería cederle el establecimiento, pero el joven sabía a qué atenerse sobre las posibilidades de fortuna que el comercio presentaba en Plassans; lo rechazó y fue a establecerse en Marsella, con sus escasos ahorros.

Macquart tuvo que renunciar pronto a arrastrar en su campaña contra los Rougon a este robusto mozo laborioso, a quien motejaba de avaro y taimado, por un rencor de holgazán. Pero creyó descubrir el cómplice que buscaba en el segundo hijo de Mouret, Silvère, un niño de quince años. Cuando encontraron a Mouret ahorcado entre las faldas de su mujer, el pequeño Silvère ni siquiera iba a la escuela. Su hermano mayor, sin saber qué hacer con la pobre criatura, se la llevó consigo a casa de su tío. Este torció el gesto al ver llegar al niño; no pretendía llevar sus compensaciones hasta alimentar una boca inútil. Silvère, a quien también Félicité cogió tirria, crecía entre lágrimas, como un pobrecito abandonado, cuando su abuela, en una de las raras visitas que hacía a los Rougon, se apiadó de él

y pidió llevárselo. Pierre estuvo encantado; dejó marchar al niño, sin hablar siquiera de aumentar la enteca pensión que le pasaba a Adélaïde, y que ahora tendría que bastar para dos.

Adélaïde contaba entonces cerca de setenta y cinco años. Envejecida en una existencia monacal, ya no era la flaca y ardiente muchacha que corría a arrojarse al cuello del cazador furtivo. Se había envarado y petrificado en el fondo de su casucha del callejón de San Mittre, aquel agujero silencioso y tétrico donde vivía completamente sola, y del que no salía más que una vez al mes, alimentándose de patatas y de legumbres. Recordaba, al verla pasar, a una de esas ancianas religiosas, de blancura muelle, de andares automáticos, a quienes el claustro ha desinteresado de este mundo. Su cara descolorida, siempre correctamente enmarcada por una cofia blanca, era como una cara de moribunda, una máscara vaga, apaciguada, de suprema indiferencia. El hábito de un prolongado silencio la había vuelto muda; la oscuridad de su vivienda, la vista continua de los mismos objetos, habían apagado sus miradas y dado a sus ojos una limpidez de agua de manantial. Era un renunciamiento absoluto, una lenta muerte física y moral, lo que había convertido poco a poco a la desequilibrada amante en una grave matrona. Cuando sus ojos se clavaban, maquinalmente, mirando sin ver, se percibía por aquellos agujeros claros y hondos un gran vacío interior. De sus antiguos ardores voluptuosos sólo quedaba un ablandamiento de las carnes, un temblor senil de las manos. Había amado con brutalidad de loba, y de su pobre ser desgastado, bastante descompuesto ya para el ataúd, sólo se exhalaba el insulso aroma de una hoja seca. Extraño laboreo de los nervios, de los ásperos deseos que se habían roído a sí mismos, en una imperiosa e involuntaria castidad. Sus necesidades de amor, tras la muerte de Macquart, aquel hombre necesario para su vida, habían ardido en ella, devorándola como a una muchacha enclaustrada, sin que pensara ni un instante en satisfacerlas. Acaso una vida de vergüenza la habría dejado menos cansada, menos embrutecida, que aquella insatisfacción que terminaba de contentarse con estragos lentos y secretos, que modificaban su organismo.

A veces todavía, por aquella muerta, por aquella anciana descolorida que no parecía tener ya una gota de sangre, pasaban crisis nerviosas, como corrientes eléctricas, que la galvanizaban y le devolvían durante una hora una vida de atroz intensidad. Se quedaba en la cama, rígida, con los ojos abiertos; después le entraban hipos y se debatía; tenía la fuerza horrorosa de esas locas histéricas a las que hay que atar para que no se rompan la

cabeza contra la pared. Esta vuelta a sus viejos ardores, estos bruscos ataques, sacudían de forma lastimosa su pobre cuerpo dolorido. Era como toda su juventud de cálida pasión que estallaba vergonzosamente en sus frialdades de sexagenaria. Cuando se levantaba, atontada, se tambaleaba, y reaparecía tan pasmada que las comadres del arrabal decían: «¡Ha bebido, la vieja loca!».

La sonrisa infantil del pequeño Silvère fue para ella un último y pálido rayo que devolvió cierto calor a sus miembros helados. Había pedido al niño, harta de soledad, aterrada por la idea de morir sola, en una crisis. Aquel crío que giraba a su alrededor la tranquilizaba sobre la muerte. Sin salir de su mutismo, sin agilizar sus movimientos automáticos, le cogió un cariño inefable. Tiesa, muda, lo miraba jugar durante horas, escuchando arrobada el alboroto intolerable con que llenaba la vieja casucha. Esa tumba vibraba de ruidos desde que Silvère la recorría a horcajadas sobre el mango de una escoba, golpeándose contra las puertas, llorando y gritando. Él devolvía a Adélaïde a esta tierra; se ocupaba de él con torpezas adorables; ella, que en su juventud se había olvidado de ser madre para ser amante, experimentaba la voluptuosidad divina de una parturienta al lavarlo, vestirlo, velar sin cesar por su frágil existencia. Fue un despertar de amor, una última pasión dulcificada que el cielo concedía a aquella mujer totalmente devastada por la necesidad de amar. Conmovedora agonía de aquel corazón que había vivido con los deseos más ásperos y que se moría con el afecto de un niño.

Estaba ya demasiado muerta para tener las efusiones parleras de las abuelas buenas y gruesas; adoraba al huérfano secretamente, con pudores de jovencita, sin poder encontrar caricias. A veces se lo sentaba en las rodillas, lo miraba largamente con sus ojos pálidos. Cuando el crío, asustado por aquel rostro blanco y mudo, se ponía a sollozar, ella parecía confusa por lo que acababa de hacer y lo dejaba en seguida en el suelo sin besarlo. Quizá le encontraba un lejano parecido con el cazador furtivo.

Silvère creció en un continuo cara a cara con Adélaïde. Por una zalamería de niño, la llamaba tía Dide, nombre que acabó por quedársele a la anciana. El nombre de tía, así empleado, es en Provenza una simple caricia. El niño sintió por su abuela una singular ternura mezclada con un respetuoso terror. Cuando era muy pequeño y ella tenía una crisis nerviosa, escapaba llorando, espantado por la descomposición de su rostro; después regresaba tímidamente tras el ataque, dispuesto a escapar

de nuevo, como si la pobre vieja hubiera sido capaz de pegarle. Más adelante, a los doce años, se quedaba valientemente, cuidando de que no se hiciera daño al caer de la cama. Estaba horas estrechándola entre sus brazos para dominar las bruscas sacudidas que retorcían sus miembros. En los intervalos de calma, miraba con gran piedad su cara convulsionada, su cuerpo enflaquecido, al que se le pegaban las sayas, semejantes a un sudario. Estos dramas secretos, que se repetían cada mes, esa anciana rígida como un cadáver y ese niño inclinado sobre ella, espiando en silencio el regreso de la vida, adquirían, en las sombras de la casucha, un extraño carácter de lúgubre espanto y de bondad afligida. Cuando tía Dide volvía en sí, se levantaba penosamente, se acomodaba las sayas, volvía a atender la casa, sin interrogar siquiera a Silvère; ella no se acordaba de nada y el niño, por un instinto de prudencia, evitaba hacer la menor alusión a la escena que acababa de producirse. Fueron sobre todo esas crisis renacientes las que ligaron profundamente al nieto con su abuela. Pero, al igual que ella lo adoraba sin efusiones parleras, él sintió por ella un afecto oculto y como avergonzado. En el fondo, aunque le estaba agradecido por haberlo recogido y criado, seguía viendo en ella una criatura extraordinaria, presa de males desconocidos, a quien había que compadecer y respetar. Sin duda ya no había bastante humanidad en Adélaïde, era demasiado blanca y demasiado rígida para que Silvère se atreviese a colgarse de su cuello. Vivieron así en un silencio triste, en el fondo del cual oían el temblor de una infinita ternura.

Ese aire grave y melancólico que respiró desde su infancia dio a Silvère un alma fuerte, donde se acumularon todos los entusiasmos. Fue desde muy pronto un hombrecito serio, reflexivo, que buscó la instrucción con una especie de tozudez. Aprendió sólo un poco de ortografía y de aritmética en la escuela de los frailes, que las necesidades del aprendizaje le obligaron a dejar a los doce años. Los primeros rudimentos le faltaron siempre. Pero leyó todos los volúmenes descabalados que cayeron en sus manos, y se compuso así un extraño bagaje; tenía datos sobre multitud de cosas, datos incompletos, mal digeridos, que no logró nunca clasificar claramente en su cabeza. De pequeñito, había ido a jugar a casa de un maestro carretero, un buen hombre llamado Vian, cuyo taller se encontraba al comienzo del callejón, frente al ejido de San Mittre, donde el carretero depositaba su madera. Montaba sobre las ruedas de las carretas en reparación, se divertía arrastrando las pesadas herramientas que sus manecitas apenas podían levantar; una de sus grandes alegrías era ayudar a los operarios, sosteniendo alguna pieza de madera o llevándoles los herrajes que

necesitaban. Cuando creció, entró naturalmente de aprendiz de Vian, que le había cogido cariño a aquel galopín a quien encontraba sin cesar entre sus piernas, y que se lo pidió a Adélaïde sin querer aceptar la menor pensión. Silvère aceptó con apresuramiento, viendo llegado el momento en que devolvería a la pobre tía Dide lo que había gastado por él. En poco tiempo se convirtió en un excelente operario. Pero tenía ambiciones más altas. Habiendo visto, en un carretero de Plassans, una hermosa calesa nueva, reluciente de barnices, se había dicho que él construiría un día coches parecidos. Esa calesa perduró en su cabeza como un objeto de arte raro y único, como un ideal hacia el cual tendieron sus aspiraciones de obrero. Las carretas en las que trabajaba en casa de Vian, esas carretas que había cuidado amorosamente, le parecían ahora indignas de sus ternuras. Empezó a frecuentar la escuela de dibujo, donde intimó con un joven escapado del colegio que le prestó su viejo tratado de geometría. Se sumió en el estudio, sin guía, pasó semanas rompiéndose la cabeza para entender las cosas más simples del mundo. Se convirtió así en uno de esos obreros sabios que apenas saben firmar y que hablan del álgebra como de una vieja conocida. Nada desequilibra tanto un espíritu como semejante instrucción, hecha sin orden ni concierto, sin descansar sobre una base sólida. Con harta frecuencia esas migajas de saber dan una idea completamente falsa de las verdades elevadas, y vuelven a los pobres de espíritu de un talante insoportable, estúpido. En Silvère, las briznas de ciencia robada no hicieron sino acrecentar las exaltaciones generosas. Tuvo conciencia de los horizontes que seguían cerrados para él. Se hizo una idea santa de las cosas a las que no llegaba a tocar con la mano, y vivió en una profunda e inocente religión de los grandes pensamientos y de las grandes palabras hacia los que ascendía, aunque no siempre comprendía. Fue un ingenuo, un ingenuo sublime, que se había quedado en el umbral del templo, arrodillado ante unos cirios que de lejos tornaba por estrellas.

La casucha del callejón de San Mittre se componía ante todo de una gran sala a la que daba directamente la puerta de la calle; esta sala, cuyo suelo estaba enlosado, y que servía a la vez de cocina y de comedor, tenía como únicos muebles unas sillas de enea, un tablero montado sobre caballetes, y un viejo arcón que Adélaïde había transformado en sofá, extendiendo sobre la tapa un jirón de tela de lana; en una rinconada, a la izquierda de una vasta chimenea, se encontraba una Virgen de escayola, rodeada por flores artificiales, la madrecita tradicional de las viejas provenzales, por poco devotas que sean. Un pasillo llevaba de la sala al

pequeño patio, situado detrás de la casa, y en el cual se encontraba un pozo. A la izquierda del pasillo estaba la habitación de tía Dide, una estrecha pieza amueblada con una cama de hierro y una silla; a la derecha, en una pieza más estrecha aún, donde quedaba el sitio justo para un catre de tijera, dormía Silvère, que había tenido que idear todo un sistema de tablas, que subían hasta el techo, para guardar cerca de sí sus queridos volúmenes descabalados, comprados céntimo a céntimo en la tienda de un prendero de la vecindad. Por la noche, cuando leía, colgaba su lámpara de un clavo, a la cabecera de su cama. Si a su abuela le entraba una crisis, sólo tenía, al primer estertor, que dar un salto para estar junto a ella.

La vida del joven siguió siendo la del niño. En aquel rincón perdido hizo caber toda su existencia. Experimentaba la repugnancia de su padre por las tabernas y los callejeos del domingo. Sus compañeros herían su delicadeza con sus alegrías brutales. Prefería leer, romperse la cabeza con cualquier problema sencillísimo de geometría. Desde que tía Dide le encargaba los pequeños recados de la casa, ella no salía, vivía incluso ajena a su familia. A veces, el joven pensaba en este abandono; miraba a la pobre vieja que vivía a dos pasos de sus hijos, y a quien éstos trataban de olvidar, como si estuviera muerta; entonces la amaba aún más, la amaba por él y por los otros. Si tenía, a veces, una vaga conciencia de que tía Dide expiaba antiguas faltas, pensaba: «Yo he nacido para perdonarla».

En semejante espíritu, ardiente y contenido, las ideas republicanas se exaltaron con naturalidad. Silvère, de noche, en el fondo de su cuchitril, leía y releía un volumen de Rousseau, que había descubierto en casa del prendero vecino, entre viejas cerraduras. Esa lectura lo tenía despierto hasta la madrugada. En el sueño caro para los desdichados de la felicidad universal, las palabras de libertad, de igualdad, de fraternidad, sonaban en sus oídos con ese ruido sonoro y sagrado de las campanas que hace caer de rodillas a los fieles. Por eso, cuando se enteró de que en Francia acababa de ser proclamada la República, creyó que todo el mundo iba a vivir con celestial beatitud. Su instrucción a medias le permitía ver más lejos que los otros obreros, sus aspiraciones no se detenían en el pan de cada día; pero su profunda ingenuidad, su total desconocimiento de los hombres, lo mantenían en pleno sueño teórico, en medio de un Edén donde reinaba la eterna justicia. Su paraíso fue durante mucho tiempo un lugar de delicias, en el cual se ensimismó. Cuando creyó percibir que no todo iba bien en la mejor de las repúblicas, experimentó un inmenso dolor;

tuvo otro sueño, el de obligar a los hombres a ser dichosos, incluso a la fuerza. Cada acto que le parecía lesionar los intereses del pueblo suscitaba en él una indignación vengadora. De una dulzura de niño, tuvo odios políticos feroces. Él, que no hubiera aplastado a una mosca, hablaba a todas horas de tomar las armas. La libertad fue su pasión, una pasión irracional, absoluta, en la cual puso todas las fiebres de su sangre. Ciego de entusiasmo, a la vez demasiado ignorante y demasiado instruido para ser tolerante, no quiso contar con los hombres; necesitaba un gobierno ideal de entera justicia y entera libertad. Fue en esa época cuando su tío Macquart pensó en lanzarlo sobre los Rougon. Se decía que aquel joven loco haría una terrible tarea, si conseguía exasperarlo convenientemente. Este cálculo no carecía de cierta finura.

Antoine trató, pues, de atraer a Silvère a su casa, exhibiendo una admiración inmoderada por las ideas del joven. Desde el principio, estuvo a punto de comprometerlo todo: tenía una forma interesada de considerar el triunfo de la República, como una era de dichosa holgazanería y de comilonas sin fin, que hirió las aspiraciones puramente morales de su sobrino. Comprendió que iba por mal camino, y se lanzó a un énfasis extraño, a una retahíla de palabras huecas y sonoras, que Silvère aceptó como prueba suficiente de civismo. Pronto tío y sobrino se vieron dos y tres veces por semana. En el curso de sus largas discusiones, en las que se decidía rotundamente la suerte del país, Antoine intentó convencer al joven de que el salón de los Rougon era el principal obstáculo para la felicidad de Francia. Pero, de nuevo, se metió por mal camino al llamar a su madre «vieja tunanta» delante de Silvère. Llegó hasta a contarle los antiguos escándalos de la pobre anciana. El joven, rojo de vergüenza, le escuchó sin interrumpirlo. No le preguntaba esas cosas. Quedó consternado por semejante confidencia, que lo hería en su respetuosa ternura por tía Dide. A partir de ese día, rodeó a su abuela de más atenciones, tuvo para ella bondadosas sonrisas y bondadosas miradas de perdón. Por otra parte, Macquart se había dado cuenta de que había cometido una tontería, y se esforzaba por utilizar el cariño de Silvère acusando a los Rougon del aislamiento y de la pobreza de Adélaïde. Para quien lo oyera, él había sido siempre el mejor de los hijos, pero su hermano se había portado de forma innoble; había despojado a su madre, y hoy, cuando no tenía un céntimo, se avergonzaba de ella. Tenían, sobre este tema, charlas sin fin. Silvère se indignaba con el tío Pierre, con gran contento del tío Antoine.

A cada visita del joven se reproducían las mismas escenas. Llegaba, por la noche, durante la cena de la familia Macquart. El padre engullía un guiso de patatas refunfuñando. Escogía los trozos de tocino, y seguía con los ojos la fuente, cuando ésta pasaba a las manos de Jean y de Gervaise.

—Ya ves, Silvère —decía con una rabia sorda que ocultaba mal bajo un aire de indiferencia irónica—, otra vez patatas, ¡siempre patatas! No comemos más que eso. La carne es para los ricos. No hay dinero que llegue, con hijos que tienen un apetito de todos los diablos.

Gervaise y Jean bajaban la nariz sobre su plato, sin atreverse ya a cortarse pan. Silvère, que vivía en el cielo de su sueño, no se daba cuenta para nada de la situación. Pronunciaba con voz tranquila estas palabras preñadas de tormenta:

—Pero, tío, debería usted trabajar.

—¡Ah, sí! —reía burlón Macquart, tocado en lo más vivo—, quieres que trabaje, ¿no?, para que esos bribones ricos especulen aún más conmigo. Ganaría a lo mejor un franco para arruinarme la salud. ¡Pues sí que vale la pena!

—Uno gana lo que puede —respondía el joven—. Un franco es un franco, y eso ayuda en una casa… Además, usted es un ex soldado, ¿por qué no busca un empleo?

Fine intervenía entonces, con un aturdimiento del que se arrepentía pronto.

—Es lo que le repito todos los días —decía—. Por ejemplo, el inspector del mercado necesita un ayudante; yo le he hablado de mi marido, parece bien dispuesto hacia nosotros…

Macquart la interrumpía fulminándola con una mirada.

—¡Eh!, cállate —rezongaba con cólera contenida—. ¡Estas mujeres no saben lo que dicen! No me querrían. Conocen demasiado bien mis opiniones.

A cada puesto que le ofrecían, caía así en una irritación profunda. No cesaba, no obstante, de pedir empleos, sin perjuicio de rechazar los que le encontraban, alegando las más singulares razones. Cuando le pinchaban sobre este punto, se volvía terrible.

Si Jean, después de cenar, cogía un periódico:

—Mejor harías en irte a acostar. Mañana te levantarás tarde, y de nuevo un jornal perdido… ¡Y decir que este galopín ha traído ocho francos menos la semana pasada! Pero le he rogado a su patrón que no le vuelva a entregar su dinero. Lo cobraré yo mismo.

Jean iba a acostarse, por no oír las recriminaciones de su padre. Simpatizaba poco con Silvère; la política le aburría, y opinaba que su primo estaba «chiflado». Cuando sólo quedaban las mujeres, si por desgracia hablaban en voz alta, después de haber recogido la mesa:

—Ah, ¡holgazanas! —gritaba Macquart—. ¿Es que no hay nada que zurcir aquí? Andamos todos con andrajos… Oye, Gervaise, he pasado por casa de tu ama, y me he enterado de buenas. Eres un pendón y una inútil.

Gervaise, muchacha de veinte años corridos, se ruborizaba al verse así regañada delante de Silvère. Éste, frente a ella, experimentaba cierto malestar. Una noche que había llegado tarde, durante una ausencia de su tío, se había encontrado a madre e hija borrachas perdidas ante una botella vacía. Desde ese momento, no podía ver a su prima sin acordarse del vergonzoso espectáculo de aquella niña, soltando risotadas, con una risa gruesa, con anchas placas rojas en su pobre carita palidecida. Estaba intimidado también por las feas historias que corrían a cuenta de ella. Crecido en una castidad de cenobita, la miraba a veces a hurtadillas, con el asombro temeroso de un colegial frente a una muchacha.

Cuando las dos mujeres habían cogido una aguja y se destrozaban los ojos zurciéndole sus viejas camisas, Macquart, sentado en la mejor silla, se retrepaba voluptuosamente, bebiendo a sorbitos y fumando, como quien saborea su holgazanería. Era la hora en que el viejo tunante acusaba a los ricos de chupar el sudor del pueblo. Tenía arrebatos soberbios contra aquellos señores de la ciudad nueva, que vivían en la holganza y se hacían mantener por la pobre gente. Los jirones de ideas comunistas que había cogido por la mañana en los periódicos se volvían grotescos y monstruosos al pasar por su boca. Hablaba de una época cercana en la que nadie estaría obligado a trabajar. Pero reservaba para los Rougon sus odios más feroces. No lograba digerir las patatas que había comido.

—He visto —decía— a esa sinvergüenza de Felicité comprando esta mañana un pollo en el mercado… ¡Comen pollo, esos ladrones de herencias!

—Tía Dide —respondía Silvère— dice que mi tío Pierre fue bueno con usted, a su regreso del servicio. ¿No gastó una buena suma en vestirlo y alojarlo?

—¡Una buena suma! —chillaba Macquart exasperado—. ¡Tu abuela está loca!… Son esos bandidos quienes divulgaron esos rumores, para cerrarme la boca. No recibí nada.

Fine intervenía de nuevo torpemente, recordándole a su marido que le habían dado doscientos francos, más un traje completo, y un año de alquiler. Antoine le gritaba que callase, y continuaba con furia creciente:

—¡Doscientos francos! ¡Qué gran negocio! Lo que quiero es lo que me deben, diez mil francos. ¡Ah, sí!, hablemos del tugurio al que me arrojaron como a un perro, y de la levita vieja que Pierre me dio, porque ya no se atrevía a ponérsela, ¡de agujereada y sucia que estaba! —Mentía, pero nadie, ante su cólera, protestaba ya. Después, volviéndose hacia Silvère—: ¡Aún eres muy ingenuo, tú, al defenderlos! —agregaba—. Despojaron a tu madre, y la buena mujer no habría muerto, de haber tenido con qué cuidarse.

—No, no es usted justo, tío —decía el joven—, mi madre no murió por falta de cuidados, y yo sé que mi padre no hubiera aceptado un céntimo de la familia de su mujer.

—¡Bah!, ¡déjame en paz! Tu padre habría cogido el dinero como cualquier otro. Fuimos indignamente desvalijados, y debemos recuperar lo nuestro. —Y Macquart volvía por enésima vez a la historia de los cincuenta mil francos. Su sobrino, que se la sabía de memoria, adornada con todas las variantes con que la enriquecía, lo escuchaba con cierta impaciencia—. Si fueras un hombre —decía Antoine al acabar—, vendrías un día conmigo, y armaríamos un buen jaleo en casa de los Rougon. No saldríamos sin que nos hubieran dado el dinero.

Pero Silvère se ponía serio y respondía con voz limpia:

—Si esos miserables nos han despojado, ¡peor para ellos! No quiero su

dinero. Mire, tío, no nos toca a nosotros perjudicar a nuestra familia. Han obrado mal, serán terriblemente castigados un día.

—¡Ah!, ¡qué inocencia la tuya! —gritaba el tío—. Cuando seamos los más fuertes, ya verás cómo yo mismo arreglo mis asuntillos. ¡Pues sí que se ocupa de nosotros el buen Dios! ¡Qué familia más asquerosa, qué familia más asquerosa la nuestra! Ya puedo reventar de hambre, que ni uno solo de esos sinvergüenzas me arrojaría un mendrugo de pan. —Cuando Macquart empezaba con este tema, era inagotable. Mostraba al desnudo las sangrantes heridas de su envidia. Lo veía todo rojo en cuanto se ponía a pensar que era el único de la familia que no había tenido suerte, y que comía patatas cuando los otros tenían carne a discreción. Todos sus parientes, hasta sus sobrinos nietos, pasaban entonces por sus manos, y encontraba agravios y amenazas contra cada uno de ellos—. Sí, sí —repetía con amargura—, me dejarían reventar como un perro.

Gervaise, sin alzar la cabeza, sin dejar de tirar de su aguja, decía a veces tímidamente:

—Sin embargo, papá, mi primo Pascal ha sido bueno con nosotros, el año pasado, cuando estabas enfermo.

—Te cuidó sin pedir nunca un céntimo —proseguía Fine, acudiendo en ayuda de su hija—, y a menudo me dio monedas de cinco francos para hacerte un caldo.

—¡Él! ¡Me habría hecho reventar, si no tuviera yo una buena constitución! —exclamaba Macquart—. ¡Callaos, idiotas! Os dejáis liar como niñas. Todos querrían verme muerto. Cuando esté enfermo, por favor, no vayáis a buscar a mi sobrino, porque no estaría yo nada tranquilo sabiéndome en sus manos. Es un médico de pacotilla, no tiene una persona como es debido en su clientela. —Después, una vez lanzado, ya no se paraba—. ¡Es como esa víbora de Aristide! —decía—, es un hipócrita, un traidor. ¿Es que ni te vas a creer sus artículos de *El Independiente*, tú, Silvère? Serías tonto de capirote. Ni siquiera están escritos en francés. Siempre he dicho que ese republicano de contrabando se entendía con su digno padre para burlarse de nosotros. Ya verás cómo le da la vuelta a la chaqueta… Y su hermano, el ilustre Eugène, ¡ese gordo imbécil con el que los Rougon tanta lata dan! ¡Pues no tienen la frescura de pretender que disfruta en París de buena posición! La conozco, yo, su posición. Está empleado en la calle de Jerusalén[4], es un soplón…

—¿Quién se lo ha dicho? No sabe usted nada —interrumpía Silvère, cuyo espíritu recto acababa por verse herido por las mentirosas acusaciones de su tío.

—¡Ah! ¡Conque no sé nada! ¿Tú crees? Te digo que es un soplón… Te dejarás esquilar como un cordero, con tu benevolencia. No eres un hombre. No quiero hablar mal de tu hermano François; pero, en tu lugar, me sentiría bien molesto por la manera roñosa con que se conduce contigo; gana un montón de dinero en Marsella, y no te mandará nunca ni una miserable moneda de veinte francos para tus pequeños gastos. Si un día caes en la miseria, no te aconsejo que te dirijas a él.

—No necesito a nadie —respondía el joven con una voz orgullosa y ligeramente alterada—. Mi trabajo nos basta a mí y a tía Dide. Es usted cruel, tío.

—Digo la verdad, eso es todo… Quisiera abrirte los ojos. Nuestra familia es una familia asquerosa; es triste, pero es así. Hasta el pequeño Maxime, el hijo de Aristide, ese mocoso de nueve años, me saca la lengua cuando me lo encuentro. Ese niño le pegará a su madre un día, y le estará bien empleado. Vamos, por mucho que digas, esa gente no se merece su suerte; pero así ocurre siempre en las familias: los buenos sufren y los malos hacen fortuna.

Todos estos trapos sucios que Macquart lavaba con tanta complacencia delante de su sobrino asqueaban profundamente al joven. Habría querido volver a sus sueños. En cuanto daba signos demasiados vivos de impaciencia, Antoine recurría a medios decisivos para exasperarlo contra sus parientes.

—¡Defiéndelos! ¡Defiéndelos! —decía, aparentando calmarse—. Yo, a fin de cuentas, me las he arreglado para no tener que ver con ellos. Lo que te digo lo hago por cariño a mi pobre madre, a quien toda esa camarilla trata de una forma verdaderamente repugnante.

—¡Son unos miserables! —murmuraba Silvère.

—¡Oh!, tú no sabes nada, no entiendes nada. No hay insultos con que los Rougon no cubran a la buena mujer. Aristide ha prohibido a su hijo que la salude. Félicité habla de meterla en un manicomio.

El joven, blanco como el papel, interrumpía bruscamente a su tío.

—¡Basta! —gritaba—, no quiero saber más. Todo eso tiene que acabar.

—Me callo, ya que te contraría —proseguía el viejo tunante, haciéndose el bondadoso—. Sin embargo, hay cosas que no debes ignorar, a menos que quieras hacer el papel de imbécil.

Macquart, al tiempo que se esforzaba por lanzar a Silvère contra los Rougon, saboreaba un gozo exquisito al ver asomar lágrimas de dolor a los ojos del joven. Lo detestaba quizá más que a los otros, porque era un excelente operario y no bebía jamás. Por eso aguzaba sus más rebuscadas crueldades para inventar mentiras atroces que herían al pobre chico en el corazón; disfrutaba entonces con su palidez, con el temblor de sus manos, con sus miradas afligidas, con la voluptuosidad de un espíritu maligno que calcula sus golpes y que ha alcanzado a su víctima en el sitio justo. Después, cuando creía haber herido y exasperado a Silvère suficientemente, abordaba por fin la política.

—Me han asegurado —decía bajando la voz— que los Rougon preparan una mala jugada.

—¿Una mala jugada? —interrogaba Silvère, atento de pronto.

—Sí, van a coger, una de estas noches, a todos los buenos ciudadanos de la ciudad y a meterlos en la cárcel.

El joven empezaba dudando. Pero su tío daba detalles concretos: hablaba de listas redactadas, nombraba a las personas que se encontraban en esas listas, indicaba de qué manera, a qué hora y en qué circunstancias se ejecutaría el complot. Poco a poco, Silvère se dejaba convencer por aquel cuento de vieja, y pronto desvariaba contra los enemigos de la República.

—¡A ellos —gritaba—, a ellos deberíamos reducir a la impotencia, si siguen traicionando al país! ¿Y qué piensan hacer con los ciudadanos que detengan?

—¡Qué piensan hacer! —respondía Macquart con una risita seca—. Pues los fusilarán en las mazmorras de las cárceles. —Y como el joven, atónito de horror, lo miraba sin poder encontrar una palabra—: Y no serán los primeros en ser asesinados —continuaba—. No tienes más que ir a rondar

por la noche, detrás del Palacio de Justicia, oirás disparos y gemidos.

—¡Oh, qué infames! —murmuraba Silvère.

Entonces, tío y sobrino se lanzaban a la alta política.

Fine y Gervaise, al verlos enzarzados, se iban a acostar despacito, sin que ellos se dieran cuenta. Hasta medianoche, los dos hombres se quedaban así comentando las noticias de París, hablando de la lucha próxima e inevitable. Macquart despotricaba amargamente contra los nombres de su partido; Silvère soñaba en voz alta, y para sí solo, su sueño de libertad ideal. Extrañas conversaciones, durante las cuales el tío se servía un número incalculable de copas, y de las que el sobrino salía embriagado de entusiasmo. Antoine no pudo obtener nunca, empero, del joven republicano un cálculo pérfido, un plan de guerra contra los Rougon; por más que lo empujaba, sólo oía salir de su boca llamadas a la justicia eterna, que tarde o temprano castigaría a los malos.

El generoso niño hablaba con fiebre de tomar las armas y matar a los enemigos de la República, sí; pero, en cuanto esos enemigos salían del sueño y se personificaban en su tío Pierre o en cualquier otra persona conocida, contaba con el cielo para evitarle el horror de verter sangre. Es de creer que incluso habría dejado de tratar a Macquart, cuyos celosos furores le causaban una especie de malestar, si no hubiera saboreado el gozo de hablar libremente en su casa de su querida República. No obstante, su tío tuvo una influencia decisiva sobre su destino; le irritó los nervios con sus continuas diatribas, acabó por hacerle desear ansiosamente la lucha armada, la conquista violenta de la felicidad universal.

Cuando Silvère alcanzó los dieciséis años, Macquart lo inició en la sociedad secreta de los Montañeses, asociación poderosa que cubría todo el sur. A partir de ese momento, el joven republicano se comió con los ojos la carabina del contrabandista, que Adélaïde había colgado en la campana de la chimenea. Una noche, mientras su abuela dormía, la limpió, la puso en condiciones. Después la volvió a dejar en su clavo y esperó. Se ilusionaba con su sueño de iluminado, edificaba epopeyas gigantescas, viendo en pleno ideal luchas homéricas, una especie de torneos caballerescos, de los que los defensores de la libertad salían vencedores y aclamados por el mundo entero.

Macquart, pese a la inutilidad de sus esfuerzos, no se desalentó. Se dijo que se bastaría solo para estrangular a los Rougon, si alguna vez podía tenerlos arrinconados. Sus rabias de holgazán envidioso y hambriento se acrecentaron más, a raíz de sucesivos accidentes que lo obligaron a ponerse de nuevo al trabajo. Hacia los primeros días del año 1850, Fine murió casi de repente de una neumonía, cogida al ir a lavar una tarde la ropa de la familia al Viorne, y al traerla mojada sobre la espalda; había regresado empapada de agua y de sudor, aplastada bajo aquel fardo de enorme peso, y no se había vuelto a levantar. Esta muerte consternó a Macquart. Su renta más segura se le escapaba. Cuando vendió, al cabo de unos días, el caldero donde su mujer cocía sus castañas y el caballete que le servía para arreglar sus sillas viejas, acusó groseramente a Dios de haberle quitado a la difunta, aquella fuerte comadre que lo había avergonzado y cuyo mérito notaba en esa hora. Tuvo que aguantarse con las ganancias de sus hijos con redoblada avidez. Pero, un mes después, Gervaise, harta de sus continuas exigencias, se marchó con sus dos hijos y Lantier, cuya madre había muerto. Los amantes se refugiaron en París. Antoine, aterrado, se encolerizó innoblemente con su hija, deseándole que reventara en un hospital, como las de su especie. Este desbordamiento de insultos no mejoró su situación que, decididamente, se ponía fea. Jean siguió pronto el ejemplo de su hermana. Esperó a un día de paga y se las arregló para cobrar él mismo su dinero. Dijo al marcharse a uno de sus amigos, que se lo repitió a Antoine, que no quería alimentar más al holgazán de su padre, y que, si a éste se le ocurría hacer que los gendarmes se lo devolvieran, estaba decidido a no volver a tocar una sierra ni un cepillo. Al día siguiente, cuando Antoine lo hubo buscado inútilmente y se encontró solo, sin un céntimo, en la vivienda donde, durante veinte años, se había hecho mantener cómodamente, le entró una rabia atroz, daba patadas a los muebles, vociferaba las más monstruosas imprecaciones. Después se hundió, empezó a arrastrar los pies, a gemir como un convaleciente. El miedo a tener que ganarse el pan lo ponía enfermo de veras. Cuando Silvère fue a verlo, se quejó con lágrimas de la ingratitud de sus hijos. ¿No había sido siempre un buen padre? Jean y Gervaise eran unos monstruos que lo recompensaban muy mal por cuanto había hecho por ellos. Ahora lo abandonaban porque estaba viejo y ya no podían sacarle nada.

—Pero, tío —dijo Silvère—, usted está aún en edad de trabajar.

Macquart, tosiendo, encorvándose, movió lúgubremente la cabeza, como

para decir que no resistiría mucho tiempo la menor fatiga. En el momento en que su sobrino iba a retirarse, le pidió prestados diez francos. Vivió un mes, llevando uno por uno a un prendero las prendas viejas de sus hijos, vendiendo igualmente poco a poco todos los objetos menudos de la casa. Pronto no tuvo sino una mesa, una silla, su cama y la ropa que llevaba. Acabó incluso por sustituir la cama de nogal por un simple catre de tijera. Cuando agotó todos los recursos, llorando de rabia, con la palidez salvaje de un hombre que se resigna al suicidio, fue a buscar el paquete de mimbre olvidado en un rincón desde hacía un cuarto de siglo. Al cogerlo, le pareció levantar una montaña. Y se puso de nuevo a trenzar cestas y canastas, acusando al género humano de su abandono. Fue entonces, sobre todo, cuando habló del reparto de los ricos. Se mostró terrible. Inflamaba con sus discursos el cafetín, donde sus miradas furibundas le aseguraban un crédito ilimitado. Además, sólo trabajaba cuando no había podido arrancarle una moneda de cinco francos a Silvère o a un compañero. Ya no fue el «señor» Macquart, ese obrero afeitado y endomingado todos los días, que jugaba al burgués; volvió a ser el pobre diablo sucio que había especulado en tiempos con sus andrajos. Ahora que aparecía en casi todos los mercados para vender sus cestas, Félicité ya no se atrevía a ir a la compra. Él le hizo una vez una escena atroz. Su odio a los Rougon crecía con su miseria. Juraba, profiriendo espantosas amenazas, que se tomaría la justicia por su mano, ya que los ricos se ponían de acuerdo para obligarlo a trabajar.

En esta disposición de ánimo, acogió el golpe de Estado con la alegría entusiasta y ruidosa de un perro que olfatea el encarne. Los pocos liberales honorables de la ciudad no habían podido entenderse y se mantenían al margen, por lo que se encontró, naturalmente, como uno de los agentes de primer plano de la insurrección. Los obreros, pese a la opinión deplorable que habían acabado por hacerse de aquel perezoso, tenían que tomarlo en esa ocasión como bandera de enganche. Pero los primeros días, como la ciudad seguía pacífica, Macquart creyó desbaratados sus planes. Sólo ante la noticia de la sublevación del campo volvió a concebir esperanzas. Por nada del mundo habría salido de Plassans; así que inventó un pretexto para no seguir a los obreros, que se fueron el domingo por la mañana a reunirse con la tropa insurrecta de La Palud y de Saint-Martin-de-Vaulx. La tarde de ese mismo día estaba con algunos fieles en un cafetín de mala muerte del barrio viejo, cuando un camarada acudió a avisarlos de que los insurgentes se encontraban a unos kilómetros de Plassans. Esta noticia acababa de ser traída por una

estafeta que había conseguido penetrar en la ciudad, y que estaba encargada de conseguir que abriesen las puertas a la columna. Hubo una explosión de triunfo. Macquart, sobre todo, pareció delirante de entusiasmo. La imprevista llegada de los insurgentes le pareció una delicada atención de la providencia con él. Y sus manos temblaban ante la idea de que pronto tendría a los Rougon cogidos por el cuello.

Mientras tanto, Antoine y sus amigos salieron a toda prisa del café. Todos los republicanos que aún no habían abandonado la ciudad se encontraron pronto reunidos en el paseo Sauvaire. Era ese el grupo que Rougon había visto al correr a esconderse en casa de su madre. Cuando el grupo hubo llegado a la altura de la calle de la Banne, Macquart, que se había puesto a la cola, dejó rezagados a cuatro de sus compañeros, buenos mozos de escaso cerebro a quienes dominaba con sus charlatanerías de café. Los convenció fácilmente de que había que detener de inmediato a los enemigos de la República si se querían evitar peores desgracias. La verdad era que temía que Pierre se le escapase, en medio de la perturbación que iba a causar la entrada de los insurgentes. Los cuatro mocetones lo siguieron con ejemplar docilidad y fueron a llamar violentamente a la puerta de los Rougon. En esta crítica circunstancia Felicité mostró un valor admirable. Bajó a abrir la puerta de la calle.

—Queremos subir a tu casa —le dijo brutalmente Macquart.

—Está bien, señores, suban —respondió ella con una cortesía irónica, fingiendo no reconocer a su cuñado. Arriba, Macquart le ordenó que fuese a buscar a su marido—. Mi marido no está aquí —dijo cada vez más tranquila—, está en viaje de negocios; cogió la diligencia de Marsella, esta tarde a las seis.

Antoine, ante esta declaración hecha con voz nítida, tuvo un gesto de rabia. Entró violentamente en el salón, pasó al dormitorio, revolvió la cama, miró detrás de las cortinas y debajo de los muebles. Los cuatro mocetones le ayudaban. Durante un cuarto de hora, registraron el piso. Felicité se había sentado apaciblemente en el sofá del salón y se ocupaba de atarse los cordones de sus faldas, como una persona que acaba de ser sorprendida en el sueño y que no ha tenido tiempo de vestirse decorosamente.

—¡Pues es cierto, se ha escapado ese cobarde! —farfulló Macquart al volver al salón.

No obstante, siguió mirando a su alrededor con aire desconfiado. Tenía el presentimiento de que Pierre no podía haber abandonado la partida en el momento decisivo. Se acercó a Felicité, que bostezaba.

—Indícanos el lugar donde se ha escondido tu marido —le dijo—, y te prometo que no le haré ningún daño.

—Les he dicho la verdad —respondió con impaciencia—. Y, por tanto, no puedo entregarles a mi marido, ya que no está aquí. Han mirado por todas partes, ¿no? Pues ahora déjenme tranquila.

Macquart, exasperado por su sangre fría, iba a pegarle, seguramente, cuando un ruido sordo subió de la calle. Era la columna de los insurgentes que se adentraba por la calle de la Banne.

Tuvo que abandonar el salón amarillo, tras haberle enseñado un puño a su cuñada, llamándola vieja sinvergüenza y amenazándola con regresar pronto. Al pie de la escalera, se llevó aparte a uno de los hombres que lo había acompañado, un cavador llamado Cassoute, el más basto de los cuatro, y le ordenó que se sentase en el primer peldaño y que no se moviese hasta nueva orden.

—Vendrás a avisarme —le dijo—, si ves volver al canalla de arriba.

El hombre se sentó con todo su peso. Cuando estuvo en la acera, Macquart, alzando los ojos, vio a Félicité acodada en una ventana del salón amarillo y mirando curiosamente el desfile de los insurgentes, como si se tratase de un regimiento que cruzase la ciudad, con la música al frente. Esta última prueba de total tranquilidad lo irritó hasta tal punto que estuvo tentado de volver a subir para tirar a la anciana a la calle. Siguió a la columna, murmurando con voz sorda:

—Sí, sí, míranos pasar. Ya veremos si mañana te asomas al balcón.

Eran casi las once de la noche cuando los insurrectos entraron en la ciudad, por la puerta de Roma. Fueron los obreros que se habían quedado en Plassans quienes les abrieron esa puerta de dos hojas, pese a los lamentos del guardián, al que le arrancaron las llaves a la fuerza. Aquel hombre, muy celoso de sus funciones, se quedó anonadado ante aquella oleada de muchedumbre; él, que no dejaba entrar más que a una persona

a la vez, tras haberle mirado largamente la cara, murmuraba que estaba deshonrado. Al frente de la columna seguían marchando los hombres de Plassans, guiando a los demás; Miette, en primera fila, con Silvère a su izquierda, alzaba la bandera con mayor provocación desde que notaba, tras las persianas cerradas, las miradas despavoridas de los burgueses despertados con sobresalto. Los insurgentes seguían con prudente lentitud las calles de Roma y de la Banne; en cada cruce temían ser recibidos a tiros de fusil, aunque conocían la índole tranquila de los habitantes. Pero la ciudad parecía muerta; apenas se oían en las ventanas exclamaciones ahogadas. Solamente se abrieron cinco o seis persianas; algún viejo rentista aparecía, en camisón, con una vela en la mano, inclinándose para ver mejor; después, en cuanto el hombre distinguía a la chicarrona roja que parecía arrastrar tras sí aquella multitud de demonios negros, cerraba precipitadamente su ventana, aterrado por esa aparición diabólica. El silencio de la ciudad dormida tranquilizó a los insurgentes, que se atrevieron a adentrarse por las callejas del barrio viejo, y que llegaron así a la plaza del Mercado y a la plaza del Ayuntamiento, que una calle corta y ancha unía entre sí. Las dos plazas, plantadas de árboles entecos, se hallaban vivamente iluminadas por la luna. El edificio del ayuntamiento, recién restaurado, formaba, en el borde del cielo claro, una gran mancha de cruda blancura sobre la cual el balcón del primer piso recortaba en delgadas líneas negras sus arabescos de hierro forjado. Se distinguían nítidamente varias personas de pie en ese balcón; el alcalde, el comandante Sicardot, tres o cuatro concejales, y otros funcionarios. Abajo, las puertas estaban cerradas. Los tres mil republicanos que llenaban las dos plazas se detuvieron, levantando la cabeza, dispuestos a derribar las puertas de un empujón.

La llegada de la columna insurrecta a semejantes horas sorprendía a las autoridades de improviso. Antes de dirigirse a la alcaldía, el comandante Sicardot se había tomado el tiempo de ir a vestirse de uniforme. Hubo que correr en seguida a despertar al alcalde. Cuando el guarda de la puerta de Roma, a quien los insurgentes dejaron en libertad, acudió a anunciar que los criminales estaban en la ciudad, el comandante aún no había reunido a duras penas más que unos veinte guardias nacionales. Los gendarmes, cuyo cuartel estaba cercano, sin embargo, no pudieron ser avisados siquiera. Debieron de cerrar las puertas a toda prisa para deliberar. Cinco minutos después, un fragor sordo y continuo anunciaba la proximidad de la columna.

El señor Garçonnet, por odio a la República, sentía grandes deseos de defenderse. Pero era un hombre prudente que comprendió la inutilidad de la lucha, no viendo a su alrededor sino unos cuantos hombres pálidos y apenas despiertos. La deliberación no fue larga. Sólo Sicardot se empeñó: quería batirse, pretendía que veinte hombres bastarían para hacer entrar en razón a aquellos tres mil canallas. El señor Garçonnet se encogió de hombros y declaró que el único partido era capitular de forma honorable. Como la algarabía de la multitud crecía, se dirigió al balcón, adonde lo siguieron todos los presentes. Poco a poco se hizo el silencio. Abajo, en la masa negra y estremecida de los insurgentes, los fusiles y las hoces relucían al claro de luna.

—¿Quiénes sois y qué queréis? —gritó el alcalde con voz fuerte.

Entonces un hombre con gabán, un terrateniente de La Palud, se adelantó:

—Abran la puerta —dijo sin responder a las preguntas del señor Garçonnet—. Eviten una lucha fratricida.

—Os ordeno que os retiréis —prosiguió el alcalde—. Protesto en nombre de la ley.

Estas palabras levantaron en la multitud clamores ensordecedores. Cuando el tumulto se hubo calmado un poco, hasta el balcón ascendieron vehementes interpelaciones. Algunas voces gritaron:

—¡En nombre de la ley hemos venido!

—Su deber, como funcionario, es hacer respetar la ley fundamental del país, la Constitución, que acaba de ser ultrajantemente violada.

—¡Viva la Constitución! ¡Viva la República!

Y como el señor Garçonnet intentaba hacerse oír y seguía invocando su calidad de funcionario, el terrateniente de La Palud, que se había quedado debajo del balcón, le interrumpió con gran energía.

—Usted ya no es —dijo— más que el funcionario de un funcionario depuesto; nosotros venimos a relevarle de sus funciones.

Hasta entonces el comandante Sicardot se había mordido ferozmente los bigotes, mascando sordos insultos. La visión de los palos y de las hoces lo

exasperaba; hacía esfuerzos inauditos por no tratar como se merecían a esos soldados de pacotilla que ni siquiera tenían cada cual su fusil. Pero, cuando oyó a un señor con un simple gabán hablar de relevar a un alcalde ceñido con su fajín, no pudo callar más, gritó:

—¡Hato de bribones! ¡Si tuviera sólo cuatro hombres y un cabo bajaría a tiraros de las orejas para enseñaros a ser respetuosos!

No hacía falta tanto para ocasionar los más graves incidentes. Un largo grito corrió entre el gentío, que se abalanzó contra las puertas de la alcaldía. El señor Garçonnet, consternado, se apresuró a abandonar el balcón, suplicando a Sicardot que fuera razonable si no quería que los matasen. En dos minutos las puertas cedieron, el pueblo invadió la alcaldía y desarmó a los guardias nacionales. El alcalde y los demás funcionarios presentes quedaron arrestados. Sicardot, que quiso negarse a entregar su espada, tuvo que ser protegido por el jefe del contingente de Les Tulettes, hombre de gran sangre fría, contra la exasperación de ciertos insurrectos. Cuando el ayuntamiento estuvo en poder de los republicanos, condujeron a sus prisioneros a un pequeño café de la plaza del Mercado, donde quedaron bajo vigilancia.

El ejército insurrecto habría evitado cruzar Plassans, de no haber considerado sus jefes que algo que comer y algunas horas de reposo eran absolutamente necesarios para sus hombres. En lugar de marchar directamente sobre la capital del departamento, la columna, por una inexperiencia y una debilidad inexcusables del improvisado general que la mandaba, efectuaba entonces una conversión a la izquierda, una especie de largo rodeo que iba a llevarla a la perdición. Se dirigía hacía las mesetas de Sainte-Roure, alejadas aún una decena de leguas, y era la perspectiva de esta larga marcha lo que la había decidido a penetrar en la ciudad, pese a lo avanzado de la hora. Podían ser entonces las once y media.

Cuando el señor Garçonnet supo que la banda reclamaba víveres, se ofreció a procurárselos. Este funcionario demostró, en aquella circunstancia, una comprensión muy clara de la situación. Aquellos tres mil hambrientos debían verse satisfechos; era preciso que Plassans, al despertarse, no los encontrara aún sentados en las aceras de sus calles; si se marchaban antes de hacerse de día, se habrían limitado a pasar por el medio de una ciudad dormida como un mal sueño, como una de esas pesadillas que el alba disipa. Aunque seguía prisionero, el señor

Garçonnet, seguido por dos guardianes, fue a llamar a las puertas de los panaderos y mandó distribuir entre los insurgentes todas las provisiones que pudo descubrir.

Hacia la una, los tres mil hombres, acuclillados en el suelo, con sus armas entre las piernas, comían. La plaza del Mercado y la del Ayuntamiento se habían transformado en vastos refectorios. A pesar del intenso frío, corrían ráfagas de alegría entre aquella multitud hormigueante, cuyos mayores grupos se dibujaban a la intensa claridad de la luna. Los pobres hambrientos devoraban alegremente su parte, soplándose los dedos; y, del fondo de las calles vecinas, donde se distinguían vagas formas negras sentadas en el umbral blanco de las casas, llegaban también bruscas risas que fluían desde la sombra y se perdían en el barullo general. En las ventanas algunas curiosas envalentonadas, mujercitas tocadas con pañuelos, miraban comer a los terribles insurgentes, a los bebedores de sangre que iban por turno a beber de la bomba del mercado, en el hueco de la mano.

Mientras el ayuntamiento era invadido, la gendarmería, situada a dos pasos, en la calle Canquoin, que da al mercado, caía igualmente en poder del pueblo. Los gendarmes fueron sorprendidos en la cama y desarmados en unos minutos. Los empujones de la muchedumbre habían arrastrado a Miette y Silvère hacia ese lado. La chica, que seguía apretando el asta de la bandera contra el pecho, se vio pegada al muro del cuartel, mientras que el joven, arrastrado por la oleada humana, penetraba en el interior y ayudaba a sus compañeros a arrancarles a los gendarmes las carabinas que habían agarrado a toda prisa. Silvère, feroz, embriagado por el impulso del grupo, atacó a un tío larguirucho, un gendarme llamado Rengade, con el cual luchó unos instantes. Consiguió arrebatarle su carabina con un movimiento brusco. El cañón del arma golpeó violentamente a Rengade en la cara y le reventó el ojo derecho. La sangre corrió, unas salpicaduras cayeron sobre las manos de Silvère, en quien se disipó la embriaguez de repente. Miró sus manos, soltó la carabina; después salió corriendo, perdida la cabeza, sacudiendo los dedos.

—¡Estás herido! —gritó Miette.

—No, no —respondió con voz ahogada—, es que acabo de matar a un gendarme.

—¿Ha muerto?

—No lo sé, tenía la cara llena de sangre. Ven, rápido.

Arrastró a la jovencita. Llegado al mercado, la hizo sentarse en un banco de piedra. Le dijo que lo esperase allí. Seguía mirándose las manos, balbuceaba. Miette acabó por entender, por sus palabras entrecortadas, que quería ir a abrazar a su abuela antes de partir.

—¡Bueno, pues vete! —dijo—. No te preocupes por mí. Lávate las manos.

Él se alejó rápidamente, con los dedos separados, sin pensar en bañarlos en las fuentes junto a las que pasaba. Desde que había sentido en su piel la tibieza de la sangre de Rengade, sólo lo empujaba una idea, correr junto a tía Dide y lavarse las manos en el pilón del pozo, al fondo del pequeño patio. Solamente allí creía poder borrar esa sangre. Toda su infancia pacífica y tierna se despertaba, experimentaba una necesidad irresistible de refugiarse entre las faldas de su abuela, aunque sólo fuera un minuto. Llegó jadeante. Tía Dide no estaba acostada, lo cual habría sorprendido a Silvère en cualquier otro momento. Pero ni siquiera vio, al entrar, a su tío Rougon, sentado en una esquina, sobre el viejo arcón. No esperó a las preguntas de la pobre vieja:

—Abuela —dijo rápidamente—, tiene que perdonarme… Voy a marcharme con los otros… Ya ve usted, tengo sangre… Creo que he matado a un gendarme.

—¡Has matado a un gendarme! —repitió tía Dide con voz extraña. Luces agudas se encendían en sus ojos clavados en las manchas rojas. Bruscamente, se volvió hacia la campana de la chimenea—: Has cogido el fusil —dijo—; ¿dónde está el fusil? —Silvère, que había dejado la carabina con Miette, le juró que el arma estaba segura. Por primera vez, Adélaïde aludió al contrabandista Macquart delante de su nieto—. ¿Volverás a traer el fusil? ¡Me lo prometes! —dijo con singular energía—. Es lo único que me queda de él… Tú has matado a un gendarme; a él, fueron los gendarmes los que lo mataron.

Continuaba mirando fijamente a Silvère, con un aire de cruel satisfacción, sin parecer pensar en retenerlo. No le pidió ninguna explicación, no lloraba como esas buenas abuelas que ven a sus nietos en la agonía por el menor rasguño. Todo su ser tendía a un mismo pensamiento, que acabó formulando con ardiente curiosidad.

—¿Mataste al gendarme con el fusil? —preguntó.

Sin duda Silvère entendió mal o no comprendió.

—Sí —respondió—. Voy a lavarme las manos.

Sólo al regresar del pozo se fijó en su tío. Pierre había oído palideciendo las palabras del joven. Realmente, Félicité tenía razón, a su familia le gustaba comprometerlo. ¡Y ahora uno de sus sobrinos mataba gendarmes! Jamás tendría el puesto de recaudador, si no impedía que este loco furioso se reuniese con los insurrectos. Se puso delante de la puerta, decidido a no dejarlo salir.

—Escuche —le dijo a Silvère, muy sorprendido de encontrarlo allí—, yo soy el jefe de la familia, le prohíbo que salga de esta casa. Va en ello su honor y el nuestro. Mañana trataré de hacerle llegar a la frontera.

Silvère se encogió de hombros.

—Déjeme pasar —respondió tranquilamente—. No soy un soplón; no daré a conocer su escondite, esté tranquilo. —Y como Rougon continuaba hablando de la dignidad de la familia y de la autoridad que le confería su calidad de primogénito—: ¿Es que yo soy de su familia? —continuó el joven—. Siempre ha renegado de mí… Hoy, el miedo lo ha empujado hasta aquí, porque sabe que ha llegado el día de la justicia. ¡Vamos, paso! Yo no me escondo, no; tengo un deber que cumplir.

Rougon no se movía. Entonces tía Dide, que escuchaba las palabras vehementes de Silvère con una especie de arrobo, colocó su mano seca en el brazo de su hijo.

—Quítate, Pierre —dijo—, el niño tiene que salir.

El joven empujó ligeramente a su tío y se abalanzó afuera.

Rougon, cerrando la puerta con cuidado, dijo a su madre con una voz llena de ira y de amenazas:

—Si le ocurre alguna desgracia, será por su culpa… Es usted una vieja loca, no sabe lo que acaba de hacer.

Pero Adélaïde no pareció oírle. Fue a echar un sarmiento al fuego que se apagaba, murmurando con vaga sonrisa:

—Ya sé cómo es esto… El estaba meses enteros fuera; pero después volvía a mí, y mejor.

Hablaba, sin duda, de Macquart.

Mientras tanto Silvère volvió corriendo al mercado. Cuando se acercaba al lugar donde había dejado a Miette, oyó un violento ruido de voces y vio una aglomeración que le hicieron apretar el paso. Acababa de producirse una escena cruel. Entre los insurgentes circulaban curiosos, desde que aquéllos se habían puesto tranquilamente a comer. Entre esos curiosos se encontraba Justin, el hijo del aparcero Rébufat, un muchacho de unos veinte años, criatura escuchimizada y turbia que alimentaba un odio implacable contra su prima Miette. En casa, le echaba en cara el pan que comía, la trataba como a una pobre recogida por caridad al borde de un camino. Es de creer que la niña se había negado a ser su amante. Canijo, pálido, de extremidades demasiado largas, de rostro retorcido, se vengaba en ella de su propia fealdad y del despreció que la guapa y fuerte chica había debido de mostrarle. Acariciaba el sueño de obligar a su padre a ponerla en la puerta. Por eso la espiaba sin tregua. Desde hacía algún tiempo, había sorprendido sus citas con Silvère; sólo esperaba una ocasión decisiva para informar a Rébufat. Aquella noche, habiéndola visto escapar de la casa hacia las ocho, el odio lo enfureció, no pudo callar más. Rébufat, ante el relato que le hizo, montó en una terrible cólera y dijo que expulsaría a aquel pendón a patadas, si tenía la audacia de regresar. Justin se acostó, saboreando de antemano la bonita escena que tendría lugar al día siguiente. Después experimentó un agudo deseo de tomarse inmediatamente un anticipo de su venganza. Se vistió y salió. A lo mejor encontraba a Miette. Se prometía ser muy insolente. Fue así como asistió a la entrada de los insurgentes y los siguió hasta el ayuntamiento, con el vago presentimiento de que iba a encontrar a los enamorados por aquella parte. Acabó, en efecto, descubriendo a su prima en el banco donde esperaba a Silvère. Al verla vestida con su gran pelliza y teniendo a su lado la bandera roja, apoyada en un pilar del mercado, se echó a reír, empezó a burlarse de ella groseramente. La jovencita, cortada al verlo, no encontró una palabra. Sollozaba bajo los insultos. Y mientras estaba toda sacudida por los sollozos, con la cabeza gacha, Justin la llamaba hija de forzado y le gritaba que Rébufat padre le sacudiría bien el polvo si se le

ocurría alguna vez volver al Jas-Meiffren. Durante un cuarto de hora la tuvo así, temblorosa y herida. La gente había hecho corro, riéndose bobamente con aquella escena dolorosa. Por fin intervinieron algunos insurrectos y amenazaron al joven con administrarle una ejemplar corrección si no dejaba tranquila a Miette. Pero Justin, aunque retrocediendo, declaró que no les tenía miedo. Fue en ese momento cuando reapareció Silvère. El joven Rébufat, al verlo, dio un salto brusco, como para emprender la huida; lo temía, sabiendo que era mucho más vigoroso que él. Sin embargo, no pudo resistirse a la acuciante necesidad de insultar por última vez a la joven delante de su enamorado.

—¡Ah!, ya sabía yo que el carretero no podía andar lejos —gritó—. ¿Es para seguir a este chiflado, verdad, por lo que nos has dejado? ¡Desdichada! ¡No tiene aún dieciséis años! ¿Para cuándo el bautizo? —Y dio unos pasos más hacia atrás, al ver a Silvère apretar los puños—. Y, sobre todo —continuó con una carcajada innoble—, no vengas a parir a nuestra casa. No tendrías necesidad de comadrona. Mi padre te asistiría a patadas, ¿oyes?

Escapó, chillando, con el rostro magullado. Silvère, de un salto, se había arrojado sobre él y le había asestado en plena cara un terrible puñetazo. No lo persiguió. Cuando regresó junto a Miette, la encontró en pie, enjugándose febrilmente las lágrimas con la palma de la mano. Como él la mirase dulcemente, para consolarla, ella tuvo un gesto de brusca energía.

—No —dijo—, ya no lloro, mira… Prefiero esto. Ahora ya no siento remordimientos por haberme marchado. Soy libre.

Recogió la bandera, y fue ella quien condujo a Silvère entre los insurgentes. Eran entonces cerca de las dos de la madrugada. El frío resultaba tan intenso que los republicanos se habían levantado, terminaban su pan de pie y trataban de calentarse marcando el paso gimnástico allí mismo. Los jefes dieron por fin la orden de partida. La columna volvió a formarse. Los prisioneros fueron colocados en el medio; amén del señor Garçonnet y del comandante Sicardot, los insurgentes habían detenido al señor Peirotte, el recaudador, y a varios funcionarios, y se los llevaban.

En ese momento se vio circular a Aristide entre los grupos. El hombre, ante este formidable levantamiento, había pensado que era imprudente no seguir siendo amigo de los republicanos; pero como, por otra parte, no

quería comprometerse en exceso con ellos, había venido a decirles adiós, con el brazo en cabestrillo, quejándose amargamente de esa maldita herida que le impedía sostener un arma. Se encontró entre la multitud con su hermano Pascal, provisto de su maletín y de una pequeña caja de primeros auxilios. El médico le anunció, con su voz tranquila, que iba a seguir a los insurgentes. Aristide lo motejó en voz muy baja de inocente. Acabó por zafarse, temiendo que le confiaran la custodia de la ciudad, puesto que consideraba singularmente peligroso.

Los insurrectos no podían pensar en conservar Plassans en su poder. La cuidad estaba animada por un espíritu demasiado reaccionario para que intentasen siquiera establecer una comisión democrática, como habían hecho ya en otras partes. Se habrían limitado a alejarse, si Macquart, empujado y envalentonado por sus odios, no se hubiera ofrecido a tener a Plassans a raya, a condición de que dejaran a sus órdenes una veintena de hombres decididos. Le dieron los veinte hombres, a la cabeza de los cuales acudió a ocupar triunfalmente la alcaldía. Durante ese tiempo, la columna bajaba por el paseo Sauvaire y salía por la puerta Grande, dejando tras sí, silenciosas y desiertas, aquellas calles que había cruzado como una tempestad. A lo lejos se extendían las carreteras todas blancas de luna. Miette había rechazado el brazo de Silvère; marchaba valientemente, firme y erguida, sujetando la bandera roja con las dos manos, sin quejarse de la helada que amorataba sus dedos.

Capítulo 5

A lo lejos se extendían las carreteras todas blancas de luna. La banda insurrecta, en la campiña fría y clara, prosiguió su marcha heroica. Era como una ancha corriente de entusiasmo. El soplo de epopeya que arrastraba a Miette y Silvère, esos niños grandes ávidos de amor y libertad, atravesaba también con una generosidad santa las vergonzosas comedias de los Macquart y de los Rougon. La alta voz del pueblo bramaba, a intervalos, entre las habladurías del salón amarillo y las diatribas del tío Antoine. Y la farsa vulgar, la farsa innoble, giraba hacia el gran drama de la historia.

Al salir de Plassans, los insurgentes habían tomado el camino de Orchéres. Debían llegar a esa ciudad hacia las diez de la mañana. La carretera remonta el curso del Viorne, siguiendo a media ladera los recodos de las colinas al pie de las cuales corre el torrente. A la izquierda, la llanura se ensancha, inmensa alfombra verde, salpicada de trecho en trecho por las manchas grises de los pueblos. A la derecha, la cadena de Les Garrigues alza sus picos desolados, sus campos de piedras, sus bloques de color herrumbre, como enrojecidos por el sol. El camino real, formando calzada por el lado del río, pasa en medio de rocas enormes, entre las cuales se muestran, a cada paso, trozos de valle. Nada más salvaje, mas extrañamente grandioso que esta carretera cortada en el mismo flanco de las colinas. De noche, sobre todo, esos lugares tienen un horror sagrado. Bajo la luz pálida, los insurgentes avanzaban como por la avenida de una ciudad destruida, teniendo a los dos lados vestigios de templos; la luna hacía de cada peña un fuste de columna truncada, un capitel derribado, una muralla horadada por misteriosos pórticos. En lo alto, la masa de Les Garrigues dormía, apenas blanqueada por un tono lechoso, semejante a una inmensa ciudad ciclópea cuyas torres, obeliscos, casas de altas terrazas, hubieran ocultado la mitad del cielo; y, al fondo, del lado de la llanura, se ahondaba, se ensanchaba un océano de claridades difusas, una extensión vaga, sin límites, donde flotaban lienzos de luminosa niebla. La banda insurrecta habría podido creer que seguía una calzada gigantesca, un camino de ronda construido al borde de un

mar fosforescente y que giraba en torno a una Babel desconocida.

Esa noche, el Viorne, bajo las rocas de la carretera, retumbaba con voz ronca. En el continuo fragor del torrente los insurgentes distinguían agrios lamentos de rebato. Los pueblos dispersos por el llano, al otro lado del río, se sublevaban, tocando a alarma, encendiendo hogueras. Hasta la mañana, la columna en marcha, que un fúnebre tañido parecía seguir en la noche con tintineo obstinado, vio así la insurrección correr a lo largo del valle como un reguero de pólvora. Las hogueras manchaban la sombra con puntos sangrantes; llegaban cantos remotos, en débiles ráfagas; toda la vaga extensión, ahogada bajo los vahos blanquecinos de la luna, se agitaba confusamente, con bruscos estremecimientos de cólera. Durante muchas leguas el espectáculo siguió siendo el mismo.

Aquellos hombres, que marchaban con la ceguera de la fiebre que los acontecimientos de París habían infundido en el corazón de los republicanos, se exaltaban con el espectáculo de aquella larga franja de tierra sacudida por entero por la revuelta. Embriagados con el entusiasmo del levantamiento general con el que soñaban, creían que Francia los seguía, se imaginaban ver, al otro lado del Viorne, en el inmenso mar de claridad difusa, interminables filas de hombres que corrían, como ellos, a defender a la República. Y su espíritu rudo, con esa ingenuidad y esa ilusión de las multitudes, concebía una victoria fácil y segura. Habrían cogido y fusilado como traidor a quienquiera que les hubiese dicho, en ese momento, que eran los únicos en tener la valentía del deber, mientras que el resto del país, aplastado de terror, se dejaba cobardemente agarrotar.

Sacaban también una continua incitación al valor de la acogida que les tributaban los escasos villorrios edificados en la pendiente de Les Garrigues, al borde del camino. En cuanto se acercaba el pequeño ejército, los habitantes se levantaban en masa; las mujeres acudían a desearles una pronta victoria; los hombres, semivestidos, se unían a ellos, tras haber cogido el primer arma que tenían a mano. Era, en cada pueblo, una nueva ovación, gritos de bienvenida, adioses largamente repetidos.

Hacia el amanecer, la luna desapareció tras Les Garrigues; los insurgentes prosiguieron su rápida marcha en la densa oscuridad de una noche de invierno; ya no distinguían ni el valle ni las laderas; oían solamente las secas quejas de las campanas, tañendo en el fondo de las tinieblas, como tambores invisibles, ocultas no sabían dónde, y cuyas desesperadas llamadas los azotaban sin tregua.

Mientras tanto, Miette y Silvère marchaban con el arrebato de la banda. Hacia el amanecer la joven estaba rota de cansancio. Sólo avanzaba ya a pasitos apresurados, sin poder seguir las grandes zancadas de los mocetones que la rodeaban. Pero ponía todo su valor en no quejarse; le habría costado demasiado confesar que no tenía la fuerza de un muchacho. Ya en las primeras leguas Silvère le había dado el brazo; después, viendo que la bandera se deslizaba poco a poco de sus manos rígidas, había querido cogerla, para aliviarla; y ella se había enfadado, le había permitido solamente sostener la bandera con una mano, mientras continuaba llevándola al hombro. Conservó así su actitud heroica con una testarudez de criatura, sonriendo al joven cada vez que éste le lanzaba una mirada de inquieta ternura. Pero cuando la luna se ocultó, se abandonó en la oscuridad. Silvère la notaba cada vez más pesada, colgando de su brazo. Tuvo que llevar la bandera y ceñirla del talle, para impedir que cayera al suelo. Ella seguía sin quejarse.

—¿Estás muy cansada, mi pobre Miette? —le preguntó su compañero.

—Sí, un poco cansada —respondió con voz ahogada.

—¿Quieres que descansemos?

Ella no dijo nada, pero él comprendió que vacilaba. Entonces confió la bandera a uno de los insurgentes y salió de las filas, casi llevando a la niña en sus brazos. Ella se debatió un poco, estaba confusa al verse tan cría. Pero él la calmó, le dijo que conocía un atajo que acortaba el camino a la mitad. Podían descansar una hora larga y llegar a Orchéres al mismo tiempo que la banda.

Eran entonces alrededor de las seis. Una ligera niebla debía de subir del Viorne. La noche parecía espesarse aún más. Los jóvenes treparon a tientas a lo largo de la pendiente de Les Garrigues, hasta una roca, en la cual se sentaron. En torno a ellos se ahondaba un abismo de tinieblas. Estaban como perdidos en la punta de un arrecife, por encima del vacío. Y en ese vacío, cuando se hubo perdido el sordo retumbar del pequeño ejército, no oyeron sino dos campanas, una vibrante, que sonaba sin duda a sus pies, en algún pueblo edificado al borde del camino, otra alejada, apagada, que respondía a los febriles lamentos de la primera con lejanos sollozos. Se hubiera dicho que las campanas se contaban, en la nada, el fin siniestro de un mundo.

Miette y Silvère, caldeados por la rápida carrera, no sintieron al principio el frío. Guardaron silencio, escuchando con indecible tristeza aquellos toques de rebato con los que se estremecía la noche. Ni siquiera se veían. Miette tuvo miedo; buscó la mano de Silvère y la retuvo en la suya. Tras el impulso febril que durante horas acababa de sacarlos de sí mismos, con el pensamiento perdido, esta brusca detención, esta soledad en la que se encontraban uno al lado del otro los dejaban quebrantados y sorprendidos, como despertados con sobresalto de un sueño tumultuoso. Les parecía que una ola los había arrojado al borde del camino y que el mar se había retirado a continuación. Una reacción invencible los sumía en un estupor inconsciente; olvidaban su entusiasmo; ya no pensaban en aquella tropa de hombres a la que debían unirse; estaban entregados al triste encanto de sentirse solos, en medio de la sombra feroz, cogidos de la mano.

—¿No me guardas rencor? —preguntó por fin la joven—. Marcharía contigo toda la noche; pero ellos corrían demasiado, no podía ya ni respirar.

—¿Por qué iba a guardártelo? —dijo el joven.

—No lo sé. Me temo que ya no me quieras. Habría tenido que dar pasos largos, como tú, seguir andando sin detenerme. Vas a creer que soy una cría. —Silvère esbozó en las sombras una sonrisa que Miette adivinó. Continuó con voz decidida—: No tienes que tratarme siempre como a una hermana; quiero ser tu mujer.

Y por propia iniciativa atrajo a Silvère contra su pecho. Lo mantuvo apretado entre sus brazos, murmurando:

—Vamos a tener frío, calentémonos así.

Hubo un silencio. Hasta esa hora confusa, los jóvenes se habían amado con fraternal ternura. En su ignorancia, seguían tomando por una viva amistad la atracción que los inducía a estrecharse sin cesar entre los brazos, y a prolongar esos abrazos mucho más tiempo de lo que los prolongan hermanos y hermanas. Pero en el fondo de esos amores ingenuos retumbaban, cada día con mayor intensidad, las tormentas de sangre ardiente de Miette y de Silvère. Con la edad, con la ciencia, una cálida pasión, de fogosidad meridional, debía nacer de este idilio. Toda chica que se cuelga del cuello de un chico es ya mujer, mujer inconsciente,

a la que una caricia puede despertar. Cuando los enamorados se besan en las mejillas, es porque tantean y buscan los labios. Un beso hace amantes. Fue en esa negra y fría noche de diciembre, entre los agrios lamentos del rebato, cuando Miette y Silvère intercambiaron uno de esos besos que atraen a la boca toda la sangre del corazón.

Permanecían mudos, estrechamente apretados uno contra el otro. Miette había dicho: «Calentémonos así», y esperaban inocentemente tener calor. Pronto les llegó la tibieza a través de sus ropas, sintieron poco a poco que su abrazo les quemaba, oyeron cómo sus pechos se alzaban con el mismo aliento. Los invadió la languidez, que los sumió en una febril somnolencia. Tenían calor ahora; ante sus párpados cerrados pasaban resplandores, confusos ruidos ascendían a sus cerebros. Este estado de bienestar doloroso, que duró unos minutos, les pareció sin fin. Y entonces, en una especie de sueño, sus labios se encontraron. Su beso fue largo, ávido. Pareció como si jamás se hubieran besado. Sufrían, se separaron. Luego, cuando el frío de la noche hubo helado su fiebre, se quedaron a cierta distancia uno del otro, con una gran confusión.

Las dos campanas seguían conversando siniestramente entre sí, en el abismo negro que se ahondaba en torno a los jóvenes. Miette, temblorosa, asustada, no se atrevía a acercarse a Silvère. Ni siquiera sabía si estaba allí, no le oía hacer un movimiento. Ambos estaban embargados de la acre sensación de su beso; a sus labios ascendían efusiones, habrían querido darse las gracias, volverse a besar; pero estaban tan avergonzados de su punzante felicidad que habrían preferido no saborearla jamás por segunda vez a hablar de ella en voz alta. Durante mucho tiempo aún, si la rápida marcha no les hubiera azotado la sangre, si la noche densa no se hubiera hecho cómplice, se habrían besado en las mejillas, como buenos amigos. Miette sentía pudor. Tras el ardiente beso de Silvère, en aquellas dichosas tinieblas donde su corazón se abría, recordó las groserías de Justin. Unas horas antes había escuchado sin ruborizarse a aquel chico, que la motejaba de mujer perdida; preguntaba que para cuándo el bautizo, le gritaba que su padre la haría parir a patadas, si alguna vez se le ocurría volver al Jas-Meiffren, y ella había llorado sin comprender, había llorado porque adivinaba que todo eso debía de ser innoble. Ahora que se hacía mujer, se decía, con su postrera inocencia, que el beso, cuya quemadura sentía todavía en sí, bastaba acaso para llenarla de aquella vergüenza de que su primo la acusaba. Entonces la asaltó el dolor, sollozó.

—¿Qué tienes? ¿Por qué lloras? —preguntó Silvère con voz inquieta.

—No, déjame —balbució—, no sé. —Después, como a su pesar, entre lágrimas—: ¡Ah!, soy muy desgraciada. Tenía diez años, me tiraban piedras. Hoy me tratan como a la última de las fulanas. Justin tuvo razón al despreciarme delante de la gente. Acabamos de hacer algo malo, Silvère.

El joven, consternado, volvió a cogerla entre sus brazos, intentando consolarla.

—¡Te amo! —murmuró—. Soy tu hermano. ¿Por qué dices que acabamos de hacer algo malo? Nos hemos besado porque teníamos frío. Sabes perfectamente que nos besamos todas las noches al separarnos.

—¡Oh!, no como hace un momento —dijo ella en voz muy baja—. No hay que volver a hacerlo, ya ves; debe de estar prohibido, porque me he sentido muy rara. Ahora los hombres se van a reír, cuando yo pase. No me atreveré a defenderme, estarán en su derecho.

El joven callaba, sin encontrar una frase para tranquilizar el espíritu asustado de aquella niña grande de trece años, toda temblorosa y atemorizada en su primer beso de amor. La estrechaba dulcemente contra sí, adivinaba que la calmaría si pudiera devolverle el tibio embotamiento de su abrazo. Pero ella se debatía, continuaba:

—Si tú quisieras, nos iríamos, nos marcharíamos de la región. No puedo regresar a Plassans; mi tío me pegará, toda la ciudad me señalará con el dedo. —Después, como invadida por una brusca irritación—: No, estoy maldita, te prohíbo que dejes a tía Dide para seguirme. Tienes que abandonarme en cualquier camino.

—Miette, Miette —imploró Silvère—, ¡no digas eso!

—Sí, me quitaré de en medio. Sé razonable. Me han expulsado como a una golfa. Si regresaras conmigo, te pelearías todos los días. No quiero.

El joven le dio un nuevo beso en la boca, murmurando:

—Serás mi mujer, nadie se atreverá a lastimarte.

—¡Oh!, te lo suplico —dijo ella con un débil grito—, no me beses así. Me hace daño. —Después, al cabo de un silencio—: Sabes muy bien que no

puedo ser tu mujer. Somos demasiado jóvenes. Tendría que esperar, y me moriría de vergüenza. Estás equivocado al rebelarte, te verás obligado a dejarme en cualquier esquina.

Entonces Silvère, ya sin fuerzas, se echó a llorar. Los sollozos de un hombre tiene una sequedad desconsoladora. Miette, asustada al sentir al pobre chico sacudido en sus brazos, le besó el rostro, olvidando que sus labios ardían. La culpa era suya. Era una boba al no haber podido soportar la punzante dulzura de una caricia. No sabía por qué había pensado en cosas tristes, en el mismo momento en que su enamorado la besaba como nunca había hecho aún. Y lo oprimía contra su pecho, para pedirle perdón por haberlo apenado. Los niños, llorando, apretándose en sus brazos inquietos, sumaban una desesperación más a la de la oscura noche de diciembre. A lo lejos, las campanas continuaban quejándose sin tregua, con voz más jadeante.

—Más vale morir —repetía Silvère entre sollozos—, más vale morir…

—No llores más, perdóname —balbucía Miette—. Seré fuerte, haré lo que quieras.

Cuando el joven se hubo enjugado las lágrimas, dijo:

—Tienes razón, no podemos regresar a Plassans. Pero no ha llegado la hora de ser cobarde. Si salimos vencedores de la lucha, iré a buscar a tía Dide, nos la llevaremos muy lejos. Si somos vencidos…

Se detuvo.

—¿Si somos vencidos?… —repitió Miette suavemente.

—Entonces, ¡Qué sea lo que Dios quiera! —continuo Silvère en voz más baja—. Yo ya no estaré aquí, sin duda, tú consolarás a la pobre vieja. Valdría más.

—Sí, lo decías hace un momento —murmuró la joven—, más vale morir.

Ante este deseo de muerte, se abrazaron más estrechamente. Miette contaba con morir con Silvère; éste sólo había hablado de sí mismo, pero ella notaba que la arrastraría con gozo a la tierra. Se amarían con más libertad que a plena luz. La tía Dide moriría también, e iría a reunirse con ellos. Fue como un presentimiento rápido, un deseo de extraña

voluptuosidad que el Cielo, mediante las voces desoladas del toque de rebato, les prometía satisfacer pronto. ¡Morir! ¡Morir! Las campanas repetían esa palabra con creciente arrebato, y los enamorados se abandonaban a aquellas llamadas de las sombras; creían disfrutar por anticipado del último sueño, en aquella somnolencia en la cual volvían a sumirlos la tibieza de sus miembros y las quemaduras de sus labios, que acababan de encontrarse de nuevo.

Miette ya no se hurtaba. Era ella, ahora, quien pegaba su boca a la de Silvère, quien buscaba con mudo ardor aquella alegría cuya amarga punzada no había podido soportar al principio. El sueño de una muerte próxima la había enardecido; ya no se ruborizaba, se aferraba a su amante, parecía deseosa de agotar, antes de tenderse en la tierra, esa voluptuosidad nueva, en la cual acababa apenas de bañar los labios, y que la irritaba al no poder penetrar de inmediato en su emocionante incógnita. Más allá del beso, adivinaba otra cosa que la espantaba y la atraía, en el vértigo de sus sentidos despiertos. Y se abandonaba; le habría suplicado a Silvère que desgarrase el velo, con la impúdica ingenuidad de las vírgenes. Él, loco con la caricia que ella le daba, lleno de una felicidad perfecta, sin fuerza, sin otros deseos, ni siquiera parecía creer en voluptuosidades mayores.

Cuando Miette ya no tuvo aliento, y sintió debilitarse el placer acre del primer abrazo:

—No quiero morir sin que me ames —murmuró—; quiero que me ames todavía más…

Las palabras le faltaban, no porque hubiera tenido conciencia de la vergüenza, sino porque ignoraba lo que deseaba. Estaba simplemente sacudida por una sorda rebelión interna y por un deseo de infinitud en el gozo.

En su inocencia, habría pataleado como un niño a quien se le niega un juguete.

—Te amo, te amo —repetía Silvère desfallecido.

Miette meneaba la cabeza, parecía decir que no era cierto, que el joven le ocultaba algo. Su naturaleza poderosa y libre tenía el secreto instinto de las fecundidades de la vida. Por eso rechazaba la muerte, si debía morir

ignorante. Y esta rebelión de su sangre y de sus nervios la confesaba ingenuamente con sus manos ardientes y extraviadas, con sus balbuceos, con sus súplicas.

Después, calmándose, posó la cabeza en el hombro del joven, guardó silencio. Silvère se agachaba y la besaba largamente. Ella saboreaba esos besos con lentitud, buscaba su sentido, su gusto secreto. Los interrogaba, los oía correr por sus venas, les preguntaba si ellos eran todo el amor, toda la pasión. La invadió la languidez, se durmió dulcemente, sin dejar de saborear en su sueño las caricias de Silvère. Éste la había envuelto en la gran pelliza roja, en uno de cuyos pliegues se había arrebujado también él. Ya no sentían el frío. Cuando Silvère, por la respiración regular de Miette, comprendió que dormitaba, se sintió feliz de aquel reposo que iba a permitirles continuar airosamente su camino. Se prometió dejarla dormir una hora. El cielo seguía estando negro; apenas, por levante, una línea blanquecina indicaba la proximidad del día. Debía de haber, detrás de los amantes, un bosque de pinos, cuyo despertar musical, con los hálitos del alba, oía el joven. Y los lamentos de las campanas se volvían más vibrantes en el aire estremecido, acunando el sueño de Miette, como habían acompañado sus fiebres de enamorada.

Los jóvenes, hasta esa noche de confusión, habían vivido uno de esos ingenuos idilios que nacen en medio de la clase obrera, entre esos desheredados, esos simples, en quienes se encuentran aún a veces los amores primitivos de los antiguos cuentos griegos.

Miette contaba apenas nueve años cuando su padre fue enviado a presidio, por haber matado a un gendarme de un disparo. El proceso de Chantegreil había sido célebre en la región. El cazador furtivo confesó altivamente el homicidio; pero juró que el gendarme lo estaba apuntando también con su fusil: «No hice sino adelantarme —dijo—; me defendí; es un duelo y no un asesinato». No hubo forma de sacarlo de este razonamiento. Nunca el presidente del tribunal consiguió hacerle entender que, aunque un gendarme tiene derecho a disparar contra un furtivo, un furtivo no lo tiene a disparar contra un gendarme. Chantegreil escapó a la guillotina, gracias a su actitud convencida y a sus buenos antecedentes. El hombre lloró como un niño cuando le quitaron a su hija, antes de su marcha a Tolón. La pequeña, que había perdido a su madre en la cuna, se quedaba con su abuelo en Chavanoz, una aldea de las gargantas de la Seille. Cuando el cazador furtivo ya no estuvo allí, el viejo y la chiquilla

vivieron de limosnas. Los habitantes de Chavanoz, todos cazadores, acudieron en ayuda de las pobres criaturas que el presidiario dejaba a sus espaldas. Sin embargo, el viejo murió de pena. Miette, al quedarse sola, habría mendigado por los caminos de no haberse acordado las vecinas de que tenía una tía en Plassans. Un alma caritativa accedió a llevarla a casa de la tía, que la acogió bastante mal.

Eulalie Chantegreil, casada con el aparcero Rébufat, era una gran diablesa negra y voluntariosa que mandaba en la casa. Manejaba a su antojo a su marido, se decía en el arrabal. La verdad era que Rébufat, avaro, duro en el trabajo y las ganancias, sentía una especie de respeto por aquella gran diablesa, de un vigor poco común, de una sobriedad y una economía raras.

Gracias a ella, el matrimonio prosperaba. El aparcero refunfuñó la tarde en que, al regresar del trabajo, encontró a Miette instalada. Pero su mujer le cerró la boca, diciéndole con su voz ruda:

—¡Bah!, la pequeña es de buena constitución; nos servirá de criada; la mantendremos y nos ahorraremos un jornal.

Este cálculo agradó a Rébufat. Llegó incluso a palpar los brazos de la niña, a quien declaró con satisfacción muy fuerte para su edad. Miette tenía entonces nueve años. A partir del día siguiente, la utilizó. El trabajo de las campesinas, en el sur, es mucho más suave que en el norte. Raramente se ve allá a las mujeres ocupadas en labrar la tierra, en llevar fardos, en hacer faenas masculinas. Ellas atan las gavillas, recogen aceitunas y hojas de morera; su ocupación más penosa consiste en arrancar las malas hierbas. Miette trabajó alegremente. La vida al aire libre era su gozo y su salud. Mientras vivió su tía, sólo conoció risas. La buena mujer, a pesar de sus brusquedades, la quería como a una hija; le prohibía hacer los pesados trabajos con que su marido intentaba a veces cargarla, y le gritaba a este último:

—¡Ah! ¡Pues sí que eres hábil! ¿No comprendes, imbécil, que si la cansas demasiado hoy, no podrá hacer nada mañana?

Este argumento era decisivo. Rébufat agachaba la cabeza y llevaba él mismo el fardo que quería echar sobre los hombros de la joven. Miette hubiera vivido perfectamente feliz, bajo la protección secreta de su tía Eulalie, sin las pullas de su primo, de dieciséis años entonces, que ocupaba sus ocios en detestarla y en perseguirla sordamente. Las mejores

horas de Justin eran aquellas en que conseguía que la regañasen gracias a algún informe cargado de mentiras. Cuando podía pisarle un pie o empujarla con brutalidad, fingiendo no haberla visto, se reía, saboreaba esa voluptuosidad taimada de la gente que disfruta plácidamente con el mal de los otros. Miette lo miraba entonces, con sus grandes ojos negros de cría, con una mirada brillante de cólera y de muda altivez, que detenía las carcajadas del cobarde galopín. En el fondo, le tenía un miedo atroz a su prima.

La jovencita iba a cumplir los once años cuando su tía Eulalie murió repentinamente. A partir de ese día, todo cambió en la casa. Rébufat se inclinó poco a poco a tratar a Miette como a un mozo de granja. La abrumó a tareas rudas, se sirvió de ella como de una bestia de carga. Ella ni siquiera se quejó, creía tener una deuda de agradecimiento que pagar. Por la noche, rota de fatiga, lloraba a su tía, aquella terrible mujer cuya bondad oculta percibía entonces. Por lo demás, el trabajo, incluso el más duro, no le desagradaba; le gustaba la fuerza, estaba orgullosa de sus robustos brazos y sus sólidas espaldas. Lo que la afligía era la desconfiada vigilancia de su tío, sus continuos reproches, su actitud de amo irritado. En aquel momento, era una extraña en la casa. Incluso una extraña no habría sido tan mal tratada como ella. Rébufat abusaba sin escrúpulos de aquella pequeña parienta pobre a quien conservaba a su lado por una caridad bien entendida. Pagaba diez veces con su trabajo aquella dura hospitalidad, y no pasaba día sin que le echaran en cara el pan que comía. Justin, sobre todo, sobresalía en herirla. Desde que su madre ya no vivía, viendo a la cría sin defensa, ponía toda su mala idea en hacerle insoportable la convivencia. La tortura más ingeniosa que inventó fue hablarle a Miette de su padre. La pobre niña, al haber vivido fuera del mundo, bajo la protección de su tía, que había prohibido pronunciar delante de ella las palabras de presidio y presidiario, no comprendía casi el sentido de esas palabras. Fue Justin quien se lo enseñó, contándole a su manera la muerte del gendarme y la condena de Chantegreil. No paraba de mencionar detalles odiosos: los presidarios llevaban una bola en el pie, trabajaban quince horas diarias, morían todos de agotamiento; el presidio era un lugar siniestro cuyos horrores describía minuciosamente. Miette lo escuchaba, alelada, con los ojos llenos de lágrimas. A veces la sublevaban bruscas violencias, y Justin tenía que dar un salto hacia atrás, ante sus puños crispados. Saboreaba como un glotón esta iniciación cruel. Cuando su padre, por la menor negligencia, se enfurecía con la niña, se ponía de su parte, feliz de poder insultarla sin peligro. Y si ella intentaba defenderse:

—Anda —decía—, de casta le viene al galgo; acabarás en presidio como tu padre.

Miette sollozaba, herida en lo más íntimo, aplastada de vergüenza, sin fuerzas.

En esa época, Miette se hacía ya mujer. De una pubertad precoz, resistió el martirio con una energía extraordinaria. Se abandonaba raramente, sólo en las horas en que su orgullo natural se ablandaba bajo los ultrajes de su primo. Pronto soportó con los ojos secos las incesantes heridas de aquel ser cobarde, que la vigilaba al hablar, por miedo a que le saltara a la cara. Además, ella sabía hacerlo callar, mirándolo fijamente. En diversas ocasiones le dieron ganas de escapar del Jas-Meiffren. Pero no hizo nada, por valor, por no confesarse vencida ante las persecuciones que aguantaba. A fin de cuentas, se ganaba el pan, no robaba la hospitalidad de los Rébufat; esta certeza bastaba a su orgullo. Se quedó así para luchar, endureciéndose, viviendo con una continua idea de resistencia. Su línea de conducta consistió en hacer sus tareas en silencio y en vengarse de las malas palabras con un desprecio mudo. Sabía que su tío abusaba demasiado de ella para escuchar con facilidad las insinuaciones de Justin, que soñaba con echarla a la calle. Por eso ponía una especie de desafío en no irse por sí sola.

Sus largos silencios voluntarios estuvieron llenos de extrañas ensoñaciones. Al pasar sus días dentro del cercado, separada del mundo, creció como una rebelde, se formó opiniones que habrían alarmado singularmente a la buena gente del arrabal. El destino de su padre la absorbió sobre todo. Recordó todas las palabras de Justin; acabó aceptando la acusación de asesinato, diciéndose que su padre había hecho bien en matar al gendarme que quería matarlo. Conocía la verdad de la historia por boca de un jornalero que había trabajado en el Jas-Meiffren. A partir de ese momento, ni siquiera volvió la cabeza las raras veces en que salía, cuando los golfos del arrabal la seguían chillando:

—¡Eh! ¡Chantegreil!

Avivaba el paso, los labios apretados, los ojos de un negro feroz. Cuando cerraba la verja, al regresar, dirigía una sola y larga mirada a la pandilla de galopines. Se habría vuelto mala, se habría deslizado al salvajismo cruel de los parias, si no se hubiera agolpado a veces en su corazón toda su

infancia. Sus once años la empujaban a debilidades de niñita que la aliviaban. Entonces lloraba, se avergonzaba de sí misma y de su padre. Corría a esconderse al fondo de una cuadra para sollozar a sus anchas, comprendiendo que, si veían sus lágrimas, la martirizarían aún más. Y después de llorar a gusto, iba a bañarse los ojos en la cocina, recuperaba su rostro mudo. No era sólo el propio interés lo que la hacía ocultarse; llevaba el orgullo de sus fuerzas precoces hasta el punto de no querer parecer una niña. A la larga todo debía agriarse en ella. Pero felizmente se salvó, al recobrar la ternura de su naturaleza amante.

El pozo que se encontraba en el patio de la casa habitada por tía Dide y Silvère era un pozo medianero. La tapia del Jas-Meiffren lo cortaba en dos. Antiguamente, antes de que el cercado de los Fouque estuviera unido a la gran finca vecina, los hortelanos se servían diariamente de aquel pozo. Pero desde la compra del terreno, como estaba alejado de las dependencias, los habitantes del Jas, que disponían de enormes albercas, no sacaban ni un cubo de agua al mes. Del otro lado, en cambio, todas las mañanas se oía rechinar la roldana; era Silvère, que sacaba para tía Dide el agua necesaria para el uso doméstico.

Un día la roldana se rajó. El joven carretero talló él mismo una hermosa y fuerte roldana de roble que colocó por la tarde, después de su jornada. Tuvo que subirse a la tapia. Tras acabar su trabajo, se quedó a horcajadas sobre la albardilla, descansando, mirando con curiosidad la ancha extensión del Jas-Meiffren. Una campesina que arrancaba malas hierbas a unos pasos de él acabó por centrar su atención. Era en julio, el aire quemaba, aunque el sol estaba ya en la línea del horizonte. La campesina se había quitado la casaca. En corpiño blanco, con una pañoleta de colores anudada sobre los hombros, con las mangas de la blusa remangadas basta el codo, estaba en cuclillas entre los pliegues de su falda de algodón azul, sostenida por dos tirantes cruzados a la espalda. Avanzaba de rodillas, arrancando activamente la cizaña que echaba en un serón. El joven no veía sino sus brazos desnudos, quemados por el sol, estirándose a derecha e izquierda para agarrar alguna hierba olvidada. Seguía con complacencia el juego rápido de los brazos de la campesina, saboreando un especial placer al verlos tan firmes y tan dispuestos. Ella se había enderezado levemente al no oírlo trabajar más, y había agachado de nuevo la cabeza, incluso antes de que él hubiera podido distinguir sus rasgos. Ese movimiento asustado lo retuvo. Se interrogaba sobre aquella mujer, como un chico curioso, silbando maquinalmente y marcando el

compás con un cortafrío, que tenía en la mano, cuando el cortafrío se le escapó. La herramienta cayó del lado del Jas-Meiffren, sobre el brocal del pozo, y fue a rebotar a unos pasos del muro. Silvère lo miró, inclinándose, dudando si descender. Pero al parecer la campesina examinaba al joven con el rabillo del ojo, porque se levantó sin decir una palabra y acudió a recoger el cortafrío, que tendió a Silvère. Entonces éste vio que la campesina era una niña. Se quedó sorprendido y un poco intimidado. En la claridad roja del ocaso, la joven se erguía hacia él. La tapia, en aquel punto, era baja, pero la altura resultaba aún demasiado grande. Silvère se tendió sobre la albardilla, la campesinita se puso de puntillas. No se decían nada, se miraban con aire confuso y risueño. El joven hubiera querido, además, prolongar la actitud de la niña. Alzaba hacía él una cabeza adorable, de grandes ojos negros y una boca roja, que le asombraban y conmovían singularmente. Nunca había visto una chica tan de cerca; ignoraba que una boca y unos ojos pudieran ser tan gratos a la vista. Todo le parecía tener un encanto desconocido, la pañoleta de color, el corpiño blanco, la falda de algodón azul, que sostenían los tirantes, tensos por el movimiento de los hombros. Su mirada se deslizó a lo largo del brazo que le presentaba la herramienta; hasta el codo, el brazo era de un moreno dorado, como bronceado; pero más lejos, en la sombra de la manga de la blusa arremangada, Silvère distinguía una redondez desnuda, de una blancura lechosa. Se turbó, se inclinó más, y pudo por fin coger el cortafrío. La campesinita empezaba a estar confusa. Luego se quedaron allí, sonriéndose aún, la niña abajo, con la cara levantada, el joven semiacostado sobre la albardilla. No sabían cómo separarse. No habían intercambiado una palabra. Silvère se olvidó incluso de dar las gracias.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Marie —respondió la campesina—; pero todo el mundo me llama Miette. —Se puso medio de puntillas y con su voz límpida—: ¿Y tú? —preguntó a su vez.

—Yo me llamo Silvère —respondió el joven obrero. Hubo un silencio, durante el cual parecieron escuchar complacidos la música de sus nombres—. Yo tengo quince años —prosiguió Silvère—. ¿Y tú?

—Yo —dijo Miette—, cumpliré once años para Todos los Santos.

El joven obrero hizo un gesto de sorpresa.

—¡Ah! ¡Vaya! —dijo riendo—, ¡y yo que te había tomado por una mujer!… Tienes los brazos fuertes.

Ella se echó a reír, también, bajando los ojos sobre sus brazos. Después no se dijeron nada más. Se quedaron aún un buen rato, mirándose y sonriendo. Como Silvère no parecía tener más preguntas que hacerle, Miette se marchó con toda sencillez, y siguió arrancando las malas hierbas, sin levantar la cabeza. El se quedó un instante sobre la tapia. El sol se ponía; un haz de rayos oblicuos se deslizaba sobre las tierras amarillas del Jas-Meiffren; las tierras llameaban, parecían un incendio corriendo a ras del suelo. Y, en aquel haz llameante, Silvère miraba a la campesinita en cuclillas, cuyos brazos desnudos habían reanudado su rápido juego; la falda de algodón azul blanqueaba, a lo largo de los brazos cobrizos corrían resplandores. Acabó experimentando una especie de vergüenza por estar allí. Bajó de la tapia.

Por la noche, Silvère, preocupado por su aventura, trató de interrogar a tía Dide. Acaso sabría quién era esta Miette que tenía los ojos tan negros y una boca tan roja. Pero, desde que habitaba en la casa del callejón, tía Dide no había vuelto a echar un solo vistazo por detrás de la tapia del patizuelo. Era, para ella, como una barrera infranqueable, que tapiaba su pasado. Ignoraba, quería ignorar lo que había ahora al otro lado de ese muro, en el antiguo cercado de los Fouque, donde había enterrado su amor, su corazón y su carne. A las primeras preguntas de Silvère, lo miró con un espanto infantil. ¿Iría también él, pues, a remover las cenizas de aquellos días extinguidos y a hacerla llorar como su hijo Antoine?

—No sé —dijo con voz rápida—, ya no salgo, no veo a nadie…

Silvère esperó con cierta impaciencia al día siguiente. En cuanto llegó a casa de su patrón, dio charla a sus camaradas del taller. No contó su entrevista con Miette; habló vagamente de una chica a la que había visto de lejos en el Jas-Meiffren.

—¡Eh! ¡Es la Chantegreil! —gritó uno de los obreros.

Y, sin que Silvère necesitara interrogarlos, sus compañeros le contaron la historia del cazador furtivo Chantegreil y de su hija Miette, con ese odio ciego del vulgo contra los parias. A la última, sobre todo, la motejaron de mala manera; y siempre acudía a sus labios el insulto de hija de galeote, como una razón sin réplica que condenaba a la pobre inocente a una

eterna vergüenza.

El carretero Vian, un hombre bondadoso y digno, acabó por imponerles silencio.

—¡Eh! ¡Callaos, malas lenguas! —dijo soltando un varal de carreta que examinaba—. ¿No os da vergüenza ensañaros con una niña? Yo he visto a esa cría. Tiene una pinta muy honrada. Y además me han dicho que no le hace ascos al trabajo y que realiza ya las tareas de una mujer de treinta años. Hay aquí holgazanes que no valen lo que ella. Le deseo para más adelante un buen marido que haga callar las habladurías.

Silvère, a quien las bromas y los groseros insultos de los obreros habían helado, sintió que las lágrimas le subían a los ojos ante la última frase de Vian. Por lo demás, no abrió los labios. Cogió su martillo, que había dejado a un lado, y se puso a golpear con todas sus fuerzas el cubo de una rueda que estaba herrando.

Por la tarde, en cuanto regresó del taller, corrió a trepar a la tapia. Encontró a Miette con su faena de la víspera. La llamó. Ella acudió hacia él, con su sonrisa cohibida, su adorable salvajismo de niña crecida entre lágrimas.

—¿Eres la Chantegreil, verdad? —le preguntó bruscamente. Ella retrocedió, dejó de sonreír, y sus ojos se pusieron de un negro duro, brillante de desconfianza. ¡Aquel chico iba, pues, a insultarla como los otros! Le dio la espalda sin responder, cuando Silvère, consternado por el súbito cambio de su rostro, se apresuró a añadir—: Quédate, por favor… No quiero causarte pena… ¡Tengo tantas cosas que decirte!

Ella regresó, desconfiada aún. Silvère, cuyo corazón rebosaba y que se había prometido vaciarlo largamente, se quedó mudo, sin saber por dónde empezar, temeroso de cometer alguna nueva torpeza. Todo su corazón entró por fin en una frase:

—¿Quieres que sea tu amigo? —dijo con voz emocionada. Y cuando Miette, muy sorprendida, alzó hacia él sus ojos, que habían vuelto a estar húmedos y sonrientes, continuó con viveza—: Sé que te hacen daño. Esto tiene que terminar. Yo te defenderé ahora. ¿Quieres?

La niña resplandecía. Aquella amistad que se le ofrecía la sacaba de todos

sus malos sueños de odios mudos. Movió la cabeza, y respondió:

—No, no quiero que te pelees por mí. Tendrías demasiado que hacer. Y además hay personas de las que no puedes defenderme. —Silvère quiso gritar que la defendería del mundo entero, pero ella le cerró la boca, con un gesto mimoso, añadiendo—: Me basta con que seas mi amigo.

Entonces conversaron unos minutos, bajando la voz lo más posible. Miette le habló a Silvère de su tío y de su primo. Por nada del mundo hubiera querido que los viesen así a horcajadas sobre la albardilla. Justin sería implacable si tuviera un arma contra ella. Hablaba de sus temores con el susto de una escolar que encuentra a una amiga a la que su madre le ha prohibido tratar. Silvère comprendió solamente que no podría ver a Miette a sus anchas. Eso lo entristeció mucho. Prometió, sin embargo, no volverse a subir a la tapia. Buscaban ambos un medio para verse de nuevo, cuando Miette le suplicó que se fuese; acababa de divisar a Justin que cruzaba la finca, dirigiéndose hacia el lado del pozo. Silvère se apresuró a bajar. Cuando estuvo en el pequeño patio, se quedó al pie del muro, aguzando el oído, irritado por su huida. Al cabo de unos minutos, se aventuró a trepar de nuevo y a echar un vistazo al Jas-Maiffren; pero vio a Justin que charlaba con Miette, y retiró a toda prisa la cabeza. Al día siguiente no pudo ver a su amiga, ni siquiera de lejos; debía de haber acabado su tarea en aquella parte del Jas. Transcurrieron ocho días así, sin que los dos amigos tuvieran ocasión de intercambiar una sola palabra. Silvère estaba desesperado; pensaba en ir resueltamente a preguntar por Miette a casa de los Rébufat.

El pozo medianero era un gran pozo muy poco profundo. A cada lado de la tapia, los brocales se redondeaban en un ancho semicírculo. El agua se encontraba a tres o cuatro metros, a lo sumo. Esa agua durmiente reflejaba las dos aberturas del pozo, dos medias lunas que la sombra del muro separaba con una raya negra. Al inclinarse, parecía poderse distinguir, a la vaga luz, dos espejos de singular nitidez y brillo. En las mañanas de sol, cuando el goteo de las cuerdas no enturbiaba la superficie del agua, aquellos espejos, aquellos reflejos del cielo, se recortaban, blancos sobre el agua verde, reproduciendo con extraña exactitud las hojas de un pie de hiedra que había crecido a lo largo del muro, por encima del pozo.

Una mañana, muy temprano, Silvère, al ir a sacar la provisión de agua de tía Dide, se inclinó maquinalmente, en el momento en que aferraba la

cuerda. Tuvo un sobresalto, se quedó encorvado, inmóvil. En el fondo del pozo había creído ver una cabeza de jovencita que lo miraba sonriente; pero había sacudido la cuerda, el agua agitada ya no era sino un espejo turbio en el que nada se reflejaba con nitidez. Esperó a que el agua se durmiera de nuevo, sin atreverse a moverse, con el corazón latiendo a todo latir. Y a medida que las arrugas del agua se ensanchaban y morían, vio formarse otra vez la aparición. Osciló mucho tiempo con un balanceo que imprimía a sus rasgos una vaga gracia de fantasma. Por fin se fijó. Era el rostro sonriente de Miette, con su busto, su pañoleta de colores, su corpiño blanco, sus tirantes azules. Silvère se vio a su vez en el otro espejo. Entonces, sabiendo ambos que se veían, se hicieron señas con la cabeza. En un primer momento, ni siquiera pensaron en hablarse. Después se saludaron.

—Buenos días, Silvère.

—Buenos días, Miette.

El extraño sonido de sus voces los asombró. Habían adquirido una sorda y singular dulzura en aquel agujero húmedo, les parecía que venían de muy lejos, con ese canto ligero de las voces oído por la noche en el campo. Comprendieron que les bastaría con hablar bajo para oírse. El pozo resonaba al menor soplo. Acodados en los brocales, inclinados y mirándose, conversaron. Miette dijo lo apenada que llevaba desde hacía ocho días. Trabajaba en el otro extremo del Jas y no podía escaparse más que por la mañana temprano. Al decir esto, hacía un mohín de despecho que Silvère reconocía perfectamente, y al que respondía con un irritado balanceo de la cabeza. Se hacían sus confidencias, como si se hubieran encontrado frente a frente, con los gestos y las expresiones de la fisonomía que pedían las palabras. Poco les importaba la tapia que los separaba, ahora que se veían allá abajo, en aquellas profundidades discretas.

—Yo sabía —continuó Miette con carita sagaz—, que sacabas agua cada día a la misma hora. Oigo, desde la casa, chirriar la roldana. Entonces inventé un pretexto, aseguré que el agua de este pozo cocía mejor la verdura. Me decía que vendría a sacarla todas las mañanas a la misma hora que tú, y que podría decirte hola, sin que nadie se lo figurase. —Soltó una risa de inocente que se aplaude por su astucia, y terminó diciendo—: Pero no me imaginaba que nos veríamos en el agua.

Era ésa, en efecto, una alegría inesperada que los encantaba. Casi hablaban sólo para ver sus labios moverse, tanto divertía aquel juego nuevo a la infancia que había aún en ellos. Así se prometieron en todos los tonos no faltar jamás a la cita matinal. Después de que Miette declarara que tenía que irse, le dijo a Silvère que podía sacar su cubo de agua. Pero Silvère no osaba mover la cuerda: Miette se había quedado inclinada, él seguía viendo su rostro sonriente, y le costaba demasiado borrar esa sonrisa. Ante una leve sacudida que dio al cubo, el agua tembló, la sonrisa de Miette palideció. Se detuvo, presa de un extraño temor: se imaginaba que acababa de contrariarla y que ella lloraba. Pero la niña le gritó: «¡Hale! ¡Hale!», con una risa que el eco le devolvía más prolongada y sonora. Y ella misma soltó ruidosamente un cubo. Se produjo una tempestad. Todo desapareció en el agua negra. Silvère entonces se decidió a llenar sus dos cántaros, escuchando los pasos de Miette, que se alejaba, del otro lado del muro.

A partir de ese día, los jóvenes no dejaron ni una sola vez de encontrarse en su cita. El agua durmiente, aquellos espejos blancos donde contemplaban sus imágenes, daban a sus entrevistas un encanto infinito que durante mucho tiempo bastó a su imaginación juguetona de niños. No sentían el menor deseo de verse cara a cara, aquello les parecía mucho más divertido, tomar un pozo como espejo y confiar a su eco el hola matinal. Pronto conocieron el pozo como a un viejo amigo. Les gustaba inclinarse sobre el lienzo pesado e inmóvil, semejante a plata fundida. Abajo, en una media luz misteriosa, corrían resplandores verdes, que parecían mudar el agujero húmedo en un escondite perdido en el fondo de un bosquecillo. Se distinguían así en una especie de nido verduzco, tapizado de musgo, en medio de la frescura del agua y del follaje. Y todo lo incógnito de aquel manantial profundo, de aquella torre hueca sobre la cual se curvaban, atraídos, con pequeños escalofríos, agregaba a su alegría de sonreírse un miedo inconfesado y delicioso. Les asaltaba la loca idea de descender, de ir a sentarse en una hilera de gruesas piedras que formaban una especie de banco circular, a unos centímetros del lienzo de agua; meterían los pies en el agua, conversarían durante horas, sin que a nadie se le ocurriera nunca ir a buscarlos a aquel lugar. Después, cuando se preguntaban lo que podía haber allá abajo, sus vagos pavores volvían, y pensaban que ya era bastante permitir que su imagen descendiera allá abajo, muy al fondo, a aquellos resplandores verdes que tornasolaban las piedras con extraños reflejos, a aquellos ruidos singulares que subían de los rincones negros. Aquellos ruidos, sobre todo, llegados de lo invisible,

los inquietaban; a menudo les parecía que otras voces respondían a las suyas; entonces enmudecían, y oían mil pequeñas quejas que no se explicaban: laboreo sordo de la humedad, suspiros del aire, gotas de agua deslizándose sobre las piedras y cuya caída tenía la grave sonoridad de un sollozo. Para tranquilizarse, se hacían cariñosas señas con la cabeza. La atracción que los retenía acodados en los brocales tenía así, como todo encanto punzante, su pizca de horror secreto. Pero el pozo seguía siendo su viejo amigo. ¡Era un pretexto tan excelente para sus citas! Jamás Justin, que espiaba cada paso de Miette, desconfió de su diligencia para ir a sacar el agua por la mañana. A veces la miraba desde lejos inclinarse, demorarse. «¡Ah!, qué haragana —murmuraba—, ¡pensar que se divierte haciendo círculos!». ¿Cómo sospechar que al otro lado del muro había un galán que miraba en el agua la sonrisa de la jovencita, diciéndole: «Si esa mula parda de Justin te maltrata, dímelo, que se va a enterar?».

Más de un mes duró ese juego. Estaban en julio; las mañanas ardían, blancas de sol, y era una delicia acudir allá, a aquel rincón húmedo. Resultaba agradable recibir en la cara el hálito helado del pozo, amarse en aquella agua de manantial, a la hora en que el sol se encendía. Miette llegaba jadeante, cruzando los rastrojos; en su carrera, los pelillos de su frente y de sus sienes se despeinaban; apenas se tomaba el tiempo de dejar su cántaro; se inclinaba, floja, desmelenada, vibrante de risas. Y Silvère, que llegaba casi siempre el primero a la cita, experimentaba, al verla aparecer en el agua, con aquella risueña y loca prisa, la viva sensación que habría sentido si ella se hubiera arrojado bruscamente en sus brazos, en el recodo de un sendero. En torno a ellos, el gozo de la radiante mañana cantaba, una oleada de luz cálida, sonora de zumbidos de insectos, azotaba el viejo muro, los pilares y los brocales. Pero ellos ya no veían el matinal chaparrón de sol, no oían ya los mil ruidos que ascendían del suelo: estaban en el fondo de su escondite verde, bajo la tierra, en aquel agujero misterioso y vagamente inquietante, ensimismándose para gozar del frescor y de la media luz, con una alegría estremecida.

Ciertas mañanas, Miette, cuyo temperamento no se avenía a una larga contemplación, se mostraba bromista; movía la cuerda, dejaba caer adrede gotas de agua que arrugaban los claros espejos y deformaban las imágenes. Silvère le suplicaba que se estuviera quieta. El, de ardor más concentrado, no conocía más vivo placer que mirar el rostro de su amiga, reflejado en toda la pureza de sus rasgos. Pero ella no lo escuchaba,

bromeaba, ponía un vozarrón, una voz de coco, a la que el eco daba una dulzura ronca.

—No, no —refunfuñaba—, hoy no te quiero, te hago muecas; mira qué fea soy.

Y se entretenía viendo las formas disparatadas que adoptaban sus caras ensanchadas, danzando sobre el agua.

Una mañana, se enfadó en serio. No encontró a Silvère en la cita, y lo esperó cerca de un cuarto de hora, haciendo chirriar en vano la roldana. Iba a alejarse, exasperada, cuando por fin llegó. En cuanto lo vio, desencadenó una verdadera tempestad en el pozo; agitaba el cubo con una mano irritada, el agua negruzca remolineaba con sordas salpicaduras contra las piedras. Por más que Silvère le explicó que tía Dide lo había retenido, a todas las disculpas ella respondía:

—Me has puesto triste, no quiero verte.

El pobre chico interrogaba con desesperación al oscuro agujero, lleno de ruidos lamentables, donde le esperaba, los otros días, una visión tan clara, en el silencio del agua muerta. Tuvo que retirarse sin haber visto a Miette. Al día siguiente, anticipándose a la hora de la cita, miraba melancólicamente dentro del pozo, sin oír nada, diciéndose que aquella cabecita loca quizá no vendría, cuando la niña, que estaba ya al otro lado, desde donde acechaba taimadamente su llegada, se inclinó de repente, estallando en risas. Todo quedó olvidado.

Hubo así dramas y comedias de los que el pozo fue cómplice. Aquel bendito agujero, con sus espejos blancos y su eco musical, apresuró singularmente su cariño. Le dieron una vida extraña, lo llenaron a tal punto con sus jóvenes amores que, mucho después, cuando ya no acudieron a acodarse en los brocales, Silvère, cada mañana, al sacar el agua, creía ver aparecer en él la cara risueña de Miette, en la media luz estremecida y todavía emocionada por toda la alegría que habían puesto allí.

Aquel mes de gozosa ternura salvó a Miette de su muda desesperación. Sintió despertarse sus afectos, sus dichosas despreocupaciones de niña, que la odiosa soledad en que vivía había comprimido en su interior. La certeza de que era amada por alguien, de que ya no se encontraba sola en el mundo, le hizo tolerables las persecuciones de Justin y de los chavales

del arrabal. Había ahora una canción en su corazón que le impedía oír los abucheos. Pensaba en su padre con enternecida piedad, ya no se abandonaba tan a menudo a ensoñaciones de implacable venganza. Sus amores nacientes eran como un alba fresca en la cual se calmaban sus malas fiebres. Se había dicho que debía conservar su actitud muda y rebelde, si quería que Justin no tuviera la menor sospecha. Pero, a pesar de sus esfuerzos, cuando el muchacho la hería, sus ojos seguían llenos de dulzura; ya no sabía de dónde sacar la mirada negra y dura de antaño. Él la oía también canturrear entre dientes, por la mañana, en el desayuno.

—¡Ah! ¡Estás muy alegre, Chantegreil! —le decía desconfiado, examinándola con su aire torvo—. Apuesto a que has jugado alguna mala pasada.

Ella se encogía de hombros, pero temblaba en su interior; se esforzaba de inmediato por desempeñar su papel de mártir rebelde. Por lo demás, aunque olfateaba los gozos secretos de su víctima, Justin buscó mucho tiempo antes de enterarse de qué manera se le había escapado.

Silvère, por su parte, disfrutaba de una honda dicha. Sus citas cotidianas con Miette bastaban para llenar las horas vacías que pasaba en casa. Su vida solitaria, sus largos mano a mano silenciosos con tía Dide, se emplearon en recoger uno por uno los recuerdos de la mañana, en saborearlos en sus menores detalles. Experimentó desde entonces una plenitud de sensaciones que lo aisló aún más en la existencia enclaustrada que llevaba con su abuela. Por temperamento, amaba los rincones ocultos, las soledades donde podía a sus anchas vivir con sus pensamientos. Por esa época ya se había lanzado ávidamente a leer todos los libros descabalados que encontraba en los chamarileros del arrabal, y que debían conducirlo a una extraña y generosa religión social. Esta instrucción, mal digerida, sin bases sólidas, le abría sobre el mundo, y en especial sobre las mujeres, perspectivas de vanidad, de voluptuosidad ardiente, que habrían turbado singularmente su espíritu, si su corazón hubiese estado insatisfecho. Llegó Miette, la acogió al principio como a una amiga; después, como a la alegría y la ambición de su vida. Por la noche, retirado en el reducto donde dormía, tras haber colgado su lámpara a la cabecera de su catre de tijera, encontraba a Miette en cada página del viejo volumen polvoriento que había cogido al azar sobre una tabla, por encima de su cabeza, y que leía devotamente. No podía hablarse en sus lecturas de una jovencita, de una criatura hermosa y buena, sin que la

reemplazara inmediatamente por su enamorada. Y él mismo entraba en escena. Si leía una historia novelesca, romántica, se casaba con Miette en el desenlace o moría con ella. Si leía, por el contrario, algún panfleto político, alguna grave disertación sobre economía social, libros que prefería a las novelas, por ese singular amor que los semisabios sienten por las lecturas difíciles, encontraba también un medio para interesarla en las cosas mortalmente aburridas que a menudo ni siquiera lograba entender; creía aprender la forma de ser bueno y amante con ella, cuando estuvieran casados. La mezclaba así en sus ensoñaciones más hueras. Protegido por ese puro cariño contra las indecencias de ciertos cuentos del siglo XVIII que cayeron en sus manos, se complacía sobre todo en encerrarse con ella en las utopías humanitarias que grandes mentes, enloquecidas por la quimera de la felicidad universal, han soñado en nuestros días. Miette, en su ánimo, resultaba necesaria para la abolición del pauperismo y para el triunfo definitivo de la revolución. Noches de lecturas febriles, durante las cuales su espíritu en tensión no podía apartarse del volumen que dejaba y cogía veinte veces; noches llenas, en suma, de un voluptuoso nerviosismo del cual disfrutaba hasta que se hacía de día, como de una embriaguez prohibida, con el cuerpo oprimido por las paredes del estrecho gabinete, la vista turbada por el resplandor amarillo y turbio de la lámpara, entregándose a placer a la quemazón del insomnio y edificando proyectos de una nueva sociedad, de una generosidad absurda, en la cual la mujer, siempre con los rasgos de Miette, era adorada por las naciones de hinojos. Se hallaba predispuesto a amar la utopía por ciertas influencias hereditarias; en él, los trastornos nerviosos de su abuela tendían al entusiasmo crónico, a impulsos hacia todo cuanto fuera grandioso e imposible. Su infancia solitaria, su instrucción a medias, habían desarrollado singularmente las tendencias de su naturaleza. Pero no estaba aún en esa edad en que la idea fija remacha su clavo en el cerebro de un hombre. Por la mañana, en cuanto se había refrescado la cabeza en un cubo de agua, sólo se acordaba confusamente de los fantasmas de su vigilia, conservaba sólo de sus sueños un salvajismo lleno de fe ingenua y de inefable ternura. Volvía a ser un niño. Corría al pozo, con la única necesidad de encontrar la sonrisa de su enamorada, de disfrutar de las alegrías de la radiante mañana. Y durante el día, si la idea del futuro lo ponía pensativo, también a menudo, cediendo a súbitas efusiones, besaba en las dos mejillas a tía Dide, quien lo miraba entonces a los ojos, como presa de inquietud, al verlos tan claros y tan profundos con una alegría que ella creía reconocer.

Sin embargo, Miette y Silvère se cansaban un poco de no ver más que sus sombras. Habían gastado su juguete, soñaban con placeres más vivos, que el pozo no podía darles. Con esa necesidad de realidad que los asaltaba, habrían querido verse cara a cara, correr por el campo abierto, regresar jadeantes, con los brazos en la cintura, apretados uno contra otro, para mejor sentir su amistad. Silvère habló una mañana de salvar sencillamente el muro e ir a pasearse por el Jas con Miette. Pero la niña le suplicó que no hiciera esa locura, que la entregaría a merced de Justin. Él le prometió buscar otro medio.

La tapia en la cual estaba enclavado el pozo formaba, a unos cuantos pasos, un brusco recodo que les procuraba una especie de entrante donde los enamorados se habrían encontrado al amparo de las miradas, si hubieran conseguido refugiarse en él. Se trataba de llegar a ese entrante. Silvère ya no podía pensar en su proyecto de escalada, que había parecido asustar tanto a Miette. Alimentaba secretamente otro proyecto. La puertecita que Macquart y Adélaïde habían abierto en tiempos una noche había permanecido olvidada en aquel rincón perdido de la vasta finca vecina; ni siquiera habían pensado en condenarla; negra de humedad, verde de musgo, con la cerradura y los goznes roídos por la herrumbre, formaba como parte de la vieja muralla. Sin duda, la llave se había perdido; las hierbas, crecidas por debajo de las tablas, contra las cuales se habían formado ligeros taludes, probaban suficientemente que nadie pasaba por allí desde hacía muchos años. Silvère contaba con encontrar esa llave perdida. Sabía con qué devoción tía Dide dejaba pudrirse en su sitio las reliquias del pasado. Sin embargo, registró la casa durante ocho días sin ningún resultado. Iba todas las noches, a paso de lobo, a ver si por fin había echado mano durante el día a la llave buena. Probó así más de treinta, procedentes sin duda del antiguo cercado de los Fouque, y que recogió un poco por todas partes, a lo largo de las paredes, en los anaqueles, en el fondo de los cajones. Empezaba a desanimarse, cuando por fin encontró la dichosa llave. Estaba simplemente sujeta a un cordel en el llavero de la puerta de entrada, que estaba siempre en la cerradura. Colgaba allí desde hacía cerca de cuarenta años. Cada día tía Dide había debido de tocarla con la mano, sin decidirse nunca a hacerla desaparecer, ahora que sólo podía devolverla dolorosamente a su voluptuosidad muerta. Cuando Silvère se hubo asegurado de que abría la puertecita, esperó al día siguiente, soñando con las alegrías de la sorpresa que le reservaba a Miette. Le había ocultado sus pesquisas.

Al día siguiente, en cuanto oyó a la niña dejar el cántaro, abrió suavemente la puerta, cuyo umbral cubierto de largas hierbas despejó de un empujón. Estirando la cabeza, divisó a Miette inclinada sobre el brocal, mirando en el pozo, enteramente absorta en la espera. Llegó en dos zancadas al entrante que formaba el muro, y desde allí llamó: «¡Miette! ¡Miette!», con una voz dulcificada que la estremeció. Alzó la cabeza, creyéndolo sobre la albardilla. Después, cuando lo vio en el Jas, a unos pasos de ella, lanzó un ligero grito de asombro; acudió. Se cogieron de las manos; se contemplaban, encantados de estar tan cerca uno del otro, encontrándose mucho más guapos así, a la luz cálida del sol. Era a mediados de agosto, el día de la Asunción; a lo lejos las campanas sonaban en ese aire límpido de las grandes fiestas, que parece tener hálitos particulares de rubios regocijos.

—¡Buenos días, Silvère!

—¡Buenos días, Miette!

Y la voz con que intercambiaron su saludo matinal les extrañó. Sólo conocían sus sonidos velados por el eco del pozo. Les pareció clara como un canto de alondra. ¡Ah, qué bien se estaba en aquel rincón tibio, en aquel aire de fiesta! Seguían cogidos de las manos, Silvère apoyado de espaldas contra el muro, Miette echada un poco hacia atrás. Entre ellos, sus sonrisas tendían una claridad. Iban a decirse todas las buenas cosas que no habían osado confiar a las sordas sonoridades del pozo, cuando Silvère, volviendo la cabeza a un ligero ruido, palideció y soltó las manos de Miette. Acababa de ver a tía Dide ante él, erguida, parada en el umbral de la puerta.

La abuela había ido por azar al pozo. Al divisar, en el viejo muro negro, el boquete blanco de la puerta que Silvère había abierto de par en par, recibió un violento golpe en el corazón. Aquel boquete blanco le parecía un abismo de luz excavado brutalmente en su pasado. Volvió a verse en medio de la claridad de la mañana, corriendo, pasando el umbral con todo el arrebato de sus amores nerviosos. Y allí estaba esperándola Macquart. Se colgaba de su cuello, se quedaba junto a su pecho, mientras el sol naciente, que entraba con ella en el patio por la puerta que no se tomaba el ir abajo de cerrar, los bañaba con sus rayos oblicuos. Visión brusca que la sacaba cruelmente del sueño de su vejez, como un castigo supremo, despertando en ella el escozor ardiente del recuerdo. Jamás se le había ocurrido la idea de que aquella puerta pudiera abrirse aún. La muerte de

Macquart, para ella, la había tapiado. Si el pozo y el muro entero hubiesen desaparecido bajo tierra no se habría visto sorprendida por un estupor mayor. Y en su asombro, ascendía sordamente una rebelión contra la mano sacrílega que, tras haber violado aquel umbral, había dejado tras sí el boquete blanco como una tumba abierta. Se adelantó, atraída por una especie de fascinación. Se mantuvo inmóvil en el marco de la puerta.

Allá, miró al frente, con dolorosa sorpresa. Le habían dicho, sí, que el cercado de los Fouque se hallaba unido al Jas-Meiffren; pero jamás habría pensado que su juventud estaba muerta hasta ese punto. Un gran viento parecía haberse llevado cuanto seguía siendo caro a su memoria. La vieja vivienda, el inmenso huerto, con sus bancales verdes de hortalizas, habían desaparecido. Ni una piedra, ni un árbol de antaño. Y en el sitio de aquel rincón donde ella había crecido, y que todavía la víspera veía cerrando los ojos, se extendía un jirón de suelo desnudo, una ancha rastrojera desolada como una landa desierta. Ahora, cuando, con los párpados cerrados, quisiera evocar las cosas del pasado, se le aparecerían siempre esos rastrojos, semejantes a un sudario de amarillento buriel arrojado sobre la tierra donde su juventud estaba sepultada. Frente a aquel horizonte trivial e indiferente, creyó que su corazón moría por segunda vez. Todo, a esas horas, estaba más que terminado. Le quitaban hasta los sueños de sus recuerdos. Entonces lamentó haber cedido a la fascinación del boquete blanco, de aquella puerta abierta a los días desaparecidos para siempre.

Iba a retirarse, a cerrar la puerta maldita, sin tratar siquiera de conocer la mano que la había violado, cuando divisó a Miette y Silvère. La vista de los dos niños enamorados que esperaban su mirada, confusos, la cabeza gacha, la retuvo en el umbral, presa de un dolor más vivo. Ahora comprendía. Hasta el final, ella debía encontrarse, ella y Macquart, uno en brazos del otro en la clara mañana. Por donde el amor había pasado, el amor pasaba de nuevo. Era el eterno retorno, con sus alegrías presentes y sus lágrimas futuras. Tía Dide no vio sino las lágrimas, y tuvo como un rápido presentimiento que le mostró a los dos niños ensangrentados, heridos en el corazón. Sacudida por entero por el recuerdo de los sufrimientos de su vida, que aquel lugar acababa de despertar en ella, lloró a su querido Silvère. Ella era la única culpable; si no hubiera en tiempos horadado la muralla, Silvère no estaría en aquel rincón perdido, a los pies de una chica, embriagándose con una felicidad que irrita a la muerte y la llena de celos.

Al cabo de un silencio, fue, sin decir palabra, a coger al joven de la mano. Acaso los habría dejado allí, parloteando al pie del muro, si no se hubiera sentido cómplice de aquellas dulzuras mortales. Cuando regresaba con Silvère, se dio la vuelta, al oír el paso ligero de Miette, que se había apresurado a recoger su cántaro y a huir a través de la rastrojera. Corría locamente, feliz de haber salido tan bien parada. Tía Dide tuvo una sonrisa involuntaria, al verla atravesar el campo como una cabra escapada.

—Es muy joven —murmuró—. Tiene tiempo.

Sin duda, quería decir que Miette tenía tiempo de sufrir y de llorar. Después, volviendo la mirada hacia Silvère, que había seguido extasiado la carrera de la niña en el límpido sol, agregó simplemente:

—Ten cuidado, hijo mío, de eso se muere.

Fueron las únicas palabras que pronunció en esta aventura, que removió todos los dolores dormidos en el fondo de su ser. Para ella el silencio era una religión. Cuando Silvère hubo entrado, cerró la puerta con doble vuelta y tiró la llave al pozo. Estaba segura, de esta manera, de que la puerta no volvería a hacerla cómplice. Regresó a examinarla un instante, feliz de verla recobrar su aire sombrío e inmutable. La tumba estaba cerrada, el boquete blanco se encontraba cegado para siempre por esas pocas tablas negras de humedad, verdes de musgo, sobre las cuales los caracoles habían llorado lágrimas de plata.

Por la noche, tía Dide tuvo una de esas crisis nerviosas que aún la sacudían de vez en cuando. Durante esos ataques hablaba a menudo en voz alta, sin ilación, como en una pesadilla. Esa noche, Silvère, que la sujetaba en su lecho, afligido por una angustiosa compasión por el pobre cuerpo retorcido, la oyó pronunciar jadeante las palabras de aduanero, disparo, muerte. Y se debatía, pedía gracia, soñaba con la venganza. Cuando la crisis tocó a su fin, ella sintió, como sucedía siempre, un espanto singular, un estremecimiento de pavor que le hacía castañear los dientes. Se incorporaba a medias, miraba con despavorido asombro por los rincones de la habitación, luego se desplomaba sobre la almohada lanzando prolongados suspiros. Sin duda la asaltaba una alucinación. Entonces atrajo a Silvère sobre su pecho, pareció empezar a reconocerlo, aunque confundiéndolo a ratos con otra persona.

—Están ahí —tartamudeó—. Míralos, van a cogerte, te matarán de

nuevo… No quiero… Despídelos, diles que no quiero, que me hacen daño, clavando así sus miradas sobre mí… —Y se volvió hacia la pared, para no ver a la gente de la que hablaba. Al cabo de un silencio—: Tú estás junto a mí, ¿verdad, hijo mío? —continuó—. No tienes que abandonarme… He creído que iba a morir hace un momento… Nos equivocamos al horadar el muro. Desde ese día he subido. Sabía perfectamente que esa puerta nos volvería a traer desgracias… ¡Ah, queridos inocentes, cuántas lágrimas! Los matarán, a ellos también, a disparos, como a perros. —Caía de nuevo en su estado de catalepsia, ni siquiera sabía que Silvère estaba allí. Bruscamente se enderezó, miró al pie de la cama, con una horrible expresión de terror—. ¿Por qué no los has despedido? —gritó, ocultando su cabeza cana en el pecho del joven—. Siguen ahí. El que tiene el fusil me hace señas de que va a disparar…

Poco después se durmió con el pesado sueño que remataba las crisis. Al día siguiente parecía haberlo olvidado todo. Jamás habló con Silvère de la mañana en que lo había encontrado con una enamorada tras el muro.

Los jóvenes estuvieron dos días sin verse. Cuando Miette se atrevió a volver al pozo, se prometieron no cometer de nuevo el desatino de la antevíspera. Sin embargo, su entrevista, tan bruscamente cortada, les había inspirado un vivo deseo de encontrarse a solas en el fondo de cualquier dichosa soledad. Cansados de las alegrías que el pozo les ofrecía, y no queriendo apenar a tía Dide, al volver a ver a Miette del otro lado del muro Silvère suplicó a la niña que lo citara en otra parte. Ella no se hizo rogar, por lo demás; aceptó la idea con risas satisfechas de chiquilla que no piensa aún en el mal; lo que la hacía reír era la idea de que iba a vencer en agudeza a aquel espía de Justin. Cuando los enamorados estuvieron de acuerdo, discutieron durante mucho tiempo la elección de un lugar donde encontrarse. Silvère propuso escondites imposibles; soñaba con hacer auténticos viajes, o bien con reunirse con la joven, a media noche, en los graneros del Jas-Meiffren. Miette, más práctica, se encogió de hombros, declarando que buscaría algo a su vez. Al día siguiente sólo se quedó un minuto en el pozo, el tiempo de sonreírle a Silvère y de decirle que se encontrara por la noche, hacia las diez, al fondo del ejido de San Mittre. ¡Imaginémonos si el joven fue puntual! Todo el día lo había intrigado mucho la elección de Miette. Su curiosidad aumentó cuando se hubo metido por la estrecha vereda que las pilas de tablas formaban al fondo del terreno. «Vendrá por ahí», se decía mirando hacia el lado de la carretera de Niza. Luego oyó un gran ruido de ramas

tras el muro, y vio aparecer, por encima de la albardilla, una cabeza risueña, desgreñada, que le gritó gozosa:

—¡Soy yo!

Y era Miette, en efecto, que había trepado como un golfillo a una de las moreras que bordean todavía hoy la tapia del Jas. En dos saltos alcanzó la lápida sepulcral, semienterrada en el ángulo de la muralla, al fondo de la vereda. Silvère la miró bajar con un fascinado asombro, sin pensar siquiera en ayudarla. Le cogió las dos manos, y le dijo:

—¡Qué ágil eres! Trepas mejor que yo.

Fue así como se encontraron por primera vez en aquel rincón perdido donde debían pasar tan buenas horas. A partir de esa noche, se vieron allí casi todos los días. El pozo sólo les sirvió ya para advertirse de los imprevistos obstáculos surgidos para sus citas, de los cambios de hora, de todas las pequeñas noticias, grandes a sus ojos, y que no toleraban un retraso; bastaba que aquel que tenía algo que comunicar al otro pusiera en marcha la roldana, cuyo ruido estridente se oía de muy lejos. Pero, aun cuando ciertos días se llamasen dos o tres veces para decirse naderías de enorme importancia, sólo saboreaban sus verdaderas alegrías por la noche, en la discreta vereda. Miette era de una rara puntualidad. Felizmente dormía encima de la cocina, en una habitación donde se guardaban, antes de su llegada, las provisiones para el invierno, y a la que llevaba una pequeña escalera privada. Podía así salir a cualquier hora sin que la vieran el viejo Rébufat ni Justin. Contaba, además, si este último la veía regresar alguna vez, con meterle algún cuento, mirándolo con aquel aire duro que le cerraba la boca.

¡Ah! ¡Qué felices y tibias veladas! Estaban entonces a primeros de septiembre, mes de claro sol en Provenza. Los enamorados no podían reunirse sino hacia las nueve. Miette llegaba por su tapia. Pronto adquirió tal habilidad para salvar ese obstáculo que casi siempre estaba sobre la antigua lápida sepulcral antes de que Silvère le hubiese tendido los brazos. Y se reía de su proeza, se quedaba allí un instante, sofocada, despeinada, dándose golpecitos en la falda para bajársela. Su enamorado la llamaba, riendo, «malvado pilluelo». En el fondo, le gustaba la fanfarronería de la niña. La miraba saltar su tapia con la complacencia de un hermano mayor que asiste a los ejercicios de uno de sus hermanos más jóvenes. ¡Había tanta puerilidad en su ternura naciente! En varias

ocasiones trazaron el proyecto de ir un día a buscar nidos de pájaros a orillas del Viorne.

—¡Ya verás cómo subo a los árboles! —decía Miette orgullosamente—. Cuando estaba en Chavanoz, llegaba hasta lo alto de los nogales del tío André. ¿Nunca has cogido urracas? ¡Es lo más difícil!

Y se entablaba una discusión sobre la forma de trepar por los álamos. Miette daba su opinión francamente, como un muchacho.

Pero Silvère, cogiéndola por las rodillas, la había bajado al suelo, y caminaban uno al lado del otro, con los brazos por la cintura. Mientras discutían sobre la manera en que se deben poner los pies y las manos en el nacimiento de las ramas, se apretaban aún más, sentían bajo sus abrazos calores desconocidos que los quemaban con extraño gozo. Nunca el pozo les había procurado tales placeres. Seguían siendo niños, tenían juegos y conversaciones de chiquillos, y saboreaban goces de enamorados, aunque sin saber hablar de amor, sólo con cogerse de la punta de los dedos. Buscaban la tibieza de sus manos, asaltados por una instintiva necesidad, ignorando a dónde iban sus sentidos y su corazón. En esa hora de feliz ingenuidad, se ocultaban incluso la singular emoción que se daban mutuamente al menor contacto. Sonrientes, extrañados a veces de la dulzura que fluían por ellos, en cuanto se tocaban, se abandonaban secretamente a la suavidad de sus nuevas sensaciones, mientras seguían conversando, como dos escolares, de los nidos de urraca que son tan difíciles de alcanzar.

Y caminaban, en el silencio del sendero, entre las pilas de tablas y la tapia del Jas-Meiffren. Jamás sobrepasaban el extremo de aquel estrecho callejón sin salida, volviendo sobre sus pasos a cada vez. Estaban en su casa. A menudo, Miette, feliz de sentirse tan bien escondida, se detenía y se felicitaba por su descubrimiento:

—¡Sí que tuve buena mano! —decía encantada—. ¡Aunque anduviéramos una legua, no encontraríamos un escondite mejor!

La hierba espesa ahogaba el ruido de sus pasos. Estaban anegados en una ola de tinieblas, mecidos entre dos oscuras orillas, sin ver más que una franja de un azul intenso, sembrada de estrellas, por encima de sus cabezas. Y en la vaguedad del suelo que hollaban, en ese parecido de la vereda a un arroyo de sombras fluyendo bajo el cielo negro y oro,

experimentaban una emoción indefinible, bajaban la voz, aunque nadie pudiera escucharlos. Entregándose a esas ondas silenciosas de la noche, la carne y el espíritu flotantes, se contaban, esas noches, las mil naderías de la jornada, con temblores de enamorados.

Otras veces, en las noches claras, cuando la luna recortaba nítidamente las líneas del muro y de las pilas de tablas, Miette y Silvère conservaban su despreocupación de niños. La vereda se alargaba, iluminada por rayas blancas, muy alegre, sin incógnitas. Y los dos amigos se perseguían, reían como chavales en el recreo, se aventuraban incluso a trepar a las pilas de tablas. Silvère tenía que asustar a Miette, diciéndole que Justin quizá estuviera detrás de la tapia, acechándola. Entonces, aún jadeantes, caminaban uno junto al otro, prometiéndose ir a correr un día por los prados de Santa Clara, para saber cuál de los dos atraparía al otro más de prisa.

Sus amores nacientes se acomodaban así a las noches oscuras y a las noches límpidas. Su corazón estaba siempre despierto, y bastaba un poco de sombra para que su abrazo fuese más dulce y su risa más blandamente voluptuosa. El amado retiro, tan alegre al claro de luna, tan extrañamente conmovido en las noches sombrías, les parecía inagotable en estallidos de gozo y en silencios estremecidos. Y hasta media noche se quedaban allá, mientras la ciudad se dormía y las ventanas del arrabal se apagaban una a una.

Nunca vieron perturbada su soledad. A esa hora avanzada los chiquillos ya no jugaban al escondite detrás de las pilas de tablas. A veces, cuando los jóvenes oían algún ruido, una canción de obreros que pasaban por la carretera, voces que llegaban de las aceras vecinas, se aventuraban a echar una mirada al ejido de San Mittre. El campo de vigas se extendía, vacío, poblado por raras sombras. En las veladas tibias, veían allí vagas parejas de enamorados, viejos sentados en los maderos, al borde del camino real. Cuando las noches se volvían más frescas, sólo distinguían el ejido melancólico y desierto, algún fuego de gitanos, ante el cual pasaban grandes sombras negras. El aire en calma de la noche les traía palabras y sonidos perdidos, las buenas noches de un burgués que cerraba su puerta, el chasquido de un postigo, las campanadas graves de los relojes, todos esos ruidos menguantes de una ciudad de provincias que se acuesta. Y cuando Plassans estaba dormido, oían aún las disputas de los gitanos, el chisporroteo de su hoguera, en medio del cual se alzaban

bruscamente voces guturales de jovencitas cantando en una lengua desconocida, llena de acentos rudos.

Pero los enamorados no miraban mucho rato afuera, al ejido de San Mittre; se apresuraban a volver a su hogar, seguían caminando a lo largo de su amado sendero cerrado y discreto. ¡Poco les preocupaban los demás, la ciudad entera! Las pocas tablas que los separaban de la gente maligna les parecían, a la larga, una barrera infranqueable. Estaban tan solos, eran tan libres en aquel rincón situado en pleno arrabal, a cincuenta pasos de la puerta de Roma, que a veces se imaginaban estar muy lejos, al fondo de alguna cavidad del Viorne, en campo raso. De todos los ruidos que llegaban a ellos, sólo escuchaban uno con una emoción inquieta, el de los relojes sonando lentamente en la noche. Cuando daba la hora, a veces fingían no oírla, a veces se paraban en seco, como para protestar. Sin embargo, por más que se concedieran diez minutos de gracia, tenían que decirse adiós. Habrían jugado, habrían charlado hasta la madrugada, con los brazos enlazados, con el fin de experimentar ese singular ahogo cuyas delicias saboreaban en secreto, con continuas sorpresas. Miette se decidía por fin a subir por su tapia. Pero aún no se había acabado, la despedida duraba todavía un cuarto de hora largo. Después de franquear el muro, la niña se quedaba allí, de codos sobre la albardilla, sujeta por las ramas de la morera que le servía de escalera. Silvère, de pie en la lápida sepulcral, podía cogerle las manos, seguir charlando a media voz. Repetían más de diez veces: «¡Hasta mañana!», y siempre encontraban nuevas palabras. Silvère rezongaba:

—Vamos, baja; son más de las doce.

Pero, con testarudez de muchacha, Miette quería que él bajase el primero; deseaba verlo irse. Y como el joven se las tenía tiesas, ella acababa por decir bruscamente, para castigarlo, sin duda:

—Voy a saltar, vas a ver.

Y saltaba de la morera, con gran susto de Silvère. Oía el ruido sordo de su caída; luego ella huía con un estallido de risa, sin querer contestar a su último adiós. Él se quedaba unos instantes mirando su sombra vaga hundirse en la oscuridad, y lentamente bajaba a su vez, se dirigía al callejón de San Mittre.

Durante dos años, fueron allí cada día. Disfrutaron, en sus primeras citas,

de algunas hermosas noches todavía tibias. Los enamorados pudieron creerse en mayo, en el mes de los estremecimientos de la savia, cuando un buen olor a tierra y a hojas nuevas se arrastra en el aire cálido. Aquel rebrote, aquella primavera tardía, fue para ellos como una gracia del cielo, que les permitió correr libremente por el sendero y estrechar su amistad con apretados lazos.

Después llegaron las lluvias, las nieves, las heladas. Aquellos malos humores del invierno no los contuvieron. Miette ya no vino sin su pelliza parda, y ambos se burlaron del mal tiempo. Cuando la noche era seca y clara, cuando leves soplos levantaban bajo sus pasos un polvillo blanco de helada, y les herían el rostro como golpecitos de finas varillas, se guardaban de sentarse; iban y venían más de prisa, envueltos en la pelliza, con las mejillas amoratadas, los ojos llorosos de frío; y se reían, sacudidos por entero de gozo por su rápida marcha en el aire helado. Una noche de nieve se divirtieron haciendo una enorme bola, que llevaron rodando hasta un rincón; se quedó allí un mes largo, lo cual los llenó de asombro a cada nueva cita. La lluvia no los asustaba mucho más. Se vieron con terribles aguaceros que los calaban hasta los huesos. Silvère acudía diciéndose que Miette no cometería la locura de ir; y cuando Miette llegaba a su vez, no sabía cómo regañarla. En el fondo, la esperaba. Acabó por buscar un refugio contra el mal tiempo, sabiendo que saldrían de todas maneras, pese a su mutua promesa de no poner los pies fuera cuando lloviese. Para encontrar un techo, sólo tuvo que ahuecar una pila de tablas; retiró algunos pedazos de madera, que dejó sueltos, para que pudiera desplazarlos y volverlos a colocar fácilmente. A partir de entonces, los enamorados tuvieron a su disposición una especie de garita baja y estrecha, un agujero cuadrado, donde sólo podían estar apretados el uno contra el otro, sentados en la punta de un tablón, que dejaban en el fondo de su cobijo. Cuando caía agua, el primero en llegar se refugiaba allí; y cuando se encontraban reunidos, escuchaban con un gozo infinito el aguacero que golpeaba las pilas de tablas con sordos redobles de tambor. Ante ellos, a su alrededor, en la negrura de tinta de la noche, había un gran chorrear que ellos no veían, y cuyo ruido continuo semejaba la alta voz de una muchedumbre. Estaban muy solos, empero, en el fin del mundo, en el fondo de las aguas. Jamás se sentían tan felices, tan separados de los otros, como en medio de ese diluvio, en esa pila de tablas, amenazados a cada instante de verse arrastrados por los torrentes del cielo. Sus rodillas dobladas llegaban casi a ras de la abertura, y ellos se hundían lo más posible, las mejillas y las manos bañadas en un fino

polvo de lluvia. A sus pies, gruesas gotas caídas de las tablas chapoteaban acompasadas. Y tenían calor con la pelliza parda; estaban tan estrechos que Miette se encontraba a medias sobre las rodillas de Silvère. Parloteaban; después enmudecían, invadidos por una languidez, adormilados por la tibieza de su abrazo y por el redoble monótono del aguacero. Así estaban horas, con ese amor a la lluvia que hace caminar gravemente a las niñas pequeñas, en días de tormenta, con una sombrilla abierta en la mano. Acabaron prefiriendo las veladas lluviosas. Sólo que su separación resultaba entonces más penosa. Era preciso que Miette salvase su muro bajo una lluvia insistente, y que cruzase los charcos del Jas-Meiffren en plena oscuridad. En cuanto ella salía de sus brazos, Silvère la perdía en las tinieblas, en el clamor del agua. Escuchaba en vano, ensordecido, cegado. Pero la inquietud en que los sumía a los dos esta brusca separación era un encanto más; hasta el día siguiente se preguntaban si no les habría ocurrido algo, con aquel tiempo de perros; podían haber resbalado, quizá se habían extraviado, temores que los absorbían tiránicamente a uno y otro, y que hacían más tierna la entrevista siguiente.

Por fin volvieron los días buenos, abril trajo noches dulces, la hierba del sendero creció locamente. En aquella oleada de vida que fluía del cielo y ascendía de la tierra, entre las embriagueces de la joven estación, a veces los enamorados añoraron su soledad invernal, las tardes de lluvia, las noches heladas, durante las cuales estaban tan perdidos, tan lejos de todo ruido humano. Ahora el día no caía ya tan pronto; maldecían los largos crepúsculos y cuando la noche se había hecho tan negra como para que Miette pudiera trepar por el muro sin peligro de ser vista, cuando habían conseguido por fin deslizarse en su sendero, ya no encontraban en él el aislamiento que agradaba a su salvajismo de niños enamorados. El ejido de San Mittre se poblaba, los chiquillos del arrabal se quedaban sobre las vigas, persiguiéndose y gritando, hasta las once; ocurrió incluso a veces que uno de ellos fue a esconderse tras las pilas de tablas, lanzando a Miette y Silvère la risa descarada de un golfo de diez años. El temor de verse sorprendidos, el despertar, los ruidos de la vida que crecían en torno a ellos, a medida que la estación se volvía más cálida, dieron inquietud a sus entrevistas.

Además empezaban a ahogarse en la estrecha vereda. Jamás ésta se había estremecido con un temblor tan ardiente; jamás el suelo, ese mantillo donde dormían las últimas osamentas del antiguo cementerio,

había dejado escapar hálitos más turbadores. Y había en ellos aún demasiada infancia para disfrutar del encanto voluptuoso de aquel agujero perdido, tan febril con la primavera. Las hierbas les llegaban a las rodillas; iban y venían con dificultad, y cuando aplastaban los jóvenes brotes, ciertas plantas exhalaban olores acres que los embriagaban. Entonces, presa de extrañas lasitudes, turbados y vacilantes, los pies como atados por las hierbas, se adosaban al muro con los ojos entrecerrados, sin poder avanzar más. Les parecía que toda la languidez del cielo penetraba en ellos.

Su petulancia de escolares concordaba mal con aquellas debilidades súbitas, y acabaron por acusar a su retiro de carecer de aire y por decidirse a ir a pasear su ternura más lejos, en pleno campo. Entonces hubo, cada noche, nuevas escapadas. Miette vino con su pelliza; los dos se enterraban en la amplia prenda, se deslizaban a lo largo de los muros, alcanzaban el camino real, los campos libres, los campos anchos, donde el aire circulaba poderosamente como las olas en alta mar. Y ya no se ahogaban, recobraban allí su infancia, sentían disiparse los vahídos, las embriagueces que les causaban las altas hierbas del ejido de San Mittre.

Exploraron durante dos veranos aquel rincón de la comarca. Cada punta de roca, cada banco de césped los conoció pronto; y no había grupo de árboles, seto, zarzal que no fuera amigo suyo. Realizaron su sueños: hubo locas carreras por los prados de Santa Clara, y Miette corría de lo lindo, y Silvère tenía que dar sus mayores zancadas para atraparla. Fueron también en busca de nidos de urraca; Miette, cabezona, queriendo demostrar cómo trepaba a los árboles, en Chavanoz, se ataba las faldas con un trozo de cordel, y subía a los álamos más altos; abajo, Silvère temblaba, con los brazos hacia delante, como para recibirla en el caso de que resbalase. Estos juegos apaciguaban sus sentidos, hasta el extremo de que una tarde estuvieron a punto de pegarse como dos galopines que salen de la escuela. Pero, en la ancha campiña, había también hoyos que no les resultaban perjudiciales en nada. Mientras caminaban, surgían risas ruidosas, empujones, chanzas; recorrían leguas, llegaban a veces hasta la cadena de Les Garrigues, seguían los senderos más estrechos, y a menudo atajaban a campo traviesa; la comarca les pertenecía, vivían en ella como en país conquistado, disfrutando de la tierra y del suelo. Miette, con esa manga ancha de las mujeres, no se cohibía para coger un racimo de uvas, una rama de almendras verdes, en los viñedos, en los almendros, cuyos ramos la azotaban al pasar; eso contrariaba las ideas absolutas de

Silvère, sin que se atreviera por lo demás a regañar a la jovencita, cuyos escasos enfurruñamientos le desesperaban. «¡Ah, qué mala! —pensaba dramatizando puerilmente la situación—, hará de mí un ladrón». Y Miette le metía en la boca su parte de la fruta robada. Las astucias que él empleaba —llevándola del talle, evitando los árboles frutales, haciendo que lo persiguiera por las cepas—, para apartarla de esa necesidad instintiva de saqueo, agotaban pronto su imaginación. Y la obligaba a sentarse. Entonces volvían a ahogarse. Las hondonadas del Viorne, sobre todo, estaban llenas para ellos de una sombra febril. Cuando la fatiga los llevaba a orillas del torrente, perdían su hermosa alegría de chiquillos. Bajo los sauces flotaban tinieblas grises, semejantes a los crespones almizclados de un tocado femenino. Los niños sentían que esos crespones, como perfumados y tibios aún de los hombros voluptuosos de la noche, acariciaban las sienes, los envolvían en una invencible languidez. A lo lejos, los grillos cantaban en los prados de Santa Clara, y el Viorne tenía a sus pies voces susurrantes de enamorados, ruidos dulcificados de labios húmedos. Del cielo dormido traía una lluvia cálida de estrellas. Y bajo el temblor de ese suelo, de esas aguas, de esa sombra, los niños, acostados de espaldas, en plena hierba, uno al lado del otro, desfallecidos y con las miradas perdidas en la negrura, se buscaban las manos, intercambiaban un corto apretón.

Silvère, que comprendía vagamente el peligro de esos éxtasis, se levantaba a veces de un salto proponiendo pasar a una de las islitas que las aguas bajas descubrían en medio del río. Ambos, descalzos, se aventuraban; a Miette le traían sin cuidado los guijarros, no quería que Silvère la sostuviera, y una vez cayó sentada en medio de la corriente; pero no había ni veinte centímetros de agua, y salió del trance poniendo a secar su falda encimera. Después, cuando estaban en la isla, se acostaban de bruces sobre una lengua de arena, con los ojos al nivel de la superficie del agua, cuyas escamas de plata miraban estremecerse a lo lejos, en la noche clara. Entonces Miette declaraba que iba en barco, la isla avanzaba, con toda seguridad; notaba perfectamente que la arrastraba; este vértigo que les daba el gran caudal con que sus ojos se llenaban los divertía un instante, los mantenía allá, en la orilla, cantando a media voz, al igual que los barqueros que con los remos golpean el agua. Otras veces, cuando la isla tenía una ribera baja, se sentaban en ella como en un banco de verdor, dejando que sus pies desnudos colgasen en la corriente. Y durante horas conversaban, salpicando el agua a golpe de talón, balanceando las piernas, disfrutando al desencadenar tempestades

en la apacible cuenca cuya frescura calmaba su fiebre.

Estos baños de pies engendraron en el ánimo de Miette un capricho que a punto estuvo de estropear sus hermosos amores inocentes. Quiso a toda costa bañarse del todo. Un poco más arriba del puente del Viorne había una poza, muy adecuada, decía, apenas de tres o cuatro pies de profundidad, y muy segura; hacía tanto calor, se estaría tan a gusto en el agua hasta los hombros; y además hacía mucho tiempo que se moría de ganas de saber nadar, Silvère le enseñaría. Silvère oponía objeciones: de noche no era prudente, podrían verlos, a lo mejor les haría daño; pero no decía la verdadera razón, estaba instintivamente muy alarmado ante la idea de este nuevo juego, se preguntaba cómo se desvestirían, y de qué forma se las arreglaría para sostener a Miette sobre el agua, en sus brazos desnudos. Ella no parecía sospechar tales dificultades.

Una noche ella apareció con un traje de baño que se había cortado de un vestido viejo. Silvère tuvo que regresar a casa de tía Dide a buscar el suyo. La excursión fue totalmente ingenua. Miette ni siquiera se alejó; se desvistió con naturalidad a la sombra de un sauce, tan tupido que su cuerpo de niña sólo puso en él durante unos segundos una vaga blancura. Silvère, de piel morena, apareció en la noche como el tronco sombreado de un roble joven, mientras que las piernas y los brazos de la jovencita, desnudos y robustos, parecían los tallos lechosos de los abedules de la orilla. Después ambos, como vestidos con las manchas oscuras que el alto follaje proyectaba sobre ellos, entraron alegremente en el agua, llamándose, lanzando exclamaciones, sorprendidos por el frescor. Y los escrúpulos, las vergüenzas inconfesadas, los pudores secretos, quedaron olvidados. Allí estuvieron una hora larga, chapoteando, echándose agua a la cara, Miette enfadándose y luego estallando en risas, y Silvère dándole su primera clase, sumergiéndole de vez en cuando la cabeza, para curtirla. Mientras la sostenía con una mano por el cinturón del traje, pasándole la otra mano bajo el vientre, ella movía furiosamente piernas y brazos, creía nadar; pero, en cuanto la soltaba, se debatía gritando y, con las manos extendidas, azotando el agua, se agarraba a donde podía, a la cintura del joven, a una de sus muñecas. Se abandonaba un instante contra él, descansaba, sin resuello, empapada, mientras su traje mojado dibujaba las gracias de su busto de virgen. Después gritaba:

—Una vez más; pero lo haces adrede, no me sostienes.

Y nada vergonzoso les venía de aquellos abrazos de Silvère, que se

inclinaba para sujetarla, de aquellos salvamentos enloquecidos de Miette colgada al cuello del joven. El frío del baño les inspiraba una pureza de cristal. Eran, bajo la noche tibia, entre el follaje pasmado, dos inocencias desnudas que reían. Silvère, tras los primeros baños, se reprochó secretamente haber pensado mal. ¡Miette se desvestía tan pronto, y estaba tan fresca en sus brazos, tan sonora de risas!

Pero al cabo de quince días la niña supo nadar. Con sus miembros libres, mecida por las olas, jugando con él, se dejaba invadir por la blanda dulzura del río, por el silencio del cielo, por las ensoñaciones de las riberas melancólicas.

Cuando los dos nadaban sin ruido, Miette creía ver, en las dos orillas, el follaje espesarse, inclinarse hacia ellos, revestir su retiro con enormes cortinas. Y los días de luna, entre los troncos se deslizaban resplandores, dulces apariciones que paseaban a lo largo de la orilla con trajes, blancos. Miette no tenía miedo. Experimentaba una emoción indefinible al seguir los juegos de la sombra. Mientras avanzaba, con lentos movimientos, el agua tranquila, que la luna convertía en un claro espejo, se arrugaba al acercarse ella como una tela de lamé de plata; los círculos se ensanchaban, se perdían en las tinieblas de las orillas, bajo las ramas colgantes de los sauces, donde se oían chapoteos misteriosos; y, a cada brazada, encontraba así cavidades llenas de voces, hoyos negros ante los cuales pasaba más deprisa, bosquecillos, hileras de árboles cuyas masas oscuras cambiaban de forma, se alargaban, parecían seguirla desde lo alto del ribazo. Cuando se ponía de espalda, las profundidades del cielo la enternecían también. De la campiña, de los horizontes que no veía, oía entonces ascender una voz grave, prolongada, hecha de todos los suspiros de la noche.

No era de natural soñador, y disfrutaba con todo su cuerpo, con todos sus sentidos, del cielo, del río, de las sombras, de las claridades. El río, sobre todo, esa agua, ese terreno móvil, la llevaba con caricias infinitas. Experimentaba, al remontar la corriente, un gran placer al sentir el agua deslizarse más rápida contra su pecho, y contra sus piernas; era un largo cosquilleo, muy dulce, que podía aguantar sin risas nerviosas. Se hundía más aún, se metía en el agua hasta los labios, para que la corriente pasara sobre sus hombros, la envolviera de un tirón, de la barbilla a los pies, en su beso huidizo. Sentía una languidez que la dejaba inmóvil en la superficie, mientras las olitas resbalaban blandamente entre su traje y la

piel, hinchando la tela; después se revolcaba en las superficies muertas, como una gata sobre una alfombra; e iba del agua luminosa, donde se bañaba la luna, al agua negra, ensombrecida por el follaje, con escalofríos, como si hubiera abandonado una llanura soleada y sentido el frío de las ramas caerle sobre la nuca.

Ahora se apartaba para desvestirse, se escondía. En el agua, guardaba silencio; no quería ya que Silvère la tocase; se deslizaba suavemente a su lado, nadando con el ruidito de un pájaro cuyo vuelo cruza un zarzal; o a veces daba vueltas en torno a él, presa de vagos temores que no se explicaba. También él se alejaba, cuando rozaba uno de sus miembros. El río tenía ya sólo para ellos una embriaguez muelle, un embotamiento voluptuoso que los turbaba extrañamente. Cuando salían del baño, sobre todo, experimentaban somnolencias, vahídos. Estaban como agotados. Miette tardaba una hora larga en vestirse. Al principio se ponía sólo la blusa y una falda; luego se quedaba allí, extendida en la hierba, quejándose de cansancio, llamando a Silvère, que se hallaba a unos pasos, la cabeza vacía, los miembros llenos de extraña y excitante lasitud. Y, al regreso, había más ardor en su abrazo, sentían mejor, a través de sus ropas, su cuerpo flexible por el baño, se detenían lanzando grandes suspiros. El moño enorme de Miette, todavía muy húmedo, su nuca, sus hombros tenían un aroma fresco, un olor puro, que acababan de embriagar al joven. La niña, felizmente, declaró una noche que no tomaría más baños, que el agua fría hacía que la sangre se le subiese a la cabeza. Sin duda dio esta razón con toda verdad, con toda inocencia.

Reanudaron sus largas conversaciones. En el espíritu de Silvère sólo perduró, del peligro que acababan de correr sus amores ignorantes, una gran admiración por el vigor físico de Miette. En quince días había aprendido a nadar, y a menudo, cuando competían en velocidad, la había visto cortar la corriente con un brazo tan rápido como el suyo. Él, que adoraba la fuerza, los ejercicios corporales, sentía su corazón enternecido al verla tan fuerte, tan poderosa y hábil de cuerpo. Se apoderaba de su corazón un singular aprecio por sus robustos brazos. Una noche, después de uno de esos primeros baños que los dejaban tan risueños, se habían agarrado por la cintura, en una banda de arena, y durante largos minutos habían luchado, sin que Silvère consiguiera derribar a Miette; luego, al perder el equilibrio el joven, la niña había quedado en pie. Su enamorado la trataba como a un chico, y fueron esas marchas forzadas, esas carreras locas a través de los prados, esos nidos encontrados en las copas de los

árboles, esas luchas, todos esos juegos violentos, los que los protegieron tan largo tiempo y les impidieron manchar su ternura. Había también en el amor de Silvère, amén de su admiración por la fanfarronería de su enamorada, la dulzura de su corazón tierno con los desdichados. Él, que no podía ver a un ser abandonado, a un pobre hombre, a un niño caminando descalzo entre el polvo de los caminos, sin sentir un nudo de piedad en la garganta, amaba a Miette porque nadie la amaba, porque llevaba una ruda existencia de paria. Cuando la veía reír, se emocionaba profundamente con esta alegría que él le daba. Además, como la niña era tan salvaje como él, se entendían en su odio a las comadres del arrabal. El sueño que él acariciaba, cuando, durante el día, cercaba en casa de su patrón las ruedas de las carretas, a grandes martillazos, estaba lleno de generosa locura. Pensaba en Miette como un redentor. Todas sus lecturas se le subían a la cabeza; quería casarse un día con su amiga para dignificarla a los ojos del mundo; se confiaba una santa misión, el rescate, la salvación de la hija del presidiario. Y tenía la cabeza tan atiborrada de ciertos alegatos que no se decía estas cosas con sencillez; se extraviaba en pleno misticismo social, imaginaba rehabilitaciones apoteósicas, veía a Miette sentada en un trono, en un extremo del paseo Sauvaire, y a toda la ciudad inclinándose, pidiendo perdón, cantando sus alabanzas. Felizmente se olvidaba de estas hermosas cosas en cuanto Miette saltaba su tapia y le decía en la carretera:

—¿Quieres que corramos? Apuesto a que no me pillas.

Pero, si el joven soñaba despierto con la glorificación de su enamorada, tenía tales necesidades de justicia que a menudo la hacía llorar hablándole de su padre. Pese a las hondas ternuras que la amistad de Silvère había puesto en ella, tenía aún de vez en cuando bruscos despertares, malas horas, en las cuales las cabezonadas, las rebeliones de su naturaleza sanguínea la atiesaban, con los ojos duros, los labios apretados. Entonces sostenía que su padre había hecho muy bien al matar al gendarme, que la tierra pertenece a todo el mundo, que uno tiene derecho a disparar su fusil donde quiera y cuando quiera. Y Silvère, con su voz grave, le explicaba el Código como lo entendía él, con extraños comentarios que habrían indignado a toda la magistratura de Plassans. Esas conversaciones tenían lugar, con mayor frecuencia, en algún rincón perdido de los prados de Santa Clara. La alfombra de hierba, de un negro verduzco, se extendía hasta perderse de vista, sin que un solo árbol manchase el inmenso lienzo, y el cielo parecía enorme, llenando con sus estrellas la redondez desnuda

del horizonte. Los niños estaban como acunados por aquel mar de verdor. Miette luchaba mucho tiempo; le preguntaba a Silvère si hubiera valido más que su padre se dejase matar por el gendarme, y Silvère guardaba silencio un instante; después decía que, en tal caso, más valía ser víctima que verdugo, y que era una gran desdicha matar a un semejante, incluso en legítima defensa. Para él, la ley era una cosa santa, los jueces habían tenido razón al enviar a Chantegreil a presidio. La joven se enfurecía, habría golpeado a su amigo, le gritaba que tenía tan mal corazón como los demás. Y, como él continuaba defendiendo firmemente sus ideas de justicia, Miette acababa por estallar en sollozos, balbuciendo que sin duda se avergonzaba de ella, ya que le recordaba todos los días el crimen de su padre. Estas discusiones terminaban entre lágrimas, con una emoción común. Pero, por mucho que llorase la niña, que reconociese que quizá estaba equivocada, conservaba en el fondo todo su salvajismo, su arrebato sanguíneo. Una vez contó con largas risas cómo un gendarme, al caer de su caballo delante de ella, se había roto una pierna. Por lo demás, Miette sólo vivía ya para Silvère. Cuando éste la interrogaba sobre su tío y su primo, respondía que «no sabía», y si él insistía, por miedo a que en el Jas-Meiffren la hicieran demasiado desgraciada, decía que trabajaba mucho, que nada había cambiado. Creía, empero, que Justin había acabado por saber lo que la hacía cantar de mañana y le llenaba de dulzura los ojos. Pero agregaba:

—¿Qué importa eso? Si alguna vez se le ocurre molestarnos, lo recibiremos, ¿verdad?, de tal manera que se le quitarán las ganas de mezclarse en nuestros asuntos.

Sin embargo, la campiña abierta, las largas marchas al aire libre, los cansaban a veces. Regresaban siempre al ejido de San Mittre, a la vereda estrecha, de donde los habían expulsado las ruidosas noches estivales, los olores demasiado fuertes de las hierbas pisoteadas, los soplos cálidos y turbadores. Pero, ciertas noches, la vereda se volvía más dulce, la refrescaban los vientos, podían quedarse allí sin experimentar vértigo. Disfrutaban entonces de deliciosos reposos. Sentados en la lápida sepulcral, con los oídos sordos al alboroto de los niños y de los gitanos, se encontraban en su casa. Silvère había recogido en diversas ocasiones fragmentos de huesos, restos de calaveras, y les gustaba hablar del viejo cementerio. Vagamente, con su imaginación viva, se decían que su amor había brotado, como una hermosa planta robusta y feraz, en aquel mantillo, en aquel rincón de tierra fertilizada por la muerte. Había crecido

como aquellos hierbajos; había florecido como aquellas amapolas que la menor brisa hacía bailar sobre sus tallos, semejantes a corazones abiertos y sangrantes. Y se explicaban los tibios hálitos que pasaban sobre sus frentes, los susurros oídos en las sombras, el largo escalofrío que sacudía la vereda: eran los muertos que les soplaban a la cara sus pasiones desaparecidas, los muertos que les contaban su noche de bodas, los muertos que se revolvían en la tierra, presa de un furioso deseo de amar, de reanudar el amor. Esas osamentas, lo notaban muy bien, estaban llenas de ternura por ellos; las calaveras rotas se calentaban en las llamas de su juventud, los menores despojos los rodeaban de un susurro encantado, de una solicitud inquieta, de unos celos estremecidos. Y cuando se alejaban, el antiguo cementerio lloraba. Esas hierbas, que les ataban los pies en las noches de fuego, y que les hacían vacilar, eran dedos delgados, afilados por la tumba, salidos del suelo para retenerlos, para arrojarlos uno en brazos de otro. Ese olor acre y penetrante que exhalaban los tallos rotos era el perfume fecundante, el jugo poderoso de la vida, que elaboran lentamente los ataúdes y que embriaga de deseo a los amantes extraviados en la soledad de los senderos. Los muertos, los viejos muertos, deseaban las bodas de Miette y Silvère.

Nunca el espanto invadió a los niños. La flotante ternura que adivinaban en torno a ellos los emocionaba, les llevaba a amar a los seres invisibles cuyo roce creían sentir a menudo, semejante a un leve batir de alas. Simplemente se entristecían a veces con una tristeza dulce, y no comprendían lo que los muertos querían de ellos. Seguían viviendo sus amores ignorantes, en medio de esa oleada de savia, en aquel trozo de cementerio abandonado, donde la tierra abonada rezumaba vida, y que exigía imperiosamente su unión. Las voces, zumbantes que resonaban en sus oídos, los calores súbitos que les hacían subir toda la sangre al rostro, no les decían nada muy claro. Había días en los que el clamor de los muertos resultaba tan alto que Miette, febril, lánguida, semiacostada en la lápida sepulcral, miraba a Silvère con sus ojos anegados, como para decirle: «¿Qué es lo que nos piden? ¿Por qué insuflan así esa llama en mis venas?». Y Silvère, roto, enloquecido, no osaba responder, no osaba repetir las palabras ardientes que creía atrapar en el aire, los consejos locos que le daban las altas hierbas, las súplicas de toda la vereda, de las tumbas mal cerradas ansiosas de servir de yacija a los amores de los dos niños.

Se preguntaban a menudo sobre las osamentas que descubrían. Miette,

con su instinto femenino, adoraba los temas lúgubres. A cada nuevo hallazgo, hacía suposiciones sin cuento. Si el hueso era pequeño, ella hablaba de una guapa chica enferma del pecho, o arrebatada por unas fiebres, la víspera de su boda; si el hueso era grande, soñaba con algún alto anciano, un soldado, un juez, algún hombre terrible. La lápida sepulcral, sobre todo, los ocupó mucho tiempo. En un hermoso claro de luna, Miette había distinguido, en una de las caras, caracteres semicorroídos. Silvère, con su cuchillo, tuvo que quitar el musgo. Entonces leyeron la inscripción truncada: «Aquí yace… Marie… muerta…». Y Miette, al encontrar su nombre sobre aquella lápida, se había quedado muy impresionada. Silvère la llamó «tonta de remate». Pero ella no pudo contener sus lágrimas. Dijo que le había dado un vuelco el corazón, que moriría pronto, que esa lápida era para ella. El joven se sintió helado a su vez. Sin embargo, consiguió avergonzar a la niña. ¡Cómo! ¡Ella, tan valiente, soñaba con tales chiquilladas! Acabaron riéndose. Después evitaron volver a hablar de eso. Pero en las horas de melancolía, cuando el cielo velado entristecía la vereda, Miette no podía dejar de nombrar a esa muerta, a esa Marie desconocida cuya tumba había facilitado tanto tiempo sus citas. Los huesos de la pobre joven quizá estaban aún allí. Una noche se le ocurrió la extraña fantasía de que Silvère volviera la lápida para ver lo que había debajo. Él se negó como si fuese un sacrilegio, y esa negativa alimentó las ensoñaciones de Miette sobre el querido fantasma que llevaba su nombre. Pretendía rotundamente que había muerto a su edad, a los trece años, en plena ternura. Se apiadaba incluso de la lápida, esa lápida a la que montaba tan ágilmente, donde se habían sentado tantas veces, lápida helada por la muerte y que habían caldeado con su amor. Añadía:

—Ya verás, nos traerá desgracia… Yo, si tú murieras, vendría a morir aquí, y quisiera que colocaran ese bloque sobre mi cuerpo.

Silvère, con un nudo en la garganta, la regañaba por pensar en cosas tristes.

Fue así como, durante cerca de dos años, se amaron en la estrecha vereda, en la ancha campiña. Su idilio atravesó las lluvias heladas de diciembre y las quemantes instigaciones de julio, sin deslizarse a la vergüenza de los amores comunes; conservó su encanto exquisito de cuento griego, su ardiente pureza, todos los balbuceos ingenuos de la carne que desea y que ignora. Los muertos, los mismos viejos muertos,

susurraron vanamente en sus oídos. Y sólo se llevaron del viejo cementerio una tierna melancolía, el vago presentimiento de una vida corta; una voz les decía que se irían, con sus ternezas vírgenes, antes de las bodas, el día en que quisieran entregarse el uno al otro. Sin duda fue allí, sobre la lápida sepulcral, en medio de las osamentas ocultas por las hierbas feraces, donde respiraron su amor a la muerte, ese áspero deseo de acostarse juntos en la tierra que los hacía balbucir al borde del camino de Orchéres, esa noche de diciembre, mientras las dos campanas se remitían sus llamadas quejumbrosas.

Miette dormía apacible, la cabeza sobre el pecho de Silvère, mientras éste soñaba en las citas lejanas, en los hermosos años de continuo encanto. Al alba la niña se despertó. Ante ellos, el valle se extendía muy claro bajo el cielo blanco. El sol estaba aún detrás de los collados. Una claridad de cristal, límpida y helada como agua de manantial, fluía de los horizontes pálidos. A lo lejos, el Viorne, como una cinta de satén blanco, se perdía entre tierras rojas y amarillas. Era un panorama sin límites, mares grises de olivos, viñedos semejantes a grandes piezas de tela rayada, toda una comarca agrandada por la nitidez del aire y la paz del frío. El viento que soplaba con cortas brisas había helado el rostro de los niños. Se levantaron vivamente, remozados, felices de la blancura de la mañana. Y como la noche se había llevado sus asustadas tristezas, miraban con ojos fascinados el círculo inmenso de la llanura, escuchaban los tañidos de las dos campanas, que les parecían sonar alegremente en el alba de un día de fiesta.

—¡Ah, qué bien he dormido! —exclamó Miette—. He soñado que me besabas… ¿Dime, me has besado?

—Es muy posible —respondió Silvère riendo—. No tenía calor. Hace un frío de perros.

—Yo sólo tengo frío en los pies.

—¡Pues bien, corramos!… Aún nos quedan dos leguas largas. Te calentarás.

Y bajaron por la ladera, alcanzaron el camino corriendo. Después, cuando estuvieron abajo, levantaron la cabeza, como para decir adiós a aquella roca en la cual habían llorado, quemándose los labios con un beso. Pero no volvieron a hablar de aquella caricia ardiente que había puesto en su

ternura una necesidad nueva, todavía vaga, y que no se atrevían a formular. Ni siquiera se cogieron del brazo, con el pretexto de andar más deprisa. Y caminaban alegremente, un poco confusos, sin saber por qué, cuando se les ocurría mirarse. En torno a ellos la luz aumentaba. El joven, a quien su patrón enviaba a veces a Orchéres, elegía sin vacilar los mejores senderos, los más directos. Recorrieron así más de dos leguas, por caminos encajonados, a lo largo de setos y de muros interminables. Miette acusaba a Silvère de haberla extraviado. A menudo, durante cuartos de hora enteros, no veían ni un trozo de la región, percibían solo, por encima de los muros y los setos, largas filas de almendros cuyas entecas ramas se destacaban sobre la palidez del cielo.

Bruscamente desembocaron justo enfrente de Orchéres. Grandes gritos de gozo, algarabía de muchedumbre llegaban hasta ellos, claros en el aire límpido. La banda insurrecta acababa de entrar en la ciudad. Miette y Silvère penetraron en ella con los rezagados. Nunca habían visto semejante entusiasmo. En las calles, parecía día de procesión, cuando el paso del palio pone en las ventanas las colgaduras más bellas. Se festejaba a los insurgentes como se festeja a unos liberadores. Los hombres los abrazaban, las mujeres les llevaban víveres. Y había, en las puertas, viejos que lloraban. Alegría muy meridional que se desahogaba de forma ruidosa, cantando, bailando, gesticulando. Cuando Miette pasaba, la arrastró una inmensa farándula[5] que giraba en la Plaza Mayor. Silvère la siguió. Sus ideas de muerte, de desaliento, estaban lejos en esa hora. Quería batirse, por lo menos vender cara su vida. La idea de la lucha lo embriagaba de nuevo. Soñaba con la victoria, con una vida feliz con Miette, en la gran paz de la República universal.

Esta fraternal recepción de los habitantes de Orchéres fue la última alegría de los insurgentes. Pasaron el día con una confianza radiante, con una esperanza sin límites. Los prisioneros, el comandante Sicardot, los señores Garçonnet, Peirotte y los demás, a quienes habían encerrado en una sala del ayuntamiento, cuyas ventanas daban a la Plaza Mayor, miraban con espantada sorpresa aquellas farándulas, aquellas grandes corrientes de entusiasmo que pasaban ante ellos.

—¡Qué bribones! —murmuraba el comandante, apoyado en la barandilla de una ventana, como en el terciopelo de un palco del teatro—. ¡Y pensar que no vendrá una o dos baterías para limpiar a toda esta canalla! —Después divisó a Miette, y agregó, dirigiéndose al señor Garçonnet—:

Mire, señor alcalde, a esa chicarrona de rojo, allá abajo. Es una vergüenza. Han traído a sus furcias consigo. A poco que esto continúe, vamos a presenciar lindas cosas.

Garçonnet movía la cabeza, hablando de las «pasiones desencadenadas» y del «peor día de nuestra historia». El señor Peirotte, blanco como el papel, callaba; abrió una sola vez los labios, para decirle a Sicardot, que continuaba despotricando amargamente:

—¡Más bajo, caballero! Va a conseguir que nos maten.

La verdad era que los insurgentes trataban a esos señores con la mayor blandura. Incluso mandaron servirles, por la noche, una excelente cena. Pero, para medrosos como el recaudador particular, semejantes atenciones resultaban horrorosas; los insurgentes sólo los estaban tratando tan bien con objeto de encontrarlos más gordos y más tiernos el día en que se los comieran.

Al crepúsculo, Silvère se encontró cara a cara con su primo, el doctor Pascal. El sabio había seguido a la tropa a pie, charlando en medio de los obreros, que lo veneraban. Al principio se había esforzado por apartarlos de la lucha; después, como ganado por sus discursos:

—Quizá tengáis razón, amigos míos —les había dicho con su sonrisa de cariñoso indiferente—; pelead, aquí estoy yo para componeros los brazos y las piernas.

Y por la mañana se había puesto tan tranquilo a recoger cantos y plantas a lo largo del camino. Se desesperaba por no haberse llevado su martillo de geólogo y su caja de herborista. A esas horas, sus bolsillos, llenos de piedras, reventaban, y su maletín, que llevaba bajo el brazo, dejaba asomar haces de largas hierbas.

—Vaya, ¡eres tú, hijo mío! —exclamó al divisar a Silvère—. Creía que yo era aquí el único de la familia.

Pronunció estas últimas palabras con cierta ironía, chanceándose suavemente de los manejos de su padre y del tío Antoine. Silvère estuvo encantado de encontrar a su primo; el doctor era el único de los Rougon que le estrechaba la mano en la calle y que le mostraba una sincera amistad. Por eso, al verlo cubierto aún por el polvo del camino, y

creyéndolo ganado para la causa republicana, el joven demostró viva alegría. Le habló de los derechos del pueblo, de su santa causa, de su triunfo seguro, con énfasis juvenil. Pascal lo escuchaba sonriente; examinaba con curiosidad sus gestos, los juegos ardientes de su fisonomía, como si estuviera estudiando un sujeto, disecado con entusiasmo, para ver lo que había en el fondo de aquella fiebre generosa.

—¡Cómo te pones! ¡Cómo te pones! ¡Ah, eres nieto de tu abuela! —Y añadió, en voz baja, con el tono de un químico que toma notas—: Histeria o entusiasmo, locura vergonzosa o locura sublime. ¡Siempre esos nervios del demonio! —Después concluyó en alto, resumiendo su pensamiento—: La familia está completa —prosiguió—. Tendrá un héroe.

Silvère no lo había oído. Seguía hablando de su querida República. A unos pasos, Miette se había detenido, vestida siempre con su gran pelliza roja; ya no se separaba de Silvère, habían recorrido la ciudad cogiditos del brazo. Aquella chicarrona roja acabó por intrigar a Pascal; interrumpió bruscamente a su primo y le preguntó:

—¿Quién es esa niña que está contigo?

—Es mi mujer —respondió gravemente Silvère.

El doctor abrió mucho los ojos. No comprendió. Y como era muy tímido con las mujeres, dirigió a Miette, al alejarse, un amplio sombrerazo.

La noche fue inquieta. Un viento de desdicha pasó sobre los insurgentes. El entusiasmo, la confianza de la víspera se vieron como arrastrados por las tinieblas. Por la mañana, los rostros estaban sombríos; había intercambios de miradas tristes, largos silencios de desaliento. Corrían rumores pavorosos; las malas noticias, que los jefes habían conseguido ocultar desde la víspera, se habían difundido sin que nadie hubiera hablado, apuntadas por esa boca invisible que lanza de un soplo el pánico entre las multitudes. Unas voces decían que París estaba vencido, que la provincia había tendido los pies y los puños; y esas voces añadían que numerosas tropas salidas de Marsella, a las órdenes del coronel Masson y del señor de Blériot, el prefecto del departamento, avanzaban a marchas forzadas para destruir a las bandas insurrectas. Se produjo un derrumbamiento, un despertar lleno de cólera y desesperación. Esos hombres, que la víspera ardían de fiebre patriótica, se sintieron escalofríos con el gran frío de la Francia sometida, vergonzosamente arrodillada.

¡Sólo ellos habían tenido, pues, el heroísmo del deber! Estaban, en ese momento, perdidos en medio del espanto de todos, en el silencio de muerte del país; se convertían en rebeldes; iban a cazarlos a tiros de fusil, como a bestias feroces. ¡Y habían soñado con una gran guerra, la revuelta de un pueblo, la conquista gloriosa del derecho! Entonces, ante tal derrota, ante tal abandono, aquel puñado de hombres lloró por su fe muerta, por su sueño de justicia desvanecido. Los hubo que, insultando a Francia entera por su cobardía, tiraron sus armas y fueron a sentarse al borde de los caminos; decían que esperarían allí las balas de la tropa, para demostrar como morían los republicanos.

Aunque esos hombres no tenían ante sí sino el exilio o la muerte, hubo pocas deserciones. Una admirable solidaridad unía a aquellas bandas. La cólera se volvió contra los jefes. Éstos eran realmente incapaces. Se habían cometido faltas irreparables; y ahora, abandonados, sin disciplina, apenas protegidos por unos cuantos centinelas, a las órdenes de hombres irresolutos, los insurgentes se hallaban a merced de los primeros soldados que se presentaran.

Pasaron dos días más en Orchéres, el martes y el miércoles, perdiendo el tiempo, agravando su situación. El general, el hombre del sable que Silvère había mostrado a Miette en la carretera de Plassans, vacilaba, abrumado por la terrible responsabilidad que pesaba sobre él. El jueves juzgó que decididamente la posición de Orchéres era peligrosa. Hacia la una, dio la orden de partida, condujo a su pequeño ejército hasta las alturas de Sainte-Roure. Ésta era, por lo demás, una posición inexpugnable, para quien hubiera sabido defenderla. Sainte-Roure escalona sus casas sobre el flanco de una colina; detrás de la ciudad, enormes bloques de rocas cierran el horizonte; sólo se puede subir a esta especie de ciudadela por la llanura de Nores, que se ensancha al pie de la meseta. Una explanada, convertida en un paseo, plantado de soberbios olmos, domina la llanura. Fue en esa explanada donde acamparon los insurgentes. Los rehenes tuvieron por prisión un hotel, la posada de La Mula Blanca, situada en el centro del paseo. La noche transcurrió pesada y negra. Se habló de traición. Por la mañana, el hombre del sable, que no se había cuidado de tomar las más simples precauciones, pasó revista. Los contingentes estaban alineados, dando la espalda a la llanura, con la extraña confusión de sus ropas, chaquetas pardas, gabanes oscuros, blusas azules ajustadas por cinturones rojos; las armas, disparatadamente mezcladas, relucían al sol claro, las hoces recién afiladas, las anchas

palas de cavador, los cañones bruñidos de las escopetas de caza. Entonces, en el momento en que el improvisado general pasaba a caballo ante el pequeño ejército, un centinela a quien habían olvidado en un campo de olivos, acudió gesticulando, gritando:

—¡Los soldados! ¡Los soldados!

Se produjo una emoción indecible. Se pensó primero en una falsa alarma. Los insurgentes, olvidados de toda disciplina, se lanzaron hacia delante, corrieron al extremo de la explanada, para ver a los soldados. Se rompieron filas. Y cuando la línea oscura de la tropa apareció, correcta, con el ancho centelleo de las bayonetas, tras la cortina grisácea de los olivos, hubo un movimiento de retroceso, una confusión que llevó un escalofrío de pánico de un extremo a otro de la meseta.

Sin embargo, en el centro del paseo, La Palud y Saint-Martin-de-Vaulx se habían vuelto a formar, se mantenían feroces y en pie. Un leñador, un gigante cuya cabeza descollaba entre las de sus compañeros, gritaba, agitando su corbata roja:

—¡A nosotros Chavanoz, Graille, Poujols, Saint-Eutrope! ¡A nosotros Les Tulettes! ¡A nosotros Plassans!

Grandes corrientes de gentío cruzaban la explanada. El hombre del sable, rodeado por la gente de Faverolles, se alejó, con varios contingentes del campo, Vemoux, Corbiére, Marsanne, Pruinas, para rodear al enemigo y cogerlo por el flanco. Otros, Valqueyras, Nazéres, Castel-le-Vieux, Les Roches Noires, Murdaran, se lanzaron a la izquierda, se dispersaron en guerrilla por la llanura de Nores.

Y mientras el paseo se vaciaba, las ciudades, los pueblos que el leñador había llamado en su ayuda se reunían, formaban bajo los olmos una masa oscura, irregular, agrupada al margen de todas las reglas de la estrategia, pero que había rodado hasta allá, como un bloque, para cortar el camino o morir. Plassans se encontraba en el medio de ese batallón heroico. En el tono gris de las blusas y de las chaquetas, en el resplandor azulado de las armas, la pelliza de Miette, que sostenía la bandera con las dos manos, ponía una ancha mancha roja, una mancha de herida fresca y sangrante.

Hubo bruscamente un gran silencio. En una de las ventanas de La Mula Blanca apareció la cabeza macilenta del señor Peirotte. Hablaba, hacía

gestos.

—Entre, cierre los postigos —gritaron los insurgentes furiosamente—, va a conseguir que lo maten.

Los postigos se cerraron a toda prisa, y ya sólo se oyeron los pasos cadenciosos de los soldados que se acercaban.

Transcurrió un minuto, interminable. La tropa había desaparecido; estaba escondida en un repliegue del terreno, y pronto los insurgentes divisaron, por el lado de la llanura, a ras del suelo, puntas de bayonetas que brotaban, crecían, oscilaban bajo el sol naciente, como un trigal de espigas de acero. Silvère, en ese momento, con la fiebre que lo sacudía, creyó ver pasar ante él la imagen del gendarme cuya sangre le había manchado las manos; sabía, por los relatos de sus compañeros, que Rengade no había muerto, que tenía simplemente un ojo reventado; y lo distinguía claramente, con su órbita vacía, sangrante, horrible. La idea aguda de aquel hombre, en quien no había vuelto a pensar desde su salida de Plassans, le resultó insoportable. Temió tener miedo. Apretaba violentamente su carabina, los ojos velados por una niebla, ansioso por descargar su arma, por expulsar la imagen del tuerto a tiros. Las bayonetas seguían subiendo lentamente.

Cuando las cabezas de los soldados aparecieron al borde de la explanada, Silvère, con un movimiento instintivo, se volvió hacia Miette. Allí estaba, crecida, con el rostro rosado, entre los pliegues de la bandera roja; se alzaba de puntillas para ver a la tropa; una espera nerviosa hacía latir las aletas de su nariz, mostraba sus dientes blancos de lobo joven entre la rojez de sus labios. Silvère le sonrió. Y aún no había vuelto la cabeza cuando estalló una descarga. Los soldados, de quienes todavía sólo se veían los hombros, acababan de hacer fuego por primera vez. Le pareció que un gran viento pasaba sobre su cabeza, mientras una lluvia de hojas cortadas por las balas caía de los olmos. Un ruido seco, similar al de una rama muerta que se rompe, le llevó a mirar a su derecha. Vio en tierra al alto leñador, aquel cuya cabeza descollaba entre las de los otros, con un agujerito negro en medio de la frente. Entonces descargó su carabina frente a sí, sin apuntar, después cargó, tiró de nuevo. Y esto, siempre, como furibundo, como un animal que no piensa en nada, que se apresura a matar. Ni siquiera distinguía a los soldados: bajo los olmos flotaban humos, similares a jirones de muselina gris. Las hojas seguían lloviendo sobre los insurgentes, la tropa tiraba demasiado alto. A veces, entre los

ruidos desgarradores del tiroteo, el joven oía un suspiro, un estertor sordo; alguien daba en la pequeña banda un empujón, como para dejar sitio a los desdichados que caían aferrándose a los hombros de sus vecinos. Durante diez minutos, el fuego prosiguió.

Después, entre dos descargas, un hombre gritó: «¡Sálvese quien pueda!» con un terrible acento de terror. Hubo gruñidos, murmullos de rabia, que decían: «¡Qué cobardes! ¡Oh, qué cobardes!». Corrían frases siniestras: el general había huido; la caballería acuchillaba a los tiradores dispersos por la llanura de Nores. Y los disparos no cesaban, partían irregulares, rayando el humo con bruscas llamas. Una voz ruda repetía que había que morir allí. Pero la voz asustada, la voz del terror, gritaba más fuerte: «¡Sálvese quien pueda! ¡Sálvese quien pueda!». Algunos hombres huyeron, arrojando sus armas, saltando por encima de los muertos. Los otros cerraron filas. Quedó una decena de insurgentes. Dos más emprendieron la huida; y, de los otros ocho, a tres los mataron de un disparo.

Los dos niños se habían quedado maquinalmente, sin entender nada. A medida que el batallón disminuía, Miette elevaba más la bandera; la sostenía, como un gran cirio, ante sí, con los puños cerrados. Estaba acribillada a balas. Cuando a Silvère no le quedaron ya cartuchos en los bolsillos, dejó de disparar y miró su carabina con aire de pasmo. Fue entonces cuando una sombra pasó sobre su cara como si un ave colosal hubiera rozado su frente con un batir de alas. Y alzando los ojos, vio la bandera que caía de las manos de Miette. La niña, con los dos puños apretados sobre el pecho, la cabeza hacia atrás, con una atroz expresión de sufrimiento, giraba lentamente sobre sí misma. No lanzó un grito; se abatió hacia atrás, sobre el lienzo rojo de la bandera.

—Levántate, date prisa —dijo Silvère tendiéndole la mano, perdida la cabeza. Pero ella seguía en el suelo, con los ojos muy abiertos, sin decir una palabra. El comprendió, cayó de rodillas—. ¿Estás herida, dime? ¿Dónde estás herida? —Ella seguía sin decir nada; se ahogaba; lo miraba con sus ojos agrandados, sacudida por cortos escalofríos. Entonces él le apartó las manos—. Es ahí, ¿no? Es ahí. Y rasgó su blusa, le desnudó el pecho. Buscó, no vio nada. Sus ojos se llenaban de lágrimas. Después, bajo el seno izquierdo, distinguió un agujerito rosa; una sola gota de sangre manchaba la herida—. No será nada —balbucía—; voy a ir a buscar a Pascal, él te curará. Si pudieras levantarte… ¿No puedes

levantarte?

Los soldados ya no disparaban; se habían lanzado hacia la izquierda, sobre los contingentes guiados por el hombre del sable. En el centro de la explanada vacía, sólo estaba Silvère arrodillado ante el cuerpo de Miette. Con la testarudez de la desesperación, la había cogido en sus brazos. Quería ponerla de pie; pero la niña tuvo tal sacudida de dolor que volvió a acostarla. Le suplicaba:

—Háblame, por favor. ¿Por qué no me dices nada?

Ella no podía. Agitó las manos, con un movimiento suave y lento, para decir que la culpa no era suya. Sus labios apretados se adelgazaban ya bajo el dedo de la muerte. Con el pelo suelto, la cabeza envuelta en los pliegues sangrantes de la bandera, lo único vivo en ella eran sus ojos, unos ojos negros, que brillaban en su rostro blanco. Silvère sollozó. Las miradas de esos grandes ojos afligidos le hacían daño. Veía en ellos una inmensa añoranza de la vida. Miette le decía que partía sola, antes de la boda, que se iba sin ser su mujer; le decía también que era él quien así lo había querido, que habría debido amarla como todos los chicos aman a las chicas. En su agonía, en aquella lucha ruda que su naturaleza sanguínea entablaba con la muerte, lloraba por su virginidad. Silvère, inclinado sobre ella, comprendió los sollozos amargos de esa carne ardiente. Oyó a lo lejos las instigaciones de las viejas osamentas; recordó las caricias que habían quedado en sus labios, de noche, al borde de la carretera; ella se colgaba de su cuello, le pedía todo el amor, y él, él no había sabido, la había dejado marcharse doncella, desesperada por no haber saboreado las voluptuosidades de la vida. Entonces, desolado al verla llevarse sólo de él un recuerdo de escolar y de buen compañero, besó su pecho de virgen, aquellos senos puros y castos que acababa de descubrir. Ignoraba aquel busto estremecido, aquella pubertad admirable. Sus lágrimas le bañaban los labios. Pegaba su boca sollozante a la piel de la niña. Esos besos de amante pusieron una última alegría en los ojos de Miette. Se amaban, y su idilio se desenlazaba en la muerte.

Pero él no podía creer que fuera a morir. Decía:

—No, vas a ver, no es nada… No hables, si sufres… Espera, voy a levantarte la cabeza; después te calentaré, tienes las manos heladas.

El tiroteo se reanudaba, a la izquierda, en los campos de olivos. De la

llanura de Nores ascendían sordos galopes de la caballería. Y a veces se oían grandes gritos de hombres degollados. Llegaban humos espesos, se arrastraban bajo los olmos de la explanada. Pero Silvère ya no oía, ya no veía. Pascal, que bajaba corriendo hacia la llanura, lo divisó, tendido en tierra, y se acercó, creyéndolo herido. En cuanto el joven lo hubo reconocido, se aferró a él. Le mostraba a Miette.

—Mire —decía—, está herida, ahí, bajo un pecho… ¡Ah!, qué bueno es al haber venido; la salvará.

En ese momento la moribunda tuvo una ligera convulsión. Una sombra dolorosa pasó por su rostro y, de sus labios apretados, que se abrieron, salió un pequeño soplo. Sus ojos, muy abiertos, quedaron clavados en el joven.

Pascal, que se había inclinado, se levantó diciendo a media voz:

—Está muerta.

¡Muerta! La palabra hizo tambalearse a Silvère. Se había vuelto a poner de rodillas; cayó sentado, como derribado por el pequeño soplo de Miette.

—¡Muerta! ¡Muerta! —repitió—, no es cierto, me mira… Ya ve usted que me mira.

Y agarró al médico por la ropa, conjurándole a que no se fuera, afirmando que se equivocaba, que no estaba muerta, que la salvaría, si quería. Pascal luchó suavemente, diciendo con su voz afectuosa:

—Nada puedo hacer ya, otros me esperan… Déjame, pobre chiquillo; está muerta y bien muerta.

Soltó su presa, se desplomó. ¡Muerta! ¡Muerta! ¡Otra vez esa palabra, que sonaba fúnebre en su cabeza vacía! Cuando estuvo solo, se arrastró junto al cadáver. Miette seguía mirándolo. Entonces se arrojó sobre ella, hundió la cabeza en el pecho desnudo, bañó su piel con sus lágrimas. Fue un arrebato. Posaba furiosamente los labios sobre la redondez naciente de los senos, le insuflaba en un beso toda su llama, toda su vida, como para resucitarla. Pero la niña se enfriaba bajo sus caricias. Sentía que aquel cuerpo inerte se abandonaba en sus brazos. Le asaltó el espanto; se acuclilló; con cara trastornada, los brazos colgantes, y se quedó allí,

atónito, repitiendo:

—Está muerta, pero me mira; no cierra los ojos, me sigue viendo.

Esta idea lo llenó de una gran dulzura. No volvió a moverse. Intercambió con Miette una larga mirada, leyendo aún, en aquellos ojos que la muerte volvía más profundos, las últimas añoranzas de la niña que lloraba por su virginidad.

Mientras tanto, la caballería seguía acuchillando a los fugitivos, en la llanura de Nores; los galopes de los caballos, los gritos de los moribundos, se alejaban, se dulcificaban, como una música rentota, traída por el aire límpido. Silvère ya no sabía que se luchaba. No vio a su primo, que subía la pendiente y atravesaba de nuevo el paseo. Al pasar, Pascal recogió la carabina de Macquart, que Silvére había tirado; la conocía por haberla visto colgada de la chimenea de tía Dide, y pensaba en salvarla de manos de los vencedores. Apenas había entrado en la posada de La Mula Blanca, a donde habían llevado gran número de heridos, cuando una oleada de insurgentes, a los que la tropa daba caza como a un rebaño de animales, invadió la explanada. El hombre del sable había huido; eran los últimos contingentes del campo, acosados. Hubo allí una espantosa matanza. El coronel Masson y el prefecto, el señor de Blériot, apiadados, ordenaron en vano la retirada. Los soldados, furiosos, continuaban disparando a los montones, clavando a los fugitivos contra las murallas a bayonetazos. Cuando no tuvieron más enemigos por delante, acribillaron a balas la fachada de La Mula Blanca. Los postigos saltaban en pedazos; una ventana, que estaba entreabierta, fue arrancada con un estruendo resonante de vidrios rotos. Voces lastimeras gritaban en el interior: «¡Los prisioneros! ¡Los prisioneros!». Pero la tropa no oía, seguía tirando. Se vio, en cierto momento, al comandante Sicardot, exasperado, aparecer en el umbral, hablar agitando los brazos. A su lado, el recaudador particular, Peirotte, mostró su menuda estatura, su rostro espantado. Hubo todavía una descarga Y el señor Peirotte cayó al suelo, de narices, como una masa.

Silvère y Miette se miraban. El joven había permanecido inclinado sobre la muerta, en medio del tiroteo y de los aullidos de agonía, sin volver siquiera la cabeza. Sintió solamente hombres a su alrededor, lo invadió un sentimiento de pudor: echó los pliegues de la bandera roja sobre Miette, sobre su pecho desnudo. Después continuaron mirándose.

Pero la lucha había acabado. La muerte del recaudador particular había saciado a los soldados. Unos hombres corrían, explorando todos los rincones de la explanada, para no dejar escapar a un solo insurgente. Un gendarme, que divisó a Silvère bajo los árboles, corrió allá, y viendo que tenía que habérselas con un niño:

—¿Qué haces ahí, galopín? —le preguntó. Silvère, los ojos en los ojos de Miette, no respondió—. ¡Ah, qué bandido, tiene las manos negras de pólvora! —exclamó el hombre, que se había bajado—. ¡Vamos, en pie, canalla! Verás lo que te espera. —Y como Silvère, sonriendo vagamente, no se movía, el hombre se percató de que el cadáver que se encontraba allí, en la bandera, era un cadáver de mujer—: ¡Guapa chica, lástima! —murmuro—. Tu amante, ¿eh? ¡Crápula! —Después agregó, con un risa de gendarme—: ¡Vamos, en pie!… Ahora que está muerta, no querrás acostarte con ella.

Tiró violentamente de Silvère, lo puso en pie, se lo llevó como a un perro al que arrastran de una pata. Silvère se dejó arrastrar, sin una palabra, con una obediencia de niño. Se volvió, miró a Miette. Le desesperaba dejarla completamente sola, bajo los árboles. La vio de lejos, por última vez. Permanecía allí, casta, en la bandera roja, con la cabeza levemente inclinada, con sus grandes ojos que miraban al vacío.

Capítulo 6

Rougon, hacia las cinco de la madrugada, se atrevió por fin a salir de casa de su madre. La anciana se había dormido en una silla. Se aventuró despacito hasta el extremo del callejón de San Mittre. Ni un ruido, ni una sombra. Se acercó hasta la puerta de Roma. El hueco de la puerta, con las dos hojas abiertas, de par en par, se hundía en la negrura de la ciudad dormida. Plassans dormía a pierna suelta, sin parecer sospechar la enorme imprudencia que cometía al dormir así con las puertas abiertas. Parecía una ciudad muerta. Rougon, tomando confianza, se adentró por la calle de Niza. Vigilaba desde lejos las esquinas de las callejas; se estremecía en cada portal, creyendo siempre ver una banda de insurgentes saltar a sus espaldas. Pero llegó al paseo Sauvaire sin contratiempos. Decididamente, los insurgentes se habían desvanecido en las tinieblas, como una pesadilla.

Entonces Pierre se detuvo un instante en la acera desierta. Exhaló un gran suspiro de alivio y de triunfo. Conque esos bribones de republicanos le entregaban Plassans. La ciudad le pertenecía, a esa hora: dormía cómo una tonta; allí estaba, negra y apacible, muda y confiada, y sólo tenía que alargar la mano para cogerla. Esta corta parada, esa mirada de hombre superior lanzada sobre el sueño de toda una subprefectura, le causaron goces inefables. Allí, cruzado de brazos, adoptó, solo en la noche, una actitud de gran capitán en vísperas de una victoria. A lo lejos, sólo oía el canto de las fuentes del paseo, cuyos sonoros hilos de agua caían en los estanques.

Después lo asaltó la inquietud. ¡Y si, por desgracia, se hubiera hecho el Imperio sin él! ¡Si los Sicardot, los Garçonnet, los Peirotte, en lugar de ser arrestados y llevados por la banda insurrecta, la hubiesen arrojado entera a las cárceles de la ciudad!

Sintió un sudor frío, reanudó la marcha, esperando que Félicité le daría informes exactos. Avanzaba más rápidamente, deslizándose a lo largo de las casas de la calle de la Banne, cuando un extraño espectáculo, que vio al alzar la cabeza, lo clavó en seco en el empedrado. Una de las ventanas

del salón amarillo estaba brillantemente iluminada y, en el resplandor, una forma negra, en la que reconoció a su mujer, se inclinaba, agitando los brazos de manera desesperada. Se interrogaba, no comprendía, espantado, cuando un objeto duro rebotó en la acera, a sus pies. Felicité le tiraba la llave del cobertizo, donde él había ocultado una reserva de fusiles. Esa llave significaba claramente que había que coger las armas. Desanduvo el camino, sin explicarse por qué su mujer le había impedido subir, imaginándose cosas terribles.

Fue derecho a casa de Roudier, a quien encontró levantado, dispuesto a marchar, pero en completa ignorancia de los acontecimientos de la noche. Roudier vivía en un extremo de la ciudad nueva, al fondo de un desierto donde el paso de los insurgentes no había despertado el menor eco. Pierre le propuso ir a ver a Granoux, cuya casa hacía esquina en la plaza de los Recoletos, y bajo las ventanas del cual debía de haber pasado la banda. La criada del concejal parlamentó mucho tiempo antes de introducirlos, y oían la voz temblorosa del pobre hombre, que gritaba desde el primer piso:

—¡No abra, Catherine! Las calles están infestadas de tunantes.

Estaba en su dormitorio, sin luz. Cuando reconoció a sus dos buenos amigos, se mostró aliviado; pero no quiso que la criada trajese una lámpara, por miedo a que la claridad atrajera alguna bala. Parecía creer que la ciudad estaba todavía llena de insurrectos. Retrepado en un sillón, junto a la ventana, en calzoncillos y con la cabeza envuelta en un pañuelo, gemía:

—¡Ay, amigos míos, si supieran!… He intentado acostarme, pero ¡armaban un alboroto! Entonces me eché en este sofá. Lo he visto todo, todo. Caras atroces, una banda de presidiarios escapados. Después volvieron a pasar; se llevaban al valiente comandante Sicardot, al digno señor Garçonnet, al jefe de correos, a todos esos señores, lanzando gritos de caníbales… —Rougon sintió una cálid a alegría. Hizo repetir al señor Granoux que había visto perfectamente al alcalde y a los otros en medio de aquellos bandidos—. ¡Se lo digo yo! —lloraba el hombrecillo—; estaba detrás de mi persiana… Como al señor Peirotte, vinieron a detenerlo; le oí que decía, al pasar bajo mi ventana: «Señores, no me hagan daño». Debían de martirizarlo… Es una vergüenza, una vergüenza…

Roudier calmó a Granoux afirmando que la ciudad estaba libre. Y entonces

al digno hombre le entró un gran ardor guerrero, cuando Pierre lo enteró de que venía a buscarlo para salvar Plassans. Los tres salvadores deliberaron. Resolvieron ir a despertar a cada uno de sus amigos y citarlos ante el cobertizo, el arsenal secreto de la reacción. Rougon seguía pensando en los grandes gestos de Félicité, olfateando un peligro en alguna parte. Granoux, seguramente el más bruto de los tres, fue el primero en opinar que debían de haber quedado republicanos en la ciudad. Fue un rayo de luz, y Rougon, con un presentimiento que no lo engañó, se dijo para sí: «Macquart anda en el asunto».

Al cabo de una hora, se encontraron en el cobertizo, situado al fondo de un barrio perdido. Habían ido allí discretamente, de puerta en puerta, ahogando el ruido de las campanillas y de las aldabas, reclutando el mayor número de hombres posible. Pero sólo habían podido reunir unos cuarenta, que llegaron en fila, escurriéndose en las sombras, sin corbata, con caras muy pálidas y aún muy dormidas de burgueses espantados. El cobertizo, alquilado a un tonelero, se hallaba atestado de viejos flejes, de barriles desfondados, que se amontonaban en los rincones. En el medio, los fusiles estaban tendidos en tres cajas largas. Una torcida de cera, colocada en un trozo de madera, iluminaba esta extraña escena con un resplandor de mariposa oscilante. Cuando Rougon hubo retirado las tapas de las tres cajas, se produjo un espectáculo siniestramente grotesco. Por encima de los fusiles, cuyos cañones brillaban, azulados y como fosforescentes, se estiraban cuellos, se inclinaban cabezas con una especie de horror secreto, mientras, en las paredes, la claridad amarilla de la torcida dibujaba la sombra de narices enormes y de tales de pelo tiesos.

Mientras tanto la banda reaccionaria se contó y, ante lo reducido de su número, tuvo una vacilación. No eran sino treinta y nueve, con toda seguridad los iban a asesinar; un padre de familia habló de sus hijos; otros, sin alegar pretextos, se dirigieron hacia la puerta. Pero llegaban dos nuevos conjurados; éstos vivían en la plaza del Ayuntamiento, sabían que quedaban, en la alcaldía, una veintena de republicanos a lo sumo. Deliberaron de nuevo. Cuarenta y uno contra veinte pareció una cifra posible. La distribución de las armas se llevó a cabo entre pequeños escalofríos. Era Rougon quien las sacaba de las cajas, y cada cual, al recibir su fusil, cuyo cañón, en la noche de diciembre, estaba helado, sentía que un gran frío penetraba en él y le congelaba hasta las entrañas. Las sombras, en las paredes, adoptaron actitudes extravagantes de reclutas cohibidos, apartando sus diez dedos. Pierre cerró las cajas con

pesar; dejaba allí ciento nueve fusiles que habría distribuido de buena gana; a continuación pasó a repartir los cartuchos. Había, en el fondo de la cochera, dos grandes toneles, llenos hasta el borde, con que defender Plassans contra un ejército. Y como aquel rincón no estaba iluminado, y uno de los señores traía la torcida, otro de los conjurados —era un gordo salchichero que tenía puños de gigante— se enfadó, diciendo que no era nada prudente acercar así la luz. Lo aprobaron con fuerza. Los cartuchos fueron distribuidos en plena oscuridad. Se llenaron los bolsillos hasta rebosar. Después, una vez dispuestos, cuando hubieron cargado sus armas con precauciones infinitas, se quedaron allí un instante, mirándose con aire torvo, intercambiando miradas en las que una cobarde crueldad brillaba entre la tontería.

Por las calles, avanzaron a lo largo de las casas, mudos, en una sola fila, como salvajes que parten a la guerra. Rougon había considerado un honor marchar al frente; había llegado la hora en que debía dar el pecho si quería el éxito de sus planes; tenía gotas de sudor en la frente, a pesar del frío, pero conservaba un aire muy marcial. Detrás de él venían inmediatamente Roudier y Granoux. En dos ocasiones la columna se detuvo en seco; había creído oír lejanos ruidos de batalla; no eran sino las pequeñas bacías de cobre, colgadas de cadenillas, que sirven de muestra a los barberos del sur, y que agitaban las ráfagas de viento. Después de cada alto, los salvadores de Plassans reanudaban su marcha prudente en la oscuridad, con su aspecto de héroes amedrentados. Llegaron así a la plaza del Ayuntamiento. Allá, se agruparon en torno a Rougon, deliberando una vez más. Frente a ellos, en la fachada negra de la alcaldía, sólo una ventana estaba iluminada. Eran cerca de las siete, ya iba a nacer el día.

Tras diez minutos largos de discusión, se decidió que avanzarían hasta la puerta, para ver qué significaban esa sombra y ese silencio inquietantes. La puerta estaba entornada. Uno de los conjurados pasó la cabeza y la retiró vivamente, diciendo que había en el portal un hombre sentado contra la pared, con un fusil entre las piernas, y que dormía. Rougon, viendo que podía empezar con una hazaña, entró el primero, se apoderó del hombre y lo sujetó, mientras Roudier lo amordazaba. Este primer éxito, obtenido en silencio, animó singularmente a la pequeña tropa, que había soñado con un tiroteo muy mortífero. Y Rougon hacía señas imperiosas para que la alegría de sus soldados no estallara demasiado ruidosamente.

Continuaron avanzando de puntillas. Después, a la izquierda, en el retén de policía que se encontraba allí, distinguieron unos quince hombres acostados en camas de campaña, roncando en el resplandor agonizante de un farol colgado de la pared. Rougon, que decididamente se estaba convirtiendo en un gran general, dejó ante el retén a la mitad de sus hombres, con la orden de no despertar a los dormidos, sino de tenerlos a raya y hacerlos prisioneros, si se movían. Lo que le inquietaba era la ventana iluminada que habían visto desde la plaza; seguía oliéndose que Macquart estaba mezclado en el asunto, y como percibía que ante todo había que apoderarse de los que velaban arriba, no le incomodaba actuar por sorpresa, antes de que el ruido de una lucha los impulsase a atrancar la puerta. Subió despacito, seguido por los veinte héroes de los que aún disponía; Roudier mandaba el destacamento que seguía en el patio.

Macquart, en efecto, se pavoneaba arriba en el despacho del alcalde, sentado en su sillón, de codos sobre el escritorio. Tras la marcha de los insurgentes, con la gran confianza de un hombre de espíritu grosero, entregado a su idea fija y a su victoria, se había dicho que era el alcalde de Plassans y que iba a conducirse como un triunfador. Para él, aquella banda de tres mil hombres que acababa de cruzar la ciudad era un ejército invencible, cuya proximidad bastaría para mantener a los burgueses humildes y dóciles bajo su mano. Los insurgentes habían encerrado a los gendarmes en su cuartel, la guardia nacional se encontraba desmembrada, el barrio noble debía de reventar de miedo, los rentistas de la ciudad nueva jamás habían tocado un fusil en su vida, con toda seguridad. No había armas, además, como tampoco soldados. Ni siquiera tomó la precaución de mandar cerrar las puertas, y mientras sus hombres llevaban su confianza aún más lejos, hasta dormirse, él esperaba tranquilamente el nuevo día, que, pensaba, iba a traer y agrupar a su alrededor a todos los republicanos de la región.

Ya pensaba en grandes medidas revolucionarias: el nombramiento de un municipio cuyo jefe sería él, la prisión de los malos patriotas y sobre todo de la gente que le desagradaba. El pensamiento de los Rougon vencidos, del salón amarillo desierto, de toda esa camarilla pidiéndole gracia, lo sumía en un dulce gozo. Para armarse de paciencia, había resuelto dirigir una proclama a los habitantes de Plassans. Se habían puesto entre cuatro a redactar el cartel. Una vez terminada, Macquart, adoptando una actitud digna en el sillón del alcalde, hizo que se la leyeran, antes de enviarla a la imprenta de *El Independiente*, con cuyo civismo contaba. Uno de los

redactores comenzaba con énfasis: «Habitantes de Plassans, la hora de la independencia ha sonado, el reinado de la justicia ha llegado…», cuando se dejó oír un ruido en la puerta del despacho, que se abría lentamente.

—¿Eres tu, Cassoute? —preguntó Macquart interrumpiendo la lectura. Nadie respondió; la puerta seguía abriéndose—. ¡Entra de una vez! —prosiguió con impaciencia—. ¿Ese bandido de mi hermano está en su casa?

Entonces, bruscamente, las dos hojas de la puerta, empujadas con violencia, batieron contra las paredes, y una oleada de hombres armados, en medio de los cuales marchaba Rougon, muy rojo, con los ojos fuera de las órbitas, invadieron el despacho blandiendo sus fusiles congo palos.

—¡Ah, qué canallas, tienen armas! —rugió Macquart.

Quiso coger un par de pistolas dejadas sobre el escritorio; pero ya tenía cinco hombres al cuello que lo sujetaban. Los cuatro redactores de la proclama lucharon un instante. Hubo empujones, sordos pataleos, ruidos de caídas. A los combatientes les estorbaban singularmente sus fusiles, que no les servían de nada, y que no querían soltar. En la lucha, el de Rougon, que un insurrecto trataba de arrebatarle, se disparó solo, con una detonación espantosa, llenando el despacho de humo; la bala fue a romper un soberbio espejo, que subía desde la chimenea hasta el techo, y que tenía la reputación de ser uno de los espejos mas hermosos de la ciudad. Este tiro, disparado sin saber por qué, enmudeció a todo el mundo y puso fin a la batalla.

Entonces, mientras aquellos señores resoplaban, se oyeron tres detonaciones que venían del patio. Granoux corrió a una de las ventanas del despacho. Los rostros se alargaron, y todos, inclinados ansiosamente, esperaron, nada interesados en tener que reanudar la lucha con los hombres del retén, a quienes habían olvidado en su victoria. Pero la voz de Roudier gritó que todo iba bien; Granoux cerró la ventana, radiante. La verdad era que el disparo de Rougon había despertado a los durmientes; se habían rendido, al ver imposible toda resistencia. Sólo que, con las prisas ciegas que tenían por acabar, tres de los hombres de Roudier habían descargado sus armas al aire, como para responder a la detonación de arriba, sin saber muy bien lo que hacían. Hay momentos en los que los fusiles se disparan solos en manos de los cobardes.

Mientras tanto Rougon mandó atar firmemente las manos de Macquart con los alzapaños de las grandes cortinas verdes del despacho. Éste reía burlón, lloraba de rabia.

—Eso es, continúen… —balbucía—. Esta noche o mañana, cuando los otros regresen, ¡ajustaremos cuentas!

Esta alusión a la banda insurrecta produjo un escalofrío en la espalda de los vencedores. Rougon, sobre todo, experimentó un leve ahogo. Su hermano, que estaba exasperado por haber sido sorprendido como un niño por aquellos burgueses asustados, a quienes motejaba de abominables civiles, a título de ex soldado, lo miraba, lo desafiaba con ojos relucientes de odio.

—¡Ah! ¡Sé cosas muy interesantes! ¡Sé cosas muy interesantes! —prosiguió sin quitarle ojo—. Mándenme ante un tribunal para que les cuente a los jueces historias que harán reír.

Rougon se demudó. Tuvo un miedo atroz de que Macquart hablase y él perdiera el aprecio de los caballeros que acababan de ayudarle a salvar Plassans. Por otra parte, esos caballeros, estupefactos con el dramático encuentro de los dos hermanos, se habían retirado a un rincón del despacho, viendo que iba a producirse una explicación tormentosa. Rougon tomó una decisión heroica. Avanzó hacia el grupo y dijo en tono nobilísimo:

—Conservaremos aquí a este hombre. Cuando haya reflexionado sobre su situación, podrá darnos informaciones útiles. —Después, con una voz aún más digna—: Cumpliré con mi deber, caballeros. He jurado salvar a la ciudad de la anarquía, y la salvaré, aun cuando tenga que ser el verdugo de mi pariente más cercano.

Recordaba a un antiguo romano sacrificando a su familia en el altar de la patria. Granoux, emocionadísimo, fue a estrecharle la mano con un aire lacrimógeno, que significaba: «Lo comprendo, ¡es usted sublime!». A continuación le hizo el favor de llevarse a todo el mundo, con el pretexto de conducir al patio a los cuatro prisioneros que estaban allí.

Cuando Pierre estuvo a solas con su hermano, sintió que recobraba todo su aplomo. Prosiguió:

—¿No me esperaba usted, verdad? Ahora comprendo: debió usted de urdir alguna asechanza en mi casa. ¡Desdichado! ¡Ya ve adónde lo han conducido sus vicios y desórdenes!

Macquart se encogió de hombros.

—Oiga —respondió—, déjeme en paz. Es usted un viejo tunante. Reirá mejor el que ría el último.

Rougon, que no tenía un plan concreto respecto a él, lo empujó a un cuarto de aseo donde el señor Garçonnet iba a descansar a veces. Este cuarto, iluminado por arriba, no tenía otra salida que la puerta de entrada. Estaba amueblado con unos sillones, un diván y un lavabo de mármol. Pierre cerró la puerta con doble vuelta, tras haber desatado a medias las manos de su hermano. Se oyó a este último arrojarse en el diván, y entonar el *Çaira*! con una voz formidable, como para acunarse.

Rougon, solo por fin, se sentó a su vez en el sillón del alcalde. Exhaló un suspiro, se enjugó la frente. ¡Qué dura era la conquista de la fortuna y los honores! Por fin tocaba su meta, sentía el muelle sillón hundido bajo él, acariciaba con la mano, con gesto maquinal, el escritorio de caoba, que encontraba sedoso y delicado como la piel de una mujer bonita. Y se arrellanó aún más, adoptó la actitud digna que Macquart tenía un momento antes, escuchando la lectura de la proclama. En torno a él, el silencio del despacho le parecía cobrar una gravedad religiosa, que impregnaba su alma de divina voluptuosidad. Hasta el olor a polvo y a papeles viejos, que andaban rodando por los rincones, ascendía como un incienso a sus ventanillas dilatadas. Ese aposento, de colgaduras ajadas, que apestaba a los negocios estrechos, a las preocupaciones miserables de un ayuntamiento de tercer orden, era un templo, en cuyo dios se convertía él. Entraba en algo sagrado. Él, a quien en el fondo no le gustaban los curas, recordó la emoción deliciosa de su primera comunión cuando había creído tragar a Jesús.

Pero, en su arrobo, experimentaba pequeños sobresaltos nerviosos a cada estallido de voz de Macquart. Las palabras de aristócrata, horca, las amenazas de ejecución, le llegaban en ráfagas violentas a través de la puerta y cortaban de forma desagradable su sueño triunfante. ¡Siempre aquel hombre! Y su sueño, que le mostraba Plassans a sus pies, se remataba con la brusca visión del tribunal, de los jueces, de los jurados y del público, escuchando las vergonzosas revelaciones de Macquart, la

historia de los cincuenta mil francos y las otras; o bien, mientras disfrutaba de la blandura del sillón del señor Garçonnet, se veía de golpe ahorcado de un farol en la calle de la Banne. ¿Quién lo desembarazaría de aquel miserable? Por fin Antoine se durmió. Pierre tuvo diez minutos largos de puro éxtasis.

Roudier y Granoux vinieron a sacarlo de esta beatitud. Llegaban de la cárcel, adonde habían llevado a los insurrectos. La luz crecía, la ciudad iba a despertarse, era hora de tomar una decisión. Roudier declaró que ante todo convendría dirigir una proclama a los habitantes. Pierre, justamente, leía la que los insurgentes habían dejado sobre una mesa.

—Hombre —exclamó—, aquí hay una que nos viene al pelo. Sólo hay que cambiar unas cuantas palabras.

Y en efecto, bastó un cuarto de hora, al cabo del cual Granoux leyó, con voz conmovida:

—Habitantes de Plassans, la hora de la resistencia ha sonado, el reino del orden ha regresado…

Se decidió que la imprenta de *La Gaceta* imprimiera la proclama, que se exhibiría en todas las esquinas de las calles.

—Y ahora escuchen —dijo Rougon—, vamos a ir a mi casa; durante este tiempo el señor Granoux reunirá aquí a todos los concejales que no han sido detenidos, y les contará los terribles acontecimientos de esta noche. —Después añadió, con majestuosidad—: Estoy totalmente dispuesto a aceptar la responsabilidad de mis actos. Si lo que ya he hecho parece prenda suficiente de mi amor al orden, consiento en ponerme a la cabeza de una comisión municipal, hasta que puedan ser restablecidas las autoridades regulares. Pero, para que no me acusen de ambición, sólo regresaré a la alcaldía llamado por las instancias de mis ciudadanos.

Granoux y Roudier protestaron. Plassans no sería ingrato. Pues, a fin de cuentas, su amigo había salvado a la ciudad. Y recordaron todo lo que había hecho por la causa del orden: el salón amarillo siempre abierto a los amigos del poder, la buena palabra llevada a los tres barrios, el depósito de armas cuya idea le pertenecía, y sobre todo esa noche memorable, esa noche de prudencia y heroísmo, en la cual se había hecho ilustre para siempre. Granoux añadió que estaba seguro de antemano de la

admiración y el agradecimiento de los señores concejales. Concluyó diciendo:

—No se mueva de su casa; iré a buscarlo y lo traeré en triunfo.

Roudier dijo aún que comprendía, por otra parte, el tacto y la modestia de su amigo, y que los aprobaba. Nadie, desde luego, pensaría en acusarlo de ambición, pero percibirían la delicadeza que desplegaba al no querer ser nada sin el asentimiento de sus conciudadanos. Esto era muy digno, muy noble, del todo grande. Ante esta lluvia de elogios, Rougon agachaba humildemente la cabeza. Murmuraba: «No, no, van ustedes demasiado lejos», con pequeños soponcios de hombre voluptuosamente cosquilleado. Cada frase del fabricante de punto retirado y del ex comerciante de almendras, colocados uno a su derecha, otro a su izquierda, le pasaba suavemente por la cara; y, echado hacia atrás en el sillón del alcalde, impregnado de los sentimientos administrativos del despacho, saludaba a diestro y siniestro, con traza de príncipe pretendiente a quien un golpe de Estado va a convertir en emperador.

Cuando estuvieron hartos de incensarse, bajaron. Granoux marchó en busca de los concejales. Roudier le dijo a Rougon que se adelantara; él lo alcanzaría en su casa, tras haber dado las órdenes necesarias para la custodia de la alcaldía. La luz crecía; Pierre llegó a la calle de la Banne, taconeando militarmente en las aceras, todavía desiertas. Llevaba el sombrero en la mano, pese al vivo frío; arranques de orgullo le subían toda la sangre al rostro.

Al pie de la escalera encontró a Cassoute. El cavador no se había movido, al no ver regresar a nadie. Allí estaba, en el primer peldaño, con la gran cabeza entre las manos, mirando fijamente al frente, con la mirada vacía y la muda terquedad de un perro fiel.

—¿Me esperaba usted, verdad? —le dijo Pierre, que lo comprendió todo al divisarlo—. ¡Bueno!, pues vaya a decirle al señor Macquart que he regresado. Pregunte por él en el ayuntamiento.

Cassoute se levantó y se retiró, saludando torpemente. Fue a entregarse como un corderito, con gran regocijo de Pierre, que se reía solo al subir la escalera, sorprendido de sí mismo, ocurriéndosele vagamente esta idea: «Tengo valor, ¿tendré también ingenio?».

Félicité no se había acostado. La encontró endomingada, con su gorro de cintas limón, como una mujer que espera visita. En vano había permanecido en la ventana, no había oído nada; se moría de curiosidad.

—¿Y qué? —preguntó, precipitándose al encuentro de su marido.

Éste, resoplando, entró en el salón amarillo, a donde ella lo siguió, cerrando cuidadosamente las puertas a sus espaldas. Se desplomó en un sillón, y dijo con voz ahogada:

—Hecho, seremos recaudador particular.

Ella le saltó al cuello, lo besó.

—¿De veras? ¿De veras? —grito—. Pues yo no oí nada. ¡Oh, maridito, cuéntame, cuéntamelo todo!

Volvía a sus quince años, se ponía zalamera, revoloteaba con sus vuelos bruscos de cigarra ebria de luz y de calor. Y Pierre, en la efusión de su victoria, vació su corazón. No omitió detalle. Explicó incluso sus proyectos futuros, olvidando que, según él, las mujeres no valían para nada, y que la suya debía ignorarlo todo, si quería seguir siendo el amo. Félicité, inclinada, se bebía sus palabras. Le obligó a volver a contar ciertas partes del relato, diciendo que no lo había entendido; en efecto, la alegría armaba tal jaleo en su cabeza que, a veces, se quedaba como sorda, con la mente perdida en pleno disfrute. Cuando Pierre contó el asunto de la alcaldía le entró la risa. Cambió tres veces de sillón, arrastrando los muebles, sin poder estarse quieta. Tras cuarenta años de esfuerzos continuos, por fin la fortuna se dejaba aferrar por el cuello. Se volvía loca, hasta el punto de olvidar toda prudencia.

—¡Eh! ¡Todo eso me lo debes a mí! —exclamó con una explosión de triunfo—. Si te hubiera dejado actuar, te habrían pillado los insurrectos como a un idiota: memo, era a Garçonnet, a Sicardot y a los otros a quienes había que arrojar a esas bestias feroces. —Y mostrando sus dientes bailoteantes de vieja, agregó con una risa de chiquilla—: ¡Eh! ¡Viva la República! ¡Ha despejado el patio!

Pero Pierre se había puesto de mal humor.

—Tú, tú —murmuró—, siempre crees haberlo previsto todo. Soy yo quien

tuvo la idea de esconderse. ¡Cómo si las mujeres entendieran algo de política! Vamos, pobrecita, si tú condujeras la barca, pronto nos habríamos ido a pique.

Félicité apretó los labios. Se había comprometido demasiado, había olvidado su papel de hada muda. Pero le entró una de esas rabias sordas que experimentaba cuando su marido la aplastaba con su superioridad. Se prometió de nuevo, para cuando llegase la hora, cualquier venganza exquisita que le entregaría al hombrecillo atado de pies y manos.

—¡Ah!, se me olvidaba —prosiguió Rougon—. El señor Peirotte está en el baile. Granoux lo vio debatiéndose en manos de los insurrectos.

Félicité tuvo un estremecimiento. Precisamente estaba en la ventana, mirando con amor los ventanales del recaudador particular. Acababa de experimentar la necesidad de volver a verlos, pues la idea del triunfo se confundía en ella con las ganas de aquel hermoso piso, cuyos muebles gastaba con la mirada desde hacía tanto tiempo.

Se volvió, y con una voz extraña:

—¿Han detenido al señor Peirotte? —dijo.

Sonrió complacida; después un vivo rubor amorató su cara. Acababa, en el fondo de sí misma, de expresar este deseo brutal: «¡Si los insurrectos lo mataran!». Pierre leyó sin duda ese pensamiento en sus ojos.

—¡A fe mía!, si pescara una bala —murmuró—, eso arreglaría nuestros asuntos… No nos veríamos obligados a desplazarlo, ¿verdad?, y la culpa no sería nuestra.

Pero Félicité, más nerviosa, temblaba. Le parecía que acababa de condenar a muerte a un hombre. Ahora, si mataban al señor Peirotte, lo vería de noche, vendría a tirarle de los pies. Y ya sólo echó a las ventanas de enfrente ojeadas taimadas, llenas de voluptuoso horror. Hubo, a partir de entonces, en sus disfrutes una pizca de espanto criminal que los volvió más agudos.

Por otra parte, Pierre, vaciado su corazón, veía ahora el lado malo de la situación. Habló de Macquart. ¿Cómo desembarazarse de ese granuja? Pero Félicité, recuperada la fiebre del éxito, exclamó:

—No se puede hacer todo a la vez. ¡Lo amordazaremos, pardiez! Ya encontraremos algún medio… —Iba y venía, colocando los sillones, quitándole el polvo a los respaldos. Bruscamente, se detuvo en el centro de la pieza, y dirigiendo una larga mirada al ajado mobiliario—: ¡Dios mío! —dijo—. ¡Qué feo es esto! ¡Y con toda esa gente que va a venir!

—¡Bah! —respondió Pierre con soberbia indiferencia—, lo cambiaremos todo.

Él, que la víspera sentía un respeto religioso por los sillones y el canapé, se habría subido a ellos con los dos pies. Felicité, que experimentaba el mismo desdén, llegó incluso a zarandear un sillón al que le faltaba una rueda y que no le obedecía con suficiente rapidez.

Fue en ese momento cuando entró Roudier. A la anciana le pareció que se mostraba de una cortesía mucho mayor. Los «señor», los «señora» fluían con una música deliciosa. Por otra parte, los contertulios llegaban en fila, el salón se llenaba. Nadie conocía aún en detalle los acontecimientos de la noche, y todos acudían, con los ojos fuera de las órbitas, la sonrisa en los labios, empujados por los rumores que empezaban a correr por la ciudad. Aquellos señores, que la noche antes habían abandonado tan precipitadamente el salón amarillo, ante la noticia de la proximidad de los insurrectos, regresaban, zumbando, curiosos e importunos, como un enjambre de moscas al que hubiera dispersado una ráfaga de viento. Algunos ni siquiera se habían tomado el tiempo de ponerse los tirantes. Su impaciencia era grande, pero era visible que Rougon esperaba a alguien para hablar. A cada minuto dirigía a la puerta una mirada ansiosa. Durante una hora hubo apretones de manos expresivos, felicitaciones vagas, susurros admirativos, una alegría contenida, sin causa cierta, y que no pedía sino una palabra para convertirse en entusiasmo.

Por fin apareció Granoux. Se detuvo un instante en el umbral, con la mano derecha en su levita abotonada; su gruesa cara pálida, que exultaba, intentaba en vano ocultar su emoción bajo un gran aire de dignidad. A su aparición, se hizo un silencio; se notó que iba a ocurrir una cosa extraordinaria. En medio de una hilera, Granoux avanzó en derechura hacia Rougon. Le tendió la mano.

—Amigo mío —le dijo—, le presento los respetos de la corporación municipal. Lo llama a su cabeza, a la espera de que nuestro alcalde nos

sea devuelto. Ha salvado usted Plassans. Se necesitan en la época abominable que atravesamos, hombres que alíen su inteligencia con su valor: venga…

Granoux, que recitaba un discursito que había preparado con grandes fatigas, desde la alcaldía a la calle de la Banne, sintió que su memoria se trastornaba. Pero Rougon, ganado por la emoción, lo interrumpió, estrechándole las manos, repitiendo:

—Gracias, querido Granoux, se lo agradezco mucho.

No se le ocurrió otra cosa. Entonces hubo una ensordecedora explosión de voces. Cada cual se precipitó, le tendió la mano, lo cubrió de elogios y de cumplidos, lo interrogó con avidez. Pero él, digno ya como un magistrado, pidió unos minutos para conferenciar con Granoux y Roudier. Los asuntos ante todo. ¡La ciudad se hallaba en una situación tan crítica! Se retiraron los tres a un rincón del salón, y allí, en voz baja, se distribuyeron el poder, mientras los contertulios, alejados unos cuantos pasos y fingiendo discreción, les echaban ojeadas a hurtadillas, en las que la admiración se mezclaba con la curiosidad. Rougon adoptaría el título de presidente de la comisión municipal; Granoux sería secretario, y en cuanto a Roudier, se convertiría en comandante en jefe de la guardia nacional reorganizada. Aquellos señores se juraron apoyo mutuo, de una solidez a toda prueba.

Felicité, que se había acercado a ellos, les preguntó bruscamente:

—¿Y Vuillet?

Se miraron. Nadie había visto a Vuillet. Rougon esbozó una leve mueca de inquietud.

—A lo mejor se lo han llevado con los otros… —dijo para tranquilizarse.

Pero Felicité negó con la cabeza. Vuillet no era hombre como para dejarse coger. Desde el momento en que no se le veía, que no se le oía, es que estaba haciendo algo malo.

Se abrió la puerta, Vuillet entró. Saludó humildemente, con su parpadeo, su sonrisa encogida de sacristán. Después fue a tender su mano húmeda a Rougon y a los otros dos. Vuillet había arreglado sus asuntillos él solo.

Se había cortado su parte del pastel, como habría dicho Felicité. Había visto, por el tragaluz de su sótano, a los insurrectos que iban a detener al jefe de correos, cuya oficina estaba contigua a su librería. Y así, desde la mañana, a la misma hora en que Rougon se sentaba en el sillón del alcalde, había ido a instalarse tranquilamente en el despacho de correos. Conocía a los empleados; los había recibido a su llegada, diciéndoles que reemplazaría a su jefe hasta su regreso, y que no se preocupasen por nada. Después había rebuscado en el correo de la mañana con una curiosidad mal disimulada; olfateaba las cartas; parecía buscar una en particular. Sin duda su nueva situación respondía a uno de sus planes secretos, pues llegó, en su contento, a dar a uno de sus empleados un ejemplar de las *Oeuvres badines* de Piron. Vuillet tenía un fondo surtidísimo de libros obscenos, que escondía en un gran cajón, bajo una capa de rosarios y de estampas; era él quien había inundado la ciudad de fotografías y grabados indecentes sin que eso perjudicase para nada sus ventas a los feligreses. Sin embargo, debió de espantarlo, en el curso de la mañana, la forma grosera en que se había apoderado del edificio de correos. Pensó que su usurpación debía ser ratificada. Y por eso acudió a casa de Rougon, que se convertía decididamente en un poderoso personaje.

—¿Dónde se ha metido usted? —le preguntó Felicité con aire desconfiado.

Entonces contó su historia, adornándola. Según él, había salvado correos del pillaje.

—¡Bueno, pues está claro, quédese! —dijo Pierre, tras haber reflexionado un momento—. Sea útil.

Esta última frase indicaba el gran terror de los Rougon; tenían miedo de que alguien se convirtiera en demasiado útil, de que salvara la ciudad más que ellos. Pero Pierre no había encontrado ningún peligro grave en dejar a Vuillet como jefe interino de correos; incluso era una manera de desembarazarse de él. Felicité hizo un vehemente gesto de contrariedad.

Terminado el conciliábulo, los señores volvieron a mezclarse con los grupos que llenaban el salón. Tuvieron que satisfacer por fin la curiosidad general. Tuvieron que detallar punto por punto los acontecimientos de la mañana. Rougon estuvo magnífico. Amplificó aún más, engalanó y dramatizó el relato que había contado a su mujer. La distribución de los fusiles y de los cartuchos hizo jadear a todo el mundo. Pero fueron la

marcha por las calles desiertas y la toma del ayuntamiento lo que fulminó a los estupefactos burgueses. A cada nuevo detalle se producía una interrupción.

—Y ustedes no eran más que cuarenta y uno, ¡es prodigioso!

—¡Caramba! Debía de estar endiabladamente oscuro.

—No, lo confieso, ¡jamás me hubiera atrevido a tanto!

—Entonces usted lo cogió así, ¡por el cuello!

—¿Y los insurrectos qué dijeron?

Pero estas cortas frases no hacían sino fustigar la inspiración de Rougon. Respondía a todos. Mimaba la acción. Aquel grueso señor, con la admiración de sus propias hazañas, recobraba la agilidad de un escolar, volvía a empezar, se repetía, en medio de las frases cruzadas, de los gritos de sorpresa, de las conversaciones privadas que se establecían bruscamente para discutir un detalle; y así iba engrandeciéndose, arrastrado por un soplo épico. Por otra parte, allí estaban Granoux y Roudier apuntándole hechos, pequeños hechos imperceptibles que él omitía. Se consumían, también ellos, por colocar una frase, por contar un episodio, y a veces le robaban la palabra. O bien hablaban los tres a la vez. Pero cuando, para guardar para el desenlace, como remate, el episodio histórico del espejo roto, Rougon quiso decir lo que había ocurrido abajo, en el patio, cuando la detención de los guardias, Roudier lo acusó de perjudicar la narración al cambiar el orden de los acontecimientos. Y disputaron un instante con cierta acidez. Después, Roudier, viendo llegada su ocasión, exclamó con voz diligente:

—¡Pues bueno, como quiera! Pero usted no estaba allí… Déjeme contar…

Entonces explicó con detalle cómo los insurrectos se habían despertado y cómo les habían apuntado para reducirlos a la impotencia. Agregó que no había corrido la sangre, afortunadamente. Esta última frase contrarió al auditorio, que contaba con un cadáver.

—Pero ustedes dispararon, creo —interrumpió Felicité, viendo que el drama era pobre.

—Sí, sí, tres disparos —prosiguió el ex fabricante de géneros de punto—.

Fueron el salchichero Dubruel y los señores Liévin y Massicot quienes descargaron sus armas con rapidez culpable. —Y como hubo algunos murmullos—: Culpable, mantengo la palabra —prosiguió—. La guerra ya tiene necesidades bien crueles, sin que se derrame sangre inútil. Habría querido verlos en mi lugar… Por lo demás, esos señores me juraron que la culpa no era suya; no se explican cómo se dispararon sus fusiles… Y sin embargo, hubo una bala perdida que, tras haber rebotado, le hizo un cardenal en la mejilla a un insurrecto…

Este cardenal, esta herida inesperada, satisfizo al auditorio. ¿En qué mejilla estaba el cardenal, y cómo una bala, aunque fuera perdida, podía dar en una mejilla sin agujerearla? Esto proporcionó materia para largos comentarios.

—Arriba —continuó Rougon con su voz más fuerte, sin dejar tiempo para que se calmase la agitación—, arriba teníamos mucho que hacer. La lucha fue dura…

Y describió el arresto de su hermano y de los otros cuatro insurrectos muy largamente, sin nombrar a Macquart, a quien llamaba «el jefe». Las palabras «el despacho del señor alcalde, el sillón, el escritorio del señor alcalde» reaparecían a cada instante en su boca e imprimían, para los oyentes, una maravillosa grandeza a esta terrible escena. Ya no se peleaba en conserjería, sino en la sede del primer magistrado de la ciudad. Roudier estaba hundido. Rougon llegó por fin al episodio que preparaba desde el comienzo, y que debía presentarlo decididamente como un héroe.

—Entonces —dijo—, un insurrecto se precipita sobre mí. Aparto el sillón del señor alcalde, cojo a mi hombre por el cuello. ¡Y aprieto, ya pueden figurarse! Pero el fusil me estorbaba. No quería soltarlo, uno jamás suelta su fusil. Lo tenía, así, bajo el brazo izquierdo. Repentinamente se escapa un tiro…

Todo el auditorio estaba pendiente de los labios de Rougon. Granoux, que abría los labios, con un feroz prurito de hablar, exclamó:

—No, no, no es así… Usted no pudo verlo, amigo mío; peleaba como un león… Pero yo, que ayudaba a agarrotar a uno de los prisioneros, lo he visto todo… El hombre quiso asesinarlo; fue él quien disparó el tiro; vi perfectamente sus dedos negros que deslizaba bajo el brazo de usted…

—¿Usted cree? —dijo Rougon que se había puesto pálido.

No sabía que había corrido semejante peligro, y el relato del ex comerciante de almendras lo helaba de espanto… Granoux no solía mentir; pero un día de batalla está permitido ver las cosas dramáticamente.

—Cuando yo se lo digo, el hombre quiso asesinarlo —repitió con convicción.

—Claro, por eso —dijo Rougon, con voz apagada—, oí silbar la bala en mi oreja.

Se produjo una violenta emoción; el auditorio pareció impresionado y respetuoso ante aquel héroe. ¡Había oído silbar una bala en su oreja! Ciertamente, ninguno de los burgueses que allí estaban habría podido decir otro tanto. Felicité se creyó en el deber de arrojarse a los brazos de su marido, para llevar a su colmo el enternecimiento de la reunión. Pero Rougon se desprendió de golpe y terminó su relato con esta corta frase heroica que sigue siendo célebre en Plassans:

—El disparo se escapa, oigo silbar la bala en mi oreja, y ¡paf!, la bala va a romper el espejo del señor alcalde.

Fue una consternación: ¡un espejo tan bonito! ¡Increíble, realmente! La desgracia acaecida al espejo equilibró en la simpatía de aquellos caballeros el heroísmo de Rougon. El espejo se convertía en una persona, y se habló de él un cuarto de hora con exclamaciones, conmiseración, efusiones de pesar, como si lo hubieran herido en el corazón. Era el remate tal como Pierre lo había preparado, el desenlace de esta odisea prodigiosa. Un gran murmullo de voces llenó el salón amarillo. Se repetían entre sí el relato que acababan de oír y, de vez en cuando, un señor se apartaba de un grupo para ir a preguntar a los tres héroes la versión exacta de algún hecho discutido. Los héroes rectificaban el hecho con escrupulosa minuciosidad; tenían la sensación de hablar para la historia.

Sin embargo, Rougon y sus dos lugartenientes dijeron que los esperaban en la alcaldía. Se hizo un silencio respetuoso; se saludaron con sonrisas graves. Granoux reventaba de importancia; sólo él había visto al insurrecto apretar el gatillo y romper el espejo; eso lo engrandecía, le hacía estallar en su pellejo. Al dejar el salón, cogió el brazo de Roudier, con pinta de gran capitán roto por la fatiga, murmurando:

—Hace ya treinta y seis horas que estoy en pie, ¡y Dios sabe cuándo me acostaré!

Rougon, al irse, se llevó a Vuillet aparte y le dijo que el partido del orden contaba más que nunca con él y con *La Gaceta*. Era preciso que publicase un buen artículo para tranquilizar a la población y tratar como se merecía a aquella banda de desalmados que había cruzado Plassans.

—¡Quédese tranquilo! —respondió Vuillet—. *La Gaceta* iba a aparecer mañana por la mañana, pero voy a sacarla ya esta tarde.

Cuando hubieron salido, los contertulios del salón amarillo se quedaron un instante más, charlatanes como comadres a quienes un canario robado congrega en una acera.

Aquellos negociantes retirados, aquellos comerciantes de aceite, aquellos fabricantes de sombreros, nadaban en pleno drama mágico. Jamás los había agitado semejante conmoción. No salían de su asombro al ver que se habían revelado entre ellos héroes tales como Rougon, Granoux y Roudier. Después, ahogándose en el salón, hartos de contarse entre sí la misma historia, experimentaron una viva comezón por ir a publicar la gran noticia; desaparecieron uno a uno, picado cada cual por la ambición de ser el primero en saberlo todo, en contarlo todo; y Félicité, al quedarse sola, asomada a la ventana, los vio dispersarse por la calle de la Banne, asustados, braceando como grandes pájaros flacos, insuflando la emoción por las cuatro esquinas de la ciudad.

Eran las diez. Plassans, despierta, corría por las calles, atolondrada por el rumor que crecía. Los que habían visto u oído a la banda insurrecta contaban historias increíbles, se contradecían, aventuraban suposiciones atroces. Pero la gran mayoría ni siquiera sabía de qué se trataba; estos vivían en los extremos de la ciudad, y escuchaban, con la boca abierta, como un cuento de niños, esta historia de varios miles de bandidos que invadían las calles y desaparecían antes del día, como un ejército de fantasmas. Los más escépticos decían: «¡Quita allá!». Sin embargo, ciertos detalles eran concretos. Plassans acabó por convencerse de que una espantosa desgracia había pasado sobre ella durante su sueño, sin tocarla. Esta catástrofe mal definida tomaba prestado a las sombras de la noche, a las contradicciones de los diversos informes, un carácter vago, un horror insondable que hacían estremecerse a los más valientes. ¿Quién

había desviado el rayo, pues? La cosa tenía algo de prodigioso. Se hablaba de salvadores desconocidos, de una pequeña banda de hombres que habían cortado la cabeza de la hidra, pero sin detalles, como de algo apenas creíble, cuando los contertulios del salón amarillo se diseminaron por las calles sembrando las noticias, repitiendo ante cada puerta el mismo relato.

Fue un reguero de pólvora. En unos minutos, de una punta a otra de la ciudad, la historia corrió. El nombre de Rougon voló de boca en boca, con exclamaciones de sorpresa en la ciudad nueva, con gritos de elogio en el barrio viejo. La idea de que se hallaban sin subprefecto, sin alcalde, sin jefe de correos, sin recaudador particular, sin autoridades de ninguna clase, consternó al principio a los habitantes. Estaban estupefactos de haber podido rematar su sueño y de haberse despertado como de ordinario, al margen de todo gobierno establecido. Pasado el primer estupor, se arrojaron con abandono en los brazos de los liberadores. Los escasos republicanos se encogieron de hombros; pero los pequeños minoristas, los pequeños rentistas, los conservadores de toda especie bendecían a aquellos héroes modestos cuyas hazañas habían ocultado las tinieblas. Cuando se supo que Rougon había detenido a su propio hermano, la admiración ya no conoció límites; se habló de Bruto; la indiscreción que tanto temía redundó en su gloria. En esa hora de pavor mal disipado, el agradecimiento fue unánime. Se aceptaba al salvador Rougon sin discutirlo.

—Figúrense —decían los cobardes—, ¡sólo eran cuarenta y uno!

Esta cifra de cuarenta y uno trastornó a la ciudad. Así es como nació en Plassans la leyenda de los cuarenta y un burgueses que hicieron morder el polvo a tres mil insurgentes. Sólo ciertos espíritus envidiosos de la ciudad nueva, abogados sin pleitos, ex militares, avergonzados por haber dormido esa noche, plantearon ciertas dudas. A fin de cuentas, acaso los insurgentes se habían marchado por sí solos. No había la menor prueba de combate, ni cadáveres, ni manchas de sangre. Realmente la tarea de aquellos caballeros no había resultado muy difícil.

—Pero ¡y el espejo, el espejo! —repetían los fanáticos—. No puede usted negar que el espejo del señor alcalde está roto. Vaya a verlo.

Y en efecto, hasta la noche hubo una procesión de individuos que, con mil pretextos, entraron en el despacho, cuya puerta Rougon dejaba, por otra

parte, de par en par; se plantaban ante el espejo, en el cual la bala había hecho un agujero redondo, de donde partían anchas grietas; después todos murmuraban la misma fiase:

—¡Caray! ¡Pues sí que la bala tenía fuerza!

Y se marchaban, convencidos.

Félicité, en su ventana, aspiraba con delicia esos rumores, esas voces elogiosas y agradecidas que ascendían de la ciudad. Todo Plassans, en esos momentos, se ocupaba de su marido; ella percibía los dos barrios, bajo ella, que se estremecían, que le enviaban la esperanza de un próximo triunfo. ¡Ah! ¡Cómo iba a aplastar esa ciudad que se ponía tan tarde bajo sus talones! Todos sus agravios regresaron, sus amarguras pasadas redoblaron sus apetitos de disfrute inmediato.

Dejó la ventana, dio lentamente una vuelta por el salón. Era allí donde, hacía un instante, las manos se tendían hacia ellos. Habían vencido, la burguesía estaba a sus pies. El salón amarillo le pareció santificado. Los muebles cojos, el terciopelo raído, la araña negra de cagadas de mosca, todas esas ruinas cobraron a sus ojos un aspecto de despojos gloriosos en un campo de batalla. La llanura de Austerlitz no le habría causado una emoción tan honda.

Cuando volvía a asomarse a la ventana, vio a Aristide que merodeaba por la plaza de la Subprefectura, con la nariz hacia arriba. Le hizo señas de que subiera. Parecía no esperar sino esta llamada.

—Entra de una vez —le dijo su madre en el descansillo, al verlo vacilar—. Tu padre no está. —Aristide tenía el aire torpe de un hijo pródigo. Hacía cerca de cuatro años que no había vuelto a entrar en el salón amarillo. Llevaba aún el brazo en cabestrillo—. ¿Te sigue doliendo la mano? —le preguntó burlonamente Félicité.

Él se ruborizó, respondió con cortedad:

—¡Oh! Va mucho mejor, está casi curada.

Después se puso a dar vueltas, sin saber qué decir. Félicité acudió en su ayuda:

—¿Has oído hablar del gran comportamiento de tu padre? —prosiguió.

Aristide dijo que toda la ciudad hablaba de eso. Pero recobraba su aplomo; le devolvió a su madre su burla; la miró a la cara, añadiendo:

—Había venido a ver si papá estaba herido.

—Vaya, ¡no hagas el idiota! —exclamó Félicité, con su petulancia—. Yo, en tu lugar, obraría con toda franqueza. Te has equivocado en eso, confiésalo, enrolándote con tus bribones republicanos. Hoy no te importaría dejarlos y volver con nosotros, que somos los más fuertes. ¡Eh! ¡Tienes la casa abierta!

Pero Aristide protestó. La República era una gran idea. Y además los insurrectos podían ganar.

—¡Déjame en paz! —continuó la anciana, irritada—. Tienes miedo de que tu padre te reciba mal. Me encargo del asunto… Escúchame: vas a ir a tu periódico, y redactarás de hoy a mañana un número muy favorable al golpe de Estado, y mañana por la noche, cuando ese número haya aparecido, volverás aquí, serás acogido con los brazos abiertos. —Y como el joven callaba—: ¿Oyes? —prosiguió en voz más baja y más ardiente—, se trata de nuestra fortuna, de la tuya. No vuelvas a empezar con tus idioteces. Ya estás bastante comprometido así.

El joven hizo un gesto, el gesto de César al pasar el Rubicón. De esta manera, no adquiría ningún compromiso verbal. Cuando iba a retirarse, su madre añadió, buscando el nudo de su cabestrillo:

—Y, ante todo, tienes que quitarte ese trapo. Resulta ridículo, ¿sabes?

Aristide la dejó. Cuando el pañuelo estuvo desatado, él lo dobló cuidadosamente y se lo metió en el bolsillo. Después besó a su madre diciendo:

—¡Hasta mañana!

En esos momentos, Rougon tomaba oficialmente posesión del ayuntamiento. Sólo quedaban ocho concejales; los otros se encontraban en manos de los insurgentes, así como el alcalde y los dos tenientes de alcalde. Estos ocho señores, de la fuerza de Granoux, tuvieron sudores de angustia cuando este último les explicó la crítica situación de la ciudad. Para comprender con qué espanto acudieron a echarse en brazos de

Rougon, habría que conocer a los hombres que componen las corporaciones municipales de ciertas pequeñas ciudades. En Plassans, el alcalde tenía bajo su férula increíbles cernícalos, meros instrumentos de una complacencia pasiva. Por ello, al no estar allí el señor Garçonnet, la máquina municipal tenía que estropearse y pertenecer a quienquiera que supiese apoderarse de sus resortes. En ese momento, como el subprefecto había dejado la región, Rougon se encontraba con toda naturalidad, por la fuerza de las circunstancias, como único y absoluto dueño de la ciudad; crisis asombrosa, que ponía el poder en manos de un hombre tarado, a quien, la víspera, ni uno de sus conciudadanos hubiera prestado cien francos.

El primer acto de Pierre fue declarar en sesión permanente a la comisión provisional. Después se ocupó de la reorganización de la guardia nacional, y consiguió poner en pie trescientos hombres; los ciento nueve fusiles que habían quedado en el cobertizo fueron distribuidos, lo cual elevó a ciento cincuenta el número de los hombres armados por la reacción; los otros ciento cincuenta guardias nacionales eran burgueses de buena voluntad y soldados de Sicardot. Cuando el comandante Roudier pasó revista al pequeño ejército en la plaza del Ayuntamiento, quedó desolado al ver que los verduleros se reían por lo bajo; no todos tenían uniforme, y algunos se comportaban muy ridículamente, con su sombrero negro, su levita y su fusil. Pero, en el fondo, la intención era buena. Dejaron un retén en la alcaldía. El resto del pequeño ejército se dispersó, por pelotones, en las diferentes puertas de la ciudad. Roudier se reservó el mando del retén de la puerta Grande, la más amenazada.

Rougon, que se sentía muy fuerte en ese momento, fue en persona a la calle Canquoin, para rogar a los gendarmes que se quedaran en el cuartel, que no se mezclaran en nada. Mandó, por lo demás, abrir las puertas de la gendarmería, cuyas llaves se habían llevado los insurgentes. Pero quería triunfar él solo, no tenía intención de que los gendarmes pudieran robarle parte de su gloria. Si tenía una imperiosa necesidad de ellos, los llamaría.

Y les explicó que su presencia, al irritar quizá a los obreros, no haría sino agravar la situación. El cabo lo felicitó mucho por su prudencia. Cuando se enteró de que había un hombre herido en el cuartel, Rougon quiso hacerse popular, pidió verlo. Encontró a Rengade acostado, con el ojo tapado con una venda, con sus grandes bigotes que asomaban por las sábanas. Consoló, con hermosas frases sobre el deber, al tuerto que renegaba y

resoplaba, exasperado por su herida, que iba a obligarlo a abandonar el cuerpo. Prometió que le enviaría un médico.

—Se lo agradezco mucho, caballero —respondió Rengade—; pero, ya ve, lo que me aliviaría más que cualquier remedio sería retorcerle el cuello al miserable que me reventó el ojo. ¡Oh!, lo reconocería; es uno flaquito, paliducho, muy joven…

Pierre recordó la sangre que cubría las manos de Silvère. Tuvo un ligero movimiento de retroceso, como si hubiera temido que Rengade le saltara a la garganta, diciendo: «¡Es tu sobrino el que me dejó tuerto; espera, vas a pagar por él!». Y mientras maldecía muy bajo a su indigna familia, declaró solemnemente que, si se encontraba al culpable, éste sería castigado con todo el rigor de las leyes.

—No, no, no vale la pena —respondió el tuerto—; yo le retorceré el cuello.

Rougon se apresuró a dirigirse a la alcaldía. Empleó la tarde en tomar diversas medidas. La proclama, exhibida hacia la una, produjo una excelente impresión. Terminaba con un llamamiento a la buena índole de los ciudadanos, y daba firmes seguridades de que el orden no volvería a perturbarse. Hasta el crepúsculo, las calles, en efecto, ofrecieron la imagen de un alivio general, de una total confianza. En las aceras, los grupos que leían la proclama decían:

—Se acabó, vamos a ver pasar las tropas que han enviado en persecución de los insurrectos.

Esta creencia de que se acercaban soldados se volvió tan grande que los desocupados del paseo Sauvaire se acercaron a la puerta de Niza para ir al encuentro de la música. Regresaron, por la noche, decepcionados, sin haber visto nada. Entonces una sorda inquietud corrió por la ciudad.

En la alcaldía, la comisión provisional había hablado tanto para no decir nada que sus miembros, con el vientre vacío, enloquecidos por sus propias charlas, sentían que el miedo volvía a invadirlos. Rougon los mandó a cenar, convocándolos otra vez a las nueve de la noche. También él iba a dejar el despacho, cuando Macquart se despertó y golpeó violentamente la puerta de su prisión. Declaró que tenía hambre, después preguntó la hora, y cuando su hermano le dijo que eran las cinco, murmuró, con diabólica maldad, fingiendo vivo asombro, que los

insurgentes le habían prometido regresar antes, y que tardaban mucho en liberarlo. Rougon, tras haber mandado que le sirvieran de comer, bajó, irritado por la insistencia de Macquart en hablar del regreso de la banda insurrecta. En la calle, sintió cierta desazón. La ciudad le pareció cambiada. Adoptaba un aspecto singular; unas sombras se deslizaban rápidamente a lo largo de las aceras, se hacían el vacío y el silencio, y, sobre las casas lúgubres, parecía caer, con el crepúsculo, un miedo gris, lento y tenaz como una lluvia fina. La parlanchina confianza del día desembocaba fatalmente en este pánico sin causa, en este pavor de la noche naciente; los habitantes estaban cansados, saciados con su triunfo, hasta el punto de que sólo les quedaban fuerzas para soñar con terribles represalias por parte de los insurrectos. Rougon tembló entre esa corriente de pavor. Apretó el paso, con un nudo en la garganta. Al pasar ante un café de la plaza de los Recoletos, que acababa de encender sus lámparas, y donde se reunían los pequeños burgueses de la ciudad nueva, oyó un fragmento de conversación muy alarmante.

—¿Qué, señor Picot, sabe usted la noticia? —decía un vozarrón—. No ha llegado el regimiento que se esperaba.

—Pero nadie esperaba un regimiento, señor Touche —respondía una voz agria.

—Usted perdone, ¿no ha leído la proclama, entonces?

—Es cierto, los carteles prometen que se mantendrá el orden por la fuerza, si es necesario.

—Ya ve usted, la fuerza: la fuerza armada, eso está claro.

—¿Y qué se dice?

—Pues, ya comprenderá, la gente tiene miedo, dicen que ese retraso de los soldados no es natural, y que los insurgentes muy bien podrían haberlos matado.

Hubo un grito de horror en el café. A Rougon le dieron ganas de entrar para decirles a aquellos burgueses que la proclama nunca había anunciado la llegada de un regimiento, que no había que forzar los textos hasta ese punto ni propalar tales habladurías. Pero él mismo, con la turbación que se apoderaba de él, no estaba muy seguro de no haber

contado con un envío de tropas, y acababa por encontrar asombroso, en efecto, que no hubiera aparecido ni un soldado. Regresó a su casa muy inquieto. Félicité, petulante y llena de valor, se enfureció, al verlo trastornado por semejantes necedades. A los postres, lo consoló.

—No seas tonto —dijo—. ¡Mejor que mejor, si el prefecto nos olvida! Salvaremos la ciudad nosotros solos. Lo que es yo, quisiera ver regresar a los insurrectos, para recibirlos a disparos y cubrirnos de gloria. Escucha, vas a cerrar las puertas de la ciudad, y luego no te acostarás; te moverás mucho durante toda la noche; te lo tendrán en cuenta más adelante.

Pierre regresó a la alcaldía, algo remozado. Necesitó valor para permanecer firme en medio de las quejas de sus colegas. Los miembros de la comisión provisional traían en la ropa el pánico, como uno trae consigo un olor a lluvia, en días de tormenta. Todos pretendían haber contado con el envío de un regimiento, y prorrumpían en exclamaciones, diciendo que no se abandonaba así a valerosos ciudadanos a los furores de la demagogia. Pierre, para que lo dejaran en paz, casi les prometió su regimiento para el día siguiente. Después declaró con solemnidad que iba a mandar cerrar las puertas. Fue un alivio. Unos guardias nacionales tuvieron que dirigirse inmediatamente a cada puerta, con orden de dar una doble vuelta de llave a las cerraduras. De regreso, varios miembros confesaron que estaban realmente más tranquilos; y cuando Pierre dijo que la crítica situación de la ciudad los obligaba a seguir en sus puestos, los hubo que tomaron sus pequeñas disposiciones para pasar la noche en un sillón. Granoux se puso un gorro de seda negra, que había traído precavidamente. Hacia las once, la mitad de aquellos caballeros dormían alrededor del escritorio del señor Garçonnet. Los que aún tenían los ojos abiertos, soñaban, al escuchar los pasos cadenciosos de los guardias nacionales, que resonaban en el patio, con que eran unos valientes y los condecoraban. Una gran lámpara, colocada sobre el escritorio, iluminaba esta extraña vela de armas. Rougon, que parecía dormitar, se levantó bruscamente y mandó buscar a Vuillet. Acababa de acordarse de que no había recibido *La Gaceta*.

El librero se mostró arrogante, de pésimo humor.

—¿Qué? —le preguntó Rougon llevándoselo aparte—. ¿Y el artículo que me había prometido? No he visto el periódico.

—¿Y para eso me molesta? —respondió Vuillet con cólera—. ¡Pardiez! *La Gaceta*

no ha aparecido; no tengo ganas de que me maten mañana, si regresan los insurgentes.

Rougon se esforzó por sonreír, diciendo que, a Dios gracias, no se mataría a nadie. Y justamente porque corrían rumores falsos e inquietantes, el artículo en cuestión hubiera rendido un gran servicio a la buena causa.

—Es posible —prosiguió Vuillet—, pero la mejor de las causas, en este momento, es conservar la cabeza sobre los hombros. —Y agregó, con aguda malignidad—: ¡Y yo que me creía que había matado usted a todos los insurrectos! Ha dejado demasiados, para que me arriesgue.

Rougon, al quedarse solo, se extrañó de esta rebelión de un hombre tan humilde, tan rastrero de ordinario. La conducta de Vuillet le pareció turbia. Pero no tuvo tiempo de buscar una explicación. Apenas se había echado de nuevo en su sillón, cuando entró Roudier, haciendo sonar terriblemente, sobre su muslo, un gran sable que se había colgado del cinturón. Los durmientes se despertaron despavoridos. Granoux creyó que llamaban a las armas.

—¿Eh? ¿Qué? ¿Qué pasa? —preguntó, guardando precipitadamente su casquete de seda negra en el bolsillo.

—Señores —dijo Roudier sofocado, sin pensar en tomar la menor precaución oratoria—, creo que una banda de insurgentes se aproxima a la ciudad.

Estas palabras fueron acogidas por un silencio espantoso. Sólo Rougon tuvo fuerzas para decir:

—¿Los ha visto usted?

—No —respondió el ex fabricante de géneros de punto—; pero oímos ruidos raros en el campo; uno de mis hombres me ha asegurado que había visto fuegos corriendo por la pendiente de Les Garrigues. —Y como todos aquellos señores se miraban con rostros blancos y mudos—: Vuelvo a mi retén —prosiguió—; me temo un ataque. Avisen por su parte.

Rougon quiso correr con él, tener otros informes; pero ya estaba lejos. Por supuesto, la comisión no tuvo ganas de volver a dormirse. ¡Ruidos raros! ¡Fuegos! ¡Un ataque! ¡Y en plena noche! Avisar, era fácil de decir, pero

¿qué hacer? Granoux estuvo a punto de aconsejar la misma táctica que les había salido bien la víspera: esconderse, esperar a que los insurrectos hubieran cruzado la ciudad, y triunfar a continuación en las calles desiertas. Pierre, felizmente, recordando los consejos de su mujer, dijo que Roudier había podido equivocarse, y que lo mejor sería ir a ver. Ciertos miembros torcieron el gesto; pero, cuando se convino que una escolta armada acompañaría a la comisión, todos bajaron con gran valentía. Abajo, dejaron sólo unos cuantos hombres; se hicieron rodear por unos treinta guardias nacionales; después se aventuraron por la ciudad dormida. Sólo la luna, deslizándose a ras de los tejados, alargaba sus sombras lentas. Marcharon en vano a lo largo de las fortificaciones, de puerta en puerta, con el horizonte amurallado, sin ver nada, sin oír nada. Los guardias nacionales de los diferentes retenes les dijeron, sí, que de la campiña llegaban ráfagas especiales, por encima de los portones cerrados; aguzaron el oído sin captar otra cosa que un rumor lejano, en el que Granoux pretendió reconocer el clamor del Viorne.

Sin embargo, seguían inquietos; iban a regresar a la alcaldía muy preocupados, aunque fingiendo encogerse de hombros y motejando a Roudier de cobarde y visionario, cuando Rougon, interesado en tranquilizar plenamente a sus amigos, tuvo la idea de ofrecerles el espectáculo de la llanura, en varias leguas. Condujo a la pequeña tropa al barrio de San Marcos y fue a llamar a la mansión de Valqueyras.

El conde, desde los primeros disturbios, había partido hacia su castillo de Corbiére. En la mansión sólo estaba el marqués de Carnavant. Desde la víspera, se había mantenido prudentemente al margen, no porque tuviera miedo, sino porque le repugnaba que lo vieran trapicheando con los Rougon, en la hora decisiva. En el fondo ardía de curiosidad; había tenido que encerrarse, para no correr a presenciar el asombroso espectáculo de las intrigas del salón amarillo. Cuando un ayuda de cámara acudió a decirle, en plena noche, que había abajo unos señores que preguntaban por él, no pudo conservar su prudencia más tiempo, se levantó y bajó a toda prisa.

—Mi querido marqués —dijo Rougon presentándole a los miembros de la comisión municipal—, tenemos que pedirle un favor. ¿Podría ordenar que nos condujeran al jardín de la casa?

—Desde luego —respondió el marqués, sorprendido—, voy a llevarles yo mismo.

Y por el camino pidió que le contaran el caso. El jardín terminaba en una terraza que dominaba la llanura; en aquel lugar, un ancho lienzo de muralla se había derrumbado, el horizonte se extendía sin límites. Rougon había comprendido que sería un excelente puesto de observación. Los guardias nacionales se habían quedado en la puerta.

Mientras charlaban, los miembros de la comisión fueron a acodarse en el parapeto de la terraza. El extraño espectáculo que se desplegó entonces ante ellos los dejó mudos. A lo lejos, en el valle del Viorne, en esa hondonada inmensa que se hundía, hacia poniente, entre la cadena de Les Garrigues y las montañas de la Seille, los resplandores de la luna fluían como un río de pálida luz. Los grupos de árboles, las rocas oscuras, formaban, de trecho en trecho, islotes, lenguas de tierra, emergiendo del mar luminoso. Y se distinguían, según los recodos del Viorne, algunos tramos del río, que aparecían, con reflejos de armadura, en el fino polvo de plata que caía del cielo. Era un océano, un mundo que la noche, el frío, el miedo secreto, ensanchaban hasta el infinito. Aquellos señores no oyeron, no vieron al principio nada. Había en el cielo un temblor de luz y de voces remotas que los ensordecía y los cegaba. Granoux, poco poeta por naturaleza, murmuró, sin embargo, ganado por la paz serena de esa noche de invierno:

—¡Qué hermosa noche, señores!

—Decididamente, Roudier ha soñado —dijo Rougon con cierto desdén.

Pero el marqués aguzaba su fino oído.

—¡Eh! —dijo con su voz clara—, oigo toques a rebato.

Todos se inclinaron sobre el parapeto, conteniendo la respiración. Y leves, con purezas de cristal, los tañidos lejanos de una campana ascendieron desde la llanura. Aquellos señores no pudieron negarlo. Eran toques de rebato. Rougon pretendió reconocer la campana de Le Béage, un pueblo situado a una legua larga de Plassans. Decía eso para tranquilizar a sus colegas.

—Escuchen, escuchen —interrumpió el marqués—. Esta vez es la campana de Saint-Maur.

Y les designaba otro punto del horizonte. En efecto, una segunda campana lloraba en la noche clara. Después, pronto fueron diez campanas, veinte campanas, cuyos tañidos desesperados oyeron sus oídos, acostumbrados al ancho temblor de las sombras. Siniestras llamadas ascendían de todas partes, debilitadas, semejantes a estertores de agonizante. La llanura entera sollozó muy pronto. Aquellos señores ya no se burlaban de Roudier. El marqués, que sentía una maligna alegría al espantarlos, tuvo a bien explicarles la causa de todos aquellos repiques:

—Son —dijo— los pueblos vecinos que se congregan para venir a atacar Plassans cuando amanezca.

Granoux desorbitaba los ojos.

—¿No han visto ustedes nada allá abajo? —preguntó de repente. Nadie miraba. Aquellos señores cerraban los ojos para oír mejor—. ¡Ah! ¡Miren! —prosiguió al cabo de un silencio—. Más allá del Viorne, cerca de esa masa negra.

—Sí, ya veo —respondió Rougon, desesperado—; encienden una hoguera.

Casi inmediatamente se encendió otra hoguera frente a la primera, luego una tercera, luego una cuarta. Manchas rojas aparecieron así en toda la longitud del valle, a distancias casi iguales, semejantes a los faroles de alguna avenida gigantesca. La luna, que las apagaba a medias, las hacía desplegarse como charcos de sangre. Esta iluminación siniestra acabó de consternar a la comisión municipal.

—¡Pardiez! —murmuraba el marqués, con su chanza más aguda—, esos bandidos se hacen señales.

Y contó complacido las hogueras, para saber, decía, con cuántos hombres más o menos tendría que habérselas «la valiente guardia nacional de Plassans». Rougon quiso suscitar dudas, decir que los pueblos tomaban las armas para ir a unirse al ejército de los insurgentes, y no para acudir a atacar a la ciudad. Aquellos señores, con su silencio consternado, demostraron que se habían formado una opinión y que rechazaban todo consuelo.

—Y ahora estoy oyendo *La marsellesa* —dijo Granoux con voz apagada.

Era muy cierto. Una banda debía de seguir el Viorne y pasar, en ese preciso momento, bajo la ciudad; el grito: «¡A las armas, ciudadanos! ¡Formad vuestros batallones!», llegaba, a bocanadas, con vibrante nitidez. Fue una noche atroz. Aquellos señores la pasaron acodados en el parapeto de la terraza, helados por el terrible frío que hacía, sin poder sustraerse al espectáculo de la llanura sacudida toda por el rebato y *La marsellesa*, arrebolada por la iluminación de las señales. Se llenaron los ojos de ese mar luminoso, salpicado de llamas sangrientas; dejaron resonar sus oídos, escuchando ese clamor vago; hasta el punto de que sus sentidos, falseados, oían y veían cosas pavorosas. Por nada del mundo habrían abandonado aquel sitio; de haberse vuelto de espaldas, se habrían imaginado que un ejército les pisaba los talones. Como ciertos cobardes, querían ver llegar el peligro, sin duda para emprender la huida en el momento oportuno. Así, hacia la madrugada, cuando la luna se puso y sólo tuvieron ante sí un abismo negro, experimentaron una horrible congoja. Se creían rodeados por enemigos invisibles que reptaban en la sombra, dispuestos a saltarles al cuello. Al menor ruido, se trataba de hombres que se consultaban al pie de la terraza, antes de escalarla. Y nada, nada más que negrura, en la cual clavaban enloquecidos sus miradas. El marqués, como para consolarlos, les decía con su voz irónica:

—¡No se preocupen! Esperarán al amanecer.

Rougon echaba pestes. Sentía que el miedo volvía a asaltarlo. Los cabellos de Granoux acabaron de encanecer. El alba apareció por fin con mortal lentitud. Fue de nuevo un pésimo momento. Aquellos señores, con los primeros rayos, esperaban ver un ejército alineado en orden de batalla delante de la ciudad. Y justamente esa mañana el día tenía perezas, se arrastraba al borde del horizonte. Con el cuello tendido, los ojos pasmados, interrogaban las vagas blancuras. Y en la sombra indecisa entreveían perfiles monstruosos, la llanura se mudaba en lago de sangre, las rocas en cadáveres flotando en la superficie, los grupos de árboles en batallones aún amenazantes y en pie. Luego, cuando la claridad creciente borró esos fantasmas, el día amaneció, tan pálido, tan triste, con melancolía tal, que al propio marqués se le encogió el corazón. No se vislumbraban insurgentes, los caminos estaban despejados; pero el valle, totalmente gris, tenía un aspecto desierto y lúgubre de degolladero. Las hogueras estaban apagadas, las campanas sonaban aún. Hacia las ocho, Rougon distinguió solamente una banda de unos cuantos hombres que se alejaban a lo largo del Viorne.

Aquellos señores estaban muertos de frío y de cansancio. Al no ver ningún peligro inmediato, decidieron tomarse unas horas de descanso. Dejaron de centinela a un guardia nacional, con la orden de correr a avisar a Roudier, si advertía a lo lejos alguna banda. Granoux y Rougon, quebrantados por las emociones de la noche, llegaron a sus casas, que eran vecinas, sosteniéndose mutuamente.

Félicité acostó a su marido con toda clase de precauciones. Le llamaba «pobrecito mío», le repetía que no debía dejarse impresionar así, que todo acabaría bien. Pero él negaba con la cabeza; sentía serios temores. Ella lo dejó dormir hasta las once. Después, cuando hubo comido, lo puso con buenos modos en la puerta, dándole a entender que había que llegar hasta el final. En la alcaldía, Rougon sólo encontró a cuatro miembros de la comisión; los otros se disculparon; estaban realmente enfermos. El pánico, desde la mañana, soplaba sobre la ciudad con más áspera violencia. Esos señores no habían podido guardarse para sí el relato de la noche memorable pasada en la terraza de la mansión de Valqueyras. Sus criadas se habían apresurado a difundir la noticia, adornándola con detalles dramáticos. A esas horas, era cosa incorporada a la historia que habían visto en el campo, desde las alturas de Plassans, danzas de caníbales devorando a sus prisioneros, corros de brujas girando en torno a sus marmitas donde hervían niños, interminables desfiles de bandidos cuyas armas brillaban al claro de luna. Y se hablaba de las campanas que tocaban por sí solas a rebato en el aire desolado, y se afirmaba que los insurrectos habían prendido fuego a los bosques de las cercanías, y que toda la región estaba en llamas.

Era martes, día de mercado en Plassans, Roudier se había creído en el deber de ordenar que se abrieran las puertas de par en par para permitir la entrada a las escasas campesinas que traían verduras, mantequilla y huevos. En cuanto estuvo reunida, la comisión municipal, que sólo se componía de cinco miembros, contando al presidente, declaró que se trataba de una imprudencia imperdonable. Aun cuando el centinela apostado en la mansión de Valqueyras no hubiera visto nada, era preciso que la ciudad siguiera cerrada. Entonces Rougon decidió que el pregonero público, acompañado por un tambor, iría por las calles proclamando el estado de sitio en la ciudad y anunciando a los habitantes que quien saliese no podría volver a entrar. Las puertas fueron cerradas oficialmente, en pleno mediodía. Esta medida, tomada para tranquilizar a la población,

llevó a su colmo el espanto. Y nada hubo más curioso que esta ciudad que se candaba, que corría los cerrojos, bajo el claro sol, a mediados del siglo diecinueve.

Cuando Plassans hubo cerrado y apretado a su alrededor el gastado cinturón de sus murallas, cuando se hubo bloqueado como una fortaleza sitiada en las proximidades de un asalto, una angustia mortal pasó sobre las tétricas casas. A cada hora, desde el centro de la ciudad, se creía oír descargas que estallaban en los arrabales. Ya nadie sabía nada, estaban en el fondo de un sótano, de un agujero tapiado, a la espera ansiosa de la liberación o del golpe de gracia. Desde hacía dos días, las bandas de insurgentes que recorrían la campiña habían interrumpido todas las comunicaciones. Plassans, acorralada en el callejón sin salida donde se alza, se encontraba separada del resto de Francia. Se sentía en plena rebelión de toda la comarca: a su alrededor tocaban a rebato, *La marsellesa* rugía, con clamores de río desbordado. La ciudad, abandonada y temblorosa, era como una presa prometida a los vencedores, y los transeúntes del paseo iban, a cada minuto, del terror a la esperanza, creyendo divisar en la puerta Grande, ya blusas de insurgentes, ya uniformes de soldados. Jamás una subprefectura, en su calabozo de muros ruinosos, tuvo agonía más dolorosa.

Hacia las dos, se difundió el rumor de que el golpe de Estado había fracasado; el príncipe presidente estaba en el torreón de Vincennes; París se encontraba en manos de la más avanzada demagogia; Marsella, Tolón, Draguignan, todo el sur pertenecía al victorioso ejército insurrecto. Los insurgentes iban a llegar por la noche y a hacer una carnicería en Plassans.

Una delegación se dirigió entonces a la alcaldía para reprochar a la comisión municipal el cierre de las puertas, que sólo serviría para irritar a los insurgentes. Rougon, que perdía la cabeza, defendió su ordenanza con sus últimas energías; la doble vuelta dada a las llaves le parecía uno de los actos más ingeniosos de su administración; encontró para justificarlo palabras convencidas. Pero lo ponían en un aprieto, le preguntaban dónde estaban los soldados, el regimiento que había prometido. Entonces mintió, dijo rotundamente que no había prometido nada de nada. La ausencia de ese regimiento legendario, que los habitantes deseaban hasta el punto de haber soñado con su cercanía, era la gran causa del pánico. La gente bien informada citaba el paraje exacto de la carretera donde los soldados

habían sido degollados.

A las cuatro, Rougon, seguido por Granoux, se dirigió a la mansión de Valqueyras. Pequeñas bandas, que se unían a los insurrectos, en Orchéres, seguían pasando a lo lejos, por el valle del Viorne. Durante todo el día los chiquillos habían trepado a las murallas, los burgueses habían ido a mirar por las troneras. Estos centinelas voluntarios alimentaban el espanto de la ciudad, al contar en voz alta las bandas, que eran tomadas por otros tantos batallones. Aquel pueblo cobarde creía asistir, desde las almenas, a los preparativos de una matanza universal. Al crepúsculo, al igual que la víspera, el pánico sopló, más frío.

Al regresar a la alcaldía, Rougon y su inseparable Granoux comprendieron que la situación resultaba intolerable. En su ausencia, un nuevo miembro de la comisión había desaparecido. No eran ya sino cuatro. Se sintieron ridículos, con la cara lívida; mirándose, durante horas, sin decir nada. Y además tenían un miedo atroz de pasar una segunda noche en la terraza de la mansión de Valqueyras.

Rougon declaró gravemente que, como la situación seguía igual, no había razón para continuar en sesión permanente. Si se producía algún acontecimiento grave, irían a avisarlos. Y por medio de una decisión debidamente tomada en el concejo, descargó sobre Roudier los cuidados de su administración. El pobre Roudier, que se acordaba de haber sido guardia nacional en París, bajo Luis Felipe, velaba en la puerta Grande, con convicción.

Pierre volvió a casa con las orejas gachas, hundiéndose en la sombra de las casas. Sentía que a su alrededor Plassans se le volvía hostil. Oía, en los grupos, correr su nombre, con palabras de cólera y de desprecio. Tambaleándose y con las sienes sudorosas, subió la escalera. Félicité lo recibió en silencio, con semblante consternado. También ella comenzaba a desesperar. Todo su sueño se derrumbaba. Allí se quedaron, en el salón amarillo, cara a cara. El día caía, un día sucio de invierno que imprimía tonos borrosos al papel naranja de grandes rameados; nunca la pieza había parecido más ajada, más sórdida, más vergonzante. Y en aquella hora, estaban solos; ya no tenían, como la víspera, un tropel de cortesanos que los felicitaban. Un día acababa de bastar para vencerlos, en el momento en que cantaban victoria. Si al día siguiente no cambiaba la situación, la partida estaba perdida. Félicité, que la víspera soñaba con las llanuras de Austerlitz, al mirar las ruinas del salón amarillo pensaba ahora,

al verlo tan lúgubre y desierto, en los campos malditos de Waterloo.

Después, como su marido no decía nada, ella fue maquinalmente a la ventana, a esa ventana donde había aspirado con delicia el incienso de toda una subprefectura. Distinguió numerosos grupos abajo, en la plaza; cerró las persianas, al ver cabezas que se volvían hacia su casa, con el temor de ser abucheada. Se hablaba de ellos, tuvo ese presentimiento.

En el crepúsculo ascendían voces. Un abogado soltaba sus maledicencias con el tono de un litigante que triunfa.

—Ya lo habla dicho yo, los insurgentes se han marchado por sí solos, y no pedirán permiso a los cuarenta y uno para regresar. ¡Los cuarenta y uno! ¡Qué gran farsa! Yo creo que eran al menos doscientos.

—Nada de eso —dijo un grueso comerciante, tratante de aceite y gran político—, quizá no llegaban a diez. Porque, a fin de cuentas, no han luchado; habríamos visto la sangre por la mañana. Yo, yo en persona, fui al ayuntamiento a ver; el patio estaba tan limpio como mi mano.

Un obrero que se colaba tímidamente en el grupo agregó:

—No había que ser muy listo para tomar el ayuntamiento. La puerta ni siquiera estaba cerrada. —Unas risas acogieron esta frase, y el obrero, al verse alentado, prosiguió—: Los Rougon, ya se sabe, no son gran cosa.

Este insulto fue a herir a Felicité en el corazón. La ingratitud de aquel pueblo la afligía, pues había acabado por creer ella misma en la misión de los Rougon. Llamó a su marido; quiso que recibiera una lección sobre la inestabilidad del vulgo.

—Es como su espejo —continuó el abogado—; ¡pues no han armado ruido con ese desdichado espejo roto! Ustedes saben que Rougon es muy capaz de haberle disparado un tiro, para hacer creer en una batalla.

Pierre retuvo un grito de dolor. Ya ni siquiera creían en su espejo. Pronto llegarían hasta pretender que no había oído silbar una bala en su oreja. La leyenda de los Rougon se borraría, no quedaría nada de su gloria. Pero aun no había llegado al final de su calvario. Los grupos se ensañaban tan agriamente como habían aplaudido la víspera. Un ex fabricante de sombreros, un anciano de setenta años, cuya fábrica se encontraba en

tiempos en el arrabal, hurgó en el pasado de los Rougon. Habló vagamente, con las vacilaciones de una memoria que se pierde, del cercado de los Fouque, de Adélaïde, de sus amores con un contrabandista. Dijo lo bastante para dar a los comadreos un nuevo impulso. Los conversadores se acercaron; las palabras «canallas», «ladrones», «intrigantes descarados», ascendían hasta la persiana tras la cual Pierre y Félicité rezumaban miedo y cólera. En la plaza llegaron a compadecer a Macquart. Fue el golpe postrero. Ayer Rougon era un Bruto, un alma estoica que sacrificaba a la patria sus afectos; hoy Rougon no era sino un vil ambicioso que pasaba sobre el vientre de su pobre hermano, y se servía de él como de un escalón para llegar a la fortuna.

—¿Estás oyendo, estás oyendo? —murmuraba Pierre con voz ahogada—. ¡Ah, qué bergantes!, nos matan; jamás nos levantaremos de ésta.

Félicité, furiosa, tamborileaba en la persiana con la punta de sus dedos crispados, y respondía:

—Déjalos que hablen, ea. Si volvemos a ser los más fuertes, verán cómo me las gasto. Sé de dónde viene el golpe. La ciudad nueva nos odia.

Estaba en lo cierto. La brusca impopularidad de los Rougon era obra de un grupo de abogados que se hallaban muy vejados por la importancia que había asumido un ex comerciante de aceite, iletrado, y cuya casa había estado al borde de la quiebra. El barrio de San Marcos, desde hacía dos días, estaba como muerto. El barrio viejo y la ciudad nueva eran lo único que quedaba. Esta última había aprovechado el pánico para perder al salón amarillo en el ánimo de los comerciantes y de los obreros. Roudier y Granoux eran excelentes hombres, honorables ciudadanos, a quienes esos intrigantes de los Rougon engañaban. Les abrirían los ojos. En vez de aquel gordo barrigudo, de aquel bribón que no tenía un céntimo, ¿no habría debido sentarse en el sillón del alcalde Isidore Granoux? Los envidiosos partían de eso para reprochar a Rougon todos los actos de su administración, que databa sólo de la víspera. No habría debido conservar la antigua corporación; había cometido una solemne tontería al mandar cerrar las puertas; por culpa de su necedad cinco concejales miembros habían cogido una pleuresía en la terraza de la mansión de Valqueyras. Y no paraban de hablar. Los republicanos también alzaban la cabeza. Se hablaba de un posible golpe de mano, intentado por los obreros del arrabal en la alcaldía. La reacción agonizaba.

Pierre, ante este derrumbamiento de todas sus esperanzas, pensó en algunos apoyos con los cuales, llegado el caso, podría contar aún.

—¿Aristide no iba a venir esta noche para hacer las paces? —preguntó.

—Sí —respondió Félicité—. Me había prometido un buen artículo. *El Independiente* no ha aparecido…

Pero su marido la interrumpió diciendo:

—¡Eh! ¿No es él ese que sale de la subprefectura?

La anciana sólo echó una mirada.

—¡Se ha vuelto a poner el cabestrillo! —gritó.

Aristide, en efecto, ocultaba de nuevo la mano en su pañuelo. El Imperio se deterioraba, sin que la República triunfase, y él había juzgado prudente volver a su papel de mutilado. Cruzó taimadamente la plaza, sin levantar la cabeza; después, como sin duda oyó en los grupos palabras peligrosas y comprometedoras, se apresuró a desaparecer por un recodo de la calle de la Banne.

—Bueno, no subirá —dijo amargamente Félicité—. Estamos por los suelos… ¡Hasta nuestros hijos nos abandonan!

Cerró violentamente la ventana, para no ver más; para no oír más. Y tras encender la lámpara, cenaron, desalentados, sin hambre, dejándose los bocados en el plato. Sólo tenían unas cuantas horas para tomar partido. Era imprescindible que al despertar tuviesen Plassans a sus plantas y le hicieran pedir perdón, si no querían renunciar a la fortuna soñada. La falta absoluta de noticias ciertas era la única causa de su ansiosa indecisión. Félicité, con su claridad de espíritu, lo comprendió pronto. Si hubieran podido conocer el resultado del golpe de Estado, habrían manifestado audacia y continuado de todas formas con su papel de salvadores, o bien se habrían apresurado a que se olvidara lo más posible su desdichada campaña. Pero no sabían nada concreto, perdían la cabeza, tenían sudores fríos, al jugarse así su fortuna a una tirada de dados, en plena ignorancia de los acontecimientos.

—¡Y ese diablo de Eugène que no me escribe! —exclamó Rougon en un impulso de desesperación, sin pensar en que revelaba a su mujer el

secreto de su correspondencia.

Pero Félicité fingió no haber oído. El grito de su marido la había impresionado hondamente. En efecto, ¿por qué Eugène no escribía a su padre? Tras haberlo tenido tan fielmente al tanto de los éxitos de la causa bonapartista, habría tenido que precipitarse a anunciarle el triunfo o la derrota del príncipe Luis. La simple prudencia le aconsejaba la comunicación de esta noticia. Si se callaba, era que la República victoriosa lo había enviado a reunirse con el pretendiente en los calabozos de Vincennes. Félicité se sintió helada; el silencio de su hijo mataba sus últimas esperanzas. En ese momento trajeron *La Gaceta*, todavía fresca.

—¿Cómo? —dijo Pierre sorprendidísimo—. ¿Vuillet ha publicado su periódico? —Desgarró la faja, leyó el artículo de cabecera y lo terminó, pálido como un papel, doblándose sobre su silla—. Ten, lee —prosiguió, tendiéndole el diario a Felicité.

Era un soberbio artículo, de inaudita violencia contra los insurgentes. Jamás tanta hiel, tantas mentiras, tanta basura devota habían fluido de una pluma. Vuillet empezaba haciendo el relato de la entrada de la banda en Plassans. Una pura obra maestra. Se veían allí «esos bandidos, esas caras patibularias, esa hez de los presidios» invadiendo la ciudad, «borrachos de aguardiente, de lujuria y de pillaje»; después los mostraba «desplegando su cinismo por las calles, espantando a la población con gritos salvajes, no buscando sino la violación y el asesinato». Más adelante, la escena del ayuntamiento y la detención de las autoridades se convertían en todo un atroz drama: «Entonces, asieron por el cuello a los hombres más respetables; y, como Jesús, el alcalde, el bravo comandante de la guardia nacional, el jefe de correos, ese funcionario tan benévolo, fueron coronados de espinas por esos miserables, y recibieron sus escupitajos en el rostro». El párrafo consagrado a Miette y a su pelliza roja llegaba al lirismo. Vuillet había visto diez, veinte muchachas sangrientas. «¿Y quién no ha advertido, en medio de esos monstruos, a mujerzuelas infames vestidas de rojo, y que debían de haberse revolcado en la sangre de los mártires que esos bribones han asesinado a lo largo de los caminos? Blandían banderas, se abandonaban, en plena calle, a las caricias innobles de la horda entera». Y añadía con énfasis bíblico: «La República siempre marcha entre prostitución y matanzas». Y eso era sólo la primera parte del artículo; terminado el relato, en una perorata virulenta, el librero preguntaba si la región sufriría durante mucho tiempo «la

vergüenza de esas bestias feroces que no respetaban ni las propiedades ni a las personas»; hacía un llamamiento a todos los valerosos ciudadanos diciendo que una tolerancia más prolongada sería un aliento, y que entonces los insurgentes vendrían a arrebatar «a la hija de los brazos de la madre, a la esposa de los brazos del esposo»; por último, tras una frase devota en la cual declaraba que Dios quería el exterminio de los malvados, terminaba con este trompetazo: «Afirman que esos miserables están de nuevo en nuestras puertas; ¡pues bien!, que cada uno de nosotros coja un fusil y los mate como a perros; me verán en primera fila, dichoso de desembarazar a la tierra de semejante chusma».

Este artículo, en el cual la pesadez del periodismo provinciano ensartaba perífrasis groseras, había consternado a Rougon, quien murmuró cuando Félicité dejó *La Gaceta* en la mesa:

—¡Ah! ¡Qué desgraciado! Nos asesta el último golpe; creerán que fui yo el que inspiró esta diatriba.

—Pero —dijo su mujer, pensativa— ¿no me anunciaste esta mañana que se negaba rotundamente a atacar a los republicanos? Las noticias lo habían aterrorizado, y tú pretendías que estaba pálido como un muerto.

—Pues sí, no entiendo nada. Como yo insistía, llegó a reprocharme no haber matado a todos los insurrectos… Era ayer cuando habría tenido que escribir su artículo; hoy va a conseguir que nos maten.

Félicité se perdía en pleno asombro. ¿Qué mosca le había picado a Vuillet? La imagen de aquel pertiguero fallido, con un fusil en la mano, disparando desde las murallas de Plassans, le parecía una de las cosas más grotescas que imaginarse pueda. Ciertamente había debajo alguna causa determinante que se le escapaba. Vuillet se desataba en insultos demasiado imprudentes y tenía un valor demasiado fácil para que la banda insurrecta estuviese realmente tan cerca de las puertas de la ciudad.

—Es un mal tipo, lo he dicho siempre —prosiguió Rougon, que acababa de releer el artículo—. Quizá sólo ha pretendido hacernos daño. He sido demasiado bueno al dejarle la jefatura de correos.

Fue un rayo de luz. Félicité se levantó vivamente, como iluminada por un pensamiento súbito; se puso un gorro, se echó un chal sobre los hombros.

—¿Adónde vas? —preguntó su marido extrañado—. Son más de las nueve.

—Tú vas a acostarte —respondió ella con cierta rudeza—. Estás indispuesto, descansarás. Duerme mientras me esperas; te despertaré si hace falta, y conversaremos.

Salió, con su paso ligero, y corrió al edificio de correos. Entró bruscamente en el despacho donde Vuillet trabajaba aún. Él tuvo, al verla, un marcado gesto de contrariedad.

Nunca Vuillet había sido tan dichoso. Desde que podía deslizar sus flacos dedos en el correo, disfrutaba de profundas voluptuosidades, voluptuosidades de sacerdote curioso, que se dispone a saborear las confesiones de sus penitentes. Todas las indiscreciones taimadas, todas las vagas habladurías de las sacristías cantaban en sus oídos. Acercaba su larga nariz lívida a las cartas, miraba amorosamente los sobrescritos con sus ojos turbios, auscultaba los sobres, como los curitas hurgan en el alma de las vírgenes. Eran goces infinitos, tentaciones llenas de cosquilleos. Los mil secretos de Plassans estaban allí; tocaba el honor de las mujeres, la fortuna de los hombres, y sólo tenía que romper los precintos para saber tanto como el vicario mayor de la catedral, el confidente de las personas bien de la ciudad. Vuillet era una de esas terribles comadres, frías, agudas, que lo saben todo, consiguen que se lo cuenten todo, y sólo repiten los rumores para asesinar a la gente. Así, había tenido a menudo el sueño de hundir el brazo hasta el hombro en el buzón. Para él, desde la víspera, el despacho del jefe de correos era un gran confesionario lleno de una sombra y un misterio religiosos, en el cual desfallecía al aspirar los murmullos velados, las confesiones temblorosas que exhalaba la correspondencia. Por lo demás, el librero hacía su tarea con perfecta impudencia. La crisis que atravesaba la región le aseguraba la impunidad. Si unas cartas experimentaban cierto retraso, si otras se extraviaban por completo, incluso, la culpa sería de esos sinvergüenzas republicanos, que recorrían los campos e interrumpían las comunicaciones. El cierre de las puertas lo había contrariado por un instante; pero se había entendido con Roudier para que pudieran entrar los correos y se los llevaran directamente, sin pasar por la alcaldía.

Sólo había, en verdad, abierto algunas cartas, las buenas, las que su olfato de sacristán le había señalado que contenían noticias útiles para conocerlas antes que nadie. A continuación se había contentado con

guardar en un cajón, para ser distribuidas más adelante, aquellas que podrían ponerle en entredicho y arrebatarle el mérito de tener valor, cuando la ciudad entera temblaba. El devoto personaje, al elegir la jefatura de correos, había entendido singularmente la situación.

Cuando entró la señora Rougon, elegía entre un enorme montón de cartas y periódicos, sin duda con el pretexto de clasificarlos. Se levantó, con su humilde sonrisa, adelantando una silla; sus párpados enrojecidos se agitaban de forma inquieta. Pero Félicité no se sentó; dijo brutalmente:

—Quiero la carta.

Vuillet abrió mucho los ojos, con aire de gran inocencia.

—¿Qué carta, mi querida señora? —preguntó.

—La carta que usted ha recibido esta mañana para mi marido. Vamos, señor Vuillet, tengo prisa. —Y como él tartamudeaba que no sabía, que no había visto, que era muy sorprendente, Felicité prosiguió, con una sorda amenaza en la voz—: Una carta de París, de mi hijo Eugène, ya sabe usted a qué me refiero, ¿verdad?… Voy a buscarla yo misma.

Hizo ademán de echar mano a los diversos paquetes que atestaban el escritorio. Entonces él se mostró solícito; dijo que iba a ver. ¡El servicio estaba tan mal organizado, forzosamente! Quizá había una carta, en efecto. Y en tal caso, la encontrarían. Pero, por su parte, juraba que no la había visto. Mientras hablaba, daba vueltas por el despacho, revolvía todos los papeles. Después abrió los cajones, las carpetas. Félicité esperaba, impasible.

—A fe mía, tiene usted razón, aquí hay una carta para ustedes —exclamó por fin, sacando unos papeles de una carpeta—. ¡Ah, esos empleados del demonio! Se aprovechan de la situación para no hacer nada como es debido.

Félicité cogió la carta y examinó atentamente el precinto, sin parecer inquieta en absoluto por lo que semejante examen pudiera tener de hiriente para Vuillet. Vio con claridad que habían debido de abrir el sobre; el librero, todavía torpe, se había servido de un lacre más oscuro para volver a pegar el precinto. Tuvo buen cuidado de abrir el sobre dejando intacto el precinto, que sería, llegado el momento, una prueba. Eugène

anunciaba, en pocas palabras, el completo éxito del golpe de Estado; cantaba victoria, París estaba domada, la provincia no se movía, y aconsejaba a sus padres una actitud muy firme frente a la insurrección parcial que sublevaba el sur. Les decía, para terminar, que su fortuna estaba labrada si no flaqueaban.

La señora Rougon se metió la carta en el bolsillo y, lentamente, se sentó, mirando a Vuillet a la cara. Éste, como ocupadísimo, había reanudado febrilmente su clasificación.

—Oiga, señor Vuillet —le dijo. Y cuando él hubo alzado la cabeza—: Pongamos las cartas boca arriba, ¿no? Se equivoca usted al traicionarnos, podría ocurrirle una desgracia. Si, en vez de abrir nuestras cartas… —Él protestó, se fingió ofendido. Pero ella, con tranquilidad—: Ya sé, conozco su escuela; usted no confesará nunca… Veamos, nada de palabras inútiles, ¿qué interés tiene usted en servir al golpe de Estado? —Y como él seguía hablando de su perfecta honradez, ella acabó por perder la paciencia—: ¿Me toma usted por una idiota? —exclamó—. He leído su artículo… Más le valdría entenderse con nosotros.

Entonces, sin confesar nada, reconoció abiertamente que quería tener la clientela del colegio. En tiempos era él quien abastecía al centro de libros clásicos. Pero se habían enterado de que vendía, bajo cuerda, pornografía a los alumnos, en tan gran cantidad que los pupitres desbordaban de grabados y obras obscenas. En esa ocasión había estado incluso a punto de pasar por el tribunal correccional. Desde esa época, soñaba con recuperar el favor de la administración, con furia celosa.

Felicité pareció extrañada de la modestia de su ambición. Incluso se lo dio a entender. ¡Violar cartas, arriesgarse al presidio, para vender unos cuantos diccionarios!

—¡Ah! —dijo él con voz agria—, es una venta segura de cuatro a cinco mil francos al año. Yo no sueño imposibles, como ciertas personas.

Ella no recogió la frase. No se habló más de las cartas abiertas. Se cerró un tratado de alianza, por el cual Vuillet se comprometía a no divulgar ninguna noticia y a no anticiparse, a condición de que los Rougon le consiguieran la clientela del colegio. Al dejarlo, Felicité lo instó a no comprometerse más. Bastaba con que guardara las cartas y sólo las distribuyera a los dos días.

—¡Qué tunante! —murmuró cuando estuvo en la calle, sin pensar que ella misma acababa de interferir la correspondencia.

Regresó a paso lento, pensativa. Incluso dio un rodeo, pasó por el paseo Sauvaire, como para reflexionar más largamente y más a sus anchas, antes de regresar a su casa. Bajo los árboles del paseo encontró al señor de Carnavant, que aprovechaba la noche para huronear por la ciudad, sin comprometerse. El clero de Plassans, a quien le repugnaba la acción, mantenía, desde el anuncio del golpe de Estado, la neutralidad más absoluta. Para él, el Imperio era un hecho, y esperaba la hora de reanudar, en una nueva dirección, sus intrigas seculares. El marqués, agente en adelante inútil, no tenía sino una curiosidad: saber cómo terminaría la trifulca y de qué forma los Rougon llegarían hasta el final en su papel.

—Eres tú, pequeña —dijo al reconocer a Felicité—. Quería ir a verte. Tus asuntos se enredan.

—Nada de eso, todo va bien —respondió ella preocupada.

—Mejor que mejor, ya me lo contarás, ¿no? ¡Ah!, debo confesarme, la otra noche les he metido un miedo horroroso a tu marido y a sus colegas. ¡Si hubieras visto lo graciosos que estaban en la terraza, mientras yo les hacía ver una banda de insurrectos en cada bosquecillo del valle!… ¿Me perdonas?

—Se lo agradezco —dijo con presteza Felicité—. Tendría usted que haberlos hecho reventar de terror. Mi marido es una buena pieza. Venga una de estas mañanas, cuando esté sola.

Y escapó, marchando a paso rápido, como decidida por el encuentro con el marqués. Toda su menuda persona expresaba una voluntad implacable. Por fin iba a vengarse de los tapujos de Pierre, a tenerlo a sus pies, a asegurar para siempre su omnipotencia en el hogar. Era un lance necesario, una comedia cuyas profundas bromas saboreaba de antemano, y cuyo plan maduraba con refinamientos de mujer herida.

Encontró a Pierre acostado, durmiendo con pesado sueño; acercó un instante la vela, y miró, con aire compasivo, su rostro basto, por el que corrían a veces leves temblores; después se sentó a la cabecera de la cama, se quitó el gorro, se desmelenó, adoptó el semblante de una

persona desesperada, y se puso a sollozar muy alto.

—¡Eh! ¿Qué te pasa, por qué lloras? —preguntó Pierre despertando bruscamente. Ella no respondió, lloró más amargamente—. Por favor, contesta —prosiguió su marido, a quien aquella muda desesperación espantaba—. ¿A dónde has ido? ¿Has visto a los insurrectos?

Ella hizo un gesto negativo; después, con voz apagada:

—Vengo de la mansión de Valqueyras —murmuro—. Quería pedirle consejo al señor de Carnavant. ¡Ah!, mi pobre amigo, todo está perdido.

Pierre se sentó, palidísimo. Su cuello de toro que aparecía por el camisón desabrochado, sus carnes blandas estaban hinchadas por el miedo. Y, en medio de la cama deshecha, se desplomaba como una figurilla china, lívido y llorón.

—El marqués —continuó Felicité— cree que el príncipe Luis ha sucumbido; estamos arruinados, jamás tendremos un céntimo.

Entonces, como suele ocurrir con los cobardes, Pierre se enfureció. La culpa era del marqués, la culpa era de su mujer, de toda su familia. ¿Es que él pensaba en la política, él, cuando el señor de Carnavant y Felicité lo habían lanzado a tales tonterías?

—Yo me lavo las manos —gritó—. Sois vosotros dos quienes habéis hecho una idiotez. ¿Es que no era más prudente comernos tranquilamente nuestras rentas? Tú, tú siempre has querido dominar. Y ya ves a dónde nos ha conducido eso. —Perdía la cabeza, ya no recordaba que se había mostrado tan ávido como su mujer. Sólo experimentaba un inmenso deseo, el de aliviar su cólera acusando a los demás de su derrota—. Y, además —continuó—, ¡es que no podíamos triunfar con hijos como los nuestros! Eugène nos abandona en el instante decisivo; Aristide nos ha arrastrado por el fango, y sólo faltaba para comprometernos ese inocente de Pascal, haciendo filantropía en pos de los insurrectos… ¡Y pensar que nos hemos quedado sin blanca por darles estudios!

Empleaba, en su exasperación, palabras que no usaba jamás. Felicité, viendo que recobraba el aliento, le dijo suavemente:

—Olvidas a Macquart.

—¡Ah!, sí, ¡lo olvido! —prosiguió con más violencia—. ¡Ahí tienes otro más cuya mera idea me saca de quicio!… Pero eso no es todo: ¿sabes?, el pequeño Silvère, lo vi en casa de mi madre, la otra noche, con las manos llenas de sangre; le ha sacado un ojo a un gendarme. No te hablé de eso para no asustarte. ¿Te imaginas a uno de mis sobrinos ante un tribunal? ¡Ah, qué familia!… En cuanto a Macquart, nos ha molestado, hasta el punto de que ganas tuve de romperle la cabeza, el otro día, cuando yo tenía un fusil. Sí, me dieron ganas…

Felicité dejaba pasar la ola. Había encajado los reproches de su marido con angelical dulzura, bajando la cabeza, como una culpable, lo cual le permitía resplandecer por lo bajo. Con su actitud, incitaba a Pierre, lo enloquecía. Cuando la voz le falló al pobre hombre, ella lanzó grandes suspiros, fingiendo arrepentimiento; después repitió con voz desolada:

—¿Qué vamos a hacer, Dios mío? ¿Qué vamos a hacer?… Estamos acribillados a deudas.

—¡La culpa es tuya! —gritó Pierre poniendo en ese grito sus últimas fuerzas.

Los Rougon, en efecto, debían por todas partes. La esperanza de un próximo éxito les había hecho perder toda prudencia. Desde comienzos de 1851, habían llegado a ofrecer, cada noche, a los contertulios del salón amarillo, zumos de fruta y ponche, pastelillos, meriendas completas, durante las cuales se brindaba por la muerte de la República. Pierre había puesto, además, un cuarto de su capital a disposición de la reacción, para contribuir a la compra de los fusiles y los cartuchos.

—La cuenta de la pastelería es de por lo menos mil francos —prosiguió Felicité con su tono dulzón—, y quizá le debemos el doble al licorista. Y además está el carnicero, el panadero, el frutero… —Pierre agonizaba. Felicité le asestó el último golpe al agregar—: Por no hablar de los diez mil francos que diste para las armas.

—¡Yo, yo! —balbució—. ¡Me han engañado, me han robado! ¡Es ese imbécil de Sicardot quien me metió en la cosa, jurándome que los Napoleón saldrían vencedores! Pensé dar un anticipo. Pero ese viejo zopenco tendrá que devolverme mi dinero.

—¡Ay!, no te devolverá nada de nada —dijo su mujer encogiéndose de hombros—. Sufriremos la suerte de la guerra. Cuando hayamos pagado todo, no nos quedará ni para comprar pan. ¡Ah! ¡Qué linda campaña!… Hale, podremos ir a vivir a algún cuchitril del barrio viejo.

Esta última frase sonó lúgubremente. Era el réquiem de su existencia. Pierre vio el cuchitril del barrio viejo, cuyo espectáculo evocaba su mujer. Allí era a donde iría a morir, sobre un camastro, tras haber tendido toda su vida hacia placeres abundantes y fáciles. En vano había robado a su madre, metido sus manos en las más sucias intrigas, mentido durante años. El Imperio no pagaría sus deudas, ese Imperio que era el único en poderlo salvar de la ruina. Saltó de la cama, en camisón, gritando:

—No, cogeré un fusil, prefiero que los insurgentes me maten.

—Eso —respondió Félicité con gran tranquilidad— podrás hacerlo mañana o pasado mañana, pues los republicanos no están lejos. Es un método como otro cualquiera de acabar.

Pierre se quedó helado. Le pareció que, de golpe, le derramaban un gran cubo de agua fría sobre los hombros. Se acostó lentamente, y cuando estuvo entre la tibieza de las sábanas, se echó a llorar. Aquel gordo prorrumpía con facilidad en lágrimas, lágrimas lentas, inagotables, que corrían de sus ojos sin esfuerzo. Se operaba en él una reacción fatal. Toda su cólera lo lanzaba a abandonos, a lamentos de niño. Félicité, que esperaba esta crisis, tuvo un relámpago de alegría, al verlo tan blando, tan vacío, tan apabullado ante ella. Mantuvo su actitud muda, su humildad desolada. Al cabo de un largo silencio, esa resignación, el espectáculo de esa mujer sumida en un abatimiento silencioso, exasperó las lágrimas de Pierre.

—Pero, !habla de una vez! —imploró—, busquemos juntos. ¿No hay realmente ninguna tabla de salvación?

—Ninguna, lo sabes muy bien —respondió ella—; tú mismo exponías la situación hace un momento; no podemos esperar ayuda de nadie; nuestros propios hijos nos han traicionado.

—Huyamos, entonces… ¿Quieres que dejemos Plassans esta noche, ahora mismo?

—¡Huir! Pero, mi pobre amigo, mañana seríamos el hazmerreír de la ciudad… ¿No te acuerdas de que has mandado cerrar las puertas?

Pierre se debatía; imprimía a su espíritu una tensión extraordinaria; después, como vencido, en tono suplicante, murmuró:

—Te lo ruego, encuentra una idea, tú; aún no has dicho nada.

Felicité alzó la cabeza, fingiendo sorpresa; y, con un gesto de profunda impotencia:

—Soy una boba en estas materias —dijo—; no entiendo nada de política, me lo has repetido cien veces. —Y como su marido callaba, cortado, bajando los ojos, continuó lentamente, sin reproches—: Tú no me has puesto al tanto de tus asuntos, ¿verdad? Lo ignoro todo, ni siquiera puedo darte un consejo… Por otra parte, has hecho muy bien, las mujeres son a menudo parlanchinas, y es cien veces posible que los hombres conduzcan la barca solos.

Decía esto con una ironía tan fina que su marido no sintió la crueldad de sus chanzas. Experimentó simplemente un gran remordimiento. Y de repente, se confesó. Habló de las cartas de Eugène, explicó sus planes, su conducta, con la locuacidad de un hombre que hace su examen de conciencia y que implora un salvador. A cada instante, se interrumpía para preguntar: «¿Qué habrías hecho tú, en mi lugar?», o bien exclamaba: «¿Verdad? Tenía yo razón, no podía obrar de otro modo». Félicité no se dignaba hacer un gesto ni siquiera. Escuchaba, con la ceñuda rigidez de un juez. En el fondo, saboreaba goces exquisitos; por fin lo tenía cogido, a aquella buena pieza; y jugaba con él como una gata juega con una bola de papel; y él tendía las manos para que ella le pusiera las esposas.

—Pero espera —dijo Pierre saltando rápidamente de la cama—, voy a dejarte leer la correspondencia de Eugène. Juzgarás mejor la situación.

Ella intentó vanamente detenerlo por un faldón del camisón; él desplegó las cartas sobre la mesilla de noche, se acostó, le leyó páginas enteras, la forzó a ojearlas ella misma. Ella contenía una sonrisa, empezaba a sentir lástima del pobre hombre.

—¿Y qué? —dijo, ansioso, cuando hubo acabado—. Ahora que lo sabes todo, ¿no ves alguna forma de salvarnos de la ruina? —Ella todavía no

respondió. Parecía reflexionar profundamente—. Eres una mujer inteligente —prosiguió él, para halagarla—; me equivoqué al ocultarte esto, lo reconozco…

—No hablemos más de eso —respondió Felicité—. En mi opinión, si tuvieras mucho valor… —Y como él la miraba con aire ávido, se interrumpió; dijo, con una sonrisa—: Pero ¿me prometes en serio que no volverás a desconfiar de mí? ¿Me lo dirás todo? ¿No obrarás sin consultarme?

El juró, aceptó las condiciones más duras. Entonces Félicité se acostó a su vez; había cogido frío, se acercó mucho a él; y en voz baja, como si hubieran podido oírles, le explicó largamente su plan de campaña. Según ella, era preciso que el pánico soplara con más violencia en la ciudad y que Pierre conservase una actitud de héroe en medio de los consternados habitantes. Un secreto presentimiento, decía, le hacía pensar que los insurgentes estaban aún lejos. Por otra parte, tarde o temprano, el partido del orden ganaría, y los Rougon serían recompensados. Después del papel de salvadores, no era desdeñable el papel de mártires. Lo hizo tan bien, habló con tanta convicción, que su marido, sorprendido al principio por la simplicidad de su plan, que consistía en manifestar audacia, acabó viendo en él una táctica maravillosa y prometió cumplirlo, mostrando todo el valor posible.

—Y no olvides que soy yo quien te salva —murmuró la vieja, con voz mimosa—. ¿Serás bueno?

Se besaron, se dieron las buenas noches. Fue un renacimiento para aquellos dos ancianos abrasados por la codicia. Pero ni uno ni otro se durmieron; al cabo de un cuarto de hora, Pierre, que miraba en el cielo raso una mancha redonda de la lamparilla, se volvió y, en voz muy baja, comunicó a su mujer una idea que acababa de brotar en su cerebro.

—¡Oh, no! ¡No! —murmuró Felicité con un estremecimiento—. Sería demasiado cruel.

—¡Vaya! —prosiguió él—, ¿no quieres que los habitantes estén consternados?… Me tomarían en serio, si lo que te he dicho ocurriera… —Después, al completarse su proyecto, exclamo—: Podríamos utilizar a Macquart… Sería una manera de desembarazarse de él.

Felicité pareció impresionada por esta idea. Reflexionó, vaciló y, con voz turbada, balbució:

—Quizá tengas razón. Habría que verlo… Después de todo, seríamos muy idiotas si tuviéramos escrúpulos; se trata para nosotros de una cuestión de vida o muerte. Déjame a mí, iré mañana a visitar a Macquart, y ya veré si podemos entendernos con él. Tú te pelearías, lo estropearías todo… Buenas noches, que duermas bien, queridito… Hale, nuestras penas acabarán.

Se besaron una vez más, se durmieron. Y en el cielo raso la mancha de luz se redondeaba como un ojo aterrado, abierto y clavado largamente sobre el sueño de esos burgueses descoloridos, rezumando crímenes entre las sábanas, que veían en sueños caer en su dormitorio una lluvia de sangre, cuyas anchas gotas se mudaban en piezas de oro sobre las baldosas.

Al día siguiente, antes de clarear, Felicité fue al ayuntamiento, provista de instrucciones de Pierre para llegar hasta Macquart. Llevaba, en una cartera, el uniforme de guardia nacional de su marido. Por lo demás, sólo vio a unos hombres durmiendo a pierna suelta en el retén. El portero, que estaba encargado de alimentar al preso, subió a abrirle el cuarto de aseo, transformado en celda. Después volvió a bajar tranquilamente.

Macquart llevaba encerrado en el cuarto dos días y dos noches. Había tenido tiempo de hacer prolongadas reflexiones. Cuando hubo dormido, las primeras horas se entregó a la cólera, a una rabia impotente. Sentía ganas de destrozar la puerta, ante la idea de que su hermano se pavoneaba en la habitación contigua. Y se prometía estrangularlo con sus propias manos cuando los insurrectos llegaran a liberarlo. Pero por la tarde, al crepúsculo, se calmó, dejó de dar furiosas vueltas por el estrecho cuarto. Respiraba allí un suave olor, una sensación de bienestar que sosegaba sus nervios. El señor Garçonnet, muy rico, delicado y coqueto, había mandado arreglar aquel reducto de manera muy elegante; el diván era mullido y tibio; perfumes, pomadas y jabones guarnecían el lavabo de mármol; y la luz, palideciente, caía del techo con blanda voluptuosidad, como los resplandores de una lámpara colgada en una recámara. Macquart, en medio de ese aire almizclado, soso y adormilado que ronda por los cuartos de aseo, se durmió pensando que los ricos, aquellos diablos, «eran muy felices, a fin de cuentas». Se había tapado con una manta que le habían dado. Estuvo tumbado hasta la mañana, con la cabeza, la espalda y los

brazos apoyados en las almohadas. Al abrir los ojos, un hilo de sol se deslizaba por el vano. No abandonó el diván, tenía calor, pensó mientras miraba a su alrededor. Se decía que nunca tendría un rincón parecido para asearse. Le interesaba sobre todo el lavabo; no era nada difícil, pensaba, ir limpio con tantos tarritos y tantos frascos. Eso le hizo pensar amargamente en su vida fracasada. Se le ocurrió la idea de que a lo mejor se había equivocado de camino; no se gana nada con frecuentar a los pordioseros; no tendría que haberse mostrado duro, y sí entenderse con los Rougon. Después rechazó este pensamiento. Los Rougon eran unos malvados que le habían robado. Pero las tibiezas, las blanduras del diván, seguían dulcificándolo, inspirándole vagas nostalgias. Después de todo, los insurgentes lo abandonaban, se dejaban derrotar como imbéciles. Acabó concluyendo que la República era una engañifa. Esos Rougon tenían suerte. Recordó sus maldades inútiles, su guerra sorda; nadie, en la familia, lo había apoyado: ni Aristide, ni el hermano de Silvère, ni el propio Silvère, que era un idiota por entusiasmarse con los republicanos, y que nunca llegaría a nada. Ahora su mujer estaba muerta, sus hijos lo habían dejado; reventaría solo, en un rincón, sin un céntimo, como un perro. Decididamente, tendría que haberse vendido a la reacción. Pensando en esto, miraba de reojo el lavabo, asaltado por unos enormes deseos de ir a lavarse las manos con cierto polvo de jabón contenido en una caja de cristal. Macquart, como todos los haraganes a quienes mantienen una mujer o sus hijos, tenía gustos de peluquero. Aunque llevaba pantalones remendados, adoraba inundarse de aceite aromático. Se pasaba las horas en el barbero, donde se hablaba de política, y que le pasaba el peine entre dos discusiones. La tentación resultó demasiado fuerte; Macquart se instaló ante el lavabo. Se lavó las manos, la cara; se peinó, se perfumó, hizo un aseo completo. Usó todos los frascos, todos los jabones, todos los polvos. Pero su mayor gozo consistió en secarse con las toallas del alcalde; eran flexibles, espesas. Hundió en ellas su cara húmeda, y aspiró beatíficamente todos los aromas de la riqueza. Después, bien untado de cosméticos, cuando olió bien de la cabeza a los pies, volvió a tumbarse en el diván, rejuvenecido, inclinado a ideas conciliadoras. Experimentó un horror todavía mayor por la República después de haber metido la nariz en los tarros del señor Garçonnet. Le brotó la idea de que quizá ya era hora de hacer las paces con su hermano. Pensó lo que podría pedir por una traición. Su rencor contra los Rougon seguía royéndole el corazón; pero estaba en uno de esos momentos en que, acostado de espaldas, en el silencio, uno se dice verdades duras, se regañaba por no haberse procurado, incluso a costa de sus odios mas queridos, un hueco dichoso

para cobijar sus cobardías de alma y de cuerpo. Hacia el atardecer, Antoine se decidió a llamar a su hermano al día siguiente. Pero cuando, a la mañana siguiente, vio entrar a Félicité comprendió que tenían necesidad de él. Se puso en guardia.

La negociación fue larga, llena de perfidias, llevada con infinito arte. Intercambiaron al principio vagas quejas. Félicité, sorprendida de encontrar a Antoine casi cortés, tras la escena grosera que había hecho en su casa el domingo por la noche, la tomó con él en un tono de suave reproche. Deploró los odios que desunen a las familias. Pero realmente él había calumniado y perseguido a su hermano con una saña que había sacado de sus casillas al pobre Rougon.

—¡Pardiez! Mi hermano nunca se condujo como un hermano conmigo —dijo Macquart con contenida violencia—. ¿Es que acudió en mi ayuda? Me habría dejado reventar en mi cuchitril… Cuando fue amable conmigo, se acordará usted, en la época de los doscientos francos, creo que no se me puede acusar de haber hablado mal de él. Repetía por todas partes que tenía un gran corazón.

Lo cual significaba claramente: Si hubieran seguido proporcionándome dinero, habría sido encantador con ustedes, y les hubiera ayudado, en vez de combatirles. La culpa es suya. Había que comprarme.

Félicité lo comprendió tan bien que respondió:

—Ya sé, usted nos ha acusado de dureza, porque se imagina que vivimos con desahogo; pero se equivoca, mi querido hermano: somos gente pobre; jamás hemos podido obrar con usted como nuestro corazón deseaba. —Vaciló un instante, y luego continuó—: En rigor, en una circunstancia grave, podríamos hacer un sacrificio; pero, de veras, ¡somos tan pobres, tan pobres!

Macquart aguzó la oreja. «¡Los tengo!», pensó. Entonces, sin aparentar haber oído la oferta indirecta de su cuñada, desplegó su miseria con voz doliente, contó la muerte de su mujer, la huida de sus hijos. Felicité, por su parte, habló de la crisis que atravesaba el país; pretendió que la República había acabado de arruinarlos. De frase en frase, llegó a maldecir una época que obligaba al hermano a encarcelar al hermano. ¡Cómo sangraría su corazón, si la justicia no quisiera devolver su presa! Y soltó la palabra «galeras».

—Apuesto a que no —dijo tranquilamente Macquart.

Pero ella clamó:

—Antes rescataría con mi sangre el honor de la familia. Lo que le digo es para demostrarle que no lo abandonaremos… Vengo a proporcionarle los medios para huir, mi querido Antoine.

Se miraron por un instante a los ojos, tanteándose con la mirada antes de entablar la lucha.

—¿Sin condiciones? —preguntó él por fin.

—Sin ninguna condición —respondió Felicité. Se sentó a su lado en el diván, y luego continuó con voz decidida—: E incluso, antes de cruzar la frontera, si quiere usted ganar un billete de mil francos, puedo proporcionarle los medios.

Hubo un nuevo silencio.

—Si el asunto es limpio —murmuró Antoine, que parecía reflexionar—. Ya sabe usted, no quiero meterme en sus tejemanejes.

—Pero si no hay tejemanejes —prosiguió Felicité, riéndose de los escrúpulos del viejo tunante—; va usted a salir ahora mismo de este cuarto, irá a esconderse a casa de su madre y, por la noche, reunirá a sus amigos, y vendrá a recuperar el ayuntamiento.

Macquart no pudo ocultar una honda sorpresa. No entendía nada.

—Creía —dijo— que habían salido ustedes victoriosos.

—¡Oh!, no tengo tiempo de ponerle al corriente —respondió la vieja con cierta impaciencia—. ¿Acepta usted o no acepta?

—Pues, bueno, no, no acepto… Quiero reflexionar. Por mil francos sería muy idiota si a lo mejor arriesgase una fortuna.

Felicité se levantó.

—Como le parezca, amigo mío —dijo fríamente—. Realmente no tiene usted conciencia de su situación. Ha venido a mi casa a llamarme vieja

bribona, y cuando tengo la bondad de tenderle la mano en el agujero donde ha cometido la tontería de caer se anda con melindres, no quiere que le salven. ¡Bueno!, pues quédese aquí, espere a que regresen las autoridades. Yo me lavo las manos.

Estaba ya en la puerta.

—Pero —imploró él—, deme algunas explicaciones. No puedo cerrar un trato con usted sin saber. Desde hace dos días ignoro lo que pasa. ¿Cómo sé yo que no me están robando ustedes?

—Mire, es usted un necio —respondió Felicité, a quien este arrebato de sinceridad lanzado por Antoine hizo volver sobre sus pasos—. Se equivoca muy mucho al no ponerse ciegamente de nuestra parte. Mil francos es una linda suma, y no se arriesga sino por una causa ganada. Acepte, se lo aconsejo.

Él seguía vacilando.

—Pero, cuando tomemos la alcaldía, ¿nos dejarán entrar tranquilamente?

—Eso no lo sé —dijo ella con una sonrisa—. A lo mejor hay disparos.

El la miró fijamente.

—¡Eh!, dígame entonces, señora mía —prosiguió con voz ronca—, ¿no será que tiene la intención de hacer que me alojen una bala en la cabeza?

Felicité se ruborizó. Pensaba cabalmente, en efecto, que una bala, durante el ataque de la alcaldía, les haría un gran favor al desembarazarlos de Antoine. Serían mil francos ganados. Por eso se enfadó, murmurando:

—¡Vaya idea!… Verdaderamente es atroz tener ideas semejantes. —Después, súbitamente calmada—: ¿Acepta?… ¿Ha entendido, verdad?

Macquart había entendido perfectamente. Era una emboscada lo que le proponían. No veía ni sus motivos ni sus consecuencias, lo cual lo decidió a chalanear. Tras haber hablado de la República como de una amante a la que le desesperaba no querer ya, señaló los riesgos que iba a correr, y acabó pidiendo dos mil francos. Pero Felicité se las tuvo tiesas. Y discutieron hasta que ella le prometió procurarle, a su regreso a Francia, un puesto en el que no tendría nada que hacer y que le produciría mucho.

Entonces se cerró el trato. Felicité le hizo vestir el uniforme de guardia nacional que había traído. Tenía que retirarse pacíficamente a casa de tía Dide, para traer hacia media noche, a la plaza del Ayuntamiento, a todos los republicanos que encontrase, asegurándoles que la alcaldía estaba vacía, que bastaría con empujar la puerta para apoderarse de ella. Antoine pidió una señal, y recibió doscientos francos. Ella se comprometió a pagarle los otros ochocientos francos al día siguiente. Los Rougon arriesgaban en esto los últimos céntimos de que podían disponer.

Cuando Felicité hubo bajado, se quedó un instante en la plaza para ver salir a Macquart. Éste salió tranquilamente por delante del retén, sonándose. De un puñetazo, en el cuarto de aseo, había roto el cristal del techo, para que creyeran que había escapado por allí.

—Listo —dijo Felicité a su marido al regresar a casa—. Será a media noche… A mí ya no me importa. Quisiera verlos fusilados a todos. Ayer, en la calle, nos hacían trizas.

—Eras demasiado buena al vacilar —respondió Pierre, que se estaba afeitando—. Cualquiera, en nuestro lugar, haría lo mismo.

Esa mañana, era miércoles, cuidó particularmente su arreglo. Fue su mujer la que lo peinó y le anudó la corbata. Le dio vueltas entre sus manos como a un niño que va a un reparto de premios. Después, cuando estuvo listo, lo miró, declaró que estaba muy decente y que haría un gran papel en medio de los grandes acontecimientos que se preparaban. Su gruesa cara pálida tenía, en efecto, una gran dignidad y un aire de heroica testarudez. Lo acompañó hasta el primer piso, haciéndole sus últimas recomendaciones: no debía perder nada de su actitud valerosa, fuera cual fuera el pánico; había que cerrar las puertas más herméticamente que nunca; dejar a la ciudad agonizar de terror dentro de sus murallas; y sería excelente si él era el único en querer morir por la causa del orden.

¡Qué jornada! Los Rougon hablan todavía de ella, como de una batalla gloriosa y decisiva. Pierre fue en derechura al ayuntamiento, sin inquietarse por las miradas ni las palabras que sorprendió al pasar. Se instaló allí magistralmente, como un hombre que no piensa abandonar su puesto. Envió simplemente un recado a Roudier, para advertirle de que recuperaba el poder. «Vigile las puertas —decía, sabiendo que esas líneas podían hacerse públicas—; yo vigilaré en el interior, haré respetar las propiedades y a las personas. En el momento en que las malas pasiones

renacen y triunfan, los buenos ciudadanos deben tratar de sofocarlas, a riesgo de su vida». El estilo, las faltas de ortografía, volvían más heroico este billete, de un laconismo antiguo. Ni uno solo de los señores de la comisión provisional apareció. Los dos últimos fieles, el propio Granoux, se quedaron prudentemente en sus casas. De aquella comisión, cuyos miembros se habían desvanecido, a medida que el pánico soplaba con más fuerza, sólo Rougon seguía en su puesto, en su sillón de presidente. Ni siquiera se dignó enviar una orden de convocatoria. Él solo, y ya era bastante. Sublime espectáculo que un periódico de la localidad caracterizaría más adelante con una frase: «El valor dando la mano al deber».

Durante toda la mañana se vio a Pierre llenar la alcaldía con sus idas y venidas. Estaba completamente solo en aquel gran edificio vacío, cuyas altas salas resonaban largamente con el ruido de sus pisadas. Por lo demás, todas las puertas estaban abiertas. Paseaba en medio de ese desierto su presidencia sin concejo, con un aire tan impregnado de su misión que el portero, al encontrárselo dos o tres veces por los pasillos, lo saludó sorprendido y respetuoso. Fue visto detrás de cada ventana y, pese a que hacía mucho frío, apareció en varias ocasiones en el balcón, con legajos entre las manos, como un hombre atareado que espera importantes mensajes.

Después, hacia mediodía, recorrió la ciudad; visitó los retenes, hablando de un posible ataque, dando a entender que los insurgentes no estaban lejos; pero contaba, decía, con el valor de los valientes guardias nacionales; si era preciso, debía morir hasta el último en defensa de la buena causa. Cuando regresó de esta ronda, lentamente, gravemente, con la traza de un héroe que ha puesto orden en los asuntos de su patria y que sólo espera la muerte, pudo comprobar un auténtico estupor a lo largo de su camino; los paseantes del paseo, los pequeños rentistas incorregibles, a quienes ninguna catástrofe habría podido impedir ir a embobarse al sol a determinadas horas, lo miraron pasar con aire atolondrado, como si no lo reconociesen y no pudiesen creer que uno de los suyos, un ex comerciante de aceite, tuviera la desfachatez de arrastrar a todo un ejército.

En la ciudad, la ansiedad llegaba a su colmo. De un instante a otro se esperaba a la banda insurrecta. El rumor de la evasión de Macquart fue comentado de forma horrorosa. Se pretendió que lo habían liberado sus

amigos los rojos, y que esperaba a la noche, en algún rincón, para arrojarse sobre los habitantes y prender fuego a la ciudad por los cuatro costados. Plassans, enclaustrada, aterrada, devorándose a sí misma en su prisión de murallas, no sabía ya qué inventar para tener miedo. Los republicanos, ante la fiera actitud de Rougon, sintieron una breve desconfianza. En cuanto a la ciudad nueva, a los abogados y a los comerciantes retirados, que la víspera despotricaban contra el salón amarillo, se quedaron tan sorprendidos que ya no se atrevieron a atacar abiertamente a un hombre de tal valor. Se contentaron con decir que era una locura desafiar así a unos insurgentes victoriosos, y que ese heroísmo inútil iba a atraer sobre Plassans las mayores desdichas. Después, hacia las tres, organizaron una delegación. Pierre, que ardía en deseos de exhibir su abnegación ante sus conciudadanos, no se atrevía a contar, sin embargo, con tan espléndida ocasión.

Hubo palabras sublimes. Fue en el despacho del alcalde donde el presidente de la comisión provisional recibió a la delegación de la ciudad nueva. Aquellos señores, tras haber rendido homenaje a su patriotismo, le suplicaron que no pensara en la resistencia. Pero él, con voz muy alta, habló del deber, de la patria, del orden, de la libertad y de otras muchas cosas. Por lo demás, no obligaba a nadie a imitarlo; cumplía simplemente lo que su conciencia y su corazón le dictaban.

—Ya lo ven, caballeros, estoy solo —dijo al terminar—. Quiero cargar toda la responsabilidad para que nadie más que yo se vea comprometido. Y si hace falta una víctima, me ofrezco de todo corazón; deseo que el sacrificio de mi vida salve la de los habitantes.

Un notario, el más capaz de la pandilla, le hizo observar que corría a una muerte segura.

—Ya lo sé —prosiguió él gravemente—. ¡Y estoy preparado!

Aquellos señores se miraron. Aquel «¡Y estoy preparado!» los dejó clavados de admiración. Decididamente, aquel hombre era un valiente. El notario lo instó a llamar en su ayuda a los gendarmes; pero él respondió que la sangre de esos soldados era muy valiosa, y que sólo la haría correr en último extremo. La delegación se retiró lentamente, emocionadísima. Una hora después, Plassans calificaba a Rougon de héroe; los más cobardes lo llamaban «viejo loco».

Al atardecer, Rougon quedó muy extrañado al ver aparecer a Granoux. El ex comerciante de almendras se arrojó en sus brazos, llamándole «gran hombre» y diciéndole que quería morir con él. El «¡Y estoy preparado!» que su criada acaba de traerle de la frutería lo había entusiasmado de veras. En el fondo de aquel cobardón, de aquel ser grotesco, había ingenuidades encantadoras. Pierre lo retuvo, pensando que no tendría importancia. E incluso lo conmovió la abnegación del pobre hombre; se prometió que el prefecto le felicitaría públicamente, lo cual haría reventar de despecho a los demás burgueses, que lo habían abandonado tan cobardemente. Y ambos esperaron la noche en la alcaldía desierta.

A esa misma hora, Aristide se paseaba por su casa con pinta profundamente inquieta. El artículo de Vuillet lo había sorprendido. La actitud de su padre lo dejaba estupefacto. Acababa de distinguirlo en una ventana, con corbata blanca y levita negra, tan tranquilo ante la proximidad del peligro que todas sus ideas se habían trastornado en su pobre cabeza. Y, sin embargo, los insurgentes regresaban victoriosos, ésa era la creencia de la ciudad entera. Pero le entraban dudas, olfateaba alguna lúgubre farsa. No atreviéndose a presentarse en casa de sus padres, había enviado a su mujer. Cuando Angèle regresó, le dijo con voz cansina:

—Tu madre te espera; no está nada furiosa, pero tiene pinta de burlarse bonitamente de ti. Me ha repetido en varias ocasiones que podías guardarte el pañuelo en el bolsillo.

Aristide se sintió terriblemente vejado. Por lo demás, corrió a la calle de la Banne, dispuesto a las más humildes sumisiones. Su madre se contentó con acogerlo con risas de desdén.

—¡Ah!, pobre muchacho —le dijo al verlo—, decididamente no eres muy listo.

—¿Qué sabe uno, en un agujero como Plassans? —exclamó él, despechado—. Me vuelvo idiota, palabra de honor. Ni una noticia, y todos tiritando. Es por estar encerrado en estas malditas murallas… ¡Ah, si hubiera podido seguir a Eugène a París! —Después, amargamente, viendo que Felicité seguía riéndose—: No ha sido usted amable conmigo, madre. Sé muchas cosas, fíjese… Mi hermano les tenía al corriente de lo que pasaba, y nunca me han dado la menor indicación útil.

—¿Sabes eso, tú? —dijo Felicité poniéndose seria y desconfiada—.

¡Bueno!, pues eres menos bruto de lo que creía. ¿Es que abres las cartas, como alguien a quien yo conozco?

—No, pero escucho detrás de las puertas —respondió Aristide con gran aplomo.

Esta franqueza no desagradó a la anciana. Volvió a sonreír, y mas dulce:

—Entonces, bobalicón —preguntó—, ¿cómo se explica que no te hayas aliado con nosotros antes?

—¡Ah!, ésa es la cosa —dijo el joven, cortado—. No tenía gran confianza en ustedes. Recibían a tales animales: ¡mi suegro, Granoux y los demás!… Y además no quería comprometerme demasiado… —Vacilaba. Prosiguió con voz inquieta—: Hoy, ¿está usted bien segura del éxito del golpe de Estado?

—¿Yo? —exclamó Felicité, a quien las dudas de su hijo herían—, yo no estoy segura de nada.

—Sin embargo, me ha mandado decir que me quitara el cabestrillo.

—Sí, porque todos esos señores se burlan de ti. —Aristide se quedó plantado sobre los pies, con la mirada perdida, contemplando en apariencia uno de los rameados del papel naranja. A su madre la asaltó una brusca impaciencia al verlo tan vacilante—. Mira —dijo—, vuelvo a mi primera opinión: no eres muy listo. ¡Y hubieses querido que te dejáramos leer las cartas de Eugène! Pero, desgraciado, con tus continuas incertidumbres lo habrías estropeado todo. Ahí estás vacilando…

—¿Vacilando yo? —interrumpió él, dirigiendo a su madre una mirada clara y fría—. ¡Ah!, bueno, usted no me conoce. Prendería fuego a la ciudad si tuviera ganas de calentarme los pies. ¡Pero ya comprenderá que no quiero equivocarme de camino! Estoy cansado de comer pan duro, y pienso burlar a la fortuna. Sólo jugaré sobre seguro.

Había pronunciado estas palabras con tal avidez que su madre, en aquel apetito ardiente de éxito, reconoció el grito de su sangre. Murmuró:

—Tu padre tiene mucho valor.

—Sí, ya lo he visto —prosiguió él riendo burlón—. Tiene una magnífica

cabeza. Me ha recordado a Leónidas en las Termópilas… ¿Ha sido usted, madre, la que le ha dado ese aspecto? —Y alegremente, con gesto resuelto—: ¡Qué le vamos a hacer! exclamó, ¡soy bonapartista!… Papá no es hombre como para dejarse matar sin que eso le rente mucho.

—Y tú tienes razón —dijo su madre—; no puedo hablar, pero mañana verás.

Aristide no insistió, le juró que pronto estaría orgullosa de él; y se marchó, mientras Felicité, sintiendo que despertaban sus antiguas preferencias, se decía en la ventana, al mirarlo alejarse, que tenía un ingenio de todos los diablos, y que jamás habría tenido valor para dejarle partir sin ponerlo por fin en el buen camino.

Por tercera vez la noche, la noche llena de angustia, caía sobre Plassans. La ciudad agonizante estaba en los últimos estertores. Los burgueses regresaban rápidamente a su casa; se atrancaban puertas con gran estrépito de pernos y barras de hierro. La sensación general parecía ser que Plassans ya no existiría al día siguiente, que se habría abismado bajo tierra o evaporado en el cielo. Cuando Rougon volvió a cenar encontró las calles totalmente desiertas. Esa soledad lo puso triste y melancólico. Por ello, al final de la cena, tuvo una debilidad, y preguntó a su mujer si era necesario proseguir con la insurrección que Macquart preparaba.

—Se acabó la maledicencia —dijo—. ¡Si hubieras visto a los señores de la ciudad nueva cómo me saludaron! No me parece muy útil ahora matar a gente. ¿Eh? ¿Qué piensas? Haremos nuestro agosto sin eso.

—¡Ay, qué blandengue eres! —exclamó Félicité con cólera—. ¡Eres tú el que tuviste la idea, y ya estás retrocediendo! ¡Te digo que nunca harás nada sin mí!… Sigue, sigue por tu camino. ¿Es que los republicanos te perdonarían si te tuvieran?

Rougon, de regreso a la alcaldía, preparó la emboscada. Granoux le fue de gran utilidad. Lo envió a llevar sus órdenes a los distintos retenes que custodiaban las murallas; los guardias nacionales debían dirigirse al ayuntamiento en grupitos, lo más secretamente posible. Roudier, ese burgués parisiense despistado en provincias, que habría podido arruinar el asunto predicando humanidad, ni siquiera fue advertido. Hacia las once, el patio de la alcaldía estaba lleno de guardias nacionales. Rougon los asustó; les dijo que los republicanos que habían quedado en Plassans

iban a intentar un golpe de mano desesperado, y se atribuyó el mérito de haber sido avisado a tiempo por su policía secreta. Después de trazar un cuadro sangriento de la matanza de la ciudad si esos miserables se adueñaban del poder, dio la orden de no pronunciar una sola palabra y de apagar todas las luces. Él mismo cogió un fusil. Desde la mañana, caminaba como en sueños; no se reconocía; sentía tras de sí a Felicité, en cuyas manos lo había arrojado la crisis de la noche, y se habría dejado ahorcar diciendo: «¡Qué más da, mi mujer va a venir a descolgarme!». Para aumentar el alboroto y desencadenar un espanto más prolongado sobre la ciudad dormida, rogó a Granoux que se dirigiera a la catedral y mandara tocar a rebato a los primeros disparos. El nombre del marqués le abriría la puerta del sacristán. Y en la sombra, en el silencio negro del patio, los guardias nacionales, enloquecidos de ansiedad, esperaban, con los ojos clavados en el portal, impacientes por tirar, como al acecho de una manada de lobos.

Mientras tanto Macquart había pasado el día en casa de tía Dide. Se había tumbado sobre el viejo arcón, echando de menos el diván del señor Garçonnet. En diversas ocasiones tuvo unas ganas locas de ir a mermar sus doscientos francos en algún café vecino; aquel dinero, que había metido en uno de los bolsillos del chaleco, le quemaba el costado; empleó el tiempo en gastarlo en su imaginación. Su madre, a cuya casa acudían los hijos desde hacía unos días, enloquecidos, con semblantes pálidos, sin que ella saliera de su silencio, sin que su rostro perdiera su muerta inmovilidad, dio vueltas a su alrededor, con sus movimientos rígidos de autómata, sin parecer siquiera percibir su presencia. Ignoraba los temores que trastornaban la ciudad cerrada; estaba a mil leguas de Plassans, embarcada en esa continua idea fija que mantenía sus ojos abiertos, vacíos de pensamientos. En ese momento, sin embargo, una inquietud, una preocupación humana a veces la hacía parpadear. Antoine, sin poder resistir el deseo de comer un buen bocado, la envió a buscar un pollo asado a una casa de comidas del arrabal. Cuando se sentó a la mesa:

—¡Eh! —le dijo—, no comes pollo tan a menudo. Es para los que trabajan y saben llevar sus negocios. Tú siempre lo has derrochado todo… Apuesto a que le das tus ahorros a esa mosquita muerta de Silvère. Tiene una amante, el hipócrita. Anda, si tienes unos ahorrillos escondidos en algún rincón un día te los birlará lindamente.

Reía burlón, se consumía de salvaje alegría. El dinero que tenía en el

bolsillo, la traición que preparaba, la certeza de haberse vendido a buen precio, lo llenaban del contento de las personas malas que se vuelven naturalmente alegres y chanceras en el mal. Tía Dide sólo entendió el nombre de Silvère.

—¿Lo has visto? —preguntó, abriendo por fin la boca.

—¿A quién? ¿A Silvère? —respondió Antoine—. Se paseaba entre los insurgentes con una chicarrona roja del brazo. Si se mete en un tomate, bien empleado le estará.

La abuela lo miró fijamente, y con voz grave:

—¿Por qué? —dijo simplemente.

—¡Ah!, no hay que ser tan bobo como él —prosiguió, cortado—. ¿Es que uno va a arriesgar la piel por sus ideas? Yo ya he arreglado mis asuntillos. No soy un niño.

Pero tía Dide ya no lo escuchaba. Murmuraba:

—Tenía ya las manos llenas de sangre. Me lo matarán como al otro; sus tíos le enviarán los gendarmes.

—¿Qué está mascullando ahora? —dijo su hijo, que terminaba el caparazón del pollo—. Ya sabe, me gusta que me acusen en la cara. Si alguna vez conversé sobre la República con el crío fue para conducirlo a ideas más razonables. Estaba chalado. A mí me gusta la libertad, pero es necesario que no degenere en libertinaje… Y en cuanto a Rougon, cuenta con mi estima. Es un chico inteligente y valeroso.

—Tenía el fusil, ¿verdad? —interrumpió tía Dide, cuya mente extraviada parecía seguir de lejos a Silvère por la carretera.

—¿El fusil? Ah, sí, la carabina de Macquart —prosiguió Antoine, tras haber echado un vistazo a la campana de la chimenea, donde solía estar colgada el arma—. Creo habérsela visto entre las manos. Lindo instrumento para correr por los campos del brazo de una chica. ¡Qué imbécil!

Y se creyó en el deber de gastar algunas bromas de mal gusto. Tía Dide había vuelto a pasear por la habitación. No pronunció una palabra más.

Hacia el anochecer, Antoine se alejó, después de haberse puesto una blusa y calado hasta los ojos una gorra grande que su madre fue a comprarle. Entró en la ciudad como había salido de ella, contando una historia a los guardias nacionales que custodiaban la puerta de Roma. Después se dirigió al barrio viejo, donde misteriosamente se deslizó de puerta en puerta. Todos los republicanos exaltados, todos los afiliados que no habían seguido a la banda se encontraron, hacia las nueve, reunidos en un café miserable donde Macquart los había citado. Cuando hubo allá unos cincuenta hombres, les soltó un discurso, en el que habló de una venganza personal que tenía que satisfacer, de una victoria que alcanzar, de un yugo vergonzoso que sacudir, y acabó comprometiéndose a entregarles la alcaldía en diez minutos. Salía de allí, estaba vacía; la bandera roja ondearía allá esa misma noche, si ellos lo querían. Los obreros se consultaron: a esas horas la reacción agonizaba, los insurgentes estaban a las puertas, sería honorable no esperarlos para recuperar el poder, lo cual permitiría recibirlos como hermanos, con las puertas de par en par, las calles y las plazas empavesadas. Por lo demás, nadie desconfió de Macquart; su odio a los Rougon, la venganza personal de que hablaba, respondían de su lealtad. Se convino que todos aquellos que eran cazadores y que tenían en casa una escopeta irían a buscarla, y que a medianoche la banda se encontraría en la plaza del Ayuntamiento. Una cuestión de detalle estuvo a punto de detenerlos, no tenían balas; pero decidieron que cargarían sus armas con perdigones, lo cual resultaba hasta inútil, ya que no iban a encontrar la menor resistencia.

Una vez más, Plassans vio pasar, en el claro de luna mudo de sus calles, hombres armados que se deslizaban a lo largo de las casas. Cuando la banda se encontró reunida ante el ayuntamiento, Macquart, ojo avizor, avanzó atrevidamente. Llamó, y cuando el portero, aleccionado de antemano, preguntó qué querían, lo amenazó de tan espantosa forma, que el hombre, fingiendo pavor, se apresuró a abrir. La puerta giró lentamente, de par en par. El portal se ahondó, vacío y abierto.

Entonces Macquart gritó con voz fuerte:

—¡Venid, amigos!

Era la señal. El se echó rápidamente a un lado. Y mientras los republicanos se abalanzaban, de la oscuridad del patio salió un torrente de llamas, una granizada de balas que pasaron con redoble de trueno sobre el portal abierto. La puerta vomitaba muerte. Los guardias nacionales,

exasperados por la espera, urgidos por librarse de la pesadilla que pesaba sobre ellos en aquel tétrico patio, habían disparado todos a la vez, con prisa febril. El resplandor fue tan intenso que Macquart vio con toda claridad, en el reflejo rojizo de la pólvora, a Rougon que intentaba apuntar. Creyó ver el cañón del fusil dirigido hacia él, recordó el rubor de Félicité, y escapó, murmurando:

—¡Nada de tonterías! Ese bribón es capaz de matarme. Me debe ochocientos francos.

Entre tanto, un alarido ascendía en la noche. Los republicanos, sorprendidos, gritando traición, habían hecho fuego a su vez. Un guardia nacional vino a caer bajo el portal. Pero ellos dejaban tres muertos. Emprendieron la huida, tropezando con los cadáveres, enloquecidos, repitiendo por las callejas silenciosas: «¡Están asesinando a nuestros hermanos!», con una voz desesperada que no hallaba eco. Los defensores del orden, que habían tenido tiempo de recargar sus armas, se precipitaron entonces a la plaza vacía, como enfurecidos, y enviaron balas a todas las esquinas de las calles, a los lugares donde la oscuridad de una puerta, la sombra de un farol, el saliente de un guardacantón, les hacían ver insurgentes. Y allá se quedaron, diez minutos, descargando sus fusiles en el vacío.

La emboscada había estallado como un rayo en la ciudad dormida. Los habitantes de las calles vecinas, despertados por el ruido de aquel tiroteo infernal, se habían sentado en la cama, castañeteando los dientes de miedo. Por nada del mundo habrían asomado la nariz por la ventana. Y lentamente, en el aire desgarrado por los disparos, una campana de la catedral tocó a rebato, con un ritmo tan irregular, tan extraño, que se hubiera dicho el martilleo en un yunque, el estruendo de un caldero colosal golpeado por el brazo de un niño encolerizado. Aquella campana aulladora, que los burgueses no reconocieron, los aterrorizó aún más que las detonaciones de los fusiles, y hubo quien creyó oír los ruidos de una fila interminable de cañones rodando por el empedrado. Volvieron a acostarse, se estiraron bajo sus mantas, como si hubieran corrido algún peligro estando sentados en el fondo de las alcobas, en las habitaciones cerradas; con las sábanas hasta la barbilla, la respiración entrecortada, se empequeñecieron, mientras los picos de sus gorros les caían sobre los ojos; y sus esposas, a su lado, hundían la cabeza en la almohada, desfallecidas.

Los guardias nacionales que se habían quedado en las murallas también oyeron los disparos. Acudieron en desbandada, en grupos de cinco o seis, creyendo que los insurgentes habían entrado por medio de algún subterráneo, y turbando el silencio de las calles con el alboroto de sus carreras atolondradas. Roudier llegó entre los primeros. Pero Rougon los envió de vuelta a sus puestos, diciéndoles severamente que no se abandonaban así las puertas de una ciudad. Consternados por este reproche —pues, en su pánico, habían dejado, en efecto, las puertas sin un defensor—, reanudaron el trote, volvieron a pasar por las calles con un estrépito todavía más horrible. Durante una hora, Plassans pudo creer que un ejército enloquecido lo cruzaba en todos los sentidos. El tiroteo, el toque a rebato, las marchas y contramarchas de los guardias nacionales, sus armas que arrastraban como garrotes, sus asustadas llamadas entre las sombras, formaban un estruendo ensordecedor de ciudad tomada por asalto y entregada al pillaje. Fue el golpe de gracia para los infelices habitantes, que creyeron todos en la llegada de los insurgentes; ya lo habían dicho ellos que sería su noche suprema, que Plassans, antes del día, se abismaría bajo tierra o se evaporaría en humo; y en la cama esperaban la catástrofe, locos de terror, imaginándose a ratos que su casa se movía ya.

Granoux seguía tocando a rebato. Cuando el silencio volvió a caer sobre la ciudad, el ruido de aquella campana resultó lamentable. Rougon, ardiendo de fiebre, se sentía exasperado por esos sollozos lejanos. Corrió a la catedral, cuyo portillo encontró abierto. El sacristán estaba en el umbral.

—¡Eh! ¡Ya basta! —le gritó a aquel hombre—; parece que alguien está llorando; es irritante.

—Pues no soy yo, caballero —respondió el sacristán, con aire desolado—. Es el señor Granoux, que ha subido al campanario… Tengo que decirle que había retirado el badajo de la campana, por orden del señor cura, justamente para evitar que tocaran a rebato. El señor Granoux no ha querido entrar en razón. Ha trepado, a pesar de todo. No sé con qué diablos puede hacer ese ruido.

Rougon subió precipitadamente por la escalera que llevaba a las campanas, gritando:

—¡Basta! ¡Basta! ¡Por amor de Dios, acabe de una vez!

Una vez arriba, vio, en un rayo de luna que entraba por el festón de una ojiva, a Granoux, sin sombrero, con aire furioso, golpeando ante sí con un grueso martillo. ¡Y con qué ganas! Se echaba hacia atrás, tomaba impulso y caía sobre el bronce sonoro como si hubiera querido rajarlo. Toda su rolliza persona se encogía; después, cuando se había arrojado sobre la gran campana inmóvil, las vibraciones lo devolvían hacia atrás, y retornaba con nuevo arrebato. Recordaba a un herrero batiendo un hierro caliente; pero un herrero de levita, bajo y calvo, con actitud torpe y rabiosa.

La sorpresa clavó por un instante a Rougon ante aquel burgués endiablado, que luchaba con una campana bajo un rayo de luna. Entonces comprendió los ruidos de caldero con los que ese extraño campanero sacudía a la ciudad. Le gritó que se detuviera El otro no oyó. Tuvo que cogerlo de la levita, y Granoux, reconociéndolo:

—¿Qué tal? —dijo con voz triunfante—. ¡Ya ha oído usted! Intenté al principio golpear la campana con los puños, pero me hacía daño. Afortunadamente encontré este martillo… Unos golpes más, ¿verdad?

Pero Rougon se lo llevó. Granoux estaba radiante. Se enjugaba la frente, le hacía prometer a su compañero que al día siguiente diría que con un simple martillo había hecho todo aquel ruido. ¡Qué hazaña y qué importancia iba a darle aquel furioso campaneo!

De madrugada, Rougon pensó en tranquilizar a Felicité. Por orden suya los guardias nacionales se habían encerrado en la alcaldía; había prohibido que se levantara a los muertos, con el pretexto de que hacía falta un escarmiento para la población del barrio viejo. Y cuando, para correr a la calle de la Banne, cruzó la plaza, de la que se había retirado la luna, posó el pie sobre la mano de uno de los cadáveres, crispada al borde de una acera. Estuvo a punto de caer. Esa mano blanca que se aplastaba bajo su tacón le causó una indefinible sensación de asco y horror. Siguió las calles desiertas a grandes zancadas, creyendo sentir tras sus espaldas un puño sangriento que lo perseguía.

—Hay cuatro en tierra —dijo al entrar.

Se miraron, como extrañados de su crimen. La lámpara imprimía a su palidez un tono de cera amarilla.

—¿Los has dejado? —preguntó Félicité— tienen que encontrarlos allí.

—¡Pardiez! No los he recogido. Están de espaldas… He caminado sobre algo blando…

Miró su zapato. El tacón estaba lleno de sangre. Mientras se ponía otro par, Félicité prosiguió:

—¡Bueno, tanto mejor! Esto ha terminado… Nadie podrá decir ya que disparas a los espejos.

El tiroteo, planeado por los Rougon para que los aceptaran definitivamente como los salvadores de Plassans, arrojó a sus plantas a la ciudad, espantada y agradecida. El día avanzó, lúgubre, con esa melancolía gris de las mañanas invernales. Los habitantes, al no oír nada más, cansados de temblar entre sus sábanas, se aventuraron. Aparecieron diez o quince; después, al correr el rumor de que los insurgentes habían emprendido la huida, dejando sus muertos en el arroyo, Plassans entera se levantó, bajó a la plaza del Ayuntamiento. Durante toda la mañana los curiosos desfilaron en torno a los cuatro cadáveres. Estaban horriblemente mutilados, uno sobre todo, que tenía tres balas en la cabeza; el cráneo, levantado, dejaba al desnudo los sesos. Pero el más atroz de los cuatro era el guardia nacional caído en el portal; había recibido en pleno rostro toda una carga de los perdigones de que se habían servido los republicanos, a falta de balas; su cara, agujereada, acribillada, rezumaba sangre. El gentío se llenó los ojos con aquel horror, largamente, con esa avidez de los cobardes por los espectáculos innobles. Reconocieron al guardia nacional; era el salchichero Dubruel, a quien Roudier acusaba, el lunes por la mañana, de haber disparado con apresuramiento culpable. De los otros tres muertos, dos eran obreros sombrereros; el tercero siguió siendo una incógnita. Y ante los charcos rojos que manchaban el empedrado, grupos boquiabiertos se estremecían, miraban a sus espaldas con aire desconfiado, como si esa justicia sumaria que había, en las tinieblas, restablecido el orden a tiros de fusil, los acechase, espiase sus gestos y sus palabras, dispuesta a fusilarlos a su vez si no besaban con entusiasmo la mano que acababa de salvarlos de la demagogia.

El pánico de la noche aumentó aún más el terrible efecto causado, por la mañana, por la vista de los cuatro cadáveres. Jamás fue conocida la verdadera historia de aquel tiroteo. Los disparos de los combatientes, los martillazos de Granoux, la desbandada de la guardia nacional lanzada por

las calles, habían llenado los oídos de ruidos tan terroríficos que la gran mayoría soñó siempre con una batalla gigantesca, entablada con un número incalculable de enemigos. Cuando los vencedores, engrosando la cifra de sus adversarios por una instintiva jactancia, hablaron de unos quinientos hombres, la gente protestó; los burgueses pretendieron haberse asomado a la ventana y haber visto pasar durante más de una hora nutridas oleadas de fugitivos. Todo el mundo, además, había oído correr a los bandidos bajo los balcones. Jamás quinientos hombres hubieran podido despertar así a una ciudad sobresaltada. Era un ejército, un auténtico ejército, al que la valiente milicia de Plassans había hecho meterse bajo tierra. Esta frase que pronunció Rougon: «Se han metido bajo tierra», pareció de una gran precisión, pues los retenes, encargados de defender las murallas, juraron siempre por todos los dioses que ni un solo hombre había entrado ni salido, lo cual añadió al hecho de armas una pizca de misterio, una idea de diablos cornudos abismándose en las llamas, que acabó de trastornar las imaginaciones. Es cierto que los retenes evitaron contar sus furiosos trotes. Así la gente más razonable se aferró a la idea de que una banda de insurgentes había entrado probablemente por una brecha, por un boquete cualquiera. Más adelante se difundieron rumores de traición, se habló de una emboscada; sin duda los hombres llevados por Macquart al matadero no pudieron callar la atroz verdad; pero reinaba aún tal terror, la vista de la sangre había lanzado a la reacción a tal número de cobardes que se atribuyeron esos temores a la rabia de los republicanos vencidos. Se pretendió, por otra parte, que Macquart era prisionero de Rougon, y que éste lo guardaba en un calabozo húmedo, donde lo dejaba morirse lentamente de hambre. Este horrible cuento hizo que la gente saludara a Rougon inclinándose hasta el suelo.

Fue así como ese ser grotesco, ese burgués barrigudo, blando y pálido, se convirtió en una noche en un terrible señor de quien nadie osó reírse más. Había metido un pie en la sangre. La población del barrio viejo permaneció muda de espanto ante los muertos. Pero hacia las diez, cuando la gente bien de la ciudad nueva llegó, la plaza se llenó de conversaciones sordas, de exclamaciones ahogadas. Se hablaba del otro ataque, de aquella toma de la alcaldía, en la cual el único herido había sido un espejo; y esta vez ya no bromeaban sobre Rougon, lo nombraban con despavorido respeto; era realmente un héroe, un salvador. Los cadáveres, con los ojos abiertos, miraban a aquellos señores, abogados y rentistas, que temblaban al susurrar que la guerra civil tiene muy tristes exigencias. El notario, jefe de

la delegación enviada la víspera a la alcaldía, iba de grupo en grupo, recordando el «¡Yo estoy preparado!» del hombre enérgico a quien se debía la salvación de la ciudad. Fue un servilismo general. Quienes más cruelmente habían ridiculizado a los cuarenta y uno, sobre todo quienes habían motejado a los Rougon de intrigantes y cobardes que disparaban al aire, fueron los primeros en hablar de conceder una corona de laurel al «gran ciudadano del cual Plassans se enorgullecería eternamente». Pues los charcos de sangre se secaban sobre el empedrado; los muertos decían con sus heridas a cuánta audacia el partido del desorden, del pillaje, del asesinato, había llegado, y qué mano de hierro se había necesitado para sofocar la insurrección. Y Granoux, entre el gentío, recibía felicitaciones y apretones de manos. Se conocía la historia del martillo. Sólo que, por una mentira inocente, de la cual pronto ya no tuvo conciencia, pretendió que, habiendo visto a los insurgentes el primero, se había puesto a golpear la campana, para dar la alarma; sin él, la guardia nacional habría sufrido una carnicería. Eso duplicó su importancia. Su hazaña fue declarada prodigiosa. No se le llamó más que: «Señor Isidore Granoux, ya sabe, ¡ése que tocó a rebato con su martillo!». Aunque la frase fuera un poco larga, Granoux la habría adoptado de buena gana como título nobiliario; y desde entonces no se pudo pronunciar ante él la palabra «martillo» sin que creyera en una delicada lisonja.

Cuando retiraban los cadáveres, Aristide llegó a olfatearlos. Los miró en todos los sentidos, husmeando el aire, interrogando los rostros. Tenía un semblante seco, los ojos claros. Con una mano, la víspera envuelta, libre en ese instante, levantó la blusa de uno de los muertos, para ver mejor su herida. Este examen pareció convencerlo, sacarlo de una duda. Apretó los labios, se quedó un momento sin decir palabra, y luego se retiró para apresurar la distribución de *El Independiente* en el cual había escrito un largo artículo. A lo largo de las casas, se acordaba de esta frase de su madre: «¡Mañana verás!». Había visto, y la cosa era muy fuerte; hasta lo espantaba un poco.

Entre tanto, Rougon empezaba a estar molesto con su victoria. Solo en el despacho del señor Garçonnet, escuchando los ruidos sordos de la multitud, experimentaba una extraña sensación que le impedía mostrarse en el balcón. Aquella sangre, sobre la cual había caminado, le adormecía las piernas. Se preguntaba qué iba a hacer hasta la noche. Su pobre cabeza vacía, desequilibrada por la crisis de la noche, buscaba desesperada una ocupación, una orden que dar, una medida que tomar,

que pudiera distraerlo. Pero ya no sabía. ¿Adónde lo llevaba Felicité? ¿Se había acabado, o tendría que matar a más gente? El miedo volvía a asaltarlo, le entraban dudas terribles, veía la cinta de murallas rota por todas partes por el ejército vengador de los republicanos, cuando un gran grito: «¡Los insurrectos! ¡Los insurrectos!» estalló bajo las ventanas de la alcaldía. Se levantó de un salto y, alzando una cortina, miró al gentío que corría, enloquecido, por la plaza. Ante este rayo, en menos de un segundo se vio arruinado, saqueado, asesinado; maldijo a su mujer, maldijo a la ciudad entera. Y cuando miraba a sus espaldas con aire torvo, buscando una salida, oyó al gentío estallar en aplausos, lanzar gritos de gozo, estremecer los cristales con su alegría loca. Volvió a la ventana: las mujeres agitaban sus pañuelos, los hombres se abrazaban; había quienes se cogían de la mano y bailaban. Atónito, allí se quedó, sin entender nada, sintiendo que la cabeza le daba vueltas. A su alrededor, la gran alcaldía, silenciosa y desierta, lo espantaba.

Rougon, cuando se confesó con Felicité, jamás pudo decirle cuánto tiempo había durado su suplicio. Recordó solamente que un ruido de pasos, despertando los ecos de las vastas salas, lo había sacado de su estupor. Esperaba hombres con blusas, amados de hoces y garrotes, y fue la comisión municipal la que entró, correcta, con fraques negros, radiante. No faltaba ni un miembro. Una feliz noticia había sanado a todos aquellos señores a la vez. Granoux se arrojó en los brazos de su querido presidente.

—¡Los soldados! —tartamudeó—, ¡los soldados!

Un regimiento acababa de llegar, en efecto, a las órdenes del coronel Masson y del señor de Blériot, prefecto del departamento. Los fusiles vistos desde las murallas, a lo lejos en la llanura, habían hecho pensar al principio en la proximidad de los insurrectos. La emoción de Rougon fue tan intensa que por sus mejillas corrieron gruesas lágrimas. ¡Lloraba, el gran ciudadano! La comisión municipal miró caer esas lágrimas con respetuosa admiración. Pero Granoux se arrojó de nuevo al cuello de su amigo, gritando:

—¡Ah, qué feliz soy!… Ya sabe usted que soy hombre sincero, sí. ¡Pues bien!, todos teníamos miedo, ¿verdad, caballeros? Sólo usted ha sido grande, valiente, sublime. ¡Cuánta energía ha debido de precisar! Se lo decía hace un rato a mi mujer: Rougon es un gran hombre, merece ser condecorado.

Entonces aquellos señores hablaron de ir al encuentro del prefecto. Rougon, atolondrado, sofocado, sin poder creer en aquel repentino triunfo, balbucía como un niño. Recobró el resuello; bajó, tranquilo, con la dignidad que reclamaba aquella solemne ocasión. Pero el entusiasmo que acogió a la comisión y a su presidente en la plaza del Ayuntamiento a punto estuvo de turbar de nuevo su gravedad de magistrado. Su nombre circulaba entre el gentío, acompañado esta vez de los más cálidos elogios. Oyó a todo un pueblo repetir la confesión de Granoux, citarlo como un héroe en pie e inquebrantable en medio del pánico universal. Y hasta la plaza de la Subprefectura, donde la comisión se encontró con el prefecto, bebió su popularidad, su gloria, con desfallecimientos secretos de mujer enamorada cuyos deseos son saciados por fin.

El señor de Blériot y el coronel Masson entraron solos en la ciudad, dejando a la tropa acampada en la carretera de Lyon. Habían perdido un tiempo considerable, engañados sobre la marcha de los insurrectos. Por lo demás, sabían que ahora estaban en Orchéres; sólo tenían que detenerse una hora en Plassans, el tiempo necesario para tranquilizar a la población y publicar las crueles ordenanzas que decretaban el embargo de los bienes de los insurgentes, y la muerte de todo individuo sorprendido con las armas en la mano. El coronel Masson esbozó una sonrisa cuando el comandante de la guardia nacional ordenó correr los cerrojos de la puerta de Roma, con un ruido espantoso de vieja chatarra. El retén acompañó al prefecto y al coronel como guardia de honor. A lo largo de todo el paseo Sauvaire, Roudier contó a aquellos señores la epopeya de Rougon, los tres días de pánico, rematados por la brillante victoria de la noche pasada. Así, cuando los dos cortejos se encontraron frente a frente, el señor de Blériot avanzó prestamente hacia el presidente de la comisión, le estrechó las manos, lo felicitó, rogándole que siguiera velando por la ciudad hasta el regreso de las autoridades; y Rougon saludaba, mientras el prefecto, llegado a la puerta de la subprefectura, donde deseaba descansar un momento, decía en voz alta que no olvidaría en su informe dar a conocer su hermosa y valiente conducta.

Entre tanto, pese al gran frío, todo el mundo se encontraba en las ventanas. Félicité, asomándose a la suya, a riesgo de caer, estaba palidísima de gozo. Cabalmente Aristide acababa de llegar con un número de *El Independiente*, en el cual se había declarado netamente en favor del golpe de Estado, que acogía «como aurora de la libertad en el orden y del orden en la libertad». Y había hecho también una delicada alusión al salón

amarillo, reconociendo sus errores, diciendo que «la juventud es presuntuosa», y que «los grandes ciudadanos callan, reflexionan en silencio, y pasan por alto los insultos, para erguirse en todo su heroísmo el día de la lucha». Estaba especialmente contento con esta frase. Su madre encontró el artículo espléndidamente escrito. Besó a su querido hijo, lo puso a su derecha. El marqués de Carnavant, que también había ido a verla, cansado de enclaustrarse, presa de una furiosa curiosidad, se acodó a su izquierda, en la barandilla de la ventana.

Cuando el señor de Blériot, en la plaza, le tendió la mano a Rougon, Felicité lloró.

—¡Oh!, mira, mira —le dijo a Aristide—. Le ha estrechado la mano. Fíjate, se la vuelve a coger. —Y echando un vistazo a las ventanas donde se amontonaban las cabezas—: ¡Cómo deben de rabiar! Mira a la mujer del señor Peirotte, muerde el pañuelo. Y allá abajo, las hijas del notario, y la señora Massicot, y la familia Brunet, qué caras, ¿eh? ¡Cómo se les alarga la nariz!… ¡Ah, vaya!, ahora nos toca el turno a nosotros.

Siguió la escena que sucedía a la puerta de la Subprefectura con arrobo, con una agitación de cigarra ardiente. Interpretaba los menores gestos, inventaba las palabras que no podía oír, decía que Pierre saludaba muy bien. Por un momento, se puso de mal humor, cuando el prefecto concedió una frase al pobre Granoux que giraba a su alrededor, mendigando un elogio; sin duda el señor de Blériot conocía ya la historia del martillo, pues el ex comerciante de almendras se ruborizó como una jovencita y pareció decir que no había hecho más que su deber. Pero lo que la enojó más aún fue la excesiva bondad de su marido, que presentó a Vuillet a aquellos caballeros; la verdad es que Vuillet se colaba entre ellos, y Rougon se vio obligado a mencionarlo.

—¡Qué intrigante! —murmuró Felicité—. Se mete en todas partes… ¡Mi pobrecito debe de estar tan turbado!… Ahora le habla el coronel. ¿Qué le estará diciendo?

—¡Ah!, pequeña —respondió el marqués con fina ironía—, le felicita por haber cerrado tan cuidadosamente las puertas.

—Mi padre ha salvado a la ciudad —dijo Aristide con voz seca—. ¿Vio usted los cadáveres, caballero?

El señor de Carnavant no respondió. E incluso se retiró de la ventana y fue a sentarse en un sillón moviendo la cabeza, con aire ligeramente asqueado. En ese momento, al marcharse el prefecto de la plaza, apareció Rougon, se lanzó al cuello de su mujer.

—¡Ah! ¡Querida mía! —balbuceó.

No pudo decir más. Félicité le hizo besar también a Aristide, hablándole del espléndido artículo de *El Independiente*. Pierre habría besado igualmente al marqués en las mejillas, tan emocionado estaba. Pero su mujer se lo llevó aparte, y le dio la carta de Eugène que había metido de nuevo en un sobre. Fingió que acababan de traerla. Pierre, triunfante, se la tendió tras haberla leído.

—Eres una bruja —le dijo riendo—. Lo has adivinado todo. ¡Ah, qué tonterías iba a hacer sin ti! Vamos, haremos juntos nuestros pequeños negocios. Bésame, eres una buena mujer.

La tomó en sus brazos, mientras ella intercambiaba con el marqués una discreta sonrisa.

Capítulo 7

Fue solamente el domingo, dos días después de la carnicería de Sainte-Roure, cuando las tropas volvieron a pasar por Plassans. El prefecto y el coronel, a quienes el señor Garçonnet había invitado a cenar, entraron solos en la ciudad. Los soldados dieron la vuelta por las murallas y fueron a acampar en el arrabal, junto a la carretera de Niza. La noche caía; el cielo, cubierto desde la mañana, tenía extraños reflejos amarillos que iluminaban la ciudad con una claridad turbia, parecida a esos brillos cobrizos de los días de tormenta. La acogida de los habitantes fue miedosa; esos soldados, todavía ensangrentados, que pasaban, cansados y mudos, en el crepúsculo sucio, asquearon a los pequeños burgueses aseados del paseo, y esos señores, retrocediendo, se contaban al oído espantosas historias de tiroteos, de feroces represalias, cuyo recuerdo ha conservado la región. El terror al golpe de Estado comenzaba, terror enloquecido, aplastante, que tuvo al sur tembloroso durante largos meses. Plassans, en su pavor y su odio a los insurgentes, había podido acoger a la tropa, al pasar por primera vez, con gritos de entusiasmo; pero en aquel momento, ante ese regimiento sombrío que disparaba a una palabra de su jefe, los propios rentistas, y hasta los notarios de la ciudad nueva, se interrogaban con ansiedad, se preguntaban si no habrían cometido algún pecadillo político merecedor de un tiro de fusil.

Las autoridades habían regresado la víspera, en dos carricoches alquilados en Sainte-Roure. Su entrada imprevista no había tenido nada de triunfal. Rougon le devolvió al alcalde su sillón sin gran tristeza. La apuesta estaba hecha; aguardaba de París, con fiebre, la recompensa por su civismo. El domingo —no la esperaba hasta el día siguiente— recibió una carta de Eugène. Felicité se había cuidado, desde el jueves, de enviar a su hijo los números de *La Gaceta* y de El independiente que, en una segunda edición, habían contado la batalla de la noche y la llegada del prefecto. Eugène respondía, a vuelta de correo, que el nombramiento de su padre como recaudador particular iba a ser firmado; pero, decía, quería anunciarle sobre la marcha una buena noticia: acababa de obtener para él la Legión de Honor. Félicité lloró. ¡Su marido condecorado! Su sueño de

orgullo jamás había llegado a tanto. Rougon, pálido de gozo, dijo que había que dar esa misma noche una gran cena. Ya no hacía números, habría tirado a la gente, por las dos ventanas del salón amarillo, sus últimas monedas de cinco francos para celebrar aquel hermoso día.

—Escucha —le dijo a su mujer—, invitarás a Sicardot; ¡hace bastante tiempo que me fastidia con su condecoración! Y además a Granoux y a Roudier, a quienes no me disgustaba demostrar que no son sus dineros los que les darán una cruz. Vuillet es un roñica, pero el triunfo debe ser completo; avísale, así como a toda la morralla… Se me olvidaba, irás en persona a buscar al marqués; lo sentaremos a tu derecha, quedará muy bien en nuestra mesa. Ya sabes que el señor Garçonnet anda con el coronel y el prefecto. Es para darme a entender que ya no soy nadie. Pues me río de su alcaldía; ¡no le produce un cuarto! Me ha invitado, pero diré que yo también tengo gente. Mañana los verás reír sin ganas… Y tira la casa por la ventana. Que lo traigan todo del Hotel de Provenza. Hay que hundir la cena del alcalde.

Félicité se puso en campaña. Pierre, en medio de su arrobo, experimentaba aún una vaga inquietud. El golpe de Estado iba a pagar sus deudas, su hijo Aristide lloraba sus culpas, y él se desembarazaba por fin de Macquart; pero temía alguna tontería de su hijo Pascal, y sobre todo estaba muy inquieto por la suerte reservada a Silvère, y no porque lo compadeciera ni por asomo: temía simplemente que el asunto del gendarme llegara al tribunal. ¡Ah, si una bala inteligente hubiera podido librarle del pequeño criminal! Como su mujer le hacía observar por la mañana, los obstáculos se habían derrumbado ante él: esa familia que lo deshonraba había trabajado, en el último momento, por su elevación; sus hijos, Eugène y Aristide, esos derrochadores, cuyos meses de colegio lamentaba tan amargamente, por fin pagaban los intereses del capital gastado en su instrucción. ¡Y el pensamiento de aquel miserable de Silvère tenía que enturbiar esta hora de triunfo!

Mientras Félicité se azacanaba para la cena de la noche, Pierre se enteró de la llegada de la tropa, y decidió ir a informarse. Sicardot, a quien había interrogado a su regreso, no sabía nada: Pascal debía de haberse quedado a cuidar a los heridos; en cuanto a Silvère, el comandante, que lo conocía poco, ni siquiera lo había visto. Rougon se dirigió al arrabal, prometiéndose entregar a Macquart, de paso, los ochocientos francos que sólo entonces acababa de conseguir a duras penas. Pero cuando estuvo

en el barullo del campamento, y vio de lejos a los prisioneros, sentados en largas filas en las vigas del ejido de San Mittre, y custodiados por soldados, fusil en mano, tuvo miedo de comprometerse, y se introdujo taimadamente en casa de su madre, con intención de enviar a la anciana en busca de noticias.

Cuando entró en la casucha, la noche casi había caído. Al principio sólo vio a Macquart, fumando y tomando unas copas.

—¿Eres tú? Qué suerte —murmuró Antoine, que había vuelto a tutear a su hermano—. Aquí me vuelvo endiabladamente viejo. ¿Tienes el dinero?

Pero Pierre no respondió. Acababa de descubrir a su hijo Pascal, inclinado sobre la cama. Lo interrogó vivamente. El médico, sorprendido por su inquietud, que atribuyó primero a ternura paterna, le respondió con tranquilidad que los soldados lo habían capturado y que lo habrían fusilado de no haber sido por la intervención de un buen hombre a quien no conocía de nada. Salvado por su título de doctor, había regresado con la tropa. Fue un gran alivio para Rougon. Uno más que no lo comprometería. Atestiguaba su alegría con repetidos apretones de mano, cuando Pascal terminó, diciendo con voz triste:

—No se regocije. Acabo de encontrar a mi pobre abuela sumamente mal. Le traía esta carabina, que ella aprecia, y mire, estaba así, no ha vuelto a moverse.

Los ojos de Pierre se habituaban a la oscuridad. Entonces, entre los últimos resplandores difusos, vio a la tía Dide, rígida, muerta sobre la cama. Aquel pobre cuerpo, desequilibrado por tantas neurosis desde la cuna, estaba vencido por una crisis suprema. Los nervios habían como comido la sangre, el sordo laboreo de esa carne ardiente, agotándose, devorándose a sí misma en una tardía castidad, terminaba, hacía de la desdichada un cadáver que sólo unas sacudidas eléctricas galvanizaban aún. En ese momento, un dolor atroz parecía haber apresurado la lenta descomposición de su ser. Su palidez de monja, de mujer ablandada por la sombra y las renuncias del claustro, se manchaba de placas rojas. Con el rostro convulso, los ojos horriblemente abiertos, las manos vueltas y torcidas, estaba tendida entre sus sayas, que dibujaban con líneas secas la delgadez de sus miembros. Y, apretando los labios, ponía en el fondo de la habitación negra el horror de una agonía muda.

Rougon hizo un gesto de mal humor. Aquel espectáculo desconsolador le resultó muy desagradable; tenía gente a cenar esa noche, habría sido terrible estar triste. Su madre no sabía qué inventar para ponerlo en aprietos. Podía muy bien escoger otro día. Conque adoptó un aire totalmente tranquilo, al decir:

—¡Bah! No será nada. La he visto cien veces así. Hay que dejarla reposar, es el único remedio.

Pascal negó con la cabeza.

—No, esta crisis no se parece a las otras —murmuró—. La he estudiado a menudo, y jamás he observado tales síntomas. Fíjese en sus ojos: tienen una fluidez especial, una claridad pálida muy inquietante. ¡Y la fisonomía! ¡Qué espantosa torsión de todos los músculos! —Después, inclinándose más, estudiando los rasgos más de cerca, continuó en voz baja, como hablando consigo mismo—: Sólo he visto un rostro semejante en las personas asesinadas, muertas de espanto… Debe haber sufrido alguna emoción terrible.

—Pero ¿cómo le vino la crisis? —preguntó Rougon impaciente, sin saber ya de qué manera abandonar la habitación.

Pascal no sabía. Macquart, sirviéndose una nueva copa, contó que le apeteció tomar un poco de coñac y la había mandado a buscar una botella. Había estado muy poco tiempo fuera. Después, al regreso, había caído tiesa al suelo, sin decir una palabra. Macquart había tenido que llevarla a la cama.

—Lo que me extraña —dijo a modo de conclusión— es que no haya roto la botella.

El joven médico reflexionaba. Prosiguió al cabo de un silencio:

—Oí dos disparos al venir hacia acá. Quizá esos miserables han vuelto a fusilar a algunos prisioneros. Si ha cruzado las filas de los soldados en ese momento, la vista de la sangre ha podido provocar la crisis… Tiene que haber sufrido horriblemente.

Felizmente tenía la cajita de primeros auxilios que llevaba consigo desde la partida de los insurrectos. Trató de introducir entre los dientes apretados

de tía Dide unas gotas de un licor rosáceo. Durante ese tiempo, Macquart preguntó de nuevo a su hermano:

—¿Tienes el dinero?

—Sí, te lo traigo, vamos a terminar —respondió Rougon, encantado con esta distracción.

Entonces Macquart, viendo que iban a pagarle, se puso a gemir. Había comprendido tarde las consecuencias de su traición; sin eso habría exigido una suma dos y tres veces más cuantiosa. Y se quejaba. Realmente, mil francos, no era bastante. Sus hijos lo habían abandonado, se encontraba solo en el mundo, obligado a irse de Francia. Poco faltó para que llorase hablando de su exilio.

—Veamos, ¿quiere los ochocientos francos? —dijo Rougon, que tenía prisa por marcharse.

—No, de veras, dobla la suma. Tu mujer me ha timado. Si me hubiese dicho rotundamente lo que esperaba de mí, jamás me habría comprometido de esa forma por tan poco.

Rougon alineó los ochocientos francos de oro sobre la mesa.

—Le juro que no tengo más —prosiguió—. Pensaré en usted más adelante. Pero, por favor, márchese esta misma noche.

Macquart, refunfuñando, mascullando sordos lamentos, llevó la mesa a la ventana y se puso a contar las monedas de oro, al resplandor agonizante del crepúsculo. Soltaba desde arriba las monedas, que le cosquilleaban deliciosamente en las yemas de los dedos, y cuyo tintineo llenaba las sombras con una música clara. Se interrumpió un instante para decir:

—Me has prometido un puesto, acuérdate. Quiero volver a Francia… Un puesto de guarda rural no me desagradaría, en una buena región elegida por mí…

—Sí, sí, de acuerdo —respondió Rougon—. ¿Tiene usted los ochocientos francos?

Macquart volvió a contar. Los últimos luises tintineaban, cuando un estallido de risa estridente les hizo volver la cabeza. Tía Dide estaba de

pie ante la cama, desabrochada, con el pelo blanco suelto, su cara pálida manchada de rojo. Pascal había intentado en vano retenerla. Con los brazos tendidos, sacudida por un gran temblor, movía la cabeza, deliraba.

—¡El precio de la sangre, el precio de la sangre! —dijo, en varias ocasiones—. He oído el oro… Y son ellos, ellos, quienes lo han vendido. ¡Ah, asesinos! Son lobos. —Se apartaba los cabellos, se pasaba las manos por la frente, como para leer en ella. Después continuó—: Hacía tiempo que lo veía, con la frente agujereada por una bala. Había siempre gentes, en mi cabeza, que lo acechaban con fusiles. Me hacían señas de que iban a disparar… Es espantoso, siento cómo me rompen los huesos y me vacían la cabeza. ¡Oh, piedad, piedad!… Os lo suplico, él no la verá más, no la amará más, ¡nunca, nunca! Yo lo encerraré, le impediré que se meta entre sus faldas. No, ¡piedad!, no tiréis… La culpa es mía… Si supierais… —Casi se había puesto de rodillas, llorando, suplicando, tendiendo sus pobres manos temblorosas hacia alguna visión lamentable que divisaba en las sombras. Y, bruscamente, se irguió, sus ojos se agrandaron aún más, su garganta convulsa dejó escapar un grito terrible, como si algún espectáculo, que sólo ella veía, la hubiera llenado de un loco terror—. ¡Oh! ¡El gendarme! —dijo, ahogándose, retrocediendo, yendo a caer en la cama, donde se revolcó con largos estallidos de risa que sonaban furiosamente.

Pascal seguía la crisis con mirada atenta. Los dos hermanos, muy asustados, sin captar más que frases deshilvanadas, se habían refugiado en un rincón de la habitación. Cuando Rougon oyó la palabra «gendarme» creyó comprender; desde la muerte de su amante en la frontera, tía Dide nutría un profundo odio contra los gendarmes y los aduaneros, a quienes confundía en una misma idea de venganza.

—Nos está contando la historia del cazador furtivo —murmuró.

Pascal le hizo señas de que callase. La moribunda se alzaba penosamente. Miró a su alrededor, con aire de estupor. Se quedó un instante muda, tratando de reconocer los objetos, como si se encontrara en un lugar desconocido. Después, con súbita inquietud:

—¿Dónde está el fusil? —preguntó.

El médico le puso la carabina entre las manos. Ella lanzó un leve grito de alegría, la miró largamente, diciendo en voz baja, con voz cantarina de

niñita:

—Es ella, ¡oh!, la reconozco… Está toda manchada de sangre. Hoy, las manchas están frescas… Sus manos rojas han dejado en la culata rayas sangrientas… ¡Ah, pobre, pobre tía Dide! —Su cabeza enferma giró de nuevo. Se quedó pensativa—. El gendarme estaba muerto —murmuró—, y yo lo he visto, ha vuelto… ¡No mueren nunca, esos granujas! —Y, presa de un oscuro furor, agitando la carabina, avanzó hacia sus dos hijos, arrinconados, mudos de horror. Sus faldas desatadas se arrastraban, su cuerpo retorcido se erguía, semidesnudo, terriblemente surcado por la vejez—. ¡Sois vosotros los que habéis disparado! —gritó—. He oído el oro… ¡Desdichada! No he criado sino lobos…, toda una familia, toda una camada de lobos… No había más que un pobre niño, y se lo han comido; cada cual ha dado su dentellada; aún tienen los dientes llenos de sangre… ¡Ah, malditos! Han robado, han matado. Y viven como señores. ¡Malditos! ¡Malditos! ¡Malditos!

Cantaba, reía, gritaba y repetía: «¡Malditos!», en una extraña frase musical, parecida al ruido desgarrador de un tiroteo. Pascal, con los ojos llenos de lágrimas, la cogió en sus brazos, la volvió a acostar. Ella se dejó llevar, como una niña. Continuó con su canción, acelerando el ritmo, marcando el compás sobre la sábana, con sus manos secas.

—Lo que me temía —dijo el médico—, está loca. El golpe ha sido demasiado duro para un pobre ser predestinado como ella a las neurosis agudas. Morirá en una casa de locos, como su padre.

—Pero ¿qué ha podido ver? —preguntó Rougon, decidiéndose a salir de la esquina donde se había escondido.

—Tengo una horrible sospecha —respondió Pascal—. Quería hablarle a usted de Silvère, cuando entró. Está prisionero. Hay que moverse con el prefecto, salvarlo, si aún estamos a tiempo.

El ex comerciante de aceite miró a su hijo palideciendo. Después, con voz rápida:

—Escucha, vela por ella. Yo estoy demasiado ocupado esta noche. Mañana intentaremos que la trasladen al manicomio de Les Tulettes. Y usted, Macquart tiene que marcharse esta misma noche. Júremelo! Voy a ir a ver al señor de Blériot.

Balbucía, ardiendo en deseos de salir, al frío de la calle. Pascal clavaba una mirada penetrante en la loca, en su padre, en su tío; el egoísmo del sabio lo dominaba; estudiaba a aquella madre y a aquellos hijos con la atención de un naturalista que sorprende las metamorfosis de un insecto. Y pensaba en aquellos brotes de una familia, de un tronco que echa diversas ramas, y cuya savia acre arrastra los mismos gérmenes a los tallos más alejados, diferentemente retorcidos, según el ambiente de sombra y de sol. Creyó entrever por un instante, como en un relámpago, el futuro de los Rougon-Macquart, una jauría de apetitos desencadenados y saciados, en un resplandor de oro y sangre.

Mientras tanto, ante el nombre de Silvère, tía Dide había dejado de cantar. Escuchó un instante, ansiosa. Luego se puso a lanzar espantosos alaridos. La noche había caído por entero; la pieza, totalmente oscura, se ahondaba, lamentable. Los gritos de la loca, a quien ya no se veía, salían de las tinieblas, como de una tumba cerrada. Rougon, perdiendo la cabeza, huyó, perseguido por aquellas risotadas que sollozaban con mayor crueldad en la sombra.

Cuando salía del callejón de San Mittre, vacilante, preguntándose si no sería peligroso solicitar del prefecto el perdón de Silvère, vio a Aristide merodeando en torno al campo de vigas. Éste, habiendo reconocido a su padre, acudió corriendo, con semblante inquieto, y le dijo unas palabras al oído. Pierre se demudó; miró con pavor al fondo del ejido, a esas tinieblas que sólo una hoguera de gitanos manchaba con una claridad roja. Y ambos desaparecieron por la calle de Roma, apretando el paso, como si hubiesen matado, y levantándose el cuello del gabán, para no ser vistos.

—Eso me evita un recado —murmuró Rougon—. Vamos a cenar. Nos esperan.

Cuando llegaron, el salón amarillo resplandecía. Felicité se había multiplicado. Todo el mundo se encontraba allá, Sicardot, Granoux, Roudier, Vuillet, los comerciantes de aceite, los comerciantes de almendras, toda la pandilla. Sólo el marqués había pretextado un reumatismo; se marchaba, además, para un viajecito. Esos burgueses manchados de sangre herían su delicadeza, y su pariente, el conde de Valqueyras, debía de haberle rogado que se fuera por algún tiempo a sus posesiones de Corbiére para que lo olvidaran. La negativa del señor de Carnavant vejó a los Rougon. Pero Felicité se consoló prometiéndose

desplegar un lujo mayor; alquiló dos candelabros, encargó dos entrantes y dos dulces más, con el fin de reemplazar al marqués. La mesa, para más solemnidad, fue aparejada en el salón. El Hotel de Provenza había proporcionado la cubertería de plata, la porcelana, la cristalería. Desde las cinco estuvieron colocados los cubiertos, para que los invitados, al llegar, pudieran gozar del primer vistazo. Había, en los dos extremos, sobre el mantel blanco, dos ramos de rosas artificiales, en jarrones de porcelana dorada, con flores pintadas.

La sociedad habitual del salón no pudo ocultar, una vez reunida, la admiración que le causó semejante espectáculo. Aquellos señores sonreían con aire cohibido, intercambiando miradas socarronas que significaban claramente: «Estos Rougon están locos, tiran el dinero por la ventana». La verdad era que Felicité, al ir a hacer las invitaciones, no había podido contener su lengua. Todo el mundo sabía que Pierre estaba condecorado y que lo iban a nombrar algo, lo cual alargaba singularmente las narices, según la expresión de la anciana. Y además, decía Roudier: «La renegrida esa se hinchaba en exceso». En el día de las recompensas, a la pandilla de burgueses que se habían abalanzado sobre la República expirante, observándose unos a otros, vanagloriándose de asestar una dentellada más ruidosa que la del vecino, no les hacía ninguna gracia que sus anfitriones recibieran todos los laureles de la batalla. Los mismos que habían vociferado por temperamento, sin pedir nada al Imperio naciente, se sentían profundamente vejados al ver que, gracias a ellos, el más pobre, el más tarado de todos, iba a tener la cinta roja en el ojal. ¡Si al menos hubieran condecorado a todo el salón!

—No es que me importe la condecoración —dijo Roudier a Granoux, a quien había arrastrado al vano de una ventana—. La rechacé en tiempos de Luis Felipe cuando era proveedor de la corte. ¡Ah! ¡Luis Felipe era un buen rey, Francia nunca encontrará uno parecido! —Roudier volvía a ser orleanista. Luego agregó con la redomada hipocresía de un ex fabricante de géneros de punto de la calle Saint-Honoré—: Pero usted, mi querido Granoux, ¿no cree que la cinta iría bien en su ojal? Después de todo, usted ha salvado la ciudad tanto como Rougon. Ayer, en casa de personas distinguidísimas, no querían creer que hubiera podido hacer tanto ruido con un martillo.

Granoux balbuceó un «gracias» y, ruborizándose como una virgen en su primera confesión de amor, se inclinó a la oreja de Roudier, murmurando:

—No diga nada, pero tengo razones para pensar que Rougon pedirá la condecoración para mí. Es un buen chico.

El ex fabricante de géneros de punto se puso serio y a partir de entonces se mostró de una gran cortesía. Habiendo ido Vuillet a charlar con él de la merecida recompensa que acababa de recibir su amigo, respondió en voz alta, para que lo oyera Felicité, sentada a unos pasos, que hombres como Rougon «honraban la Legión de Honor». El librero le hizo coro; esa mañana le habían dado la seguridad formal de que la clientela del colegio le sería devuelta. En cuanto a Sicardot, experimentó al principio un ligero fastidio al no ser ya el único condecorado de la pandilla. Según él, sólo los militares tenían derecho a la cinta. El valor de Pierre lo sorprendía. Pero, buena persona en el fondo, se acaloró y acabó gritando que los Napoleón sabían distinguir a los hombres de corazón y energía.

Rougon y Aristide fueron recibidos, pues, con entusiasmo; todas las manos se tendieron hacia ellos. Hasta llegaron a besarlos. Angèle estaba en el canapé, al lado de su suegra, feliz, mirando la mesa con el asombro de una gran tragona que nunca había visto tantos platos juntos. Aristide se acercó, y Sicardot acudió a felicitar a su yerno por el soberbio artículo de *El Independiente*. Le devolvía su amistad. El joven, a las paternales preguntas que le dirigía, respondió que su deseo era marchar con su gente a París, donde su hermano Eugène lo favorecería; pero le faltaban quinientos francos. Sicardot se los prometió, viendo ya a su hija recibida en las Tullerías por Napoleón III.

Entre tanto Félicité le había hecho una seña a su marido. Pierre, muy agasajado, interrogado cariñosamente sobre su palidez, sólo consiguió escapar un minuto. Pudo murmurar al oído de su mujer que había encontrado a Pascal y que Macquart se marchaba esa noche. Bajó aún más la voz para informarla de la locura de su madre, poniéndose un dedo en la boca, como para decir: «Ni una palabra, nos arruinaría la velada». Felicité se mordió los labios. Intercambiaron una mirada en la cual leyeron un pensamiento común: ahora, la vieja no les molestaría; arrasarían la casucha del furtivo, como habían arrasado las tapias del cercado de los Fouque, y contarían para siempre con el respeto y la consideración de Plassans.

Pero los invitados miraban la mesa. Felicité hizo sentar a aquellos caballeros. Fue una beatitud. Cuando cada uno cogía su cuchara,

Sicardot, con un gesto, pidió un momento de tregua. Se levantó, y gravemente:

—Señores —dijo—, quiero, en nombre de la compañía, decir a nuestro anfitrión cuán felices nos sentimos por las recompensas que le han valido su coraje y su patriotismo. Reconozco que Rougon tuvo una inspiración del cielo al quedarse en Plassans, mientras esos bribones nos arrastraban por los caminos. Por ello aplaudo con las dos manos las decisiones del Gobierno… Déjenme terminar…, felicitarán luego a nuestro amigo… Sepan, pues, que nuestro amigo, nombrado caballero de la Legión de Honor, será designado además recaudador particular.

Hubo un grito de sorpresa. Se esperaba algún pequeño puesto. Algunos forzaron una sonrisa; pero, con ayuda de la vista de la mesa, los cumplidos se reanudaron a más y mejor.

Sicardot reclamó de nuevo silencio.

—Esperen —prosiguió—, aún no he acabado… Sólo una frase… Es de creer que conservaremos a nuestro amigo entre nosotros, gracias a la muerte del señor Peirotte.

Mientras los convidados proferían exclamaciones, Félicité sintió una punzada en el corazón. Sicardot le había contado ya la muerte del recaudador particular; pero, recordada al inicio de esa cena triunfal, esa muerte repentina y horrorosa hizo que un pequeño soplo frío le recorriera el rostro. Recordó su deseo; era ella la que había matado a aquel hombre. Y, con la música clara de la vajilla, los convidados festejaban la comida. En provincias se come mucho y ruidosamente. Desde los entremeses, aquellos señores hablaban todos a la vez; hacían leña del árbol caído, se lanzaban lisonjas a la cabeza, emitían comentarios descorteses sobre la ausencia del marqués: los nobles eran de un trato imposible; Roudier acabó incluso por dar a entender que el marqués se había excusado porque el miedo a los insurrectos le había producido ictericia. Al segundo plato fue la arrebatiña. Los comerciantes de aceite, los comerciantes de almendras salvaban a Francia. Se brindó por la gloria de los Rougon. Granoux, muy colorado, empezaba a balbucir, y Vuillet, muy pálido, estaba completamente achispado; pero Sicardot seguía escanciando, mientras Angèle, que ya había comido demasiado, se preparaba vasos de agua azucarada. La alegría de haberse salvado, de no temblar ya, de encontrarse en el salón amarillo, en torno a una buena mesa, bajo la

claridad resplandeciente de dos candelabros y de la araña, que veían por vez primera sin su funda salpicada de cagadas negras, daba a esos señores una expansión de necedad, una plenitud de gozo amplio y denso. En el aire cálido, retumbaban sus vozarrones, más encomiásticos a cada plato, embarullándose en medio de los cumplidos, llegando hasta decir —fue un ex maestro curtidor retirado quien encontró tan linda frase— que la cena «era un verdadero festín de Lúculo».

Pierre estaba resplandeciente, su gruesa cara pálida rezumaba triunfo. Félicité, encallecida, decía que alquilarían sin duda la vivienda del pobre señor Peirotte, a la espera de poder comprar una casita en la ciudad nueva, y distribuía ya su futuro mobiliario en las habitaciones del recaudador. Entraba en sus Tullerías. En cierto momento, como el ruido de las voces se volvía ensordecedor, pareció asaltada por un repentino recuerdo; se levantó y fue a inclinarse al oído de Aristide.

—¿Y Silvère? —le preguntó.

El joven, sorprendido por esta pregunta, se estremeció.

—Ha muerto —respondió en voz baja—. Yo estaba allí cuando el gendarme le abrió la cabeza de un pistoletazo.

Felicité sintió a su vez un ligero escalofrío. Abría la boca para preguntar a su hijo por qué no había impedido ese asesinato, reclamando al muchacho, pero no dijo nada, se quedó allí, sobrecogida. Aristide, que había leído la pregunta en sus labios temblorosos, murmuró:

—Ya comprenderá que no he dicho nada… ¡Mala suerte para él, también! He hecho bien. Es un buen alivio.

Esta franqueza brutal desagradó a Felicité. Aristide, como su padre, como su madre, tenía su cadáver. Seguramente no habría confesado con tal rotundidad que vagaba por el arrabal y había dejado que le partieran la cabeza a su primo si los vinos del Hotel de Provenza y los sueños que forjaba sobre su próxima llegada a París no le hubieran hecho prescindir de su disimulo. Una vez soltada la frase, se contoneó en su silla. Pierre, que seguía desde lejos la conversación de su mujer y de su hijo, comprendió, intercambió con ellos una mirada cómplice implorando silencio. Fue como un último soplo de pavor que corrió entre los Rougon, entre el escándalo y la cálida alegría de la mesa. Al volver a su sitio,

Félicité distinguió del otro lado de la calle, tras un cristal, un cirio que ardía; velaban el cuerpo del señor Peirotte, traído esa mañana de Sainte-Roure. Se sentó, sintiendo que ese cirio le calentaba la espalda. Pero las risas aumentaban, un grito de arrobo llenó el salón amarillo cuando aparecieron los postres.

Y a esas horas, el arrabal estaba aún todo estremecido por el drama que acababa de ensangrentar el ejido de San Mittre. El regreso de las tropas, tras la matanza de la llanura de Nores, se caracterizó por atroces represalias. Hubo hombres a quienes mataron a culatazos detrás de un lienzo de muralla, otros a quienes la pistola de un gendarme abrió la cabeza en el fondo de un barranco. Para que el horror cerrase los labios, los soldados sembraban de muertos la carretera Se les habría podido seguir por el rastro rojo que dejaban. Fue un prolongado degüello. En cada etapa asesinaban a algunos insurgentes. Mataron a dos en Sainte-Roure, a tres en Orchéres, a uno en Le Béage. Cuando la tropa hubo acampado en Plassans, junto a la carretera de Niza, se decidió que se fusilaría aún a uno de los prisioneros, el más comprometido. Los vencedores consideraban conveniente dejar tras de sí ese nuevo cadáver, con el fin de inspirar a la ciudad respeto al Imperio naciente. Pero los soldados estaban hartos de matar; no se presentó ninguno para la siniestra tarea. Los prisioneros, echados sobre las vigas del aserradero como en una cama de campaña, atados por las muñecas, de dos en dos, escuchaban, esperaban con un estupor cansado y resignado.

En ese momento, el gendarme Rengade apartó bruscamente a la muchedumbre de curiosos. En cuanto se enteró de que la tropa volvía con varios cientos de insurrectos, se había levantado, tiritando de fiebre, arriesgando la vida en esa fría oscuridad de diciembre. Fuera, su herida se abrió, la venda que tapaba su órbita vacía se manchó de sangre; hilillos rojos corrieron por su mejilla y por sus bigotes. Horroroso, con su cólera muda, la cara pálida envuelta en un lienzo ensangrentado, corrió a mirar a cada prisionero a la cara, largamente. Siguió así las vigas, bajándose, yendo y viniendo, estremeciendo a los más estoicos con su repentina aparición. Y de repente:

—¡Ah! ¡Bandido, ya lo tengo! —gritó.

Acababa de poner una mano en el hombro de Silvère. Silvère, en cuclillas sobre una viga, con la cara muerta, miraba a lo lejos, al frente, en el crepúsculo lívido, con aire dulce y estúpido. Desde la salida de Sainte-

Roure tenía esa mirada vacía. A lo largo de la carretera, durante largas leguas, mientras los soldados activaban la marcha del convoy a culatazos, se había mostrado de una dulzura infantil. Cubierto de polvo, muerto de sed y de fatiga, seguía caminando, sin una palabra, como uno de esos animales dóciles que marchan en rebaños bajo el látigo de los vaqueros. Pensaba en Miette. La veía extendida en la bandera, bajo los árboles, con los ojos en el vacío. Desde hacía tres días sólo la veía a ella. En ese momento, en el fondo de la sombra creciente, seguía viéndola.

Rengade se volvió hacia el oficial que no había podido encontrar entre los soldados los hombres necesarios para una ejecución.

—Este granuja me ha reventado el ojo —le dijo señalando a Silvère—. Entréguemelo… Para ustedes será uno menos.

El oficial, sin responder, se retiró con aire indiferente, haciendo un gesto vago. El gendarme comprendió que le entregaban a su hombre.

—¡Vamos, levántate! —prosiguió sacudiéndolo.

Silvère, como todos los demás prisioneros, tenía un compañero de cadena. Estaba atado por un brazo a un campesino de Poujouls, un tal Mourgue, hombre de cincuenta años, a quien los ardientes soles y el duro oficio de la tierra habían convertido en una bestia. Ya encorvado, con las manos rígidas, la cara chata, guiñaba los ojos, alelado, con esa expresión testaruda y desconfiada de los animales apaleados. Había salido, armado con una horca, porque toda su aldea salía; pero jamás habría podido explicar lo que lo arrojaba así a los caminos. Desde que lo habían hecho prisionero, comprendía aún menos. Creía vagamente que lo devolvían a su casa. El asombro de verse atado, la visión de toda aquella gente que lo miraba, lo atontaba, lo embrutecía más. Como no hablaba y no entendía más que su dialecto, no pudo adivinar lo que quería el gendarme. Alzó hacia él su cara pesada, haciendo un esfuerzo; luego, imaginándose que le preguntaban el nombre de su pueblo, dijo con su voz ronca:

—Yo soy de Poujols.

Una carcajada corrió entre el gentío, y unas voces gritaron:

—Desate al campesino.

—¡Bah! —respondió Rengade—; cuanta más gentuza de ésta aplastemos, mejor será. Puesto que están juntos, les tocará a los dos. Hubo un murmullo.

El gendarme se dio la vuelta, con su terrible rostro manchado de sangre, y los curiosos se apartaron. Un pequeño burgués muy pulido se retiró, declarando que si se quedaba más tiempo se perdería la cena. Unos chavales, al reconocer a Silvère, hablaron de la muchacha roja. Entonces el pequeño burgués volvió sobre sus pasos, para ver mejor al amante de la mujer de la bandera, de aquella mujerzuela de la que había hablado *La Gaceta*.

Silvère no veía, no oía nada; Rengade tuvo que cogerlo por el cuello de la camisa. Entonces se levantó, forzando a Mourgue a levantarse también.

—Venid —dijo el gendarme—. No será muy largo.

Y Silvère reconoció al tuerto. Sonrió. Debió de comprender. Después apartó la cabeza. La vista del tuerto, de esos bigotes que la sangre endurecía con una escarcha siniestra, le causó una pena inmensa. Habría querido morir entre una dulzura infinita. Evitó mirar el único ojo de Rengade, que brillaba bajo la palidez de lienzo. Fue el joven quien, por sí solo, se dirigió al fondo del ejido de San Mittre, a la estrecha vereda oculta por las pilas de tablas. Mourgue lo seguía.

El ejido se extendía, desolado, bajo el cielo amarillo. La claridad de las nubes cobrizas se arrastraba en turbios reflejos. Nunca el campo desnudo, el aserradero donde las vigas dormían, como tiesas de frío, había tenido la melancolía de un crepúsculo tan lento, tan afligido. Al borde de la carretera, los prisioneros, los soldados, el gentío, desaparecían entre la oscuridad de los árboles. Sólo el terreno, los maderos, las pilas de tablones palidecían en la claridad moribunda, con tintes cenagosos, con un vago aspecto de torrente seco. Los caballetes de los chiquichaques, perfilando en una esquina su enjuta armazón, esbozaban ángulos de horcas, montantes de guillotina. Y lo único vivo eran tres gitanos que asomaban sus cabezas asustadas por la puerta de su carromato, un viejo y una vieja y una chica alta de pelo crespo, cuyos ojos relucían como ojos de lobo.

Antes de alcanzar la vereda, Silvère miró. Recordó un lejano domingo en el cual, entre un hermoso claro de luna, había cruzado el aserradero. ¡Qué

tierna dulzura! ¡Cómo los pálidos rayos se deslizaban lentamente a lo largo de los maderos! Y, en ese silencio, la gitana de cabellos crespos cantaba en voz baja en una lengua desconocida. Después, Silvère se acordó de que de aquel lejano domingo de hacía ocho días. Hacía ocho días que había ido a decirle adiós a Miette. ¡Qué lejos estaba eso! Le parecía que no había puesto los pies en el aserradero hacía años. Pero cuando entró en la estrecha vereda, su corazón desfalleció. Reconocía el olor de las hierbas, las sombras de los tablones, los boquetes del muro. Una voz desconsolada se oyó por encima de todas esas cosas. La vereda se alargaba, triste, vacía; le pareció más larga; notó que soplaba un viento frío. Aquel rincón había envejecido cruelmente. Vio la tapia roída de musgo, la alfombra de hierba quemada por la helada, las pilas de tablas podridas por el agua. Era una desolación. El crepúsculo amarillo caía como un fino fango sobre las ruinas de sus más caros afectos. Tuvo que cerrar los ojos, y volvió a ver la vereda verde, se desplegaron las estaciones felices. El tiempo era tibio, él corría por el aire cálido, con Miette. Después las lluvias de diciembre caían, rudas, sin fin; seguían yendo allí, se escondían en el fondo de las tablas, escuchaban encantados los grandes chorros del aguacero. Fue, en un relámpago, toda su vida, toda su alegría la que pasó. Miette saltaba su tapia, corría hacia él, sacudida por risas sonoras. Estaba allí, veía su blancura en las sombras, con su casco vivo, su cabellera de tinta. Hablaba de los nidos de urracas, que son tan difíciles de coger, y lo arrastraba. Entonces oyó a lo lejos los murmullos dulcificados del Viorne, el canto de las cigarras rezagadas, el viento que soplaba en los álamos de los prados de Santa Clara. ¡Cuánto habían corrido, con todo! Se acordaba muy bien. Ella había aprendido a nadar en quince días. Era una buena chica. No tenía más que un grave defecto: robaba fruta. Pero él la hubiera corregido. El pensamiento de sus primeras caricias lo devolvió a la estrecha vereda. Siempre habían vuelto a aquel agujero. Creyó captar el canto lánguido de la gitana, el chasquido de los últimos postigos, la hora grave que caía de los relojes. Luego sonaba el momento de la despedida, Miette subía por su tapia. Le enviaba besos. Y él ya no la veía. Una emoción terrible le apretó la garganta: no la vería nunca más, nunca.

—A tu gusto —rió burlón el tuerto—; vamos, escoge tu lugar.

Silvère dio unos cuantos pasos más. Se acercaba al fondo de la vereda, no veía sino una franja de cielo donde moría el día color de herrumbre. Allá, durante dos años, había cabido su vida. La lenta proximidad de la

muerte, en ese sendero donde hacía tanto tiempo paseaba su corazón, era de una dulzura inefable. Se rezagaba, disfrutaba largamente de sus adioses a todo cuanto amaba, las hierbas, las piezas de madera, las piedras de la vieja tapia, esas cosas que Miette había vuelto vivientes. Y su pensamiento se extraviaba de nuevo. Esperaban a tener edad para casarse. Tía Dide se habría quedado con ellos. ¡Ah! ¡Si hubieran huido lejos, muy lejos, al fondo de alguna aldea desconocida, donde los golfos del arrabal no hubieran ido a echarle en cara a la Chantegreil el crimen de su padre! ¡Qué dichosa paz! Habría abierto un taller de carretero, al borde de un camino real. Cierto que tenía en poco sus ambiciones de obrero; ya no envidiaba la carrocería, las calesas de anchos paneles barnizados, relucientes como espejos. En el estupor de su desesperación, no pudo recordar por qué su sueño de felicidad no se realizaría nunca. ¿Por qué no se iba, con Miette y tía Dide? Con la memoria en tensión, escuchaba un ruido agrio de tiroteo, veía una bandera caer ante sí, con el asta rota, la tela colgante, como el ala de un pájaro abatido de un disparo. Era la República que dormía con Miette, en un pliegue de la bandera roja. ¡Ah, qué calamidad, habían muerto las dos! Tenían un agujero ensangrentado en el pecho, y eso era lo que le cortaba la vida ahora, los cadáveres de sus dos amores. Ya no tenía nada, podía morir. Desde Sainte-Roure, era eso lo que le había dado esa dulzura infantil, vaga y estúpida. Le habrían podido pegar sin que lo sintiera. Ya no estaba en su carne, había quedado arrodillado junto a sus queridas muertas, bajo los árboles, entre el humo acre de la pólvora.

Pero el tuerto se impacientaba; empujó a Mourgue, que se dejaba arrastrar, y gruñó:

—Vamos de una vez, no quiero dormir aquí.

Silvère tropezó. Miró a sus pies. Un fragmento de calavera blanqueaba entre la hierba. Creyó oír que la estrecha vereda se llenaba de voces. Los muertos lo llamaban, los viejos muertos, cuyos hálitos cálidos, durante las noches de julio, los turbaban tan extrañamente, a él y a su enamorada. Reconocía a la perfección sus murmullos discretos. Estaban gozosos, le decían que acudiera, prometían devolverle a Miette en la tierra, en un retiro todavía más escondido que aquel trozo de sendero. El cementerio, que había insuflado en el corazón de los niños, con sus olores feraces, con su vegetación negra, ásperos deseos, desplegando con complacencia su lecho de hierbajos, sin poder arrojarlos uno en brazos del otro, soñaba, en

ese momento, con beber la sangre caliente de Silvère. Desde hacía dos veranos, esperaba a los jóvenes esposos.

—¿Es aquí? —preguntó el tuerto.

El joven miró ante sí. Había llegado al extremo de la vereda Vio la lápida sepulcral, sintió un estremecimiento. Miette tenía razón, esa lápida era para ella. «Aquí yace… Marie… muerta…». Ella estaba muerta, la losa había caído sobre ella. Entonces, desfallecido, se apoyó en la lápida helada. ¡Qué tibia era antaño, cuando parloteaban, sentados en una esquina, durante largas veladas! Ella llegaba por allí, había desgastado una esquina del bloque al poner los pies, cuando bajaba de la tapia. Perduraba un poco de ella, de su cuerpo ágil, en esa huella. Y él pensaba que todas esas cosas eran fatales, que esa lápida se encontraba en ese lugar para que pudiera ir a morir en él, tras haber amado en él.

El tuerto montó sus pistolas.

Morir, morir, esta idea arrobaba a Silvère. Era, pues, allí adonde lo llevaban por esa larga carretera blanca que baja desde Sainte-Roure a Plassans. De haberlo sabido, se hubiera dado más prisa. Morir sobre esa lápida, morir al fondo de la estrecha vereda, morir en ese aire, donde creía sentir aún el aliento de Miette, jamás habría esperado semejante consuelo en su dolor. El cielo era bueno. Aguardó con una sonrisa vaga.

Entre tanto Mourgue había visto las pistolas. Hasta entonces se había dejado arrastrar estúpidamente. Pero lo invadió el espanto. Repitió con voz enloquecida:

—¡Yo soy de Poujols, yo soy de Poujols!

Se arrojó al suelo, se revolcó a los pies del gendarme, suplicando, imaginándose sin duda que lo tomaba por otro.

—¿Y a mí qué me importa que seas de Poujols? —murmuró Rengade.

Y como el infeliz, tiritando, llorando de terror, sin entender por qué iba a morir, tendía sus manos trémulas, sus pobres manos de trabajador deformadas y endurecidas, diciendo en su dialecto que no había hecho nada, que había que perdonarle, el tuerto se impacientó al no poder aplicarle la boca de la pistola a la sien, de tanto como se movía.

—¿Te callarás? —gritó. Entonces Mourgue, loco de espanto, resistiéndose a morir, se puso a lanzar alaridos de bestia, de cerdo al que degüellan—. ¿Te callarás, granuja? —repitió el gendarme.

Y le partió la cabeza. El campesino rodó como una masa. Su cadáver fue a rebotar al pie de una pila de tablas, donde quedó doblado sobre sí mismo. La violencia de la sacudida había roto la cuerda que lo ataba a su compañero. Silvère cayó de rodillas ante la lápida sepulcral.

Rengade había matado a Mourgue primero por un refinamiento de venganza. Jugaba con su segunda pistola, la alzaba lentamente, saboreando la agonía de Silvère. Este, tranquilo, lo miró. La vista del tuerto, cuyo ojo feroz le quemaba, le causó malestar. Apartó la mirada, temiendo morir cobardemente, si continuaba viendo a ese hombre temblando de fiebre, con la venda maculada y el bigote sangrante. Pero cuando alzaba los ojos, distinguió la cabeza de Justin a ras de la tapia, en el lugar por donde saltaba Miette.

Justin se encontraba en la puerta de Roma, entre el gentío, cuando el gendarme se había llevado a los dos prisioneros. Había echado a correr a toda velocidad, dando un rodeo por el Jas-Meiffren, pues no quería perderse el espectáculo de la ejecución. La idea de que, de todos los golfos del arrabal, sería el único en ver el drama a sus anchas, como desde un balcón, le empujaba a apresurarse tanto que en dos ocasiones se cayó. A pesar de su loca carrera, llegó demasiado tarde para el primer disparo. Desesperado, trepó a la morera. Al ver que quedaba Silvère, sonrió. Los soldados lo habían informado de la muerte de su prima, el asesinato del carretero colmaba su gozo. Esperó el disparo con esa voluptuosidad que sentía con el sufrimiento de los demás, pero centuplicada por el horror de la escena, mezclada con un exquisito espanto.

Silvère, al reconocer aquella cabeza, sola a ras del muro, a aquel inmundo pillastre, con la cara lívida y encantada, el pelo ligeramente levantado sobre la frente, experimentó una rabia sorda, una necesidad de vivir. Fue la última rebelión de su sangre, una repugnancia de un segundo. Volvió a caer de rodillas, miró ante sí. En el crepúsculo melancólico, pasó una visión suprema. En el extremo de la vereda, a la entrada del callejón de San Mittre, creyó distinguir a tía Dide, de pie, blanca y rígida como una santa de piedra, que desde lejos veía su agonía.

En ese momento sintió en la sien el frío de la pistola.

La cabeza macilenta de Justin reía. Silvère, cerrando los ojos, oyó a los viejos muertos llamarlo furiosamente. En la oscuridad, sólo veía a Miette, bajo los árboles, cubierta con la bandera, con los ojos en el vacío. Después el tuerto disparó, y eso fue todo; el cráneo del chiquillo estalló como una granada madura; su cara cayó sobre el bloque, con los labios pegados al lugar desgastado por los pies de Miette, a ese sitio tibio donde la enamorada había dejado un poco de su cuerpo.

Y en casa de los Rougon, por la noche, a los postres, resonaban las risas en el vaho de la mesa, caliente aún con los restos de la cena. ¡Por fin mordían los placeres de los ricos! Sus apetitos, aguzados por treinta años de deseos contenidos, enseñaban unos dientes feroces. Esos ávidos insatisfechos, esas fieras escuálidas, apenas soltadas la víspera entre el disfrute, aclamaban el Imperio naciente, el reinado de la jauría desatada. Al igual que había enderezado la fortuna de los Bonaparte, el golpe de Estado fundaba la fortuna de los Rougon.

Pierre se puso en pie, extendió su copa, gritando:

—¡Bebo por el príncipe Luis, por el emperador!

Aquellos señores, que habían ahogado sus celos en el champán, se levantaron todos, brindaron con exclamaciones ensordecedoras. Fue un bello espectáculo. Los burgueses de Plassans, Roudier, Granoux, Vuillet y los demás, lloraban, se abrazaban, sobre el cadáver apenas enfriado de la República. Pero Sicardot tuvo una idea triunfal. Cogió, entre el pelo de Félicité, un lazo de satén rosa que ella se había puesto graciosamente encima de la oreja derecha, cortó una punta del satén con su cuchillo de postre, y fue a colocarlo solemnemente en el ojal de Rougon. Este se hizo el modesto. Se debatió, con la cara radiante, murmurando:

—No, por favor, es demasiado. Hay que esperar a que aparezca el decreto.

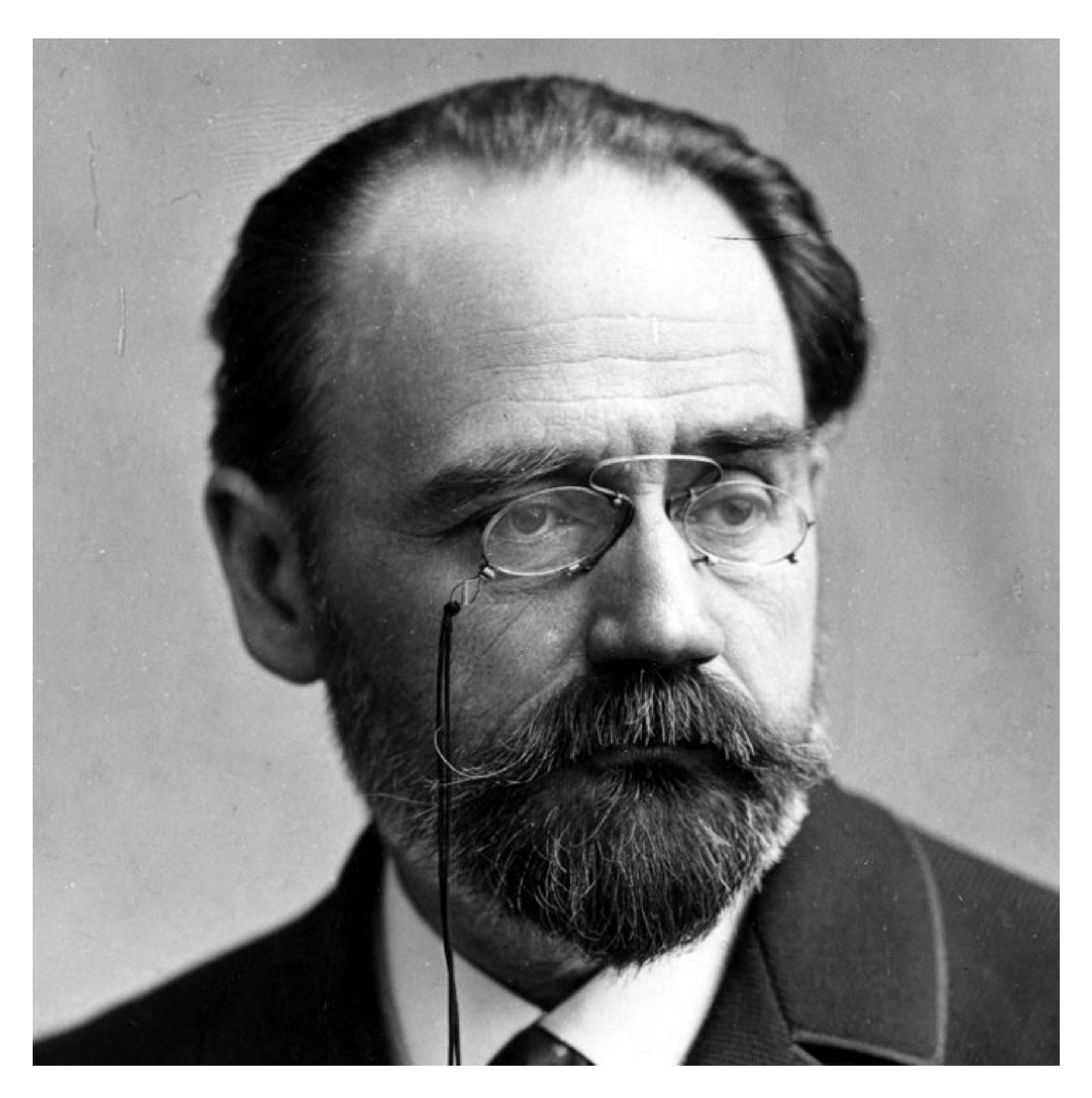
—¡Diantre! —exclamó Sicardot—. ¡Conserve esto! ¡Un ex soldado de Napoleón le condecora!

Todo el salón amarillo estalló en aplausos. Felicité desfalleció, Granoux el mudo, en su entusiasmo, se subió a una silla, agitando su servilleta y

pronunciando un discurso que se perdió en medio del jaleo. El salón amarillo triunfaba, deliraba.

Pero el pedacito de satén rosa, colocado en el ojal de Pierre, no era la única mancha roja en el triunfo de los Rougon. Olvidado bajo la cama de la pieza contigua, se encontraba aún un zapato con el tacón ensangrentado. El cirio que ardía junto al señor Peirotte, al otro lado de la calle, sangraba en la sombra como una herida abierta. Y, a lo lejos, en el fondo del ejido de San Mittre, sobre la lápida sepulcral, un charco de sangre se coagulaba.

Émile Zola



Émile Édouard Charles Antoine Zola, más conocido como Émile Zola (París, Francia, 2 de abril de 1840-ibídem, 29 de septiembre de 1902), fue un escritor francés, considerado el padre y el mayor representante del naturalismo.

Émile Zola nació en París, hijo de François Zola, un ingeniero veneciano naturalizado, y de la francesa Émilie Aubert. Su familia se trasladó a Aix-en-Provence y tuvo graves problemas económicos tras la muerte temprana

del padre. Tuvo como compañero de colegio a Paul Cézanne con quien mantendría una larga y fraternal amistad. Volvió a París en 1858. En 1859, Émile Zola suspendió dos veces el examen de bachillerato. Como no quiso seguir siendo una carga para su madre, abandonó los estudios con el fin de buscar trabajo.

En 1862 entró a trabajar en la librería Hachette como dependiente. Escribió su primer texto y colaboró en las columnas literarias de varios diarios. A partir de 1866, cultivó la amistad de personalidades como Édouard Manet, Camille Pissarro y los hermanos Goncourt.

En 1868 concibió el proyecto de Les Rougon-Macquart, que empezó en 1871 y concluyó en 1893. Su aspiración era realizar una novela «fisiológica», a la que intentaba aplicar algunas de las teorías de Taine sobre la influencia de la raza y el medio sobre el individuo y de Claude Bernard sobre la herencia. \"Quiero explicar cómo una familia, un pequeño grupo de seres humanos, se comporta en una sociedad, desarrollándose para dar lugar al nacimiento a diez o a veinte individuos que parecen, a primera vista, profundamente diferentes, pero que el análisis muestra íntimamente ligados los unos a los otros\", dirá Zola en el prefacio de la primera novela de la saga, que sigue, aunque solo en parte, el modelo de Honoré de Balzac en la Comedia humana. El subtítulo de la serie reza «Historia natural y social de una familia bajo el Segundo Imperio».

Tuvo un papel muy relevante en la revisión del proceso de Alfred Dreyfus, que le costó el exilio de su país.

